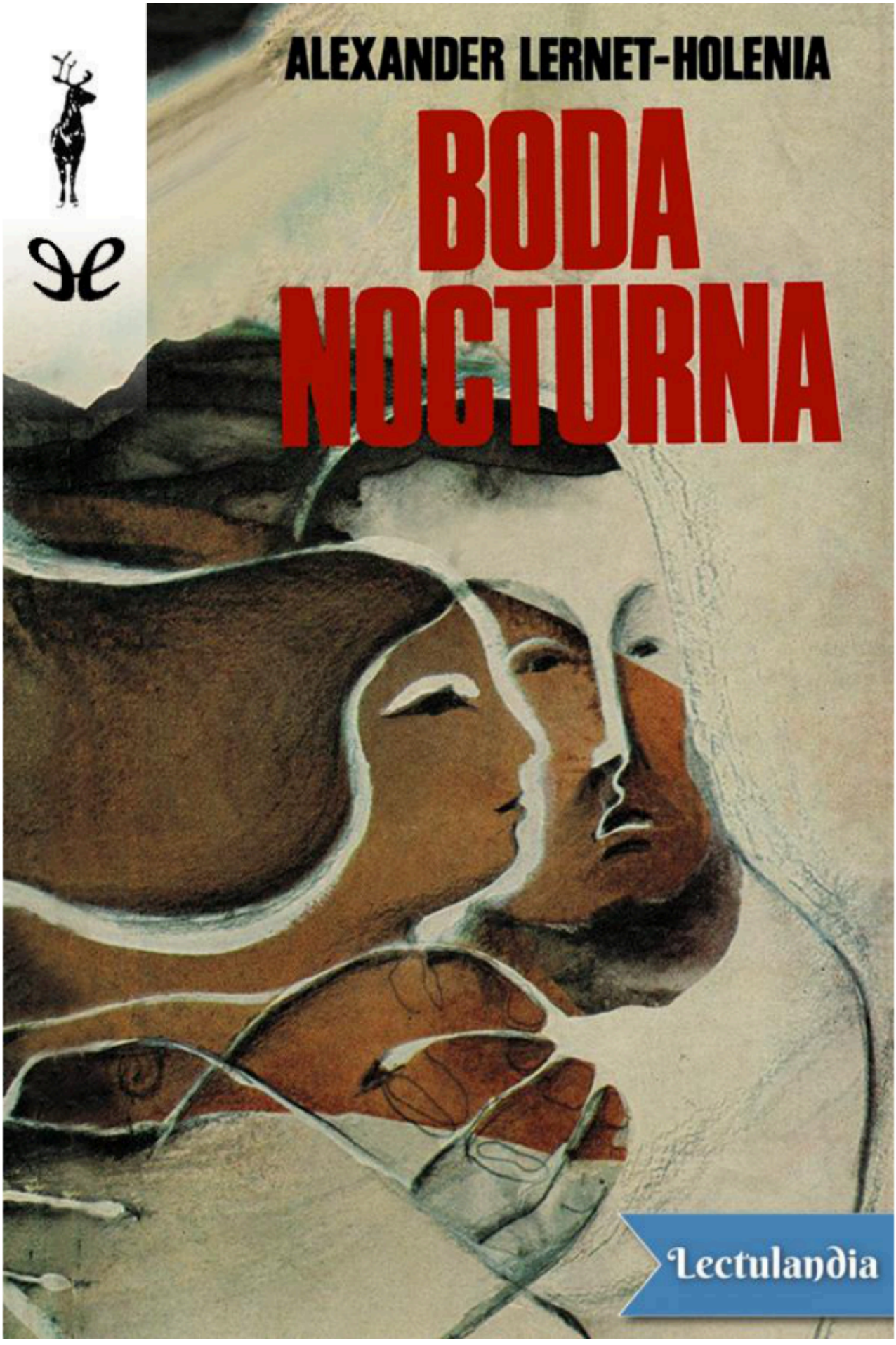
ALEXANDER LERNET-HOLENIA

BODA NOCTURNA



Lectulandia

El conocido escritor austríaco Alexander Lernet-Holenia, con su peculiar gracejo, elegancia e ingenio, nos da, en las dos obras que se incluyen en este volumen —«Boda nocturna» y «Aventuras de un joven caballero en Polonia»—, espléndidas muestras de su buen hacer literario, ya se trate del romanticismo del viejo conde enamorado de la aldeana, en «Boda nocturna», ya de la disparatada carga de caballería o del aireo de un traje enmohecido, en «Aventuras de un joven caballero en Polonia».

Lernet-Holenia hace caer siempre el telón allá donde otros muchos escritores aprovecharían la oportunidad para perderse en triviales divagaciones.

Alexander Lernet-Holenia

Boda nocturna & Aventuras de un joven caballero en Polonia

Colección Reno - 457

ePub r1.0
Titivillus 26.04.2023

Título original: *Die nächtlichhe Hochzeit & Die Abenteuer eines jugen Herrn in Polen*
Alexander Lernet-Holenia, 1929
Traducción: Manuel Vázquez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

«Nuestra época padece una justipreciación exorbitante de su propia valía. Se comporta como si no le hubiera precedido ninguna otra época, como si nosotros poseyéramos el concepto cabal e incluso el único admisible de las cosas, lo cual resulta sorprendente si se piensa lo difícil que es recordar otra época que haya conducido tanto al absurdo como la nuestra». Con estas palabras inicia su respuesta Alexander Lernet-Holenia al preguntársele si cree que tal o cual narración «puede ser provechosa o siquiera interesante para este presente nuestro cargado de graves problemas». Y prosigue así: «Un cierto optimismo, aun cuando se funde en yerros, reporta necesariamente beneficios al ser viviente en todos los terrenos de la actividad humana y no sólo el del arte o la poesía. Nuestra literatura obraría cuerdamente si se diese algunos golpes de pecho y reconociese que sus obras no están siempre a la altura del pasado».

Como puede verse, Alexander Lernet-Holenia no comparte el desmedido amor propio de nuestra época. No es de esos autores que se comportan como si nunca les hubieran precedido otros cuyo concepto de las cosas fuese cabal. En esta época donde cualquier escritor neófito parece estar convencido de que la poesía comienza con «él» porque sólo «él» ha descubierto la forma justa e incluso la única posible de poetizar y porque todo cuanto se ha denominado poesía hasta ahora es erróneo y equívoco, en una época semejante que se avergüenza de sus antepasados, mencionar a los antecesores literarios de un autor parece casi un reproche y una valoración depredadora. Esto era muy distinto en tiempos pretéritos. Entonces no se poseían módulos determinativos para hacer una crítica constructiva mientras no se conociese a los arquetipos que habían servido como punto de partida en la búsqueda del propio talento y la propia personalidad.

Los arquetipos a los que se creyó ligado el joven Lernet-Holenia y de quienes aprendió todo cuanto sabe, fueron Rainer María Rilke y Hugo von Hofmannsthal. Rilke le inspiró sobremanera en sus primeros versos [*Pastorale* (1921) y *Kanzonnair* (1923) están dedicados a él]. Tanto es así que Karl Kraus se permitió apodar a Lernet con un juego de palabras: *Puerilke*. Pero esto sólo es aplicable a los comienzos de Lernet. Con Hofmannsthal le unió su afición al teatro barroco y el gusto por el arte teatral, así como cierta calidad lírico-dramática presente en sus obras escénicas. Pero también hubo un rasgo muy característico de sus relatos y novelas, concretamente ese raro hechizo que hace fluctuar a personas y acontecimientos entre el ensueño y la realidad, entre la oscuridad nocturna y la claridad diurna. Así pues, el lírico se fue sustrayendo a la influencia de Rilke hasta desligarse por completo, como se evidencia sobre todo en las siguientes obras: *Das Geheimnis Sankt Michel (El misterio de san Miguel,* 1927) y *Die goldene Horde* (*La horda dorada*, 1933). Estos libros contienen, por ejemplo, los versos donde la poetisa Safo invoca a la radiante y divina Afrodita, o esos otros donde Aquiles y Príamo se afligen ante el cadáver de Héctor hasta enmudecer finalmente y asociar su aflicción a las aflicciones del mundo entero.

La melancolía de la despedida toma forma en versos y estrofas que no recuerdan ya a Rilke, pues han adquirido inflexiones muy personales y específicas:

¿Cómo es posible
que te alejes ahora?
¿Cómo será el verano
y el zumbar de la abeja
cuando te hayas ido?
¿Cómo podrá florecer la floxia
sin ti…?

Y por encima de todo palpita e hila su trama el amor, en cuyo cáliz gotea el vermut de lo efímero. Tal como François Villon, nuestro poeta inquiere: «¿Dónde fueron a parar las nieves invernales?». Pero al propio tiempo uno olvida lo pasajero con la felicidad de un amor que impera sobre la vida y la muerte.

Tanto las estrofas consoladoras y venturosas como las melancólicas y amargas alcanzan su plenitud en este antiguo poema, el más conocido y famoso de Lernet-Holenia: *Die Weissagung des Teiresias (El presagio de Tiresias)* donde el vaticinador Tiresias revela la verdad al repatriado Ulises, advirtiéndole que toda despedida significa decir adiós para siempre:

¡Te ausentaste sin saber
que lo hacías para siempre,
aun cuando enfermabas de añoranza
y tu corazón se marchitaba!
Cada vez que uno emprende la partida
lo hace para siempre.
Y en todo cuanto te caracteriza
eres ya no sé quién.
¡Nadie te reconoce de regreso al hogar,
y siempre ocurrirá así!

Por último el lírico se encuentra a sí mismo en la obra poética «Die Trophäe» (Los trofeos) cuyo cuerpo central —donde aparecen algunos de los poemas más vehementes de Lernet— ha sido publicado también independientemente con el título *Die Titanen (Los titanes)* en 1945. Ahora bien, la creación lírica de Lernet alcanza su culminación con el libro de poemas *Das Feuer (El fuego*, 1949) donde encontramos ideas versificadas tan sutiles como la siguiente:

¡Ah, adónde llegaste
desde lo que eras entonces!
¡Si pudiera regresar!
Hago una vida extraña,
hay gentes raras a mi alrededor.
Y los años pasan.
¡Cuánto tiempo hace
que estás lejos del hogar!
¡Cuánto tiempo sin volver a mi jardín!
Pero de improviso
se agita la floxia como movida
por un hálito espectral.
¿Fuiste tal vez tú?
¿He sido yo mismo?

Uno de los poemas más impresionantes es el titulado «Linos» que expresa en ocho breves líneas la honda desesperación del ser humano ante la trágica infructuosidad de todo su decir y hacer.

¿Acaso no son incontables las palabras y lo que llevas en la mente?
¿No es acaso todo un mundo que ensalzas y deploras a un tiempo?
¡Tan sólo no has podido decir lo que realmente
piensas! Y nada se dijo.
¿Acaso no haces cosas incontables? Tan sólo lo que siempre
deseaste hacer, tu verdadero cometido, pues todo
dependía de ello. ¡Eso no pudiste
permitírtelo! Y nada se hizo.

Allá por 1926, cuando Lernet no había cumplido todavía los treinta años, se reveló como autor dramático con sus dramas más intensos que tal vez conserven hoy día todo su vigor, por lo menos en el terreno poético: *Demetrius, Saúl* y *Alcestes*. Estas tres piezas que le valieron el galardón Kleist, son las obras donde se le ve marchar claramente tras la estela de Hofmannsthal, tal como ocurre con los juguetes cómicos estrenados en 1926, *Olla podrida* y *Österreichische Komödie* (*Comedia austríaca*).

La tragedia de Alcestes, uno de los temas tradicionales y básicos de la literatura teatral (Hofmannsthal trató también el asunto) le inspiró para concebir una de las representaciones más bellas del amor como fuerza pura. Alcestes logra superar la propia muerte —mientras el padre, la madre y el amigo se retractan de forma lastimosa y pusilánime— gracias a su amor, y el acabamiento la conduce incluso a una vida mucho más intensa. He aquí las palabras de Alcestes, doblemente conmovedoras en su sencillez, acerca del amor que siente:

«¿Cómo se explica esto: no el amar simplemente, sino el querer *a uno*? ¿Es siquiera posible querer así? ¿Acaso no vagas como en sueños sin que nadie sepa la razón ni de quién se trata, pues hasta tú misma lo ignoras? Pero cuando ves a cierto hombre dices para ti: Es él a quien quiero. Desde luego yo soy una adolescente, no mujer todavía, y entonces llega Admeto y me pide que le ame como mujer. Tal vez sea distinto eso con las mujeres, no lo sé; yo sólo puedo amar como lo haría una muchacha. Quizás ame también a ese dios (Apolo) que estaba ahí y aún volverá… Pero ¿qué significa eso para él? Quizá no piense en mí siquiera cuando me lleve consigo. ¿Y yo? ¿Pienso realmente en el dios? ¿No será tan sólo que él me enardece con su ardor? Mientras nos amamos, él no piensa en mí y yo tampoco en él. ¿Es tan malo eso? Yo me limito a amar».

En sus juguetes cómicos, Lernet se esfuerza también por conservar un hondo significado a pesar de su intención de divertir. Así, por ejemplo, elige el conocido pasaje bíblico de Putifar y José como tema de una comedia, *Die Frau des Potiphar* (*La esposa de Putifar*, 1934), estrenada después de la guerra en los festivales de Salzburgo. Aquí se investiga el rigor secreto del tema no obstante su carácter recreativo, y en última instancia la mujer de Putifar personifica simbólicamente el amor auténtico, lleno de sentimiento. «No existe ningún dios salvo el amor», dice ella. Y al reconocer este hecho alcanza su culminación espiritual. En esta comedia triunfa también, aunque dando un extraño rodeo, la fe en el privilegio del sentir puro y de la entrega instintiva.

Lernet-Holenia se ha dedicado siempre con especial afecto al teatro.

—El teatro —dijo cierta vez— es lo más cercano a la vida, y el mejor teatro es forzosamente el del mundo más vital. La forma de hacer teatro durante una época determinada se identifica siempre con la forma de vivir en ella. Al fin y al cabo el arte teatral es un *savoir-vivre*, un gusto de gran estilo por la vida.

Frases como la siguiente evidencian con suma claridad cuánto se ha esforzado siempre Lernet por dar conscientemente al teatro lo que le pertenece:

—El teatro no es más que acción. Hasta ahora el teatro sigue siendo el arte más sublime, pues reviste la máxima naturalidad y llaneza. El teatro puede estar vivo o muerto: ahí estriba todo. Las piezas teatrales no han sido concebidas para poetizar o, en el mejor de los casos, componer versos. Es preciso construir un armazón donde tenga cabida lo escénico. En el teatro no hay poesía alguna; aquí se trata meramente de una representación y un auditorio. El factor determinativo es conocer al público para quien se trabaja. La obra teatral es una mercancía, y la dramaturgia una herramienta. Al teatro puede pertenecer cualquier ciudadano del mundo que sepa cómo tratar con la gente. Casi todo se reduce a eso.

Esa afición típicamente austríaca o vienesa al teatro con todas sus posibilidades de acción escénica, encuentra su expresión más dinámica en los juguetes cómicos, de los cuales citaremos aquí algunos títulos que dejan entrever por sí solos el tema o la materia tratada: *Erotik, Parforce, Tumult, Kavaliere* y *Kapriolen*.

Boda nocturna, la novela cuya edición aparece ahora tras haberse agotado la primera mucho tiempo atrás, es el primer trabajo narrativo de Lernet-Holenia (1929) y tiene todos los distintivos del noviciado. No hablaremos en este prólogo sobre la trama propiamente dicha. Bástenos con señalar que el arte de la ambientación, de la atmósfera escénica que caracteriza las mejores novelas del poeta, se manifiesta eón verismo convincente en los momentos culminantes del libro, por ejemplo al principio, cuando se describe la búsqueda de la joven Marusia en una aldehuela polaca o el viaje nocturno para asistir a una boda secreta en un caserío sumergido casi bajo el lodo. A quienes tengan aficiones literarias se les brinda aquí la interesante oportunidad de comparar el tema en su doble vertiente como novela y obra teatral. Pues, en efecto, un año antes de publicarse esta novela, Lernet escribió un drama con el cual llevó al escenario los mismos acontecimientos de la «acción principal».

Según se ha dicho ya, la novela *Boda nocturna* es el preludio y el acorde inicial de toda una serie de trabajos narrativos que han procurado a Lernet-Holenia tanto éxito como sus dramas y comedias, si no más. Entre ellos cabe mencionar *Die Abenteuer eines jungen Herrn in Polen* (*Aventuras de un joven caballero en Polonia*, 1931) publicada inmediatamente después de *Boda nocturna* y llevada también al cine, *Ljubas Zobel*, y otra novela utilizada asimismo como guión cinematográfico donde se trata de un caso criminal excepcionalmente emocionante y cuyo título es *Ich war Jack. Mortimer* (*Yo fui Jack Mortimer*). Respecto a las restantes obras del género narrativo, quisiéramos citar por lo menos éstas: *Die Standarte* (1934), *Der Baron*

Bagge (1936) y *Die Auferstehung des Maltravers* (1936). Entre los libros más poéticos y apasionantes de Lernet-Holenia figura uno publicado en 1941, pero prohibido poco después, que sólo pudo reeditarse cuando concluyó la guerra (1947). El título, *Mars im Widder* (*Marte en Aries*) hace referencia al símbolo astrológico de la guerra. Su acción se desarrolla al comenzar la campaña de Polonia y durante la guerra. Despedidas, partidas y catástrofes proporcionan aquí el fondo épico para unas peripecias individuales muy emotivas, un argumento enigmático lleno de misterio que se entreteje detrás de las cosas aparentes y se resuelve en los estratos de lo anímico y la fatalidad donde no tienen cabida la voluntad ni el saber humanos. El hálito épico de toda la obra es sencillamente grandioso. Por ejemplo, con la iniciación del despliegue se levanta una inmensa polvareda que se traslada hacia el Este precediendo al ejército, cubriendo las faces de los hombres, sepultando el paisaje y, finalmente, convirtiéndose en símbolo de atroces e inminentes acontecimientos. Algunos momentos culminantes de esa prosa poética son inolvidables: Wallmoden, cuyos lances se narran aquí, llega durante la guerra de Polonia a una casa abandonada donde encuentra un libro italiano antiguo cuyas páginas se abren por cierto pasaje que contiene un cántico veneciano de amor. Aquello hechiza instantáneamente al lector transportándole en el espacio y el tiempo a un mundo desligado de todas las atrocidades presentes. O bien esa otra reincidencia misteriosa del destino, cuando Wallmoden encuentra en un almacén desmoronadizo a una muchacha sentada ante un espejo, una joven a la que no ha visto nunca, pero cuya belleza parece hablarle y conmoverle como algo que se ha presentido y esperado desde lejanas fechas.

Los numerosos relatos cortos y cuentos de Lernet-Holenia entre los cuales nos complace citar algunos volúmenes como *Die Neue Atlantis* (1935), *Spangenberg* (1946), *Der siebenundzwanzigsten November* (1956) y, sobre todo, *Der Zwanzigsten Juli (El veinte de julio)* tienen muchos puntos de contacto por su planteamiento y estilo con la novela italiana antigua y el arte narrativo clásico de Kleist.

Hay mucha nostalgia y pesadumbre, mucho saber sobre la transitoriedad de todo lo terreno en los libros de Lernet-Holenia. La asociación entre la aristocracia y la decadencia, tantas veces mal entendida y ocasionalmente también mal aplicada, nunca será tan pertinente —si se la interpreta bien— como en esta obra de toda una vida donde no faltan el desastre ni la ruina, pero donde, a pesar de todo, el amor y la belleza acaban triunfando porque el destino humano no podrá subsistir jamás sin la nobleza de la mente y del alma.

Cierto aforismo de Lernet-Holenia dice así: «Los poetas han olvidado que deben ser grandes señores. Hablan a las gentes como si fueran sus iguales, en lugar de dirigirse a la condición de esas gentes». Por su parte, él no lo ha olvidado nunca. Y aunque como lírico les ha hablado cada vez más —con sobrada razón— como a sus iguales, pues quien componga obras líricas debe ser siempre «uno de sus iguales», también se ha dirigido en sus dramas y novelas —deliberadamente, y por tanto con plena conciencia— a «la condición de las gentes». Sea como fuere, él ha sido siempre lo que quiso ser: un gran señor.

ERNST SCHÖNWIESE

BODA NOCTURNA

Debo agradecer la calidad informativa de una gran parte del texto siguiente a ciertas personas cuyos nombres no citaré, aunque quiero dar las gracias al barón de Liliencron por una porción, no pequeña, especialmente los acontecimientos relatados en las páginas finales de esta historia. Sin embargo, para encubrir la autenticidad de unos incidentes tan precarios como los descritos aquí, se hizo necesario trasplantar la acción desde el escenario real de los acontecimientos a un reino ficticio de Polonia.

ALEXANDER LERNET-HOLENIA

PRIMERA PARTE

Sommerstorff llegó a Lemberg hacia el mediodía y desayunó en el «Imperial» acompañado de una entrañable amiga. Alrededor de las cuatro reanudó el viaje, y al atardecer entró en Stojanov donde le aguardaba una carretela de la hacienda Mierowski que le condujo hasta Druskopol. Allí le recibió con gran afabilidad Mierowski besándole repetidas veces, según la costumbre polaca, en ambas mejillas. Luego le pidió disculpas porque su familia se había ido ya a la cama.

—¡Ni que decir tiene, por favor! —exclamó Sommerstorff—. Si la condesa se hubiese molestado por mi culpa me habría sentido muy contrariado. ¿Y cómo siguen las pequeñas? ¿Bien? En cualquier caso debo seguir adelante mañana de madrugada.

—¿Adelante? —preguntó Mierowski—. ¿Adónde?

—He de resolver cierto asunto en una aldea —explicó Sommerstorff—. Perdona, pero no puedo darte los pormenores. Verdaderamente es una cuestión extraoficial hasta cierto punto, aunque lleve conmigo poderes del Gobierno.

Diciendo esto sacó un pliego y mostró al conde el membrete del oficio con el águila imperial. Pero se guardó el documento tan pronto como su interlocutor, demasiado curioso, quiso leer las líneas escritas.

—Discúlpame —dijo el visitante—. *Pardon*… A pesar de todo, he de pedirte un favor. ¿No podrías prestarme un coche para la jornada de mañana? ¿Quizás esa carretela que me ha traído desde la estación?

—Con mucho gusto. Pero ¿adónde te propones ir?

—A la comarca de Korytniza —repuso Sommerstorff—. Estaré de vuelta por la tarde y traeré una persona conmigo, pero pienso buscarle alojamiento en Stojanov, pues no quiero causarte una molestia…

—¡Qué ocurrencias tienes! —masculló el conde—. Esa persona se alojará aquí lo mismo que tú. Por cierto, ¿quién es?

—Una campesina —dijo Sommerstorff—. ¿Qué te parece? Aquí me ves en busca de campesinas para llevarlas a la estación. Extraño, ¿verdad? Te ruego una vez más me disculpes por no explicarte lo que motiva ese trasiego de labradoras…

—¡Bah! —replicó Mierowski—. Los motivos no tienen importancia. Será cualquier estupidez. Y aunque el Gobierno en pleno saliera a investigar, lo seguiría siendo. Sea como fuere, celebro que este asunto me dé la oportunidad de volver a verte. Pero escucha, no te recomiendo que prosigas tu marcha en coche. El estado de los caminos es pésimo. ¿No preferirías cabalgar?

—¿Cabalgar? —inquirió dubitativo Sommerstorff.

—Sí, cabalgar.

—Te lo agradezco —dijo Sommerstorff—. Muy amable por tu parte. Sin embargo no estoy equipado para ello.

—Yo te prestaré todo lo necesario —propuso Mierowski—. Además, agregaré un palafrenero y un caballo de mano para que puedas hacer montar a tu campesina. Todas las mujeres de estos contornos conocen la equitación y ninguna se espanta aunque se caiga de vez en cuando. Ahora vamos a cenar si te parece bien.

Cenaron, y más tarde el conde hizo probar a su invitado algunos calzones de montar con cuyo motivo le mostró muy ufano el resto del guardarropa donde predominaban innumerables casacas rojas y botas altas, pues el hombre era un notorio anglófilo y tenía una afición desmesurada a la caza del zorro.

—Antes tenía más —comentó—. Pero los rusos me robaron muchas.

Luego le condujo a las cuadras para mostrarle los caballos que dormían como niños tendidos sobre el

heno.

—En la parte trasera de tu silla colgaremos un pequeño morral —dijo el conde—. Para llevar unas cuantas provisiones, ¿comprendes? Los ingleses utilizan invariablemente unos morrales parecidos donde guardan algunos emparedados cuando salen a cazar el zorro.

Entretanto se había hecho bastante tarde, y Sommerstorff, que después del desayuno con su amiga y los abundantes tragos de Baczewski empezaba a tener sueño, se alegró de poder buscar por fin la cama pensando que dormiría allí como un tronco. Sin embargo durmió mal porque el dormitorio estaba excesivamente caldeado y el lecho era un auténtico catafalco de seda.

La mañana siguiente, el conde se presentó allí a hora temprana. Evidentemente estimaba que su honor le exigía hacer acto de presencia y prodigar sus consejos mientras Sommerstorff se ponía los calzones y las botas. El invitado hubiera preferido diez veces más emplear un carruaje en lugar de la proyectada cabalgadura, pues estaba convencido de que el estado de los caminos no era tan malo como se le había dicho y que el conde le estaba endosando el paseo a caballo porque el deseo de cabalgar o hacer cabalgar a otros era para él una idea fija. Por último el anfitrión endosó a Sommerstorff una chalina de equitación que le oprimía insoportablemente el gaznate, pero le tranquilizó asegurando que la prenda procedía directamente de Inglaterra. Acto seguido colocó personalmente los emparedados en el morral, y por fin envió a su invitado camino de la gran cacería. El palafrenero, ya a caballo, trajo por las riendas un alazán de menor alzada que sería la montura de la misteriosa labradora. Poco después comparecieron las pequeñas hijas de Mierowski ofreciendo un cuadro encantador con sus diminutos abrigos polacos de piel. El conde besó a las niñas sin interrumpir su parloteo sobre la cacería de zorros, dio azúcar a los caballos y, como medida preventiva, hizo algunas observaciones al palafrenero antes de que éste pudiera abrir la boca.

—A propósito —dijo unos instantes después—. En los alrededores de Korytniza se libraron algunos combates durante la guerra y es posible que la aldea esté bastante arrasada.

Entonces el palafrenero se arriesgó a tomar la palabra para decir que, según había oído, la pequeña población estaba parcialmente reconstruida.

—Bueno —dijo Sommerstorff—. Ya lo comprobaremos.

Y después de agregar que en cualquier caso regresaría por la tarde, emprendió la marcha. Avanzaron monte abajo y monte arriba, procurando evitar las aldeas escondidas en hondonadas donde el fango llegaba hasta los tobillos. Hacia el mediodía comenzó a llover. Poco después divisaron tras una cortina de lluvia, la aldea de Korytniza abismada en un barranco. Verdaderamente parecía estar intacta.

Sommerstorff tiró de las riendas bajo una arboleda desnuda, batida por el viento de noviembre.

—Date una vuelta por la aldea —dijo al palafrenero mientras cogía las bridas del caballo sin jinete—. Pregunta dónde vive el labrador Romaniez. Vasil Romaniez. Luego vuelve y cuéntame lo que has averiguado. ¡Vamos, en marcha!

Mientras el palafrenero se alejaba al trote, Sommerstorff sacó los emparedados del célebre morral inglés y empezó a comérselos. Entretanto la lluvia arreció y el agua comenzó a chorrear de su sombrero hasta empapar por completo la trinchera. Los caballos, cuyos corpachones estaban ya cubiertos de barro, permanecieron temblorosos e inmóviles bajo las gruesas gotas que caían a raudales de las ramas desnudas. Sobre los cerros se extendió una niebla grisácea y fluctuante.

Sommerstorff maldijo al mozo por su tardanza y empezó a fumar cigarrillos, uno tras otro, pero todos ellos se desintegraron entre los húmedos dedos enguantados. Por fin vio llegar de la aldea al palafrenero, todavía trotando, y cuando le amenazó desde lejos con el puño, el hombre emprendió un galope corto y finalmente se detuvo ante Sommerstorff lanzando surtidores de fango. El conde se echó atrás indignado y gritó:

—¡Vamos, asno! ¿Dónde vive?

—Hay dos Romaniez en la aldea —informó el mozo de cuadra—. Pero el auténtico Vasil Romaniez es apicultor y reside en el caserío llamado de las Abejas.

—¿Dónde está eso? —preguntó Sommerstorff—. ¿Queda muy lejos?

—No, señor conde —contestó el palafrenero—. Nada lejos.

—Entonces, adelante —ordenó Sommerstorff pasando las riendas del caballo suelto al muchacho.

Ambos galoparon cuesta arriba por la ladera del cerro. Al llegar a la cumbre, el mozo señaló hacia un villorrio solitario en la divisoria entre dos bosquecillos y dijo que aquél sería probablemente el caserío de las Abejas. Los ramalazos lluviosos les atacaron de flanco. Los dos jinetes saltaron dos o tres trincheras que se desmoronaban, descendieron raudos hacia la vereda del caserío e hicieron alto ante un edificio que parecía recién construido y de cuyo techo pajizo chorreaba la lluvia. Entraron en él después de atar los caballos.

El zaguán estaba muy caldeado y su ambiente era acogedor, pero no se veía un alma.

—¡Bueno, terminemos de una vez! —apostrofó Sommerstorff al mozo—. ¿Vive o no vive aquí ese Romaniez? ¿Es que habremos de buscar al sujeto por todo el lugar?

—No, no —le aseguró el palafrenero—. Aquí debe de vivir el auténtico Romaniez. Es muy probable que la gente se recoja en algún rincón de la casa.

—¡Entonces ve y entérate! —le ordenó Sommerstorff.

El mozo abandonó el campo y registró toda la casa. Se le oyó incluso deambular por el desván. Mientras tanto Sommerstorff se quitó el abrigo y lo colgó cerca de la chimenea. Por fin regresó el palafrenero.

—¡Nada! —anunció—. No hay nadie en la casa, señor conde.

—¡Maldita sea! —exclamó exasperado Sommerstorff—. ¡Y necesitamos regresar antes de que anochezca!

Y diciendo esto cogió la fusta de la mesa y, enfurecido, la descargó violentamente sobre ella.

—¡Eh! —oyó decir de repente a alguien—. ¿Qué sucede aquí?

Una joven de aire soñoliento, con una melena corta que le caía sobre el rostro, se incorporó en la alta repisa de la chimenea donde había permanecido acurrucada pasando inadvertida. Después de frotarse bien los ojos miró fijamente a Sommerstorff y al palafrenero.

—¿Dígame…? —inquirió Sommerstorff mirándola sorprendido.

—¡Eh, vosotros dos! ¿Cómo os atrevéis a invadir una casa ajena y armar tanto jaleo?

—¡Ah, perdone! —repuso sonriente Sommerstorff.

Ella se recogió prestamente los rubios mechones bajo una pañoleta. Tenía las cejas oscuras muy pobladas y los ojos grises. Cuando alzó los brazos para anudarse el pañuelo sobre la nuca, los juveniles senos se irguieron y un instante sus vértices parecieron horadar como lanzas de cosaco la tosca blusa campesina. Sommerstorff la contempló fascinado.

—¿Qué buscáis aquí? —preguntó con aspereza la muchacha.

—Te ruego nos disculpes por este alboroto —replicó Sommerstorff—. Ignorábamos la presencia de una damita tan bella.

Y acercándose a la chimenea agregó levantando la vista:

—¿Por qué no has dado señales de vida hasta ahora? ¿Y qué estás haciendo ahí arriba?

—¿Yo? ¡Durmiendo! ¿Y eso, qué le importa?

—Eres una pequeña gandula…

—¡Bah, usted tampoco parece muy espabilado!

Sommerstorff se rió.

—Yo tenía entendido que sólo los viejos labradores se echan a dormir sobre la chimenea. No creía que lo hicieran también las jóvenes labriegas.

—¿A qué viene eso? —repuso ella indignada—. ¡Yo no soy una labriega!

—¡Ah…! ¿No eres campesina?

—¡No!

—¿Entonces…?

—Soy la hija adoptiva del amo, ¿entiende? Si fuera su hija verdadera debería estar ahora ahí fuera trasegando estiércol, pero como soy su hija adoptiva él debe buscar a otros para esa faena.

—¡Ah! ¿Trata con estiércol? Yo creí que era apicultor.

—¿Supone acaso que un apicultor sólo sabe de miel?

—Bien. ¿Adónde lleva el estiércol?

—Me parece que usted no tiene ni idea de agricultura. ¡Adónde lleva el estiércol…! Lo cargan detrás de la casa para distribuirlo por el campo, naturalmente. ¡Tal vez pensaba usted que lo recogen de la bodega para trasladarlo al granero!

—No —contestó Sommerstorff encendiendo un cigarrillo—. Entiendo lo suficiente para saber que no se hace semejante tontería. Yo tengo también una finca.

—¿Usted? ¿Y hace estas preguntas? ¡Menuda finca debe de ser!

—Al decir de las gentes es muy bonita…

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué superficie tiene?

—Veintiocho mil hectáreas más o menos.

—¡Atiza! —exclamó la muchacha abriendo los ojos de par en par.

Luego echó adelante las piernas, dos piernas desnudas de asombrosa esbeltez y quedó sentada sobre el borde de la repisa.

—¡Usted está chiflado! ¡Mi padre tiene tres hectáreas y media, nada menos!

—Por Dios —murmuró Sommerstorff—. Uno puede conformarse también con eso.

—Vamos, vamos… Está bromeando, eso es todo. ¿Y quién se ocupa de su finca puesto que usted no entiende ni jota de agricultura?

—¿Quién se ocupa…? Pues distintas personas. Un director general de propiedades rurales, una docena de subdirectores, un primer guarda forestal, un administrador, dos o tres docenas de jornaleros… y todos ellos robando como cuervos.

—Tengo la impresión… —rezongó la muchacha— de que usted está fanfarroneando.

—No —dijo él—. Ni mucho menos. Además, yo no he sido quien ha empezado a contarlo. Has sido tú la que me has preguntado.

—Pero si posee realmente todas esas propiedades, usted debe ser un gran aristócrata… ¡Tal vez es un barón!

—En verdad soy conde, pero eso no significa nada de momento…

—¿Conde? ¿Usted? ¿Y qué busca aquí entonces?

—A tu padre adoptivo. Dime, ¿se llama Vasil Romaniez tu padre adoptivo?

—Sí.

Sommerstorff se volvió hacia el palafrenero.

—No abras tanto la boca —le dijo campechanamente—. No se debe mirar con esa fijeza a una joven dama aunque sea tan bella como ésta. Será mejor que busques a Vasil Romaniez. Probablemente lo encontrarás en el camino entre los establos, donde carga su estiércol, y el campo, donde lo descarga.

Cuando el mozo se retiraba ya, la muchacha le gritó:

—¡Alto! ¡Quédate ahí! ¡Dime si tu amo es conde de verdad y posee una gran hacienda! ¡Debe ser un embuste, Dios mío!

—Sí, es cierto —contestó el palafrenero, quien realmente ignoraba cuáles eran los bienes de Sommerstorff, pero temía que Mierowski le largase una bofetada si decía alguna estupidez—. Absolutamente cierto. El señor conde es conde de verdad y posee una hacienda tan inmensa que es preciso cabalgar durante dos días para recorrerla desde un extremo al otro.

Y dicho esto se alejó apresuradamente.

Sin embargo, la muchacha exclamó soltando una sonora carcajada:

—¡Bah! ¡Sois un par de farsantes! Aunque a decir verdad usted no lo parece. Pero entonces, ¿qué hacen aquí? ¿Y por qué bu can a mi padre?

—Por varios motivos —repuso Sommerstorff—. Necesito hablar con él de diversos asuntos.

Enmudeció un instante y la miró caviloso.

—Así pues…, eres su hija adoptiva. ¡Vaya, vaya…! ¿Y cómo te llamas?

—Usted no me ha dicho todavía cuál es su nombre —replicó ella—. Y un caballero debe presentarse siempre primero, ¿no?

—¿Dónde has aprendido eso? —exclamó riendo Sommerstorff.

—¡Yo sé de sobra cómo debe comportarse uno! Cuando nuestros mozos regresaron de la milicia nos trataron a las chicas del pueblo con mucha galantería durante largo tiempo, tal como hacen los oficiales con las damas de la ciudad. Además la modista de esta aldea tiene revistas de modas donde podemos ver cómo se viste la gente del gran mundo. Y a tres horas de aquí, en Sokal, hay incluso un cine. Por tanto, procure conducirse según corresponde a un caballero, y no espere que le diga mi nombre mientras no se presente usted primero.

—¡Magnífico! —dijo el conde—. Pues bien, me llamo Ludwig Sommerstorff, pero conste que esto no es una presentación. Me he limitado a decirte mi nombre porque un caballero no debe presentarse jamás ante una dama, sino esperar a que alguien le presente. De momento aquí no hay nadie para hacerlo. Y ahora tú tampoco puedes presentarte porque una dama no debe presentarse a un caballero ni permitir que los desconocidos la presenten… aunque son pocas las señoras que conocen esta regla y, por consiguiente, sucede así con frecuencia a pesar de no ser una muestra de buenos modales.

Y hablando acarició con aire ausente las esbeltas piernas.

—¡Ya, ya! —dijo la muchacha apartándole la mano—. Pero tampoco es señal de buenos modales que usted me haga cosquillas en las piernas.

—¡Por Dios! —exclamó él riéndose—. Eso no tiene nada que ver con los modales. Por cierto, tienes unas piernas muy bonitas.

Apenas oyó esto, la muchacha las ocultó bajo la falda.

—Y ahora puedes decirme ya tranquilamente cuál es tu nombre —concluyó Sommerstorff.

—Bien. Me llamo Marusia.

—¿María?

—Sí, María.

—No sólo son bonitas tus piernas, Marusia —dijo Sommerstorff tras una breve pausa— y no sólo tienes un bonito nombre. Toda tú eres preciosa, Marusia. ¿Lo sabías ya?

—Sí, lo sé. Eso mismo me dicen los otros. Así pues, no se imagine que me ha dicho algo especialmente ingenioso.

—Nunca ha sido necesario decir cosas especialmente ingeniosas a una dama.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Porque entonces ella es muy capaz de creernos especialmente estúpidos. Por cierto que para ser hija adoptiva de un labrador tienes una conversación muy amena. Tan sólo te has olvidado de que se debe ofrecer siempre algo a un invitado.

—¡Ay, Dios mío, es verdad! —exclamó confusa Marusia—. Usted es un invitado y yo debo ofrecerle algo, ¿eh? ¿Quizás un aguardiente? Pero no… Mi padre lo tiene bajo llave para que nadie se lo beba. ¿Le hago una taza de té? Por desgracia no tenemos canapés…

—¡Lástima! —murmuró Sommerstorff—. En realidad, hoy he comido montañas de canapés de ese maldito morral inglés, pero me habría entusiasmado poder tomar todavía algunos más…

—Sí, verdaderamente es una lástima…

—Entonces, ¿qué otra cosa puedes ofrecerme? ¿Tal vez un beso?

—¿Un beso?

—¡Claro! Es preciso ofrecer algo, porque así lo exige la cortesía.

—¿Quiere un beso de verdad? ¡Ah, vamos, ahora comprendo! Usted no ha venido a hablar con mi padre. Sólo quiere obtener algo de mí.

—Si quisiera algo de ti, Marusia, hablaría también con tu padre probablemente… Pero un beso es un beso y nada más.

—¿Lo cree así?

—Por descontado. ¿Acaso te resulta tan desagradable besarme?

—A usted no le importa si me resulta desagradable o no.

—Exacto —dijo Sommerstorff mientras ella se dejaba deslizar hasta el suelo y murmuraba:

—Al fin y al cabo es un gesto cortés ya que no hay aguardiente ni canapés.

Apenas hubo dicho esto le abrazó y él la besó. Cuando Marusia se aprestaba a devolverle el beso, apareció súbitamente el palafrenero en la puerta y la cerró detrás de sí.

—¡No pongas esa cara de mentecato! —gritó Marusia que le había visto primero y se había soltado apresuradamente.

Luego, apoyando los puños en las caderas imprecó al conde llena de indignación:

—¡Qué sirvientes tan necios tiene usted! ¡Es increíble!

Y volviéndose nuevamente hacia el palafrenero le apostrofó:

—¡No comprendo que alguien se quede boquiabierto como un imbécil cuando un caballero corteja a una dama!

Sommerstorff soltó una carcajada. El palafrenero se aclaró la garganta y anunció:

—Vasil Romaniez está ahí fuera, señor conde.

—Bien, que pase —dijo Sommerstorff.

El mozo abrió la puerta, hizo entrar al labrador y se eclipsó.

El labriego o apicultor, un hombre de aspecto honrado cuya edad rondaría los cincuenta y cinco años, examinó al visitante de arriba abajo con una mirada llena de respeto, luego hizo una profunda inclinación como si quisiera coger la levita del forastero por el ribete e inquirió:

—¿Me ha hecho llamar, señor?

—Sí —dijo Sommerstorff—. Entretanto tu hija me ha dado la bienvenida.

—Yo quiero daros también la bienvenida —dijo Vasil haciendo otra reverencia.

—Me gustaría tratar contigo de cierto asunto —anunció Sommerstorff—. Y a solas.

Vasil hizo un gesto casi imperceptible a Marusia y la muchacha se alejó silenciosa.

—Espero no apartarte demasiado tiempo de tu trabajo —dijo el conde.

—No hay cuidado, señor —repuso Vasil mientras abría una alacena para sacar una botella de aguardiente y un enorme vaso que colocó sobre la mesa mientras decía:

—¿Me permite obsequiarle con una copa, señor?

—Gracias. Pero te ruego que me acompañes —repuso el conde.

Entonces el lugareño llevó otro vaso a la mesa y escanció. Luego tomó también asiento sin quitarse la empapada chaqueta de piel.

—Esta Marusia es tu hija adoptiva, ¿verdad? —preguntó Sommerstorff.

—Sí, señor.

—Según tengo entendido, la chica tiene ahora dieciocho años.

—¿Se lo ha dicho ya ella misma? —inquirió el labrador.

—No, lo sé por otro conducto. Era muy niña todavía cuando te la confiaron. Entonces tendría sólo tres meses de edad. ¿Quieres decirme quién te la trajo?

—Un notario de la ciudad, un señor llamado Stanislaus Jakubowski.

—Cierto. Tú y tu mujer fuisteis nombrados padres adoptivos porque no teníais hijos y se os conocía como personas decentes.

—Así se dice de nosotros, señor. Hace veinticinco años que no cojo una borrachera y jamás he vapuleado a mi mujer. Nuestro matrimonio ha sido muy venturoso a pesar de todo.

—¡Qué extraño…! —murmuró Sommerstorff—. Bien, a tu salud, Vasil.

Levantó el vaso y bebió.

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó Vasil bebiendo también con actitud respetuosa.

—Nada… No tiene importancia. ¿Y seguís sin hijos hasta ahora?

—Sí, señor.

—Tu mujer fue en su tiempo doncella de la condesa Pipitzka, ¿no?

—Sí, señor. Entonces estaba prometida al cochero de la señora condesa, pero me prefirió porque nos conocíamos ya desde niños. Ella recibió muy buena educación en casa de la señora condesa, y luego enseñó también a Marusia.

—A propósito, ¿dónde está tu mujer?

—Murió hace dos años.

—¿Y no te has vuelto a casar?

—No.

—Entonces, ¿quién ha cuidado de la muchacha durante ese tiempo? ¿Tú?

—Sí, yo. El notario de la ciudad, el señor Stanislaus Jakubowski que me entregó a la niña, legalizó al propio tiempo la adopción. Esto fue una condición indispensable. Ahora la chica se llama Marusia Romaniez. Nunca se me reveló su nombre anterior.

—¿Y tú la has tratado bien? ¿No la has hecho trabajar en el campo?

—¡Ah, no, señor! Siempre la hemos tratado como a hija de familia noble. Cuando estuve en la guerra, mi mujer huyó con la pequeña, primero de los austríacos y después de los bolcheviques. El bienestar de la niña le preocupó incluso más que el mío. A lo largo de los años el notario nos ha pagado tres mil quinientos rublos, reiterándonos sin cesar que tratásemos a la pequeña como si fuese un huésped distinguido. Pero eso no era necesario porque nosotros la hemos querido siempre como una hija propia.

—Eso te enaltece —dijo Sommerstorff—. Pero al mismo tiempo me causa mucha lástima.

Y tras una pausa agregó:

—Pues ahora tienes que separarte de la muchacha.

—¿Cómo? —exclamó, atónito, el labrador.

—Ya me has oído. Debes devolver la muchacha a quienes te la confiaron en su día.

—¿Devolverla? —gritó el hombre, horrorizado.

—Sí.

Sommerstorff frunció el entrecejo presintiendo una escena dolorosa.

—Pero ¿a qué viene eso, señor? Aunque Marusia no sea mi hija legítima, yo la he adoptado y nadie puede quitármela.

—¡Ah! ¡Vaya si puede! Se me ha encomendado esta enojosa gestión y siento mucho tener que pedirte la devolución de la muchacha.

—¿Se propone quitármela, señor? —balbuceó Vasil—. ¿Quién le ha dado poderes para hacerlo?

Sommerstorff sacó del bolsillo aquel documento que mostrara a Mierowski y lo puso sobre la mesa.

—Aquí están —dijo—. Examina este escrito. Es un oficio extraordinario del Gobierno polaco. Léelo y te convencerás.

—¡Pero yo no sé leer, señor! —gritó Vasil—. ¿Cómo saber, pues, si todo está conforme con lo que usted me dice? ¿Y cómo responderé ante el notario? Él viene a echar una ojeada cada dos o tres años para comprobar si cuidamos bien a la niña.

—El notario no volverá jamás —dijo el conde—. Era un hombre muy anciano. Murió el invierno pasado. Precisamente he venido en su lugar para recoger a Marusia.

Vasil quiso responder, pero no encontró las palabras apropiabas. Sommerstorff lo miró con gesto

compasivo mientras hacía girar el vaso vacío entre las manos. Por fin se levantó y dio unos pasos hacia la ventana. Velos de lluvia y algunos copos blancos caían sobre el caserío de las Abejas.

—¡Ay, Dios mío! —se lamentaba el colmenero—. ¡Ojalá no hubiese pasado usted nunca por aquí! ¿No comprende cuánto afecto puede inspirar un hijo aunque sea adoptivo? ¿En nombre de quién pretende quitarme usted a Marusia?

Sommerstorff dio media vuelta.

—En nombre de sus verdaderos padres —dijo.

—¡Ellos no tienen ya ningún derecho sobre la pequeña! —vociferó el apicultor—. Si renunciaron entonces a Marusia, ¿cómo pueden recobrarla ahora? Y yo que la acogí hace tanto tiempo, ¿cómo puedo renunciar a ella ahora?

—Me das mucha lástima, Vasil —dijo Sommerstorff—. Efectivamente, nadie te ha dicho quiénes son los padres de esa niña, pero ha llegado el momento de decírtelo, amigo Vasil. Esos padres representan un mundo tan distinto del tuyo que el dolor del labrador Romaniez por la pérdida de su hija adoptiva no significará nada ante su empeño en recobrar a la pequeña. Aquí sufren también otras personas, unas personas muy superiores a ti puesto que se ha requerido la intervención del Gobierno o la Corte para satisfacerlas.

—¿La Corte? Entonces, ¿quién es usted, señor?

—Soy el conde Sommerstorff. Se me ha encomendado que me haga cargo de Marusia Romaniez y la lleve a Varsovia.

—¿Usted es conde? —clamó Vasil haciendo unos ademanes frenéticos—. ¿Y quiere llevarse a mi niña?

—Exacto —dijo Sommerstorff—. Y debo hacerlo ahora mismo, Vasil.

—¿Ahora mismo, señor? ¿Por qué no me la deja todavía algún tiempo? ¿No comprende cuánto me duele esto?

Sommerstorff manifestó que aquello le resultaba tan desagradable como a él.

—¿Y Marusia? —preguntó el labrador—. ¿Querrá separarse de mí? Ella también me quiere mucho…

—Te olvidará, Vasil. Ése es el mejor final para cualquier amor.

Vasil quedó petrificado con el documento en la mano.

—No puedo dar crédito a lo que me ha dicho usted.

—En el fondo eres un egoísta —opinó Sommerstorff—. No quieres considerar la posibilidad de que tu hija sea quizá feliz… aunque…

Y tras una breve pausa, agregó pensativo:

—Es igualmente posible que no lo sea.

«Estos parajes deben ser muy hermosos en verano —pensó—, cuando el viento agita las flores, cuando las abejas producen miel en ese bosque exuberante. ¿Habrá sido feliz aquí esta muchacha? Debe de haber sido muy feliz. Y en definitiva, ella era su único bien».

Súbitamente Vasil exclamó:

—¿Y quién puede asegurarme que no es usted un vulgar seductor dispuesto a burlarse de mí y de mi pequeña?

—¡Al diablo! —vociferó, nervioso, Sommerstorff—. ¡Esto es demasiado! ¿Acaso tengo la culpa de que no sepas leer ese papelucho?

—Pero ¿qué harán en Varsovia con la muchacha?

—Eso no puedo decírtelo, Vasil. Sea como fuere, tú no volverás a verla más.

—¿Nunca?

—No. No es probable que se te permita verla.

—¡Bah! ¡Yo no respetaré las prohibiciones de nadie! Partiré detrás de ella para Varsovia aunque haya de recorrer a pie mil millas. Seguiré su rastro sin descanso, esperaré en las esquinas bajo la nieve y los vendavales para ver otra vez a mi niña…

—¡Pero yo…! —gritó enfurecido Sommerstorff al ver aproximarse el inevitable drama—. ¡Yo te sacaré del cuerpo esa romántica estupidez, Vasil, viejo asno! ¡Te enviaré de regreso con escolta policial a tu condenado caserío de abejas! ¿No comprendes que te compadezco? ¡Sin embargo, un labrador no debería inmiscuirse en semejantes asuntos!

—¡Ah, señor! —exclamó quejoso Vasil—. ¡Usted es un caballero de verdad!

—Está bien. Ahora ve en busca de Marusia. Yo mismo le diré que debe venir conmigo sin pérdida de tiempo.

—Pero ¿por qué ha de ser inmediatamente, señor? ¿Por qué no me la deja algún tiempo? Un par de días…, un día tan sólo…

—Porque… —dijo Sommerstorff levantándose de nuevo—. Porque debo revelarle algo que le atañe únicamente a ella, algo que no le es permisible divulgar. Si la muchacha se entretuviera aquí, lo sabría pronto toda la aldea. ¿Me entiendes? Anda, ve ahora a buscarla.

Con estas palabras —relata Sommerstorff— puse punto final a la deplorable discusión. Maldije el cometido que me había hecho herir los sentimientos más recónditos de aquel hombre sin la menor defensa posible por su parte. Pues aunque se me hubiera permitido exponerle con detalle los verdaderos motivos de mi gestión, él también lo habría comprendido. Con un gesto que expresaba toda su infelicidad, Vasil dio unos pasos, enarbolando todavía el documento, abrió la puerta y gritó:

—¡Marusia!

—¡Voy! —gritó a su vez la muchacha.

Y entró sin demora en el aposento. Se había cambiado de ropa a toda prisa, posiblemente en mi honor. Ahora vestía un pintoresco traje regional como las campesinas de Volinia, una nube de lienzo blanco bordado en rojo, pañuelo a la cabeza y cintas multicolores. Con sus botas de tacón alto parecía haber ganado estatura, una figura espigada, realmente cautivadora. Se había recogido el pelo bajo un hermoso pañuelo, y la espesa melena parecía una masa vaporosa de seda sobre las pobladas cejas. Vasil la contempló unos instantes y luego se marchó cabizbajo.

—Te has puesto muy guapa, Marusia —dije.

—Sí —repuso ella algo confusa—. Lo he hecho porque usted es un invitado.

—Estás encantadora —insistí—. Y celebro mucho que te hayas cambiado de ropa porque ahora tendrás que venir conmigo.

—¿Irme con usted?

—Sí. Dime, ¿te ha gustado la vida aquí?

Ella no comprendió mi pregunta.

—Quiero decir… —aclaré— que si has sido feliz aquí, en esta aldea.

—¿Feliz?

—Tal vez ni tú misma lo sepas, pero yo supongo que debes de haber sido muy feliz. Y te deseo de todo corazón que en el futuro sigas siéndolo como hasta ahora y, a ser posible, más todavía…

Ella me miró, extrañada de mi tono, y dijo:

—¡Oh! ¡Muchas gracias!

—¿Te gustaría hacer ahora un viaje?

—¿Un viaje?

—Sí. Podríamos ir a caballo hasta la estación. ¿O prefieres que encargue un carruaje?

Ella rechazó inmediatamente mi propuesta, pues, según dijo, sabía sostenerse bien en la silla.

Le respondí que ya me lo había figurado, porque cualquier muchacha polaca sabe cabalgar. Por consiguiente, había traído una montura para ella. ¿Sabía montar a horcajadas?

Sí, pero… ¿Por qué habría de montar? ¿Y con qué destino? Me miró inquieta al hacer estas preguntas.

—Tengo que decirte algo, Marusia —dije—. Pero antes has de darme un beso.

—¿Quiere otro beso?

—Sí, porque me gustas mucho.

—Usted también me gusta —murmuró ella enrojeciendo un poco—. ¡Aunque no veo que sea razón suficiente para seguir besándole sin parar!

—¡Ah! ¿Y por qué no?

Apenas dije esto, la cogí entre mis brazos y le di un beso.

—¡Por Dios! —gritó ella.

—Y ahora pon mucha atención —le advertí—, porque cuando te haya dicho lo que debo decirte, tal vez no podamos seguir besándonos tan a menudo como quisiéramos…

—¡Como quisiera *usted*! —replicó ella riendo.

Le pedí que me escuchara atentamente e inicié mi relato diciéndole que era hija adoptiva, pero que tenía unos padres legítimos a los que no conocía.

—¿Y usted los conoce? —preguntó.

—Sí, los conozco.

—¿De verdad?

—Sí, aunque tu madre legítima murió ya hace algún tiempo.

—¡Ay! —exclamó Marusia—. ¿Ha muerto?

Su tono me dejó entrever claramente que no esperaba nada bueno de mis revelaciones.

—Pero tu padre —dije— vive todavía y quiere tenerte a su lado.

Ella se estremeció y alegó no conocerle en absoluto. ¿A qué venía ese afán repentino por recuperarla? Su padre adoptivo la quería mucho… ¿La querría también tanto su padre legítimo?

Repuse que cabía suponerlo, pues era una muchacha muy bella y todos la querrían en cuanto la vieran.

—¡Bah! —gritó ella—. Quizá me quiera usted también ahora, ¿verdad?

Aunque su pregunta me causó cierta turbación, le respondí:

—Sí.

—¡Vamos, vamos! —se burló—. Usted tiene rápidas respuestas para todo.

Me reí y dije que yo la había conocido mucho antes que ella a mí. Además, sabía cuál era su verdadera identidad y había ido allí para decírselo.

—¡Entonces dígamelo en seguida! —me apremió ansiosa.

Le pedí que me diera antes otro beso.

—¡Dios mío, usted quiere cada vez un beso…! Pero ahora siento tal curiosidad por saber quién soy que se lo daré…

Me rozó levemente con los labios y añadió:

—¡Bueno! ¿Quién soy?

—¿No podrías quererme un poco, Marusia? —dije.

—Un poco, sí —repuso impaciente—. ¡Y ahora dígame de una vez lo que ha venido a decirme!

Me sentí algo ridículo cuando hube de anunciar a aquella joven labriega:

—Tú eres mucho más de lo que probablemente supones. Eres una princesa de la casa real de Sorel.

Primero me miró estupefacta, luego dio una súbita palmada y empezó a reír como si hubiera enloquecido.

—¿Qué sucede ahora? —inquirí.

—¡Qué gracioso es usted, Dios mío! —repuso entre risotadas—. Primero quiere hacerme creer que es un conde, y después intenta burlarse de mí diciéndome que soy una princesa.

Pero como yo mantuviera absoluta seriedad, dejó de reír poco a poco y me miró expectante.

—Pronto podrás comprobar si te he dicho la verdad o no —manifesté imperturbable—. En cualquier caso no hay motivo para reírse… Como te he dicho antes, deseo que seas tan feliz en tu nueva condición como lo has sido hasta ahora. Por razones que no puedes comprender en estos momentos te entregaron a unos labradores de la aldea cuando eras todavía muy niña. Pero ahora yo he venido aquí para llevarte nuevamente a Varsovia.

Ella me preguntó por qué la querían tener sus padres, así de improviso, cuando la habían abandonado en un principio.

Me encogí de hombros y le advertí que ya se enteraría a su debido tiempo. No me habían autorizado para decírselo.

Aunque esas puntualizaciones la desconcertaron no poco, Marusia intentó todavía bromear.

—Entonces, si soy de verdad una princesa —dijo— ¿cómo ha tenido usted la desvergüenza de besarme sabiendo que lo era?

—¡Dios! —exclamé—. También soy yo algo, por lo menos conde.

Pero seguí diciendo que tal vez debiera darle la razón. Entre su familia y la mía había una gran diferencia de rango y me sentí otra vez ridículo mientras explicaba esto con toda seriedad a la lugareña. Así, pues, no sabía si sería bien visto que la amara (¡Dios mío, si hubiese sabido entonces lo *mal* visto que sería!), y quizá se me acusara de ventajista, porque conociéndola todavía como campesina había aprovechado la oportunidad para causarle cierta impresión…

Marusia entendió apenas mis explicaciones. Guardó silencio durante unos instantes y al fin dijo perpleja:

—¡Ah! ¿Y por qué no será bien visto que yo le guste a usted…? Usted también me gusta a mí.

No bien hube oído aquello la estreché entre mis brazos, convencido de que nunca más volverían a darse un apretón de manos el destino y la naturaleza en un juego semejante de coincidencias tan afortunadas: la creación de un ser donde se fundían dos personalidades, una campesina con todo el encanto de una princesa y una princesa con toda la gracia de una campesina.

Sin embargo, ella pareció aturdida, y, librándose súbitamente de mi abrazo, gritó:

—¡Bah, nada de eso es cierto!

—Es la pura verdad —repliqué—. Pero yo casi preferiría que no lo fuera. Porque entonces me acercaría aquí con frecuencia a caballo y ambos nos amaríamos como pueden amarse un conde y una aldeana… Por el contrario, en Varsovia no sé cómo terminará todo esto.

—Entonces, ¿usted ha venido de Varsovia? —preguntó Marusia—. ¡En tal caso sabrá cómo están las cosas allí!

—Sí, por descontado —contesté.

—¡Pese a todo me sigue pareciendo tan ridículo que yo resulte ser una princesa encantada! —exclamó lanzándome una mirada burlona—. Supongo que ahora me instalaré en un palacio, tendré servidumbre y damas, y tal vez mi padre sea el rey de Polonia y yo la Cenicienta.

Le dije que se equivocaba. Su padre era un príncipe extranjero, un simple inmigrante en Polonia. Pero ella misma se enteraría de todo a su tiempo. Por lo pronto debería emprender viaje conmigo.

—¿Ahora mismo? —preguntó palideciendo.

—Sí —respondí—. Tienes que ir cuanto antes a Varsovia.

—¿A Varsovia? —exclamó—. ¿Y qué pasará con mi padre?

—Según las instrucciones recibidas, puedes despedirte de él pero no decirle quién eres.

—¿No? ¿Y cuándo, cuándo volveré aquí?

—Nunca.

—¿Nunca?

—No. Pues a partir de este momento tampoco serás nunca más lo que fuiste.

—¿Y la aldea, la casa, el bosque?

¿Cómo contestar a semejantes preguntas? Me encaminé hacia la puerta y, abriéndola, llamé al labrador:

—¡Puedes entrar ya, Vasil!

El hombre entró cariacontecido apretando todavía entre las manos el fatídico documento.

—¿Lo sabes ya, padre? —preguntó Marusia con ojos llenos de lágrimas.

—¡Quédate conmigo, hija! —gritó él alzando los brazos—. ¡No te alejes de mí!

—Debe hacerlo, Vasil —intervine.

—Pero, señor —se lamentó el hombre—. ¿Es concebible que usted, un aristócrata, quiera hacer tanto daño a un pobre labriego como yo?

Le repetí una vez más que aquello no era culpa mía, pues me estaba limitando a cumplir las instrucciones dictadas por otros, y además en este mundo nuestro no había ya cabida para los sentimientos. Luego le insté a despedirse aprisa. En esta época del año oscurecía pronto y yo quería llegar a Druskopol o a Stojanov antes del anochecer.

Él me respondió que Marusia necesitaría hacer un pequeño paquete con sus ropas.

Sentí infinita compasión por aquel hombre que estaba recurriendo a cualquier pretexto para prolongar la presencia del ser que más quería. Pero temiendo no poder soportar más tiempo aquella escena le indiqué que aquel fardo no era necesario porque en lo sucesivo ella vestiría de otra manera muy distinta.

—¡Al menos su devocionario…! —tartamudeó—. Lo tenía de su madre… de mi esposa…

Mientras recogía el abrigo de la chimenea y me lo ponía, le dije dándole la espalda que eso sí podía dárselo. Añadí que se despidieran cuanto antes y no me dificultaran aún más las cosas.

Vasil sacó el devocionario del armario.

—Aquí lo tienes —dijo.

Y dándole un beso se lo entregó murmurando:

—Si madre no hubiese muerto, moriría ahora, en este instante.

—¡Oh, padre! —clamó llorosa la muchacha—. ¡Yo no quiero irme!

—Ve, chiquita, ve —repuso él—. Yo te acogí como un regalo del cielo, y ahora debo dejarte marchar como si nunca hubieras sido mía. Pero te llevas mi corazón… porque siempre fue tuyo. Que Dios te proteja eternamente, procura conservarte saludable, hermosa y buena como lo fuiste siempre. ¡En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo!

Los dos se abrazaron llorando, y yo cogí el tosco abrigo de piel colgado en la puerta y se lo eché por encima a Marusia.

—¡Vamos ya! —dije—. ¡Que lo pases bien, Vasil!

—No llores, Marusia —dijo el hombre—. Y olvídame pronto. Yo, sin embargo, no te olvidaré nunca. ¡Cuídela bien! ¡Y cuídese también *usted*!

—Sí, Vasil —contesté conduciendo a la muchacha hacia la puerta.

—Y diga a todos… —siguió gritando él— ¡que la quieran tanto como la he querido yo!

—Sí, Vasil —dije—. ¡Que lo pase bien!

—¡Padre…! —gritó la muchacha.

Pero yo la hice salir rápidamente. Al volverme vi que Vasil se había quedado inmóvil y estrujaba el documento entre sus manos. Cuando abrimos el portal nos recibieron unos remolinos de nieve. Allí estaba el palafrenero con las tres cabalgaduras, tiritando y con las manos hundidas en los bolsillos.

—¡Vamos, el estribo! —le gritó mientras ayudaba a la sollozante muchacha a ponerse el abrigo.

La hicimos montar sobre el alazán y le ajustamos los estribos. Le cogí el devocionario y lo guardé en el célebre morral inglés. Luego eché una ojeada a la casa, pues temía todavía que el labrador reapareciese de un momento a otro y nos hiciese una nueva escena. Así, pues, escoltados por el palafrenero que había saltado sobre su caballo detrás de nosotros, abandonamos el caserío de las Abejas cuya silueta se fue hundiendo en un torbellino de nieve, infelicidad y lágrimas mientras nuestros caballos remontaban al trote la colina.

Marusia procuraba contener las lágrimas, y yo estuve ocupado todo el camino en darle consuelo. Cuando pusimos nuestras monturas al paso, ella se ladeó en su silla para recostarse sobre mí. Yo le pasé un brazo por la espalda y le acaricié las mejillas.

Aunque dejó escapar todavía algún que otro gemido, me pareció que se estaba tranquilizando. Le pedí que me contara cómo había vivido hasta entonces, y ella me explicó que apenas conocía la comarca, pues había permanecido siempre con sus padres adoptivos en el caserío de las Abejas y se había entretenido ayudando al padre en el cuidado de las colmenas. Cuando le pregunté si había estado enamorada alguna vez me dijo que no sonriendo incluso un poco. No había asistido nunca a los bailes de la aldea porque, según decía su padre, los mozos campesinos no eran para ella ya que algún día se casaría con alguien más distinguido. Apenas mencionó a su padre le sobrecogió nuevamente el dolor de la separación, y pronto las lágrimas humedecieron sus mejillas junto con la nieve.

Recorrimos el último trecho cuando ya había caído por completo la noche y al fin, hacia las siete, nos detuvimos bajo el pórtico de Druskopol. Mierowski se presentó apenas oyó el rumor de cascos y comprobó satisfecho que todos sus caballos aunque cubiertos de barro conservaban las cuatro patas.

—¡Cómo ha diluviado! —vociferó—. ¿Qué me dices? Así, pues, ¿ésta es la aldeana del transporte? ¡Muy bonita! ¿Y cómo se llama? ¿Por qué lloriquea? A propósito, ¿qué tal estuvieron los emparedados?

Yo desmonté presuroso y llevándolo aparte le rogué que se abstuviera de tanto comentario. La pequeña estaba todavía muy conmovida con la despedida de su padre. Y si él tuviera la amabilidad de proporcionarle alojamiento le agradecería que no la enviase abajo, a los aposentos de la servidumbre, sino que le asignara una habitación en la mansión principal donde, por cierto, me gustaría cenar a solas con ella.

—¿Qué significa esto? —inquirió, estupefacto—. ¿Cenar a solas? ¿Desde cuándo se cena con semejantes palurdas?

Le supliqué encarecidamente que no hiciera semejantes observaciones. Él me preguntó por qué cuchicheaba con tono tan solemne.

—Tengo mis razones —contesté—. Se me ha ordenado que trate bien a la muchacha, pero si no estás conforme con esa clase de tratamiento tienes plena libertad para dejamos proseguir nuestro viaje hasta Stojanov donde ya buscaremos una posada para pernoctar.

Él replicó que mi conducta le parecía absurda.

—Absurda o no —repuse—, me está vedado explicártela. Pero el hecho de que yo haya venido desde Varsovia para recoger a esta pequeña debería hacerte comprender que no se trata de una persona ordinaria y que por tanto requiere atenciones especiales.

—Sí —dijo Mierowski—. Aunque celebro mucho esta ocasión de verte, me parece que has cometido una locura haciendo un viaje tan largo para recoger a semejante criatura. Al fin y a la postre alimentarás su impertinencia con tanta solicitud y entonces ella intentará metérsete en el bolsillo. ¿Y qué ha ocurrido con aquel oficio gubernativo sobre el que disparaste antes? ¿Es que ahora se necesitan poderes gubernamentales para llevar una mujer a la cama? Da lástima comprobar cómo marchan las cosas en Polonia…

Y siguió despotricando por el estilo.

Le repuse que el oficio gubernativo tenía su razón de ser.

—Y tú deberías comprender de una vez —añadí, algo impaciente— que cierta personalidad en Varsovia muestra un interés muy particular por mi compañera de viaje. En suma, ella tiene relación con la Corte… Ahora ya lo sabes.

—¡Cómo! —exclamó Mierowski.

—Sí —dije—. Con la Corte. Y como te he dicho, debo hacerle compañía durante la cena, pero sólo porque no he querido sugerirte que la invites a tu mesa, aunque ella tenga perfecto derecho a ese privilegio.

—Perdona —murmuró él—. Pero ¿quién habría imaginado que por estos andurriales viviese secretamente una dama perteneciente a la orden Sternkreuz?

—Corren tiempos extraños, eso es todo —observé.

—Sí, claro. Bueno, entonces mi esposa la invitará a cenar, naturalmente.

—Un momento —dije—. A pesar de todo, esta joven ha pasado la mayor parte de su vida en el campo. Ahora va a la Corte por vez primera y sólo ha tenido contactos muy superficiales con sus círculos. Por

consiguiente, no puedo estar seguro de que tu familia acepte con agrado los modales de la muchacha.

—Está bien —gruñó él sin prestar atención a mis palabras.

Luego se acercó a Marusia y la examinó lleno de curiosidad. Entretanto ella había desmontado y estaba junto a los caballos hurgando en el morral de Mierowski para sacar su devocionario.

Mierowski se inclinó cortésmente y Marusia, confusa, hizo una genuflexión.

—Para mi esposa será un placer —dijo él— tenerla aquí como invitada.

Y volviéndose hacia mí me preguntó en voz baja:

—¿Cuál es su nombre? ¿Qué tratamiento debo darle?

—Llámala simplemente «señorita» —susurré.

Entonces mi amigo nos hizo entrar y Marusia cruzó el umbral mirando al suelo mientras el palafrenero se alejaba por el soportal con las monturas hacia la puerta cochera. Mierowski mantuvo la conversación haciendo diversos comentarios sobre el tiempo y su morral inglés. Marusia le escuchó silenciosa, con los párpados abatidos cuyas largas pestañas sombreaban las mejillas. El conde me hizo disimuladamente un gesto interrogante como preguntando si la muchacha era sordomuda. Luego dijo que yo ocuparía la misma habitación donde había dormido la noche anterior y que se haría caldear otro dormitorio para la señorita. De todas formas, su esposa se presentaría en seguida. ¿Traía algún equipaje la señorita?

—No —repuse yo—. No trae nada.

—Pero, si está empapada —exclamó Mierowski.

Toqué con el codo a Marusia, y entonces ella dijo en voz baja que no estaba empapada, que sólo se había mojado el abrigo de piel.

No obstante, Mierowski sugirió la conveniencia de que cambiara de ropa y afirmó que sería un placer para su esposa prestarle algún vestido.

Intervine para decir que ya me estaban fastidiando demasiado sus calzones de montar. Así, pues, lo mejor sería que la señorita y yo fuésemos a mi habitación donde podríamos preparamos para la cena. Y al captar la mirada dubitativa de Mierowski agregué que mientras yo me cambiase, la señorita miraría por ejemplo hacia la ventana.

Me importaba ante todo no dejar sola a Marusia ni un momento. Por consiguiente, acompañado de la muchacha me encaminé sin más ceremonias hacia mi dormitorio abandonando a Mierowski con su estupefacción. Una vez allí despedí al camarero de éste, que se empeñaba en ayudarme a cambiar de ropa. Cuando nos quedamos solos di un beso a Marusia y le quité el abrigo de piel.

—¿Te gusta esto? —le pregunté—. Verdaderamente no te has mojado. ¿Sientes fatiga?

—No —repuso ella—. No siento el menor cansancio.

—¿Estás triste todavía? —inquirí.

Apenas dicho esto Reaparecieron las lágrimas en los ojos grises, pero yo las borré a besos. Luego la hice sentarse en un monumental sillón rogándole que me disculpara porque ahora debería desnudarme. Coloqué un biombo entre los dos y mientras me quitaba la ropa le hablé sin pausa con el propósito de animarla. Quise hacerla participar de mi súbito buen humor cuando me quité la chalina de Mierowski y ella reaccionó con creciente espontaneidad.

Mientras tiraba de las botas que mostraban gruesos pegotes de fango, le pregunté si no convendría que se limpiara un poco las suyas, puesto que ella no necesitaba mudarse de ropa. Por primera vez en mi vida ordenaba a una princesa que diera lustre a sus botas lo cual no dejaba de causarme cierto desasosiego; pero cuando me disponía a limpiarlas yo mismo, se me ocurrió que, probablemente, ella lo habría hecho siempre por sí sola hasta entonces y decidí abstenerme. Sin embargo, como no encontré un paño a propósito y tampoco quise llamar al sirviente, que se habría extrañado sin duda de esta situación, le arrojé la colcha por encima del biombo indicándole que la utilizara para dar brillo… y ella lo hizo con la mayor naturalidad.

Entretanto me lavé y me vestí otra vez. Después retiré el biombo y dije a Marusia que debería lavarse también las manos. Pero como la viera emprender esa tarea con cierta inexperiencia rústica, le presté ayuda, y mientras ambos jugueteábamos con el agua tibia la oí reír, lo cual me alegró no poco porque eso era señal de que su tristeza empezaba a ceder.

Le advertí que aquello era ya el comienzo de su futura educación, pero que no debía tomar como ejemplo limpiarse las botas con una colcha, pues aquel procedimiento era solamente tolerable en una situación excepcional. Seguí diciendo que habíamos hablado muy poco sobre su nueva posición social, pero que durante nuestro viaje a Varsovia le referiría infinidad de cosas y le daría las primeras instrucciones acerca del comportamiento en sociedad. No obstante, esta noche sería preferible confiar en sus sentimientos naturales… porque al fin y al cabo era una gran dama. Sea como fuere, ello resultaba evidente sin necesidad de darle lecciones especiales. En realidad yo lo había observado ya antes de que ella misma se

apercibiera. Era una muchacha bella y elegante incluso con aquella indumentaria aldeana.

Mientras hablaba, la hice sentarse sobre mis rodillas y le desanudé el pañuelo de la cabeza: su melena corta y alborotada se esparció en rubias guedejas. Cogí un peine del tocador y las desenredé, luego corté con tijeras algunos mechones demasiado largos sobre la nuca. Ella me dejó hacer, y contó que antes había tenido un pelo muy largo, pero cierta vez cayó enferma y se lo cortaron. ¡Y ahora tardaba en crecer! Le dije que eso no sería necesario porque ahora se llevaba melena corta. Yo la llevaría a una peluquería antes de presentarla a su padre, que así éste vería qué hermosa hija tenía.

Cuando Marusia se disponía a hacerme tímidamente algunas preguntas acerca de aquel padre tan misterioso, apareció el sirviente para anunciamos la cena. Ella se deslizó rauda de mi regazo. La invité a comportarse como una dama expresándole mi convencimiento de que todo saldría a la perfección. Su repentina inquietud me dejó entrever que realmente no era una de esas zafias campesinas a las cuales todo parece tenerles sin cuidado, sino una pequeña gran dama.

En la mesa encontramos a Mierowski y a la condesa con sus dos pequeñas, llamadas Kascha y Annina, que ya habían salido por la mañana envueltas en sus pequeños abrigos de boyardo para verme partir a caballo. Murmuré unas palabras convencionales a modo de presentación entre Marusia y la condesa. Ésta contempló a la muchacha con mal disimulado interés y luego me lanzó una mirada de curiosidad. Evidentemente Mierowski había aprovechado el intermedio para referirle las más fantásticas historias sobre el asunto. Levanté una tras otra a las dos pequeñas y les di un beso. Ante mi asombro, Marusia hizo lo propio y dio sendos besos en las mejillas de ambas niñas. Me encantó su naturalidad. Además pareció hacer rápida amistad con las pequeñas, pues cuando nos sentamos a la mesa, Kascha y Annina cambiaron con ella miradas alegres, sumamente afectuosas, y se comportaron sin timidez como si todo fuese lo más natural del mundo. La condesa, que al principio no había sabido cómo conceptuar el atavío campesino de Marusia, contempló la escena agradablemente sorprendida e hizo algunas preguntas a la muchacha. Ésta respondió con modestia, dejando caer los párpados a su manera, es decir, tal como venía haciéndolo desde que llegó a la casa cuando alguien le hablaba. Mierowski no dijo ni palabra. Se limitó a mirar y a maravillarse.

Con la llegada de cada plato Marusia me lanzó ojeadas furtivas para estudiar mis movimientos, y luego los imitó con una mezcla encantadora de candor y aplomo innato. La condesa me dejó entender mediante unos gestos y miradas que aprobaba a mi nueva amiga, pues para ella Marusia era eso, y me felicitaba tácitamente por mi buen gusto.

En resumidas cuentas, durante aquella cena se habló poco, pues todo cuanto querían decirme o más bien preguntarme los Mierowski les estaba vedado en presencia de Marusia. Cuando dio fin el yantar apareció la institutriz de las niñas para llevarlas a la cama, pero ellas no quisieron separarse en modo alguno de Marusia. Por fin yo la miré y dije:

—Tal vez la señorita quiera ir al cuarto de los niños para meter en la cama a estas jovencitas.

Marusia se levantó de un salto, y las niñas, lanzando gritos de júbilo, besaron la mano de sus padres y se fueron arrastrando a la muchacha.

Los demás permanecimos todavía un rato en la mesa guardando absoluto mutismo ante nuestros platos de postre. Evidentemente, los Mierowski pensaron que había llegado el momento de las explicaciones, pero como yo mantenía absoluto silencio limitándome a sonreír un poco para mí, la condesa levantó levemente el mantel con fingida indiferencia —lo cual parecía significar más o menos: «Por favor, ¿qué nos dice usted?»— y los tres pasamos al salón. Sin embargo, allí no pudo contenerse y me dijo:

—¿Tiene usted siempre una vista tan aguda para elegir a las lugareñas? Ésta es encantadora de verdad. Pero, no obstante su pasión por lo primitivo, usted parece disfrutar involucrando al objeto de sus preferencias en situaciones complicadas.

—No creerá, señora, que me he atrevido a traer una labriega a su mesa —repliqué—. Yo lo lamentaría mucho si fuera así. Jamás osaría hacer semejante cosa.

—Confiese que nos está embromando, conde Sommerstorff —dijo ella—. Aunque realmente la amistad que nos une le permite gastarnos tales bromas… al menos aquí en la hacienda y sin más testigos. Espero que venga también a cenar con todas las chicas que se le ocurra elegir en el curso del tiempo.

Su tono, que había sufrido un cambio repentino, me obligó a darle una explicación.

—Usted está empleando unas armas típicamente femeninas para hacerme revelar algo que debería callar —dije—. Según parece, desea averiguarlo porque de lo contrario no se esforzaría tanto por representar el papel de anfitriona ofendida ni describiría su casa como apeadero para mí y mis amigas. Así, pues, me creo obligado por cortesía a revelarle todo cuanto sé sobre este asunto.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó ella—. Se equivoca. Sus aventuras no me interesan lo más mínimo.

—Lo sabrá todo ahora —dije—. Pues, por mucho que se apresure usted a divulgar la noticia en la

sociedad de Lemberg y todas las haciendas circundantes, yo habré llegado ya con la muchacha a Varsovia, y allí, como es bien sabido, el rumor circulará mucho antes de que ella se presente en la Corte… La pequeña es aquella María Sorel de la cual se ha hablado tanto en estos últimos tiempos sin que ella misma ni la opinión pública lo supieran… o mejor dicho, la opinión pública no conocía su paradero. En suma, es la hija de Karl Sorel von Cleve.

Mis anfitriones quedaron petrificados.

—¡No es posible! —exclamó al fin la condesa.

Ella estaba bien informada, porque la historia venía siendo tema de conversación en la sociedad polaca desde hacía mucho tiempo.

Hasta aquí el relato de Sommerstorff. Él era chambelán del príncipe Karl von Cleve, quien —de esto hacía veinte años poco más o menos— contrajo matrimonio morganático con Jane Walters, una opulenta americana. Aquel enlace matrimonial fue tan corto como infortunado porque la «persona» —según denominaba Karl Sorel a su esposa— solicitó el divorcio (al decir de él) «tan pronto como obtuvo el título de princesa», aunque a renglón seguido Sorel hizo anular el matrimonio «para que la persona no deambulara por ahí con su título libre de impuestos…», libre de impuestos hasta cierto punto, ya que la disolución del matrimonio había obedecido a diversas deudas contraídas por el marido y éste no había logrado extraer ningún impuesto o mejor dicho ningún capital a su esposa en el curso del proceso. Entonces Sorel decidió enviar el fruto de aquel enlace, es decir la llamada María Sorel, a Polonia confiándola al cuidado de unos labradores «para que no se la tomara por hija natural en la Corte». Durante el cataclismo revolucionario, la casa Sorel huyó asimismo a Polonia, se refugió en la Corte varsoviana donde vivió malamente sin dinero y obteniendo lo más indispensable para subsistir de la fortuna Sommerstorff cuyo heredero conservaba una gran hacienda en Lorena, pero era todavía una especie de chambelán al servicio de Karl Sorel.

Al morir, Jane Walters cometió una última «villanía», según expresión de su exmarido. Legó toda su fortuna a la hija, María Sorel, aunque no había vuelto a verla nunca más desde la separación. Fue en cierto modo como si hubiera presentido las complicaciones que surgirían más tarde o más temprano. Así, pues, el interés de la casa Cleve por aquella pequeña, de la cual no se sabía siquiera si vivía todavía, se despertó instantáneamente y cobró enorme eminencia. Se intentó celebrar consultas con el notario que se había encargado de confiar la niña a los campesinos polacos. Aunque el hombre había muerto entretanto, aparecieron en su notaría datos sobre el paradero de la muchacha. Por consiguiente, se despachó sin tardanza a Sommerstorff proveyéndosele con una contundente autorización del Gobierno polaco para que recogiera a la muchacha.

El conde y la condesa —sigue diciendo Sommerstorff— conceptuaron como un hecho más sensacional haber sido los primeros en conocer a María Sorel y tenerla ahora incluso bajo su propio techo. Un sirviente salió disparado hacia el cuarto de los niños para rogar a Marusia que reapareciera en el salón, pero poco después regresó él solo y anunció que la «señorita» se había hecho acompañar a su dormitorio y se había encerrado allí con llave. Entonces los anfitriones y él se encaminaron sin demora hacia allá y, efectivamente, encontraron la puerta cerrada. Llamaron repetidas veces rogando a la hermosa invitada que abriera, mas como no hubiera respuesta se retiraron decepcionados aunque sonrientes y optaron por abandonar la empresa aquella noche.

—¡Quién sabe! —dijo la condesa volviéndose hacia Sommerstorff—. Quizá la chica haya tenido buenas razones para encerrarse tan misteriosamente, evitando así desde un principio toda posible polémica entre ella y Sommerstorff respecto a la comunicación de sus puertas. Con todo, aquella huida anticipada parecía ser un signo de debilidad.

Así, pues, se decidió disolver la reunión e irse temprano a la cama. Sin embargo, Sommerstorff permaneció despierto largo rato cavilando sobre el acontecimiento de la puerta cerrada bajo llave. Primero sonrió, pero luego meditó seriamente acerca de su situación porque no se le ocultaba que estaba enamorado de la muchacha, y siendo así, cabía preguntarse si ella le inspiraba un afecto auténtico dejando aparte la fascinación causada por su encanto y linaje. Tras prolongada reflexión decidió que debería atribuir ese enamoramiento, todavía demasiado sentimental, a sus cualidades personales y a su encanto.

Sin embargo, la mañana siguiente —refiere Sommerstorff—, Marusia pareció no querer seguir dando motivos para la prosecución del asedio, pues apenas acababa de vestirme oí llamar a mi puerta y ella apareció, bajando la vista desde luego, pero con una sonrisa casi imperceptible e indeciblemente cautivadora en los carnosos labios, tímida y confiada a un tiempo como parecía ser su estilo. Le reproché el comportamiento de la noche anterior, le dije que a los condes les hubiera gustado mucho charlar con ella, pues la habían encontrado encantadora. Ante mi asombro Marusia respondió sin vacilar y, abriendo mucho los ojos para mirarme, dijo que le bastaba con que yo la encontrara de mi gusto y aprobara su comportamiento. Apenas dicho esto me dio un beso que yo no dejé sin respuesta… ni ella a su vez sin contrarréplica.

Concluido el intercambio de saludos, le dije que primero desayunaríamos y luego nos encaminaríamos hacia la estación. Bajamos, pues, al comedor donde aparecieron casi simultáneamente los condes quienes hicieron toda clase de preguntas a Marusia fingiendo haber olvidado los acontecimientos de la noche anterior. Mierowski le hizo incluso una docena de fotografías, aunque más tarde me comunicó, maldiciendo su mala suerte, que no había salido bien ni una sola porque probablemente las había hecho con poca luz.

Unos minutos después llegó el carruaje. Di las gracias a nuestros anfitriones por su magnífica hospitalidad y Marusia quiso besar la mano de la condesa, pero la Mierovska, entusiasmada con aquel acontecimiento sensacional, la hizo levantarse para besarle ambas mejillas. Bajo el pórtico, adonde nos habían acompañado los Mierowski, encontramos nuevamente a las dos niñas con sus abriguitos de boyardo. Marusia las levantó en vilo y les hizo algunas gracias, de tal forma que las dos querían acompañamos hasta nuestro punto de destino. Se cargó mi equipaje y el propio Mierowski puso el abrigo de piel a Marusia. Ella colocó su devocionario debajo de mis cosas. Por fin nos desearon buen viaje y cuando emprendimos la marcha hubo todavía mucho agitar de brazos durante largo rato.

No llegamos a Lemberg hasta el mediodía, pues nuestro tren correo era de un desquiciamiento inaudito, tanto que la propia Marusia, poco habituada a tales viajes, se mostró impávida. Apenas llegamos allá pregunté cuáles eran los enlaces con Varsovia y se me recomendó el tren que salía a las seis de la tarde. Quise tomar dos camas, pero resultó que no quedaban plazas libres. Por consiguiente, reservé medio departamento de primera clase. Entonces se me ocurrió que podríamos dormir sobre las butacas, y lo cambié por un departamento entero. Marusia, que estaba a mi lado, se horrorizó ante el montón de zlotys en billetes que hube de pagar. En lo referente a comodidades, ella solía adoptar una actitud espartana sumamente cómica.

Me pregunté si nos convendría almorzar en el «Imperial», pero resolví dejarlo estar porque me imaginé los ojos que abrirían algunos conocidos si me vieran en la mesa en compañía de Marusia y tomaran nota de su pintoresca indumentaria. Seguramente pensarían que estaba almorzando con mi ama seca. Por un momento pensé comprarle ropas de calle, pero desistí al considerar lo espectacular y encantador que sería presentarla con su embalaje original en la residencia de Varsovia. Así, pues, decidí tomar un refrigerio con Marusia en un parador pequeño de las afueras. Luego fuimos a una perfumería y le compré un lápiz de labios rojo oscuro. A decir verdad estaba incomparablemente guapa con los labios pintados… con ese alfilerazo apenas insinuado y casi cómico contra la moral campesina. Ella lo celebró jubilosa y se miró en todos los espejos y lunas de escaparates por donde pasamos. No necesitó polvera, pues su tez era de lo más terso y fresco que cabe imaginar.

Como no quise exhibirme con ella por el centro de la ciudad pensé que no sería mala idea llevarla al campo de instrucción militar en los arrabales donde, con un poco de suerte, podríamos ver evolucionar algunos escuadrones de ulanos. Sin embargo, a aquellas horas de la tarde no había ni una mísera cola de caballo y sí tan sólo algunos infantes castigados a ejercitarse en las armas y cuyas figuras cabizbajas ofrecían un lamentable espectáculo.

Sea como fuere, nosotros prolongamos también tanto nuestro paseo por aquel campo de instrucción que, no obstante la mutua atracción, el aburrimiento hizo acto de presencia o al menos yo lo supuse así al preguntarme si Marusia, cuya personalidad era todavía la de una auténtica labriega, no estaría aburriéndose. Resulta difícil definir las causas. En cualquier caso me alegré mucho cuando después de unos cuantos paseos más empezó a atardecer y tuvimos que emprender el regreso hacia la estación. Allí tomamos un té, y luego compré algunas provisiones para el viaje.

Subimos demasiado pronto al tren, pero apenas nos instalamos en aquel departamento excesivamente caldeado, nuestro humor varió por completo. Inopinadamente nos sentimos tan satisfechos como si hubiésemos llegado a una hospedería decorada con un lujo deslumbrante. La pasividad que nos había deprimido pocas horas antes dio paso a una exaltación arrolladora que encendió las mejillas de Marusia cuando la atraje hacia mí. Entusiasmada con mi regalo, se había pintado tanto los labios que me embadurnó

de rojo apenas cambiamos los primeros besos. Ella soltó unas sonoras carcajadas, comentó que mi rostro parecía estar sangrando… y yo me sentí así en más de un aspecto. Limpiamos los manchones rojos y restauramos los labios de Marusia… aunque sólo para destrozar nuestra obra unos instantes después.

Más tarde desempaquetamos nuestra merienda, nos pasamos los bocados uno a otro y los regamos con una botella de coñac. La bebida causó efectos instantáneos en Marusia cuyos ojos empezaron a lanzar destellos. Por fin dijo que no bebería ni una gota más, pues de lo contrario perdería la cabeza. Según aseguró, se sentía ligera como una pluma y al propio tiempo notaba una extraña fatiga. Nos sentamos muy juntos apoyando los pies en las butacas acolchadas de enfrente, nos susurramos unas palabras cariñosas y, finalmente, nuestros labios no volvieron a separarse más.

Más tarde recomendé a Marusia que intentara dormir un rato y arrollando su abrigo se lo puse bajo la nuca. Cuando se tendió, me senté a su lado e inclinándome sobre ella la estreché otra vez entre mis brazos y le dije miles de cosas cariñosas… Al crecer mi apremio no encontré apenas resistencia. En definitiva, cuando llegamos a Varsovia, Marusia no era ya la muchacha que había partido de Lemberg. No percibimos el paso de las horas ni recuperamos los sentidos hasta que la luz matutina se reflejó en los mugrientos cristales del vagón. Poco después divisamos los suburbios de Varsovia.

Cuando pensé que debía llevarla a su padre dentro de pocas horas sentí un gran sobresalto —una sensación que no he conseguido explicarme todavía—, pero al propio tiempo comprendí que no me sería posible hacerlo. Si procedía así, era de esperar con absoluta seguridad que nos separarían inmediatamente, y de repente esa posibilidad me pareció aterradora. Al descubrir la violencia ciega de mi amor por Marusia experimenté un pánico indefinible, pues en vez de sentirme cansado después de aquella agitada noche deseé que aquellas horas nocturnas se prolongaran hasta el infinito, y maldije a aquella repelente luz diurna que iba a separamos cuando nuestros propósitos estaban tan lejos de la sobriedad como si nunca nos hubiésemos besado.

Mientras yo contemplaba con mirada fija las sórdidas casas que desfilaban ante nuestra vista, Marusia me miró absorta, pero sin recelo, sin imaginar nuestra inminente separación. Parecía no dedicar el menor pensamiento a aquel desconocido que nos esperaba en Varsovia y diríase que estaba esperando algún acontecimiento singular que asegurase nuestra futura felicidad. Pensé rápidamente. ¿Hasta dónde podría llegar si me abstuviera de llevarla a su padre y buscara un refugio en Varsovia para los dos? Aunque también consideré la posibilidad de pedir su mano a Karl Sorel tuve la absoluta certeza de que él no me había enviado en su busca para beneficiarme a mí. Sospeché cuáles serían los proyectos familiares respecto a Marusia y su fortuna y presentí que Karl Sorel jamás me la entregaría aunque le confesara lo ocurrido. En cualquier caso me temí una larga e insoportable separación tanto si el pretexto fuese razonable por los contactos con la Corte como premeditado para atajar nuestras relaciones.

No obstante, rechacé inmediatamente la idea de refugiarnos en Varsovia porque aquí se nos descubriría tarde o temprano con toda probabilidad. En definitiva, tampoco se me había ocurrido ni por un instante huir con Marusia y dar esquinazo a la Corte. Sólo quería ganar tiempo hasta encontrar un escape, pues ahora me resultaba inconcebible la separación. Por consiguiente, cuando me dije que lo mejor sería regresar a Lemberg, decidí reemprender nuestro viaje sin tardanza. Apenas tomé esta determinación y se la comuniqué a Marusia, que por cierto la aprobó como si fuera la cosa más natural del mundo, el tren se detuvo en la estación.

El temor súbito de que alguien pudiera haber tenido la fatal ocurrencia de acudir a recibimos me hizo temblar, pero por fortuna no compareció nadie. Me informé inmediatamente sobre la primera salida para Lemberg. Media hora después partiría un tren hacia allá. Quise reservar otra vez un departamento entero, pero se me dijo que no lo había ni entero ni a medias. Por lo tanto, hubimos de conformamos con dos butacas. Tomamos varias tazas de té y pocos minutos después iniciamos el viaje de vuelta en un compartimiento abarrotado.

En presencia de los restantes viajeros cuya curiosidad natural se acrecentó ante la extraña composición de la pareja, nos fue necesario susurrar todo cuanto necesitábamos decimos. Serían las once de la noche cuando llegamos a Lemberg totalmente tiznados y deshechos, pero muy felices de vemos ya tan lejos de Varsovia. Nos encaminamos hacia el «Imperial».

Lemberg no es una ciudad donde un recepcionista de hotel muestre especial asombro cuando un conde y una campesina alquilan juntos un apartamento. Encargué que nos subieran la cena a nuestra habitación y luego fuimos allá sin entretenemos. Apenas echamos una ojeada al espejo soltamos estruendosas carcajadas: teníamos manchas de hollín por todo el rostro y nuestra ropa blanca parecía recién salida de una mina hullera. Me bañé con verdadera furia; Marusia, como era una espartana, logró dominarse más tiempo. No obstante, escudriñó con placer infantil el funcionamiento de las diversas instalaciones que eran para ella

algo inédito.

Cuando estuve listo dije que le había llegado el tumo de bañarse. Al principio, no quiso. Parecía pensar que el baño era sólo para gentes de elevada posición social entre las cuales no se contaba ella. Mientras la bañera se vaciaba y luego la volvíamos a llenar mantuvimos una conversación sumamente extravagante sobre el baño, costumbre higiénica que para ella había significado hasta entonces una simple inmersión en cualquier tina. Y eso porque, según me explicó, su madre adoptiva lo había aprendido como una maravillosa singularidad en casa de la condesa Pipitzka y le había enseñado a hacerlo con frecuencia desde niña, pues, que ella supiera, los demás aldeanos de Korytniza no se habían bañado jamás. Se avergonzó enormemente cuando le ordené que se desvistiera y se metiese en la bañera. Le dije que yo me quedaría fuera si ella prometía llamarme cuando estuviese dentro del agua. Entonces le enseñaría cómo debemos lavamos.

Así, pues, salí. Esperé y esperé en vano. No se oyó llamada alguna. Cansado de tanta espera, entré de improviso y la encontré en el agua, sin arrestos para darme una voz. Mi entrada la aterró tanto que quiso sumergirse como quien se echa una sábana por encima y estuvo a punto de ahogarse. Chilló y suplicó que no me acercara más, pero yo reí y armándome con jabón y cepillo me abalancé sobre ella. Cuando la coloqué bajo la ducha mientras se tapaba los ojos con las manos y el agua arrastraba consigo la espuma de jabón, fue de verdad como si una Afrodita excepcionalmente juvenil surgiese de entre las espumosas olas marinas.

La envolví en una gran toalla de baño y comimos lo que nos habían servido entretanto en el salón. Luego nos acostamos abrazados y pronto quedamos dormidos. No despertamos hasta bien avanzada la mañana del día siguiente.

Marusia pareció haberse aficionado al baño bastante más de lo usual, pues, ante mi asombro, dirigióse sigilosa hacia el cuarto de baño y estuvo tanto tiempo chapoteando y riendo en la bañera que pareció imposible sacarla de allí. Finalmente nos vestimos, y le dije que sería necesario comprarle ropas de calle. Salimos, pero cuando cruzamos el vestíbulo lamenté inmediatamente haber escogido aquel hotel porque me topé al punto con dos conocidos, el señor Von T…, y otro cuyo nombre no recuerdo ahora. Von T… se nos acercó sin perder tiempo e intentó entablar conversación. Entonces le hice una seña disimulada a Marusia indicándole que siguiera adelante como si no fuéramos juntos. Al parecer, T… pescó la señal porque me miró atónito. Cuando quiso saber el motivo de mi presencia en Lemberg, le expliqué que había venido de paso para resolver ciertos asuntos y que además no podía entretenerme. Con estas palabras le dejé plantado y salí presuroso a la calle donde me esperaba Marusia después de haber dado dos o tres vueltas seguidas en la puerta giratoria que era otra novedad para ella.

—Debemos mudarnos de hotel —le dije—. En el «Imperial» encontraremos demasiados conocidos.

Pero primero fuimos a comprar la ropa, e hice que Marusia me siguiera a pocos pasos de distancia para que no pareciéramos marchar juntos en caso de que algún otro nos viera o hablara. Evitamos las calles por las cuales pudieran transitar a aquella hora personas de círculos sociales conocidos y por fin llegamos dando un gran rodeo a unos almacenes y entramos apresuradamente. Allí encargué que vistieran a mi acompañante desde la cabeza hasta los pies… y dije que la muchacha era una nueva doncella de mi esposa. Pero temiendo que eligieran cosas baratas rectifiqué inmediatamente y dije señorita de compañía.

—¡No! —exclamé por último mientras las vendedoras cambiaban sonrisas maliciosas—. No es exactamente una señorita de compañía, sino una prima que viene del campo para hacer compañía a mi mujer.

Las vendedoras parecieron pensar que mi esposa no se alegraría mucho cuando le llevase aquella hermosa acompañante a casa. Poco después llegaron cargadas con inmensas cantidades de ropa interior y vestidos que me parecieron casi sin excepción detestables, sobre todo por la exuberancia de adornos superfluos y el disparatado corte. A todo esto, Marusia y las vendedoras exteriorizaron sus opiniones a favor o en contra. Convencido de que aquello era una filfa, o tal vez porque sintiera bajo mis pies un terreno poco firme, pretexté la necesidad de hacer todavía algunas gestiones y dejé que las mujeres resolvieran por sí solas sus propios asuntos. Me encaminé hacia Correos y allí telegrafié a mi Banco de Varsovia pidiendo fondos. Cuando regresé llegamos a un acuerdo razonable sobre un traje de chaqueta, un vestido de noche y otro de tarde. Marusia entró en un probador y poco después reapareció vestida como una ciudadana cualquiera. No pude decir que me gustara especialmente con aquellas ropas flamantes; observé ciertas anomalías, pero me fue imposible precisar dónde estribaba el defecto. Finalmente le compré también un abrigo de pieles y pedí que enviaran las cosas restantes a la dirección de un pequeño hotel en las cercanías

del Teatro.

Luego nos dirigimos a una peluquería donde se quedó Marusia. Yo volví al «Imperial», encargué que embalaran mis maletas y las llevaran a la nueva dirección dejando recado de que nosotros pasaríamos por la tarde.

Después recogí a Marusia en la peluquería. Su nuevo peinado —debo admitirlo— me satisfizo más que los trajes. Se trataba de un famoso peluquero en la Carola Ludovica. Le pregunté a Marusia cómo se encontraba con su ropa nueva y ella me respondió que las ligas le apretaban horriblemente. Tuvo incluso la franqueza de decirme que esperaba con ansiedad el momento de poder quitarse aquellos trapos.

—Antes necesitamos comer algo —repliqué riendo.

Bajamos por la Carola Ludovica y en el camino nos cruzamos con dos conocidos que nos saludaron. Les devolví el saludo simulando cierta distracción. Entonces recordé un pequeño restaurante donde podríamos comer bien, y tuve la audacia de dar media vuelta y marchar otra vez cuesta arriba por la Carola Ludovica. No obstante, comprendí que en lo sucesivo nos convendría mostrarnos lo menos posible por las calles y determiné atenerme a esa regla.

Almorzamos con extraordinario apetito y luego, ligeramente achispados, nos encaminamos hacia nuestro nuevo hotel. Pero allí nos encontramos con una desagradable sorpresa. No había apartamentos y el moblaje era tan sórdido como si lo hubiese utilizado el cometa de Säckingen. Alquilamos, pues, dos habitaciones contiguas con puerta de comunicación. Desgraciadamente, el único baño existente estaba al final del pasillo, y Marusia expresó un profundo descontentó al ver aquella distancia. Encontramos ya allí los artículos de tocador que le había comprado en el camino, así como mi equipaje y el paquete de los almacenes. Colocamos cada cosa en su sitio y, una vez instalados, pasamos la tarde como suelen hacerlo los enamorados.

Pasé revista mentalmente a los locales en los que correríamos peligro de tropezar con amigos y que, por tanto, convendría descartar. Sólo restaron para nuestro entretenimiento vespertino el cinematógrafo y un local nocturno llamado «Americain» adonde acudían exclusivamente mujeres livianas con sus amigos ocasionales.

Lo primero que vi cuando entramos en el «Americain» fue a mi vieja amiga Mascha, la misma con quien había desayunado pocos días antes en Lemberg camino de Stojanov y que ahora ocupaba una mesa en compañía de un caballero desconocido para mí. No supe decirme si convendría mirar hacia allá, pero ella lo solucionó saludándome y yo le respondí con una leve inclinación de cabeza.

Cuando estaba encargando unas bebidas observé que Mascha nos escrutaba curiosa, y muy especialmente a Marusia. Poco después me pasó recado por conducto de un camarero. Nos encontramos en la antesala.

—¿De dónde has sacado esa joven que te acompaña en la mesa? —inquirió.

—Será preferible que me digas quién es ese individuo tan poco simpático que está sentado contigo —repliqué.

—Es un hombre muy agradable —protestó Mascha—. Se llama Chmielowski.

—Eso me tiene sin cuidado —repuse—. ¿Cómo es que frecuentas este local?

—Tú estás también aquí —observó ella—. Y por añadidura con una mujer que aun siendo muy bonita no sabe comportarse y además va vestida como los propios rayos.

—¿Lo crees así? —pregunté inquieto.

—¡Naturalmente!

—Ya me lo temía —murmuré—. Ese traje de noche es muy poco elegante.

—¿Cómo poco? —repuso airada—. Es un miserable harapo… aunque no pueda decirse lo mismo de la persona que lo lleva. Pero dime, ¿dónde la has encontrado?

—No puedo decírtelo —contesté.

Y entonces se me ocurrió una gran idea. ¿Por qué no hacer de esta Mascha nuestra aliada… hasta cierto grado? Estimé necesario poner a Marusia bajo la dirección de una persona con buen gusto que se encargara de vestirla nuevamente y la enseñara a comportarse en público. Así, pues, dije a Mascha que la muchacha se llamaba Marusia y era algo así como una buena amiga mía si bien me unían con ella otros lazos que ahora no podía revelarle. Verdaderamente Marusia procedía del medio rural y yo le estaría muy agradecido a ella si quisiera prestarle ayuda para desenvolverse en la ciudad y así sucesivamente.

De repente me pareció absurdo entablar semejante relación entre Marusia y aquella cocota, pero mi arrepentimiento fue tardío porque Mascha estaba ya diciendo que me haría muy gustosa aquel favor. ¿Y no convendría comenzar en seguida? ¿Podría ir con Chmielowski a nuestra mesa? Tras un breve titubeo accedí pensando que se había iniciado ya la singular transformación de Marusia.

Cuando regresamos a la sala vi que un desconocido se había detenido ante nuestra mesa y estaba diciendo galanterías a Marusia. Ella enrojecía y palidecía alternativamente, pero al parecer no sabía en absoluto cómo proceder. Entonces me aproximé y respondí en su nombre con unas cuantas palabras bastante menos galantes tras lo cual el sujeto se esfumó. Mientras tanto Mascha y Chmielowski llegaron a nuestra mesa e hicimos las presentaciones obligadas. Chmielowski resultó ser menos desagradable de lo que parecía. Mascha empezó inmediatamente a ocuparse de Marusia. Observé que ambas congeniaban y me pareció que terminarían simpatizando con toda probabilidad. Permanecimos en el «Americain» hasta la una poco más o menos. Hacia esa hora el local empezó a vaciarse porque las casquivanas señoritas que acechaban allí alguna oportunidad, estaban obligadas por el patrón —que les proporcionaba el local— a resistir con sus galanteadores hasta medianoche por lo menos y aligerarles todo lo posible las carteras.

Chmielowski me aburrió considerablemente con su incesante charla. Yo le correspondí con mis respuestas espaciadas y breves, pero en términos generales la velada fue soportable. Cuando partimos, Mascha se había familiarizado por completo con Marusia, y Chmielowski intentaba tratar conmigo en el mismo plano. Mascha y yo llegamos a un acuerdo. Ella nos recogería el día siguiente hacia el mediodía en el hotel y de allí saldríamos todos juntos para atender a las necesidades de Marusia.

—¿Por qué vivís en semejante nido de chinches? —preguntó Mascha—. No me lo explico.

Le contesté que teníamos buenas razones para no buscar un hotel mejor. Chmielowski se interesó por esas razones, pero no obtuvo la menor aclaración.

Mascha dijo que si queríamos ella podría procurarnos un piso amueblado decente y Chmielowski propuso que nos reuniéramos todos otra vez en el «Americain» el día siguiente. Asentí porque no me quedaba otra alternativa, y por fin cada cual se marchó por su camino.

Apenas llegamos al hotel, Marusia corrió hacia el cuarto de baño y abrió los grifos, pero de allí sólo salió agua fría. Le contrarió mucho no poder tomar un baño caliente. Tras una larga polémica con el conserje nocturno conseguí inducirle a encender la caldera. Sin embargo, cuando se calentó el agua, Marusia, que había adquirido una chispa respetable en el «Americain», se quedó dormida en mis brazos. No obstante, hube de despertarla bien pronto porque, para mi consternación, Mascha había estado en lo cierto acerca de las chinches. Aquellas bestezuelas no causaron la menor impresión a Marusia, pero yo aproveché el insólito tormento y mi vela involuntaria para testimoniarle una vez más mi amor. Por fin nos dormimos dejando las luces encendidas. Pues las chinches son auténticas aves nocturnas y sólo se dejan ver a regañadientes en la oscuridad.

¡Basta ya de chinches! La mañana siguiente, Mascha se presentó según lo acordado. Nos dijo que había hecho todas las gestiones necesarias para alquilar un piso cercano a la iglesia de la Trinidad y que podíamos confiar en su buen gusto. Dicho y hecho. Empaquetamos todas nuestras cosas y dejamos encargado que las llevaran al nuevo domicilio.

Después salimos con Marusia y la llevamos directamente a una modista. Mascha seleccionó los vestidos y se los hizo probar a toda prisa. Allí estuvimos los tres hasta el mediodía. Pasamos la tarde en nuestro nuevo piso, y Mascha dio sus primeras lecciones a Marusia sobre la forma de conducirse, para lo cual evolucionó ante nosotros marchando arriba y abajo, sentándose, levantándose otra vez y sonriendo como si alguien le besara la mano. Debo proclamar en honor suyo que se comportó realmente como una dama, y Marusia aprovechó sus enseñanzas con tanto talento natural que quedé maravillado. Al atardecer, Mascha se despidió de nosotros, y hacia las diez nos reunimos nuevamente con ella y Chmielowski en el «Americain».

Sin duda, los días vividos con Marusia en Lemberg fueron los más felices de mi vida. Jamás tuve una amante tan cariñosa como ella ni tan pura… a pesar de su facilidad para aprender todo. Solíamos pasar las veladas con Chmielowski y Mascha. Algunas veces Marusia y yo íbamos al teatro en uno de cuyos palcos nos ocultábamos. Cierta noche, cuando salimos de la ópera —habíamos visto *Manon*— y llegamos al «Americain», Mascha me entregó un periódico plegado mientras esbozaba una sonrisa por demás significativa.

Abrí el diario.

—Aquí —indicó Mascha señalando un suelto.

Leí aterrorizado lo que el periodista comunicaba a sus lectores:

Tal vez se recuerde todavía aquella misteriosa historia sobre cierta hija de Karl Sorel cuya existencia causó verdadera sorpresa y que repentinamente entró en posesión de una herencia americana. Al principio se dudó de tal herencia e incluso se formularon también dudas sobre la hija de Sorel, pero ahora se han filtrado noticias que

evidencian la autenticidad de los hechos. Se ha encomendado al chambelán, conde Sommerstorff, que vaya en busca de la heredera a la aldea donde se la había ocultado. Y aún hay más. Los condes de Mierowski, residentes en Druskopol, pueden jactarse de haber sido los primeros que albergaron bajo su techo al chambelán y su hermosa acompañante, que a pesar de su indumentaria campesina parece irradiar tanto encanto como si llevara galas cortesanas.

La lectura de estas líneas me consternó. Maldije la charlatanería de la Mierowska, pues sólo ella pudo haber difundido el rumor. Mascha nos miraba curiosa, tan pronto a mí como a Marusia, y Chmielowski no comprendió nada de la escena, aunque por esa misma razón su interés se acrecentó. Intentó apoderarse disimuladamente del periódico que yo había dejado sobre la mesa, pero se lo arranqué de las manos. Marusia me miró atónita, con expresión interrogante. No pude pronunciar ni palabra, aun cuando si hubiera podido tampoco lo habría hecho en presencia de Chmielowski. Por fin decidí hacer el pedido al camarero, que seguía esperando pacientemente, y al volverme descubrí que Chmielowski había desaparecido de la mesa.

—Jamás se me habría ocurrido que nuestra Marusia fuese una personalidad tan interesante —dijo Mascha.

Le rogué silencio. Y añadí:

—No puedes imaginar las complicaciones que nos ha creado ese periódico con su indiscreción.

Ella repuso que se las figuraba más o menos. Marusia preguntó aterrada si sucedía algo malo.

—Nada —repuse—, salvo que nuestros días de felicidad están contados.

Y le di el periódico. Mientras ella leía deletreando se me ocurrió ir en busca de Chmielowski.

Me levanté de un salto. ¡Demasiado tarde! Lo encontré en la antesala con otro ejemplar del mismo periódico entre las manos.

Caminé hacia donde estaba cuando él venía ya sonriente a mi encuentro.

—Tranquilícese, querido conde —me dijo—. Puede confiar en mi discreción. Pero tenga la seguridad de que ahora aprecio mucho más todavía haber pasado estas veladas en compañía suya y la de su pareja.

Diciendo esto emprendió el camino hacia la sala y yo le seguí sin saber qué responder. El hombre parecía haberse transformado, pues mientras antes se había comportado con una desagradable deferencia para agradarnos, ahora creía evidentemente que su complicidad le daba derecho a una familiaridad enojosa e incluso a manifestarse sobre el asunto, ya que a su juicio, era oportuno hacer comentarios sobre un acontecimiento tan picante como aquél. Dirigió la palabra casi exclusivamente a Marusia, que le escuchaba inmóvil con la vista baja, e hizo constar cuánto le placía una muchacha que sabía anteponer la felicidad verdadera a una dicha ficticia, que tuviera el valor de enfrentarse con los convencionalismos y así sucesivamente. En suma, el hombre no abandonó ya el tema e hizo gala de un asombroso desenfado. Nosotros casi no hablamos, excepto Mascha que no tomaba la cuestión por lo trágico y personalmente tampoco tenía motivos para hacerlo. En mi fuero interno me hice los más severos reproches por haber permitido que la situación derivara hasta este punto, por no haber dirigido cartas o telegramas aclaratorios a Varsovia exponiendo de forma medianamente plausible las causas que me habían impedido regresar en el acto con Marusia a la Corte. Incluso podría haber aducido que la muchacha no había dado todavía señales de vida o que la familia Romaniez se había trasladado a otra aldea… Pero cuando circulase por Varsovia aquella noticia periodística donde se daba cuenta de nuestra estancia en Druskopol, el padre de Marusia llegaría necesariamente a las conclusiones lógicas. Y esto era en realidad lo que estaba ocurriendo.

Resolví dar por terminada aquella velada tan fastidiosa a pesar de la oposición de Chmielowski. Me puse de pie y rogué a Mascha que pasara por casa el día siguiente. En nuestro piso permanecí cavilando hasta la madrugada mientras Marusia me miraba sin decir palabra. Aunque ella parecía muy entristecida me daba la impresión de que le habían pasado inadvertidos los infinitos escollos de nuestra situación, cosa comprensible puesto que ignoraba cuáles eran las circunstancias en Varsovia. La partida para Varsovia se me antojó de repente casi como una imposibilidad material, pero por otra parte, aunque yo tuviera perfecto derecho a mantenerme alejado de la Corte, no podía decirse lo mismo de Marusia cuyo padre reclamaba a todo trance su presencia. Me importaba muy poco cuanto pudieran murmurar… Sin duda dirían que yo había traicionado la confianza depositada en mí con el rapto de una muchacha absolutamente inexperta a quien no se había informado siquiera sobre su identidad y sus lazos familiares y tampoco me preocupaba el escándalo que sobrevendría inevitablemente. Sólo vi ante mí la separación de una mujer que me inspiraba un amor infinito… Y la separación me parecía ya inminente.

Cuando Mascha compareció el día siguiente, sus consejos tampoco nos llevaron muy lejos. No obstante,

su mera presencia en aquella habitación donde habíamos permanecido mudos durante largo rato —yo meditando y Marusia dando vueltas a los más desconsoladores pensamientos sin quitarme la vista de encima—, consiguió romper el círculo vicioso de mis infructuosas ideas. Y en definitiva, la sugerencia que nos hizo con su acostumbrada frivolidad, me pareció la solución más aceptable. Concretamente dijo que si habíamos de separamos tarde o temprano, deberíamos hacer por lo menos una tentativa para diferir todo lo posible el fatal desenlace de nuestra unión, y no seguir amargando ese corto plazo de vida en común con tenebrosos pensamientos sobre nuestra futura infelicidad. Si en Varsovia se quería algo de nosotros, nos convendría permanecer tranquilamente aquí hasta que vinieran a buscamos.

Mascha consiguió convencemos incluso de que la acompañáramos al «Americain», aunque nos habíamos propuesto no pisar más la calle. Cuando llegamos allá vimos que el temible Chmielowski estaba ya presente. Nos instó sonriente a mantener erguida la barbilla, se comportó con más impertinencia que nunca y, finalmente, se tomó la libertad de sentarse muy cerca de Marusia y hablarle con tono susurrante durante largo rato. Por fin me levanté impaciente y le dije a Marusia que saliera conmigo. Una vez solos le expliqué que no debía tolerar por más tiempo la conducta de Chmielowski. Agregué con excesivo nerviosismo que yo no quería ni debía inmiscuirme, pero que si ella ignoraba cómo reaccionar en tales casos mi obligación era decírselo. Mi entonación severa pareció asustarla. Me miró con los ojos llenos de lágrimas y dando media vuelta sin responderme entró de nuevo en el local.

Las consecuencias de aquella breve escena fueron funestas, pues Marusia, deseando demostrarme evidentemente lo injustos que habían sido mis reproches, cometió la mayor equivocación que darse pueda. Cuando Chmielowski se le acercó otra vez, después de hacer algunas observaciones harto desagradables e irónicas sobre nuestra desaparición y reanudó su murmurante conversación, Marusia se puso de pie solemnemente y le propinó una descomunal bofetada.

Esto produjo la consiguiente sensación. Chmielowski saltó de su silla con los cinco dedos de Marusia marcados en el rostro y Marusia me miró muy satisfecha como si esperara escuchar una gran ovación. Yo intenté todavía remediar las consecuencias, pero en vano. Chmielowski salió enfurecido de la sala, llamó a un camarero y le entregó bruscamente algunos billetes. Tampoco pude alcanzarlo cuando llegué al vestíbulo. El hombre había recogido ya su abrigo y su sombrero y bajaba la escalera a una velocidad vertiginosa. Poco después nosotros abandonamos también el «Americain». Mascha nos acompañó hasta casa. Me guardé mucho de hacer comprender a Marusia que había cometido una enorme equivocación: la de ofender al individuo que con su discreción o indiscreción nos tenía en su poder aunque sólo fuera por unos días. Pedí a Mascha la dirección de Chmielowski y le escribí sin demora una misiva en la que le rogaba que olvidara el penoso incidente considerando la juventud y la inexperiencia de mi compañera. Le supliqué incluso que se reuniera otra vez con nosotros en el «Americain» el día siguiente. Teniendo presente la personalidad del individuo, naturalmente no creí ofenderle proponiendo una nueva reunión en el lugar donde le ocurriera un percance tan ingrato. Por el contrario, pensé que si nos mostráramos juntos los cuatro el día siguiente como si no hubiera ocurrido nada, el hombre se sentiría rehabilitado ante los testigos del incidente.

El día siguiente la propia Mascha se tomó la molestia de visitar a Chmielowski, pero nos dijo que no le había encontrado en casa. Me ocultó (aunque lo confesara más tarde) que el hombre la había echado con cajas destempladas. Llegada la noche fuimos al «Americain» ante la gran expectación de los clientes y allí esperamos en vano la aparición del cuarto comensal. Como Mascha tenía ya noticias sobre la pésima marcha de aquel asunto, se pasó casi todo el rato enumerando diversas razones para demostrar que deberíamos darnos por satisfechos si ello nos había librado de Chmielowski. Por último, tras una larga e infecunda espera abandonamos el local entre los murmullos apagados de la clientela.

Cuando me estaba afeitando en el cuarto de baño la mañana siguiente, oí por la puerta entreabierta un alarido de Marusia, a la que había dejado deambulando en paños menores por el salón, e inmediatamente después una voz masculina exclamando:

—Pero ¡por amor de Dios! ¡Por amor de Dios!

Salí corriendo al salón y me di de bruces con Mierowski que estaba allí plantado, vistiendo una pelliza de gamuza con pasadores, mientras Marusia se escabullía en la habitación contigua.

—¡Por amor de Dios! —repitió Mierowski—. ¡Aquí todavía, cuando hace tanto tiempo que deberías estar en Varsovia! ¡Afeitándote con gran parsimonia en pleno concubinato mientras la Policía te busca por toda Polonia!

—¿Y cómo has llegado aquí? —inquirí.

—¡Dando un inmenso rodeo! —replicó él.

—¡La condesa es de una indiscreción sin igual! —vociferé—. ¡Se propuso divulgarlo y lo hizo sin perder

un instante! ¿Por qué no se lo prohibiste?

—¡Se lo prohibí! —contestó Mierowski—. Pero dejemos en paz a mi mujer. De todos modos se hubiera averiguado. ¡Debes partir sin tardanza para Varsovia!

—¡No pienso hacerlo! —grité desaforadamente.

—¿No piensas hacerlo?

—No. Se me ha aconsejado que permanezca aquí hasta que vengan a buscamos.

—¿Has perdido el juicio? —gritó a su vez Mierowski—. He venido para comunicarte en nombre del prefecto de Lemberg que debes salir inmediatamente hacia Varsovia. Si no lo haces así, la Policía procederá a tu arresto y te hará viajar bajo custodia.

—¿Qué significa eso? —tartamudeé.

—Significa —repuso él gritando todavía— que en Varsovia están sin noticias vuestras desde hace catorce días y que se ha dado orden de deteneros dondequiera os encontréis. Por añadidura, un tal señor Chmielowski presentó anteanoche una denuncia a la Policía revelando vuestro escondite. Además el prefecto de Policía leyó en la Prensa vespertina el artículo referente a vosotros, y como allí se citara mi nombre me telegrafió solicitando ayuda porque no quiere causar sensación con vuestro arresto y cree preferible solucionar el asunto por la vía extraoficial. ¿Lo comprendes ahora? También fue una suerte que mi esposa charlara más de la cuenta, pues si no lo hubiera hecho el prefecto habría ignorado mi amistad contigo y, por consiguiente, habría prescindido de la vía extraoficial. ¿Lo entiendes bien? ¡Fue una verdadera suerte!

Le di las gracias por esa suerte tan inesperada, y añadí que ahora necesitaba terminar con mi afeitado.

Pero él prosiguió impertérrito con su narración. Apenas recibido aquel comunicado, se había presentado en Lemberg para cambiar impresiones con el prefecto y luego se había encaminado al «Imperial». Allí, donde por cierto yo no había firmado en el registro, le comunicaron que me había trasladado al nido de chinches en las cercanías del Teatro, donde a su vez le dieron mi dirección actual. ¿Para qué tanto traslado? Pero ahora él estaba ya aquí y me instaba a partir inmediatamente con Marusia hacia Varsovia. Por fin me llenó de reproches acusándome de haber cometido una tremenda locura.

Le contesté que ya habíamos estado en Varsovia aunque sin salir de la estación, pues desde allí mismo habíamos emprendido el regreso. Y si teníamos que volver a Varsovia, no lo haríamos en modo alguno de noche. Yo prefería salir temprano a la mañana siguiente.

Mierowski profirió algunas maldiciones y dijo que aquel plan debía ser descartado. La partida tenía que ser inmediata.

Le contesté que sus noticias me habían causado enorme desconcierto, que no podía renunciar sin más ni más a la felicidad hallada aquí en Lemberg y que necesitaba un plazo para habituarme a mi desgracia. Mientras le decía todo esto tomé la determinación de huir con Marusia al extranjero.

La tolerante actitud del prefecto respecto a mí, según inferí de sus palabras, me hizo concebir un audaz proyecto. Resolví actuar a espaldas de Mierowski. Por la noche Marusia y yo partiríamos secretamente hacia Viena, vía Cracovia. Le dije, pues, que pondría un telegrama urgente a Varsovia anunciando nuestra partida para mañana temprano, y por la noche estaríamos en Varsovia. Como tenía el convencimiento de que Mierowski no nos perdería de vista mientras permaneciésemos en Lemberg, pensé poder engañarle aplazando nuestra salida para la mañana siguiente, cuando en realidad partiríamos aquella misma noche siguiendo otra dirección y dejando atrás todo nuestro equipaje.

Mierowski caviló unos instantes y dijo que por lo menos debería escribir una nota al prefecto informándole sobre el resultado de nuestra conversación. Mientras la escribía, me reuní con Marusia en el otro aposento y le revelé a toda prisa mi plan. Ella me dio un beso y aseguró que me acompañaría hasta el fin del mundo.

Luego regresamos al salón. Mierowski tuvo el buen sentido de ahorrar a Marusia los anatemas que había lanzado contra mí, pero manifestó, con las debidas disculpas, que estaba dispuesto a no separarse de nosotros ni un segundo. Así, pues, mis conjeturas habían sido acertadas. El hombre ya no confiaba en mí.

Entretanto compareció Mascha. Se la presenté a Mierowski, y después, llevándomela aparte, le referí todo lo ocurrido. Seguidamente propuse que saliéramos a almorzar juntos. Mierowski dio su conformidad. Dejamos el piso y en el camino despachamos la carta de Mierowski. Éste insistió en que yo telegrafiara también a Varsovia.

Terminado el almuerzo y cuando marchábamos ya hacia casa, se me ocurrió iniciar a Mascha en el secreto de nuestra proyectada fuga. Maniobré para que Mierowski se nos adelantara con Marusia, y entonces dije a Mascha que naturalmente no pensaba partir para Varsovia. Mi destino y el de Marusia sería Viena. El tren salía a las siete y media según me habían informado en el restaurante. Ella podría prestarme

un gran servicio si, al atardecer, entretenía a Mierowski media hora para que nosotros pudiésemos abandonar el piso sin ser vistos.

Ella soltó una carcajada y se declaró presta para la acción. Regresamos a aquel piso donde Mierowski organizó la tarde más aburrida e ingrata de nuestra vida. Mascha se esforzó por gustarle, pero con pésimo resultado, pues en un aparte Mierowski me dijo que la encontraba muy bonita y, sin embargo, no podía comprender cómo se me había ocurrido relacionar a Marusia con semejante persona. Por otra parte aquella reunión se le antojaba altamente absurda porque, según su opinión, era una necedad estar allí sentados aguardando a que pasaran las horas. Le pregunté si disfrutaríamos también de su compañía durante la noche. Él me llamó desagradecido, acusándome de ceguera por no ver que la situación le resultaba tan penosa como a mí.

—No obstante —terminó diciendo— permaneceré aquí por tu propio bien. Pasaré la noche en ese diván.

Aquella perspectiva me irritó sobremanera. Hice traer té, licores y bombones. Las horas se deslizaron lentamente. Hacia las siete hice una seña a Mascha. Ésta se dio por enterada y duplicó sus atenciones hacia Mierowski. Transcurridos unos minutos, Marusia y yo nos retiramos al dormitorio como si no quisiéramos perturbar con nuestra presencia los escarceos entre Mierowski y Mascha. Pocos segundos después abandonamos el piso. En la calle nos lanzamos sobre un taxi, marchamos velozmente hacia la estación y subimos al tren de Cracovia. No respiramos hasta que vimos perderse en lontananza los andenes.

Como de costumbre el tren iba repleto. Pasamos media noche en el vagón-restaurante. Entretanto reflexioné sobre la forma de cruzar la frontera, pues aunque yo llevaba pasaporte Marusia no tenía pasaporte ni documento de identidad siquiera. Además, en cuanto a mi pasaporte, era muy probable que me perjudicara en vez de beneficiarme porque presuntamente se habría alertado ya a los puestos fronterizos y la declaración de mi verdadero nombre significaría el inevitable arresto. Decidí procurarme unos pasaportes falsos en Cracovia.

Pero abreviemos esta narración porque no se llegó a tal extremo. Poco antes de entrar en Cracovia hubo una revisión de pasaportes en todo el tren, lo cual era un hecho insólito. Cuando nos pidieron los nuestros, dije al inspector que no los llevábamos. Acto seguido el funcionario me invitó a acompañarle sin provocar escándalo.

Mientras caminábamos por el pasillo, mi guía volvió la cabeza para decirme que yo debía ser Sommerstorff. En la plataforma esperaban dos gendarmes. El funcionario siguió dando explicaciones. Tenía orden de llevarme con mi compañera a Varsovia.

Apenas entramos en Cracovia se nos obligó a tomar sin perder tiempo el tren de Varsovia. Serían las once cuando llegamos a la capital derrengados, mugrientos y en un estado de ánimo en el que alternaba la desesperación con la cólera y la apatía. Durante el camino habíamos cambiado si acaso dos o tres palabras. Solamente cuando Marusia rompió en llanto, yo la consolé estrechándola entre mis brazos y murmurándole palabras cariñosas.

—¡Vamos, Marusia! ¡María Sorel! ¡Chiquitina!

En el gran patio de armas de la residencia, iluminado con unos faroles colgantes zarandeados por el viento, observé que se había retirado el Regimiento de guardia cuyas compañías prestaban servicio allí. En su lugar se alineaban a derecha y a izquierda de la entrada dos escuadrones de ulanos. Las banderolas de sus lanzas tremolaban al viento.

Apenas entramos percibí por los ruidos del exterior que los ulanos se estaban retirando también. Según deduje, habrían relevado provisionalmente a la guardia ordinaria para que ninguno de los centinelas habituales pudiera reconocemos cuando llegásemos con nuestra escolta. En las puertas del cuerpo lateral reservado para los Sorel, observé asimismo la desaparición de la doble guardia, lo cual era inaudito. Cuando el lacayo nos anunció y nos condujo a presencia de Karl Sorel, nuestra escolta se esfumó también.

SEGUNDA PARTE

El lacayo —sigue relatando Sommerstorff— se acercó al sillón donde estaba sentado Sorel para prestarle ayuda, pues el príncipe estaba ya tan decrépito que apenas podía moverse si no le auxiliaba alguien.

Sostenido por el sirviente, Sorel se levantó y al erguirse abrió los brazos casi con timidez. Marusia dio primero unos pasos vacilantes con tanta levedad que no la oí, y luego corrió hacia aquellos brazos abiertos. El anciano la oprimió contra sí y le besó en la boca mientras murmuraba algunas palabras en un polaco rudimentario que no logré entender. Entonces miró hacia mí y me pidió en francés que informara a la princesa sobre sus escasos conocimientos de polaco y lengua rutena lo cual le impedía expresarse con fluidez. Así, pues, yo debería traducir y decirle cuánto le alegraba que el destino les hubiera unido de nuevo. Dichas estas palabras se dejó caer en la poltrona e hizo sentarse a Marusia sobre sus rodillas. El criado cogió mi abrigo. Pregunté a Sorel si quería que le dejara solo con la princesa. Pero él me rogó que tomara asiento, y hablando unas veces en polaco y otras en francés —en este último caso se requirió mi actuación como intérprete— hizo preguntas a Marusia sobre su vida anterior, sobre la aldea y sus padres adoptivos. La retuvo sobre sus rodillas como si fuera una niña.

Pese a la increíble situación en que nos hallábamos todos, Marusia le abrió su corazón como una auténtica hija. Sorel le dijo que, como padre, estaba en deuda con ella y así lo reconocía, pero le suplicó que reflexionara sobre las singulares circunstancias de su nacimiento, acerca de lo cual sabría ya algo por mí, y sobre las peculiaridades de la vida cortesana que le eran desconocidas aunque ahora se familiarizaría con ellas, y así sucesivamente. Además las personas de su rango debían supeditar siempre la vida privada a las necesidades externas. Él mismo había sufrido con la ausencia de Marusia más que ella, y mientras tanto su hija en la distante aldea no le conocía siquiera.

Yo estaba sobre ascuas, pues sabía que tarde o temprano se plantearía la cuestión de nuestra desaparición de dos semanas. Sin embargo, no se había mencionado nada todavía cuando entró la condesa Tiefenbach. Sorel pidió a Marusia que la saludara y abrazara porque la condesa sería para ella algo así como una dama de honor y, por lo pronto, se encargaría de perfeccionar su educación. Mientras la condesa cambiaba unas palabras con la muchacha, yo dije a Sorel en francés:

—Como podrá ver Vuestra Alteza, estoy dispuesto a aceptar todas las consecuencias de lo ocurrido.

Él me miró estupefacto y respondió:

—¿De qué estás hablando, Sommerstorff? ¿Cuáles son esas consecuencias? ¿Acaso ha ocurrido algo? Que yo sepa no ha pasado nada…

—Perdón —dije—. Comprendo que Vuestra Alteza encuentre tan doloroso como yo hablar de eso…

—No veo aquí nada doloroso —replicó con sequedad—. Te pedí que recogieras a mi hija y tú has cumplido esa misión de una forma que sólo puede ser satisfactoria para mí. Por añadidura, has conseguido inculcar un poco de buenos modales a la princesa en el corto viaje hasta aquí. En verdad te lo agradezco mucho, pero de eso a las consecuencias que pretendes extraer hay gran distancia y, naturalmente, no me parece pertinente un diálogo de tal índole.

Así, pues, fingiendo absoluta ignorancia respecto a lo acaecido en las dos últimas semanas, Sorel atajó todo cuanto pudiera haberse dicho sobre el tema. Luego sugirió que fuéramos a cenar.

Hasta aquí la versión de Sommerstorff. Es difícil describir su disposición de ánimo y su desconcierto tras las palabras del príncipe. Él no estaba preparado ni mucho menos para afrontar esa actitud de

desconocimiento premeditado e ignoraba cuál debía ser la forma de impugnarla. Se creía obligado a suponer, con mucha razón, que nada le expondría tanto a la pérdida de Marusia como ese desentendimiento ofensivo y burlón respecto a unos hechos que le concernían en grado sumo. Aparentemente Sorel se proponía jugar una partida que a todas luces comenzaba ahora y en la que no se le daría siquiera la oportunidad de participar.

La observación de todo cuanto ocurrió en los días e incluso las semanas siguientes le dio la razón. No se hizo ninguna tentativa para separarlo de la princesa. Se le permitió hablar con ella siempre que quiso y pudo verla en cada comida pues usualmente comieron los cuatro juntos, el príncipe y la princesa, Sommerstorff y la señora Tiefenbach. Por cierto que el príncipe aprovechó cada oportunidad para expresar su sincera admiración a Sommerstorff por la educación que había recibido la princesa en el campo y por la habilidad del propio Sommerstorff para perfeccionar aquella educación, hasta el punto de que a la Tiefenbach no le quedaba casi nada que hacer. Por otra parte pasó en silencio los sucesos intermedios, y Sommerstorff, cuyas conversaciones con gentes de la Corte polaca eran bastante frecuentes, descubrió lleno de estupefacción que, según creían todos, no había resultado nada fácil localizar a la princesa en su aldea de Volinia y que él, Sommerstorff, la había buscado durante algunos días.

Evidentemente, Sorel se había hecho esta composición de lugar. Si intensificaba la resistencia para cerrar el paso al conde, las dificultades que le plantearía Sommerstorff serían todavía mayores. Por tanto, le daría simplemente vía libre respecto a los hechos ocurridos y los que aún podrían ocurrir sin necesidad de dar tres cuartos al pregonero.

Durante los primeros días de su estancia en Varsovia, Sommerstorff se limitó a entrevistarse con Marusia tras las puertas entornadas o a besarla fugazmente en los alféizares más apartados o detrás de las cortinas y en cada caso recibió presurosos testimonios de amor. Mostrándose cada vez más temerario, porque la Tiefenbach, obedeciendo evidentemente órdenes de Sorel, no asediaba ni mucho menos a la muchacha, tuvo largas conversaciones con Marusia y cierta vez se atrevió incluso a deslizarse en su dormitorio, acción audaz que una vez iniciada, se repitió cada noche.

Por consiguiente, la resolución de Sommerstorff —es decir, pedir al príncipe la mano de su hija— quedó pendiente, pues el conde temió que ese paso de consecuencias imprevisibles pusiera fin a aquella situación que, aun siendo secreta y por consiguiente causante de serios temores, también era soportable. Asimismo un sombrío presentimiento paralizó su energía… y por último cabe decir que cualquier hombre en una posición como la suya —posición sólo satisfactoria a medias— suele olvidar fácilmente todos sus designios para modificarla.

Por añadidura, Marusia compartía esa sensación de inseguridad e incluso de temor ante el futuro que experimentaba el conde. Cuando la princesa estaba en compañía de la Tiefenbach, se pasaba la mayor parte del tiempo aprendiendo francés. Pero según había confesado ella misma, la condesa, que por cierto era una dama realmente estrafalaria, prefería sobre todo hacer traducir historias espeluznantes a su alumna durante aquellas lecciones.

La divisoria entre el mundo de los vivos y el de los muertos parecía ser inexistente para la condesa, como suele ser el caso con muchas personas caducas. Según deducía Sommerstorff por las revelaciones de su amante, la Tiefenbach no daba la impresión de creer en cuentos de viejas porque fuera necia, sino más bien porque ya no le bastaban las tres dimensiones normales por así decirlo, y entonces adoptaba ocasionalmente la cuarta magnitud hasta un grado permisible a las personas de su edad y rango. Ella parecía suponer que los espíritus eran algo así como miembros invisibles de la alta sociedad y de la Corte y, por consiguiente, excluía del trato con ellos a las gentes ordinarias, pues sencillamente éstas no sabían comportarse de una forma digna ante los espíritus.

Las familias nobles del medio rural y el conjunto de la Corte se le antojaban comunidades en cuya composición no participaban tan sólo los seres vivientes, sino también un número inconmensurable de difuntos a quienes no veía deambular por el cielo, el infierno o el purgatorio porque, de acuerdo con su mentalidad realista, todos ellos moraban en una residencia bastante indefinible a decir verdad, pero así y todo como convecinos de las inmediaciones terrenas donde merecían el mayor respeto y donde —bien lo sabía Dios— se debía contar con ellos.

Por todas estas razones la Tiefenbach era asimismo muy conservadora en materia de tradiciones y encontraba altamente censurable, por ejemplo, que se derribaran casas antiguas o se transformaran las instalaciones de un parque, pues ello podría perturbar el bienestar de los espíritus cuya omnipresencia no le ofrecía dudas y acarrearles enormes incomodidades e incluso la condición de apátridas. Ahora bien, al contrario de las personas que relatan historias lúgubres y se aterrorizan ante las imágenes de su propia fantasía e incluso creen ver los espectros inventados, ella no sentía ningún temor de los espíritus. Una vez

llegó a confesar que nunca había visto un espíritu.

Sin embargo, Marusia empezó a acobardarse cuando las horripilantes narraciones parecieron seguir un curso sin fin. A pesar suyo se familiarizó con innumerables damas blancas, damas envueltas en pardos velos, novias muertas vagando por los contornos, boyardos removiéndose inquietos en sus sepulturas y perros capaces de husmear el rastro de los espectros. Por otra parte, la equitación le causó un gran temor desde que la Tiefenbach le dijo que cuando uno se sienta sobre la cabalgadura y mira entre sus orejas ve invariablemente al espíritu que se interpone en el camino. Para abreviar, aquellas conversaciones en la residencia invernal polaca cuyas tenebrosas galerías y cuyas salas estaban decoradas con cuernos, cabezas de bisonte y retratos inquietantes, aterraron de tal modo a Marusia que su comportamiento acusó cada vez más nervios. Tanto fue así que la muchacha esperó con creciente ansiedad las visitas de Sommerstorff, según su propia confesión, no sólo por el placer de pasar las noches con él, sino también porque así sentía menos miedo de la oscuridad…

La corte de Cleve, presidida por su nueva princesa, había efectuado una visita oficial al regente de Polonia, que gobernaba el país a falta de un rey, y la Corte polaca le había devuelto la visita a su debido tiempo. Con tal motivo se felicitó a Karl Sorel por aquella hija que verdaderamente tenía un aspecto encantador con sus suntuosas galas, pero tal vez una parte no pequeña de aquellas felicitaciones fuera motivada también por la herencia americana cuya cuantía había comenzado a ser conocida e incluso exagerada.

Sommerstorff recibió de improviso el dinero que había prestado a Karl Sorel y al archiduque de Cleve, Alphonse Sorel, que por cierto no gobernaba ya su feudo. Corrieron rumores de que Alphonse Sorel, que residía a la sazón en España, emprendería muy pronto el regreso. Y, efectivamente, un buen día el hombre apareció acompañado de su ayudante, el señor Von Lang.

Estos hechos inquietaron en grado sumo a Sommerstorff y esta inquietud era justificada como se evidenciaría más tarde. Por lo pronto no se le asignaron los servicios que habían sido de su competencia hasta entonces ni se le informó sobre las diversas empresas de los Cleve, porque el señor Von Lang no asumió únicamente la ayudantía del archiduque, sino también las funciones administrativas de su casa. Pero lo peor fue que Sorel le sorprendió un día con un súbito anuncio: la princesa se había prometido al archiduque.

Sommerstorff acogió con fingida indiferencia aquella noticia, pero tan pronto se despidió del príncipe, corrió como un demente hacia donde estaba Marusia. La encontró llorando a lágrima viva. Su padre le había comunicado que las razones dinásticas exigían su compromiso matrimonial con el archiduque.

Karl Sorel —refiere Sommerstorff— me ganó por la mano. En este sujeto, cuya capacidad política e intelectual no era superior a la de cualquier otro de su rango, se desarrolló una facultad especial, tanto mayor cuanto más se prolongó su inmovilización en el sillón, para forjar planes a largo plazo y esperar con paciencia la maduración de sus proyectos, cosa nada difícil pues contaba con tiempo ilimitado. Asimismo adquirió el arte del disimulo consiguiendo ocultar su maquiavelismo tras una máscara de burda jovialidad o aparente bonachonería. En suma, un intrigante tanto más peligroso por razón de su relativa aunque auténtica tosquedad. Yo sabía que el hombre estaba promoviendo movimientos dinásticos en el extranjero e intentaba encauzarlos a gran escala, para lo cual escribía con lápiz innumerables mensajes y los guardaba en una cartera que tenía siempre sobre las rodillas. Pero a la casa Cleve le faltaba el elemento fundamental para hacer política: el dinero. Ahora bien, ese dinero había llegado ya. Era la fortuna de Marusia. Poco después averigüé que Karl Sorel había asignado la tercera parte de aquella herencia, mediante una simple disposición gubernamental, a Alphonse Sorel, jefe de la casa archiducal. Dicho con otras palabras, había desposeído a la princesa de sus bienes ejerciendo una autoridad que ya no tenía.

Karl Sorel solía visitar el parque zoológico para contemplar desde su coche las bestias salvajes. Pero ocasionalmente se entrevistaba durante esas excursiones con diversos emisarios políticos a los que no recibía en la Corte para mantener en secreto tales conferencias. A decir verdad se comportaba como lo hacen casi todos los miembros de las familias reales destronadas: escribir cartas, leer periódicos y recibir a los descendientes de generales, cortesanos y altos funcionarios ennoblecidos por decreto durante las últimas décadas, para obligarles al agradecimiento y comprobar tarde o temprano… que su incapacidad es absoluta.

Aunque estábamos entrando ya en la primavera, las cacerías de Karl Sorel se multiplicaban y, sin embargo, él me dejaba ahora totalmente al margen mientras que antes había depositado toda su confianza en mí.

Marusia no tenía la menor idea de esas maquinaciones ni de lo ocurrido con su fortuna, lo cual era comprensible. Yo había descubierto demasiado tarde que Sorel nos estaba narcotizando al mostrar tanta liberalidad con su hija y conmigo. Me maldije por no haberle pedido la mano de ella cuando era oportuno. Aunque me la hubiese negado, yo tendría ahora un motivo más plausible para oponerme a sus esponsales con el archiduque, ya que en estos momentos Sorel aparentaba no tener la menor noticia de mis sentimientos a pesar de conocerlos sobradamente.

Una vez pregunté a Marusia si la había cortejado ya el archiduque y me contestó con una rotunda negativa. Sin embargo, agregó que el hombre se desvivía por agasajarla dentro de la mayor cortesía… Pero ¿acaso sabía Marusia cómo interpretar aquella conducta indudablemente interesada?

Por último resolví hablar con Karl Sorel. Me recibió con una expresión irónica, casi imperceptible, que evidentemente era el compendio de su revancha. Aun siendo tan indiscernible, aquello me dolió más que todas sus actitudes precedentes.

—Alteza —dije con cierta teatralidad—, yo he compartido con vos el destino del desterrado. He aguantado a pie firme las adversidades sin apartarme de vuestro lado.

—La cosa no fue tan grave… —repuso Sorel—. Los dos hemos convivido en una época relativamente soportable. Cuando sobrevino el cataclismo nos instalamos en el tren especial para la Corte y vinimos a Varsovia. Aquí sobrellevamos una vida que tampoco ha sido mala, pues más de un ciudadano ordinario nos envidiaría. No obstante, debo agradecerte tu participación en mi destino… y también tu apoyo de carácter financiero. Entretanto el Banco te habrá confirmado que hemos hecho ya efectivo nuestro agradecimiento, en la medida de lo posible, por tu amabilidad.

Con estas palabras dejó saldada su cuenta por todo cuanto yo había hecho por él durante muchos años.

—Eso me tiene sin cuidado —repliqué—. Vuestra Alteza sabe muy bien que me puse a su servicio por puro idealismo. Nunca necesité desempeñar aquel cargo que no estaba siquiera remunerado. Me halagó mucho más poseer la confianza absoluta de Vuestra Alteza. Sin embargo, ahora me veo excluido…

—No lo entiendo así —contestó él.

Evidentemente se sentía muy seguro porque mencionó sin titubeo lo que yo quería ventilar.

—Justamente acabo de participar algo que, según creo, te interesa sobre todas las cosas.

—¿Sabe Vuestra Alteza a ciencia cierta si puede hacerse responsable de esas nupcias que ha decretado con tanta desenvoltura? —pregunté gritando.

—Puedo hacerme responsable como padre de mi hija —respondió.

—¡Pero Vuestra Alteza no sabe si la princesa ama al archiduque!

—¿Lo sabes tú quizás? —inquirió con sarcasmo.

—¡Sé…! —grité—. ¡… Sé que ése no es el caso!

—¡Vamos, no te alteres tanto! —dijo Sorel—. Siéntate, por favor.

Tomé asiento en el borde de una silla y pregunté alarmado:

—¿Acaso tiene Vuestra Alteza algún indicio para suponer que el archiduque haya abordado a la princesa?

—Sí.

—¿Cuál… si me permitís preguntároslo?

—Te lo permito. Le ha hecho la corte.

—¡Eso no significa nada!

—Dime —replicó, satírico, mi interlocutor—. ¿Cuáles son a tu juicio las galanterías que significan algo? Parece que tienes nociones muy concretas sobre ello. Sin embargo, tengo la impresión de que tus métodos no te proporcionarían ningún éxito con mi hija, pues aunque ella haya vivido largo tiempo en la aldea tengo la certeza de que es una gran dama y no le gustan nada las crudezas.

Me desconcertó que él mismo desestimara desdeñosamente la situación de su hija para encolerizarme. Tal vez leyera ese pensamiento en mi expresión, porque se apresuró a agregar:

—Con todo, Marusia no es sólo hija mía sino también de su madre. Así, pues, yo garantizo la mitad de nuestro producto común, pero no el otro cincuenta por ciento burgués. De todos modos, comprenderás… debes saberlo sin duda… que todos los padres aman a sus hijos y que, por tanto, deseo tomar también bajo mi tutela el porcentaje americano, con lo cual no quiero significar el dinero… como observo que te propones decir… ¡Por favor! Sea como fuere, yo veo a mi hija como una princesa de Cleve, una dama que sabe comportarse debidamente en los momentos trascendentales y que se someterá gustosa a esa alianza tan

necesaria dentro de la familia.

—¡Os equivocáis! —aullé—. ¡Cometéis una injusticia con los dos, y además nos colmáis de sarcasmos! ¡Caso de que no lo hayáis notado todavía, os declaro ahora que la princesa y yo nos amamos!

—¡No me digas…! —replicó—. ¡Jamás se me ha ocurrido semejante barbaridad!

—¡Debéis haberlo observado por fuerza!

—No, no… ni hablar. Los dos habéis sabido disimularlo muy bien… Pero aunque me entere ahora con el natural asombro, ya es demasiado tarde. El archiduque se ha enamorado de la princesa, y yo atribuyo el hecho de que no lo haya dicho hasta ahora a su positivo talento. En cualquier caso él tiene prioridad porque me ha revelado sus sentimientos antes que tú. Tal vez piensas que ante todo importa obtener el afecto de la hija y no la aprobación del padre… ¡Claro, claro! Creo que has venido a exponerme el hecho consumado y por esto temo que te hayas asegurado previamente ese afecto…

—¡Dejaos de comedias indignas de vos! —vociferé—. ¿Cómo podéis mencionar unos derechos prioritarios que no sean los de un verdadero amor? ¡Si os oponéis a nuestra unión haréis de vuestra hija y de mí los seres más desgraciados del mundo!

Entonces Sorel cambió de tono repentinamente y repuso:

—Sabes muy bien, Sommerstorff, que durante muchos años he sentido por ti el mayor afecto y que no ha habido ninguna variación en estos últimos meses. Nada me gustaría tanto como verte casado con mi hija… si fuera cuestión solamente de ella. Pero desde que heredó esa fortuna americana ya no es cuestión de sentimientos personales sino de política. El dinero que poseemos ahora nos exige actividad. Cuando un príncipe está facultado para hablar de legitimismo, su propia situación le obliga, no a permanecer como un detentador pasivo de la dignidad legitimadora sino a hacer triunfar su ideología y estampar el sello de su apostolado por el mundo entero. Tanto Alphonse como yo creemos, pues, que no tenemos derecho alguno… salvo el de disponer en ese sentido sobre las personas y la fortuna de nuestra casa dinástica. El matrimonio de la princesa con el archiduque, a quien ella aportará su fortuna, parece preceptivo en el sentido más elevado, y te ruego desistas de tus designios privados por muy dolorosa que te resulte la renuncia.

—Pero… —dije rebatiendo ese discurso apostólico con el cual casi había logrado confundirme—, pero Vuestra Alteza posee ya una tercera parte de la herencia, y yo estoy seguro de que la princesa se prestará a sacrificar el resto, primero para favorecer las intenciones políticas que habéis mencionado y después para comprar su felicidad personal.

—Te equivocas si supones que con eso se solventa el asunto —contestó Sorel—. Olvidas que también he mencionado la presencia de Marusia. Nada desmoraliza tanto al pueblo como ver que su príncipe se desentiende de todo y deserta para favorecer unos intereses personales. No podemos dejamos sobornar con dinero ni tolerar que un miembro de nuestra casa se sustraiga a sus obligaciones personales directas.

Y con estas palabras me despidió.

Hasta aquí el relato de Sommerstorff. Aquella entrevista había tenido el desenlace que él esperaba… y así hubo de confesárselo. Acto seguido participó a la princesa el deplorable resultado.

—Despreciaré a Alphonse de tal modo —aseguró Marusia— que no podrá tener motivo alguno para creer que siento por él el menor afecto.

Sommerstorff le explicó que, desgraciadamente, esto no resolvería nada. El archiduque se fundaba con razón en la táctica de que si no se importuna a una dama y se le da pruebas de la más discreta cortesía exclusivamente, ella no puede tener ningún pretexto razonable para rechazarle o provocar una ruptura. Pero Sommerstorff hubo de admitir que el archiduque estaba logrando matizar con suma habilidad su intachable conducta de tal modo que se trasluciera su amor por Marusia. Era imposible averiguar si la amaba realmente. Sommerstorff lo suponía tan sólo. Pues, ¿acaso era extraño que el hombre se enamorase también de una criatura tan cautivadora como María Sorel? Cabría conjeturar incluso que ella habría correspondido a ese amor si su corazón hubiese estado todavía libre.

Como Alphonse siguiera sin mostrar la menor agresividad, Marusia, animada por el deseo de hacerle ver su desamor, intentó crear situaciones que le permitieran exteriorizar la falta de interés en él. Pero para obrar así sólo contaba con el hecho de que su padre le había participado la intención de hacer celebrar ese matrimonio. El archiduque emprendió un hábil repliegue y entonces Marusia se propasó de forma relativamente fea e indelicada hasta el extremo de pasarle por las narices el tema que deseaba debatir. Por último, desesperada ante su impasibilidad, le ofendió.

Al principio el archiduque intentó pasar por alto aquellas niñerías, pero ella se mostró cada vez más despreciativa, expresó incluso odio contra aquel hombre que no le había hecho ningún daño, que se

desvivía siempre por denotar cuánto le dolían los desprecios de la princesa, que lamentaba los sentimientos de ella y hacía todo lo posible para serle agradable.

La princesa repuso que era inútil hablar de ello.

Entonces el archiduque aludió a las fuertes presiones que se ejercían sobre él.

Marusia contestó que no podía ver la diferencia entre la razón de Estado (como había aprendido recientemente esta expresión, la pronunció con bastante pomposidad) y sus designios personales. Ella no entendía de estas complicaciones.

Con ésas y otras peripecias se desfiguró la imagen que uno debiera haber tenido de Marusia en condiciones normales. Así, pues, cuando la hablaba y la miraba, el archiduque no pudo ocultar por más tiempo en sus ojos el centelleo de la misma antipatía que experimentaba Marusia contra él.

Por añadidura los horrendos relatos de la señora Tiefenbach destrozaron totalmente los nervios de Marusia, bastante descompuestos ya con sus preocupaciones, y Sommerstorff se creyó obligado a reprocharle su peculiar forma de enseñar francés.

Esto le costó caro. Los hombres inspiraban un soberano desprecio a la Tiefenbach y todos se le antojaban (evidentemente por sus experiencias con el difunto conde de Tiefenbach) una especie humana que no servía para nada salvo cometer necedades e imprudencias en un mundo donde todo lo esencial era obra de mujeres. Como distaba mucho de ser una sufragista, parecía sustentar aquel criterio porque los hombres no respondían al ideal que se había forjado de ellos. En su búsqueda del hombre perfecto o mejor dicho del caballero perfecto había retrocedido decepcionada a mitad del camino, y ahora los hombres sólo eran para ella unos versátiles bebedores de coñac y jugadores de naipes, y en los casos más críticos, unos parásitos que no podían vivir sin las mujeres.

Por consiguiente, los únicos espectros con quienes simpatizaba y cuyos hechos hacía traducir preferentemente a Marusia, eran femeninos, mientras que, según ella, los espectros masculinos cometían en el mundo sobrenatural las mismas tonterías que los hombres durante su vida terrena. Ahora bien, esa actitud desdeñosa respecto a la peor mitad de lo sobrenatural no servía ni mucho menos para tranquilizar a Marusia. Sommerstorff la oía gritar en sueños cuando se dormía entre sus brazos, y si estaba despierta se pasaba horas enteras llorando amargamente.

Por otra parte, Marusia no se molestaba en ocultar sus relaciones con Sommerstorff e incluso parecía tener el propósito de hacérselo saber directamente al archiduque. Esta actitud indómita era tanto más ostensible cuanto más se aproximaba la fecha prevista para la proclamación del enlace.

Alphonse Sorel hacía lo único posible en su situación: cerrar los ojos ante aquel comportamiento. Pero se notaba que estaba ofendido y encolerizado. Sommerstorff no sabía con certeza si el archiduque había hablado a Karl Sorel sobre aquella conducta cada vez más llamativa. En definitiva, el conde sólo podía suponerlo, pero columbraba las razones que impedían al príncipe poner rápido remedio. Sin duda la única ventaja de Sommerstorff sobre Karl Sorel era que el príncipe sentía temor del escándalo.

Marusia había alcanzado su objetivo hasta cierto grado. Efectivamente, las conversaciones entre ella y el duque eran cada vez más antagónicas. Sobre todo ella se manifestaba con una hostilidad absoluta, aunque unos instantes después lamentaba haberse conducido de una forma tan poco correcta.

Sin embargo, aquel comportamiento estaba surtiendo poco a poco en el archiduque unos efectos mucho más contundentes de lo que hubiera sospechado ella. En público el hombre lograba dominarse todavía. No obstante, parece que en un banquete donde había bebido más de la cuenta, había gritado a su ayudante Von Lang:

—¡Esa princesa me resulta tan aborrecible como la peste!

Sommerstorff se propuso aprovechar aquel exabrupto para sus propios fines cuando se entrevistase con el príncipe. También se dijo que durante aquella entrevista para la cual se estaba preparando mejor que en la primera debería amenazar al príncipe con el escándalo.

La circunstancia de que el príncipe tampoco le diera beligerancia en el curso de aquella conversación decisiva ni mostrase especial interés por los sentimientos de su hija, fue imputable probablemente a una tendencia suya que se hacía cada vez más aparente en los últimos tiempos: el disfrute de su presunta superioridad sobre los demás.

Así, pues, Sorel escuchó sin alterarse a Sommerstorff cuando éste le refirió la reacción del archiduque durante aquel banquete, y después dijo que no era justo desequilibrar la balanza con los comentarios de un hombre ebrio, máxime cuando la actitud de Marusia respecto al archiduque estaba resultando ya demasiado grosera. Y añadió que por eso la había hecho llamar para reprenderla y que en última instancia los jóvenes

aprenderían a soportarse mutuamente.

Dejándose llevar por una exaltación moderada aunque cada vez más honda, Sommerstorff rogó al príncipe que desistiera de aquel enlace cuyas consecuencias serían sin duda fatídicas. Corrió incluso el riesgo de proponer su renuncia a Marusia con la condición de que por lo menos no se proclamasen los esponsales con el archiduque.

—Tus propuestas llegan como siempre demasiado tarde —dijo Karl Sorel—. Aun cuando yo quisiera retractarme ahora para satisfacer tus deseos, no podría hacerlo, porque se ha fijado ya la fecha de esa proclamación con el consentimiento de la Corte.

—¿Se ha fijado ya? —gritó Sommerstorff.

—Sí —dijo Sorel—. Debes saberlo, aunque nuestros asuntos parezcan preocuparte cada vez menos. Aprovechando la entronización definitiva del regente, se dará a conocer el desposorio de la princesa.

—¿Qué entronización? —aulló Sommerstorff.

Había estado tan ocupado hasta entonces con sus propios asuntos que no tenía noticias de la inminente ceremonia en el Palatinado. Ignoraba que todo estaba ya decidido. Se había optado por implantar definitivamente la Regencia, para lo cual habían influido sin duda las gestiones personales del propio regente y el temor de que no fuera posible asegurar la institución monárquica en Polonia como consecuencia de la presión ejercida desde el extranjero. Por la mañana tendría lugar una función religiosa, y por la tarde, el regente, que estaba emparentado con los monarcas franceses, asistiría a la llamada *Céremonie des Écrouelles*, lo cual, dicho sea de paso, es un privilegio de los reyes auténticos tras su coronación. Por la noche se celebraría un baile de gala en la Corte y allí se anunciarían las nupcias entre el archiduque y la princesa. Desde luego, Sommerstorff había oído algunos rumores acerca del asunto pero no los había creído.

Entonces, en su extremada confusión y amargura, amenazó al príncipe con un escándalo.

—Tú no harás semejante cosa —dijo Karl Sorel que tal vez se había preparado ya para afrontar esa jugada—. Tú sabes que no la harás porque no eres capaz de una acción tan despreciable. Además, sólo conseguirías hacer desgraciada a la princesa sin obtener para ti la menor ventaja. Te lo diré de una vez… Prefiero dejarme decapitar que desistir de ese compromiso.

Y diciendo esto dejó plantado al conde, después de hacerle acompañar por el sirviente hasta la salida. Sommerstorff, convencido finalmente en su fuero interno de que no osaría promover un escándalo, intentó interpelar al propio archiduque para hacerle abandonar sus proyectos matrimoniales. Pero esta conversación fue igualmente infecunda. Es más, Sommerstorff tuvo casi la impresión de que el archiduque codiciaba ahora a la princesa por otras razones no relacionadas con el contrato matrimonial. Sospechó una terrible amenaza, una maquinación todavía indefinible de Alphonse Sorel.

Por la mañana tuvo lugar la solemne ceremonia donde se entronizó definitivamente al Regente. Por cierto, el cardenal le puso el manto real como símbolo de poder, si bien en vez del cetro le entregó una espada… La corona, transportada sobre un cojín de terciopelo por dos niños angelicales, sin que nadie se la hubiese encasquetado todavía, parecía adoptar una actitud expectante por decirlo así.

En la catedral, decorada con tapices y llena de banderas y estandartes cuyas astas formaban un verdadero bosque, se aglomeraba la alta nobleza. Sentada en un sitial estaba la princesa entre Alphonse y Karl Sorel, los dos de pie, aunque este último sostenido por su sirviente. Los Cleve vestían uniforme, así como Sommerstorff y Lang. Aun cuando la princesa tenía una palidez de nardo su belleza era resplandeciente, lo cual hizo percibir a Sommerstorff su pérdida con una claridad más horrible todavía. Además el uniforme, demasiado estrecho, le estaba torturando. Para sus adentros maldecía sin cesar su suerte.

A primeras horas de la tarde se celebró la *Céremonie des Écrouelles*, la curación de los escrofulosos. El día de su coronación, durante el cual estaban en estado de gracia, los monarcas franceses solían hacer milagros y no sólo curaban escrófulas sino otras enfermedades mediante una imposición de manos y unas palabras rituales. El Regente se había declarado dispuesto a curar mediante la imposición de manos a varios millares de enfermos que se habían aglomerado allí.

Los enfermos formaron dos apretadas hileras en una larga alameda de gigantescos árboles desnudos en el parque de la Residencia. Un viento frío arrastró unas nubes sombrías cargadas de lluvia y revolvió los mantos capitulares blancos y áureos del cortejo real.

El Regente, tras cuya figura tremolaban las oriflamas con el tempestuoso vendaval, se aproximó precedido por dos maceros a la doble fila de dolientes. Los oscilantes incensarios del clero despidieron sus

humaredas azuladas y a su alrededor se arremolinó la hojarasca del año anterior.

Como prescribía aquel ceremonial, el capitán de la guardia condujo a cada enfermo ante el Regente, asiéndolo con fuerza, evidentemente para evitar que alguno fingiese estar enfermo al objeto de cometer un atentado contra el milagrero.

El Regente avanzó un paso hacia cada enfermo, le tocó con una mano y murmuró la acostumbrada fórmula: «*Le roí te touche, Dieu te guérisse*». Entretanto, los tambores de la guardia tocaban a rebato para que nadie, excepto Dios, pudiese captar las misteriosas palabras.

Aquel espectáculo donde predominaba lo sobrenatural, satisfizo en grado sumo a la condesa Tiefenbach.

Marchando tras la princesa que asistía a la ceremonia del brazo del archiduque, Sommerstorff sintió un abatimiento total, como si los tambores batieran por sus funerales. El cordón de Atila que adornaba el cuello de su uniforme le desolló casi el gaznate. Pensó en aquella chalina inglesa de Mierowski que le había hecho pasar también un mal rato, y evocó el día en que vio a Marusia por vez primera.

Recordó asimismo a Vasil Romaniez, y el caserío de «Las Abejas» y el cerro de Volinia batido por la lluvia. Mientras tanto avanzaba con paso cansino llevando la piel «atila» y el sable junto con el tahalí como si fueran pesadas cargas o como llevaría cualquier vagabundo su hatillo. Más adelante se cansó de sostener el chacó y lo colgó en la empuñadura del sable, y como el cortejo avanzara con suma lentitud, utilizó el enorme sable a modo de bastón durante las frecuentes paradas. Tanto fue así que la condesa Tiefenbach le dijo con tono desaprobador que parecía estar aburriéndose y saboteando aquella acción taumatúrgica de innegable interés. Al no recibir respuesta, la condesa supuso que estaba borracho.

Él, habituado a la pompa militar y educado en el culto al honor, maldijo de súbito toda la fanfarria hueca que le rodeaba, el disparatado estrépito de armas pesadas y destructivas, la jactanciosa exhibición de rutilantes corazas, el tintineo de las condecoraciones y los oscilantes galones. ¡Cuánto ansiaba poder estar lejos de la Corte, vestido con una indumentaria sencilla, y jugar al juego del amor abrazando a la novia ligera de ropas sobre un lecho de flores y verdeante hierba! Le importaba un ardite que el Regente se arrogase ante sus ojos el poder milagroso del cielo entre los redobles incesantes de tambores. Lloró el malogrado milagro de su amor.

Karl Sorel no había asistido a la ceremonia. Cuando Sommerstorff fue en su busca al atardecer lo encontró como de costumbre en la tenebrosa galería decorada con retratos y monumentales cornamentas, junto al fuego de la chimenea y ante él un velador bien provisto con coñac y cigarrillos.

—¿Te has puesto el frac? —preguntó, sorprendido, el príncipe.

—Sí, Alteza —explicó Sommerstorff—. Me he anticipado para comunicarle que esta noche deberemos acudir con ropa de etiqueta a la fiesta.

—¡De etiqueta! ¿Cómo es eso?

—Evidentemente se ha decidido así por razones políticas.

—¡Ah! ¿Y a qué viene esa decisión? Siéntate, por favor.

Sommerstorff explicó que, al parecer, la Corte polaca, preocupada por la asistencia de todo el cuerpo diplomático extranjero, deseaba que los Cleve no se presentaran vestidos de uniforme.

—¿Lo crees así? —preguntó el príncipe.

—Sí, seguro —contestó Sommerstorff—. Cuando pedí que me explicaran la causa de esa disposición, se me respondió de una manera que traslucía que el viento sopla ahora de improviso contra nosotros. Se me dio a entender que la Corte polaca se ve amenazada por la hostilidad más o menos encubierta del extranjero con motivo de haber acogido como invitados a los Cleve cuyas pretensiones dinásticas son sobradamente conocidas. Se teme que ahora, tras la entronización definitiva del Regente, los países republicanos interpreten nuestra asistencia de uniforme a un baile de la Corte como una provocación, máxime cuando allí estarán presentes todas las Embajadas extranjeras.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó enfurecido Karl Sorel—. Sin embargo, por la mañana nos han permitido llevar el uniforme. ¡La Corte haría mejor prohibiendo la entrada en sus bailes a los diplomáticos extranjeros, pues la mayor parte de ellos no son siquiera presentables en una fiesta semejante!

—Desgraciadamente hoy día —opinó Sommerstorff— los no presentables tienen más importancia que los presentables.

Y tras una breve pausa agregó que, respecto a los presentables, la familia Cleve no debería confiar en un orgullo de casta inclinado como siempre a su favor, sobre todo si los representantes políticos extranjeros no mostraban predilección, políticamente, por los uniformes. Además, estaban a partir un piñón con la extrema izquierda por motivos políticos o comerciales. Y, finalmente, las familias dominantes eran tan ilegítimas, ni más ni menos, como pudiera serlo la familia de cualquier obrero sin trabajo.

El príncipe protestó iracundo… ¿Qué le hacía llegar a semejante conclusión? ¡Desde luego él no había

cometido las torpezas que motivaron el destronamiento de treinta dinastías!

—Sea como fuere —observó Sommerstorff—, Polonia teme provocar ahora ciertas complicaciones de política exterior si se excediera en la protección acordada a vuestra familia, Alteza.

—Si los polacos empiezan a acobardarse —gritó Sorel—, pronto estarán como nosotros.

—La Corte nos ha acogido en su medio. Al fin y al cabo, no podemos pedirle más.

—Yo no soy el cabeza de familia. Pero ¿por qué no se mueve el archiduque? ¿Acaso no se ha enterado siquiera de esto?

—Sí. Sin embargo, Su Alteza se encuentra en una posición tan delicada que no le conviene enemistarse con la Corte por una cuestión tan insignificante como ésta de los uniformes.

—¡Aquí no se trata de uniformes —vociferó el príncipe—, sino de principios! Si Polonia comienza a dejamos caer, terminaremos precipitándonos en un abismo insondable. Por otra parte yo tampoco he dado buen ejemplo sobre lo que debe ser la conducta de un príncipe, eso también es cierto. Primero contraje un matrimonio morganático, luego me arrepentí y abandoné a mi única hija como si fuera una bastarda, dejándola al cuidado de unos campesinos. Más tarde, cuando ella recibió una cuantiosa herencia de su madre, me arrepentí nuevamente y te encomendé que recogieras a la muchacha de aquella aldea. Durante todo ese tiempo perdí los estribos de tal forma, bebí tanto coñac y perseguí tantas faldas que ya no puedo arrastrarme siquiera. Y ahora, para colmo, debo darme la satisfacción de asistir a esa fiesta vestido de frac… ¡Menuda idiotez! ¡Representaremos el papel de pensionistas cuando se anuncien los esponsales…!

Sommerstorff se levantó de un salto y dijo impetuosamente:

—Perdón… Mi presencia aquí no ha tenido sólo por objeto informar a Vuestra Alteza sobre cuestiones de etiqueta… Desde hace varios años os presto servicio como ayudante, Alteza…

—Sí… Ha sido muy amable por tu parte, Sommerstorff…

—… y durante ese tiempo no he perdido ninguna oportunidad para proteger vuestros intereses, Alteza…

—No necesitas decírmelo.

—… y en particular me he creído obligado a manifestar que ese proyectado matrimonio de la princesa me parece un desastre…

—Sin embargo, a este respecto te mueve el interés personal bastante más que tus convicciones, Sommerstorff.

—¡Una cosa no excluye a la otra!

—¿Ya empiezas otra vez, Sommerstorff? Tu boda con mi hija ha quedado descartada definitivamente.

—¡Pero yo la quiero! —gritó el conde.

En aquel preciso instante entró la princesa.

—¡Ah! —exclamó el príncipe volviéndose hacia ella—. Celebro verte porque estábamos hablando de ti. Ahora necesito cambiarme de ropa. Procura distraer mientras tanto al conde.

Y diciendo esto agitó una campanilla.

Después de lanzar una mirada inquisitiva a Sommerstorff, Marusia se acomodó en el brazo del sillón donde estaba sentado Karl Sorel.

—¿Cómo te encuentras, padre? —preguntó.

—Muy bien, gracias —dijo Sorel—. Lo demuestra el hecho de que aún tengo fuerzas para denostar a mi anfitrión.

Y después de una pausa agregó riendo:

—Aunque también debo agradecerlo a unos cuantos vasos de soda.

Marusia cogió la botella de coñac, leyó la etiqueta y la dejó donde estaba.

—Allá en la aldea —murmuró—, los lugareños bebían aguardiente de pera y de enebrinas. Me pregunto cómo seguirán las cosas en la aldea. ¿Vivirá todavía mi padre adoptivo? Siento a menudo el deseo de encontrarme otra vez allí.

—Eso nos vendría de perilla —gruñó Sorel sin poder contenerse mientras entraba el sirviente—. He mandado llamar al mayordomo mayor. Si llegara antes de que yo esté vestido, ruégale unos minutos de paciencia.

El criado levantó al anciano del sillón.

—Hoy nos vestimos de frac —le dijo el príncipe.

Y dirigiéndose a Marusia masculló:

—Es un verdadero milagro que las reglas de etiqueta no te impongan el traje nacional… o asignen el papel de varón a la Tiefenbach. Por cierto, hoy nuestro amigo Sommerstorff está otra vez un poco exaltado. Aunque le he expuesto mis razones con harta claridad, él no acepta ninguna explicación mía. Tal vez consigas tú aclararle la situación.

Dichas estas palabras salió de la estancia. Marusia y Sommerstorff le vieron marchar. Luego se abrazaron y besaron.

—¿Has discutido con él? —preguntó Marusia—. ¿Por qué gritaba tanto?

—No era por tu causa —contestó Sommerstorff—. Ni nuestra causa ni nuestros corazones alteran ya a nadie. Se dispone simplemente de nosotros.

—No puedo más, Ludwig, me siento terriblemente cansada —dijo ella apoyándose sobre el respaldo del sillón—. ¡Ya no tengo fuerzas para oponerme! Se me acosa desde hace meses sin descanso, y desde hace meses espero día tras día a que llegue la noche para reunirme contigo. No puedo hacer ya planes para el futuro. Sólo pienso en los momentos que estás conmigo.

—Pero eso terminará algún día —dijo Sommerstorff—. ¿Acaso no comprendes que tendrá un fin mientras tú sigas haciendo cuanto te dicen los otros?

—¿Por qué razón, Ludwig? —inquirió ella, apática—. Siempre he sido tuya, y ahora ellos quieren que me prometa con otro… Pues bien, les obedeceré, pero como prometida de otro seguiré siendo sólo tuya.

—¡No podrás retractarte jamás de un compromiso oficial! —gritó Sommerstorff—. El archiduque exigirá inmediatamente la bendición nupcial para dentro de dos meses a lo sumo… ¡Ten mucho cuidado!

El sirviente anunció al mayordomo mayor. Según dijo, Su Alteza había ordenado que hiciera esperar allí a Su Excelencia.

Luego, obedeciendo a un gesto de Sommerstorff, hizo entrar al mayordomo mayor y se retiró.

—Buenas tardes, barón Stojanowski —dijo la princesa, que no desperdiciaba ninguna ocasión para pronunciar el nombre del mayordomo mayor porque le recordaba la ciudad de Stojanov.

Stojanowski, vestido con uniforme de gala, hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Su Alteza le ruega que espere aquí unos instantes —dijo Sommerstorff.

—¿Ha comunicado ya a Su Alteza que los caballeros deberán presentarse con traje de etiqueta? —preguntó el mayordomo mayor.

—Sí —respondió el conde—. Por esta razón Su Alteza se retrasará un poco.

—Lamento que se requiera mi presencia tan tarde… —rezongó Stojanowski—. Debo estar en la sala dentro de media hora como máximo. ¿Sabe usted cuál es el asunto que quiere discutir conmigo Su Alteza?

—Por lo visto, se trata de ciertas puntualizaciones sobre la forma de anunciar los esponsales.

—Perdone, pero creo que los caballeros no imaginan ese planteamiento tal como se lo figura la Corte.

—¿Cuál es la diferencia?

En este instante el sirviente anunció a la señora Tiefenbach.

—¿Se ha vestido ya Su Alteza? —gritó Stojanowski al criado.

—No lo creo —terció Sommerstorff—. Puesto que la Corte nos ha privado del segundo sirviente, ahora éste debe anunciar a los visitantes y vestir a Su Alteza simultáneamente.

—Siendo así —replicó colérico el mayordomo mayor—, yo en su lugar contrataría más servidumbre con los recursos propios, pues las premisas financieras para ello están ya presentes y además son de agradecer a los esponsales cuyo anuncio tendrá lugar hoy.

Sommerstorff decidió dar una réplica al impertinente comentario.

—Entonces también sería de agradecer que la Corte nos diera tiempo suficiente para organizarlo todo en vez de aplicar con tanta celeridad sus medidas económicas. Sea como sea, estimo que el ambiente de la Corte ha experimentado un gran cambio respecto a nuestra causa. Ya no soplan vientos propicios para nosotros en Polonia.

—¿Lo cree así, conde Sommerstorff?

El sirviente hizo entrar a la señora Tiefenbach.

—¿No te has vestido todavía, niña? —preguntó ésta a la princesa.

Acto seguido se encaró con el mayordomo mayor:

—Dígame, barón Stojanowski, ¿se debe quizás a usted la idea de que los caballeros deban vestir traje de etiqueta, según he oído decir?

—No —repuso secamente Stojanowski sospechando lo que seguiría—. La idea no ha partido de mí, condesa, pero no acierto a comprender cuál puede ser su interés. ¿Le importa mucho que los caballeros vistan traje de etiqueta o uniforme?

La condesa contraatacó en el acto.

—¡Magnífico anuncio de esponsales con los caballeros luciendo levitas como maestros de escuela!

—Aquí no se ha dicho nada de levitas —arguyó Stojanowski—. Sólo se ha mencionado el frac. Lamento mucho su miopía, condesa. Pero hágame el favor de examinar con sus impertinentes al conde Sommerstorff, por ejemplo, y descubrirá que está muy presentable con frac.

—En cualquier caso —replicó la Tiefenbach—, los caballeros le agradecerán debidamente esa disposición tan artificiosa, barón Stojanowski.

—Tal vez, condesa. De todos modos, deje que los caballeros den las gracias y no se muestre usted agradecida por añadidura.

—Sospecho, barón Stojanowski, que no pretende molestar a los caballeros con la rigurosidad de sus medidas, sino más bien fastidiarme a mí.

—¿En qué sentido, por favor? ¡Me extraña que usted pretenda de pronto figurar como víctima inocente de mi persecución cuando lo más justo sería que yo me sintiera perseguido por usted! ¿A qué obedece esa nueva actitud?

—Muy sencillo. Se me ha destinado al servicio de la princesa y usted parece desear que no me presente allí con caballeros uniformados sino con una horda de paisanos.

—Se lo repetiré una vez más. Por favor, ¿quiere tomar nota de que yo no he inventado la historia del frac? Usted comete una injusticia haciéndome pasar siempre como el maquinador de todo cuanto no le place. Al fin y al cabo no es *su* vestido de baile lo que debe captar mi atención.

—¡Repórtese, barón Stojanowski! —gritó la condesa—. Por cierto, usted tiene fama de no reportarse ante las damas cuando debería hacerlo… y de reportarse cuando no debiera hacerlo.

El mayordomo mayor se disponía ya a decirle que ella jamás tendría el menor motivo para poder afirmar tal cosa, pero el sirviente hizo su aparición y anunció con voz sonora:

—¡Su Alteza!

Sommerstorff y la princesa se habrían reído a carcajada limpia ante la discusión bizantina entre la condesa y el mayordomo si sus mentes no hubiesen estado ocupadas en otras cosas más trascendentales para ellos.

El archiduque entró vistiendo asimismo de frac.

—¿No ha llegado todavía mi primo? —preguntó.

Y volviéndose hacia el mayordomo mayor dijo:

—Lo hemos citado aquí para celebrar una conferencia, barón Stojanowski.

—Sí, Alteza —repuso éste—. Sin embargo, la condesa Tiefenbach parece querer anticiparse a esa entrevista, pues me está hablando de ello con la mayor vehemencia desde hace unos minutos.

—¡Claro está! —saltó la condesa—. Me he permitido esa libertad.

—¡Ah! ¿Se ha permitido esa libertad, condesa? —exclamó extrañado el archiduque—. Está bien. Ahora quisiera celebrar una pequeña conferencia con la princesa… Tal vez los caballeros tengan la amabilidad de dejamos solos unos momentos.

Sommerstorff, el mayordomo mayor, y la señora Tiefenbach hicieron una inclinación y abandonaron la galería.

—Bueno, veamos ahora… —dijo Alphonse volviéndose hacia María—. Yo lamentaría mucho que no hubieras cambiado todavía de actitud respecto al acontecimiento que tendrá lugar hoy.

Y agregó como si dijera algo superfluo:

—Sabes, sin duda, que esta noche quedarás prometida conmigo.

Afectando indiferencia, Marusia cogió con mano temblorosa un cigarrillo de la mesa, lo encendió y repuso:

—Tú sabes también que el día de nuestras nupcias me sentiré aún más desgraciada que esta noche.

Diciendo esto le volvió la espalda y fijó la vista en el fuego.

—Querida María —dijo Alphonse—, no necesitas aprovechar cada vez que me veo obligado a hablarte de un modo convencional para responderme con puerilidades. Sabes muy bien que si todo dependiera de mí yo no te impondría este matrimonio. Más aún, yo mismo me siento tan obligado como tú, es decir, en la escasa medida que tú te sientes obligada. Yo tampoco puedo desear este enlace si te hace desdichada, y aunque te amo sin correspondencia por tu parte me harías el hombre más feliz del mundo si quisieras amarme un poco… o por lo menos no me encontraras desagradable.

La princesa guardó silencio y él continuó:

—De todos modos, me permito pedirte cierta consideración respecto a mi situación. No hay nada tan deprimente como tener que soportar los desaires de una mujer a cada palabra amable que se le dice o cuando uno intenta sacar el mejor partido posible de una situación violenta. Perdóname por decirte esto, pero desde que llegaste de la aldea no me has dado ninguna oportunidad para decirte lo contrario. En suma, te pido la cortesía y la amabilidad propias del círculo social al que perteneces ahora, aunque aparentemente tú no creas formar parte de él. Yo he hecho lo imposible para mostrarme deferente contigo, por ejemplo no he exigido tu inmediata separación de Sommerstorff aun cuando sé exactamente cuáles son vuestras

relaciones. Le he permitido acercarse a ti para que… el placer que encuentras con él compense el desagrado que desgraciadamente te causo yo. Seré aún más franco. He tolerado su presencia junto a ti como recompensa erótica de todo cuanto debes soportar según dices tú. Como puedes ver, tú me has reservado un papel indigno, pero yo lo represento por amor a ti. Solicito solamente deferencia… y cedo todo lo demás, incluidos los sentimientos, al otro, puesto que ahora ya te conozco. ¿Pensabas acaso que yo no sabía nada de vuestras relaciones? Tan sólo me asombra que una mujer como tú, desprovista de una gran imaginación, se muestre tan obsesionada por un hombre como Sommerstorff. Claro que todo enamoramiento comporta ciertos matices de estupidez irritante… En este caso, Sommerstorff se ha beneficiado de una casualidad, trivial como todas las casualidades y ello le permite jactarse de haber sido el primero. ¡Como si no hubiera podido ser cualquier otro! Si hubiese ocurrido así realmente y no quizá de otra forma… es decir, si él hubiese sido realmente el primero…

Marusia arrojó el cigarrillo a la chimenea, y cuando se disponía a replicar, reapareció Karl Sorel vestido de frac, apoyándose en el sirviente y escoltado por todos los demás.

—Buenas tardes, Alphonse —dijo el príncipe—. Perdona que te haya hecho esperar.

—¡Oh, por favor! —exclamó el archiduque—. Tu hija tuvo la gentileza de darme conversación entretanto.

—Condesa —dijo Karl Sorel a la señora Tiefenbach—, tenga la bondad de hacer compañía a mi hija mientras se viste.

—Acompáñeme, niña —ordenó la condesa a Marusia.

Las dos mujeres abandonaron el aposento y también se retiró el sirviente después de sentar al príncipe en su sillón.

—Tomen asiento, caballeros, por favor —dijo Karl Sorel—. Barón Stojanowski, puesto que ha tenido la amabilidad de intervenir en nuestros problemas de etiqueta, ¿quiere decirnos cómo debemos anunciar, a su juicio, los esponsales?

—¡Perdóneme que le interrumpa! —dijo Sommerstorff con gran nerviosismo—. Ahora importa poco saber cuál es la opinión de Su Excelencia sobre los esponsales. ¡Yo opino que esos esponsales no deben celebrarse, y eso es todo!

—¿Cómo, por favor? —exclamó, pasmado, el mayordomo mayor.

La salida de Sommerstorff no hizo reaccionar a ninguno de los dos Sorel.

El conde prosiguió impertérrito:

—He solicitado de Su Alteza en diversas conversaciones privadas que no imponga semejante matrimonio a la princesa. Os suplico atribuyáis mi actitud a la gravedad de las circunstancias si repito ahora mi ruego ante estos caballeros.

—Sommerstorff —dijo tranquilamente el príncipe—, yo no atribuyo tu actitud a nada. ¡Solamente te tengo por un loco! ¿Qué te propones? ¿Provocar un escándalo?

—¡Alteza! —gritó el conde levantándose de un salto—. ¡Vuestro matrimonio fue morganático!

—Ya lo sé —replicó el príncipe—. ¿O crees acaso que estaba borracho cuando me casé?

—¡Por consiguiente —siguió vociferando Sommerstorff—, la princesa no es una esposa de alcurnia para Su Alteza Real! ¡Usted mismo la ha menospreciado tanto que la ha hecho vivir dieciocho años en un caserío sin preocuparse lo más mínimo de ella!

—¡Naturalmente! —se defendió Sorel—. Porque mi esposa solicitó el divorcio tan pronto como fue princesa. Veo que lo tienes bien, aprendido, Sommerstorff… Ahora dirás que debía de haber sido un acierto divorciarse de mí.

—Pero cuando Marusia heredó de su madre, Vuestra Alteza la hizo llamar sin tardanza a la Corte —aulló Sommerstorff.

—¡Claro! —repuso con amargura Karl Sorel—. Cuando «la persona» hizo testamento, especuló solamente con la posibilidad de que ciertas gentes como tú vituperaran mis maniobras acerca de esa herencia… y eso es lo que ha ocurrido en seguida. Sin embargo, yo esperaba que tuvieses suficiente talento para comprender que la recuperación de esa fortuna se hacía con fines dinásticos. Así, pues, cuando se nombró heredera a mi hija, la hice buscar sin demora… desgraciadamente por conducto tuyo. No obstante, me encantó tener una muchacha tan hermosa, ella despertó en mí sentimientos paternales sinceros… ¡Sí, sinceros! Hice gestiones para restituirle su título nobiliario, y ahora me propongo casarla con el pretendiente. ¿Qué más puede desear ella dentro de lo razonable?

—Ella puede desear cualquier cosa excepto eso —puntualizó, irritado, el conde—. Si al principio Su Alteza Real sólo le inspiró indiferencia, ahora, sometida a la presión de vuestro constante alcahueteo, siente verdadera repugnancia por Su Alteza Real…

—Lo siento mucho —dijo el archiduque—. Lamento que mi prometida me tenga tanta antipatía como a usted simpatía, Sommerstorff. Y esa actitud suya tampoco me la hace a mí muy simpática que digamos. Pero aquí debemos prescindir de los sentimientos y sacrificamos a nuestra familia. No se trata de nuestros sentimientos sino de la casa real Sorel.

—¡No! —gritó Sommerstorff—. ¡Se trata de vuestro beneficio material y privado!

—Eso es propio de usted, Sommerstorff —observó el archiduque—. No me extraña que lo crea así. Usted pertenece a esa especie de gente cuya peligrosidad ha superado a la del proletariado desde la revolución. Y la princesa habría tenido el suficiente tacto para adaptarse a esta situación si no se la hubiese embrutecido en la aldea…

—¡Los aldeanos —le interrumpió a gritos el conde— son bastante más nobles que los señores!

—Y si usted, conde Sommerstorff —prosiguió el archiduque—, no hubiese aprovechado los sentimientos primitivos de la princesa para enamorarla y hacerse pasar por su salvador.

—¡Su salvador! ¡La princesa se siente muy desgraciada en la Corte!

—*Usted* es el oportunista, Sommerstorff, pues quiere casarse no con ella, sino con su dinero. Nosotros, en cambio, no queremos más que mantener la dinastía.

—¡Yo tengo suficiente fortuna! ¡Sólo me interesa ella porque la amo!

—¡Y a nosotros nos interesa nuestra Casa! En un caso semejante, usted, como uno de nuestros gentilhombres, debería retirarse por el foro con todas sus historias de amoríos… Eso suponiendo que sea todavía un gentilhombre. ¡Pero según nos parece, usted es un ejemplar de esa nobleza que traiciona a sus príncipes como lo haría el traidor más miserable del pueblo!

Sommerstorff quedó tan consternado que no encontró palabras para responder. Por fin pudo gritar:

—¡Usted no es quién para decirme eso, Alteza! ¡Y parece olvidar que el propio pretendiente debe ser el primer gentilhombre!

—¡No lo olvido! —bramó el archiduque.

—Entonces obre en consecuencia.

—¡Lo haré ahora mismo! —gritó Alphonse—. ¡Le ordeno que abandone inmediatamente la Corte! ¡Ya va siendo hora de depurar mi séquito y separar a gentes como usted!

Sommerstorff se puso tan blanco como la pared. Finalmente logró hablar.

—No sólo le devuelvo mi llave de chambelán, sino que también me inhibo totalmente de este asunto. Pero no creo que la princesa modifique su criterio. Tal vez usted pueda imponerle el matrimonio… ¡pero no podrá conseguir jamás que dejemos de amarnos! Y eso se lo dice ahora, no un aristócrata traidor como usted dice, sino un hombre de su propia sangre.

Y sin decir más abandonó la habitación.

Hubo un largo silencio. Por último el mayordomo mayor murmuró:

—Lamento haber sido testigo involuntario de esta escena exclusivamente familiar.

—¿Qué está diciendo? —gritó Karl Sorel—. ¡Por favor! ¿Pretende incluir a ese demente en la familia? No lo es, aunque como usted ha oído, él quisiera formar parte de ella.

Alphonse se encaró con el príncipe:

—En primer lugar tú no debieras haber permitido que un hombre de tan buena apariencia revelara a una labriega que es princesa. Naturalmente enmarañaste el asunto desde el principio.

En ese momento entró la princesa vestida con un soberbio traje de noche y sobre él una capa de brocado y adornos de piel parda. Las lágrimas nublaban sus ojos.

Se dirigió en línea recta al archiduque.

—Vengo, Alphonse, para decirte una vez más lo que te he repetido sin cesar. ¡Si algún día llego a ser tu esposa ten por seguro que poseerás la mujer más desgraciada del mundo!

—Con esas palabras me haces tan desgraciado como puedas serlo tú —dijo el archiduque.

—No es cierto —repuso ella llorando—. Te deja completamente frío. Sin embargo, quiero suplicártelo por última vez, y si quieres, te lo pediré de rodillas… ¡Renuncia a mí!

—No me es posible, María —dijo Alphonse—. Pero estoy dispuesto a tratarte con el mayor cariño y resarcirte de todos los males que te ha acarreado el destino por mi conducto. Si lo quieres te ofrendaré en el futuro mi vida entera como un sacrificio por la tuya.

—¡Me repugna mortalmente estar viva!

—No puedes hacerme responsable de que tu boda con Sommerstorff sea un imposible.

—¡Pero sí hacerte responsable de mi matrimonio contigo!

—¡Déjate de historias, María! —terció el príncipe—. ¡No se puede navegar con el viento en contra!

—Aunque tú no me ames —dijo Alphonse—, yo te amo demasiado para imponerte esa boda si no me

viera obligado a hacerlo. ¡Créeme si te digo que debo amarte porque las circunstancias me obligan a hacerte desgraciada! Te quiero precisamente porque tú no me amas.

—¡Y yo te odio porque me amas! —replicó la princesa casi chillando—. ¡Intuyo que tu pasión por mí únicamente puede ser un sentimiento repelente, que disfrutas con mi tortura y que tus motivos son viles a más no poder! ¡Te aborrezco como nunca aborrecí a nadie! ¡Te odio! ¡Te odio!

Diciendo esto dio unos pasos vacilantes hacia el balcón y lo abrió de par en par. El viento empujó hacia dentro algunos copos de nieve primaveral.

Karl Sorel titubeó unos instantes. Por fin hizo un ademán de pesar y desdén a un tiempo.

—Procura imaginar que el dilema es muy original —farfulló—. Ya lo dice la canción: *Sometimes I love you / sometimes I hate you / but when I hate you / cause I love you*
it's
…

Luego enmudeció, disgustado consigo mismo.

Entretanto el archiduque, esforzándose por disimular su ira, se acercó a la princesa.

—Escucha —le preguntó—. ¿Sabes que deberás arrostrar las consecuencias de todo cuanto has dicho?

—Sí —repuso la princesa—. Lo sé. Estoy en tus manos. Puedes hacer conmigo lo que gustes. Todo me da igual.

—¡Créeme, te he amado como jamás amé a nadie pero… ahora te odio como nunca he odiado a nadie!

Seguidamente se volvió hacia el mayordomo mayor:

—Bien, Excelencia, ya puede explicarnos cuáles han sido las medidas que ha tomado para anunciar el compromiso.

—¿Desea de verdad que en estos momentos tan difíciles…? —preguntó, vacilante, el mayordomo mayor.

—¡Sí, se lo ruego!

—No faltaba más —dijo Stojanowski—. Primeramente, por cuanto se refiere a las deliberaciones sobre los esponsales en sí, el Regente se ha prestado a facilitarles con este fin un séquito compuesto por palaciegos y militares. Sigo opinando, si me lo permiten, que los esponsales deberían tener lugar en la mayor intimidad. Y esa discusión que acaba de tener lugar corrobora mi opinión.

Hizo una pausa como si esperara alguna observación de uno u otro. Luego prosiguió:

—Sin embargo, puesto que ustedes parecen desear todavía la celebración de una ceremonia pública, la Corte se pondrá a vuestra disposición aunque no de forma oficial, sino sólo extraoficial… por no decir oficiosa. Ello significa exactamente que la boda deberá tener lugar fuera de Varsovia, digamos en alguna aldea. El Regente ha estimado pertinente disponerlo así por las mismas razones que le impulsan a exigir la mayor mesura en el anuncio de esponsales previsto para esta noche… como ya pueden imaginárselo ustedes.

—¿Qué significa eso de una aldea? —exclamó Karl Sorel—. ¿Qué está diciendo usted de una aldea?

—Significa justamente lo que he dicho —replicó el mayordomo mayor—. Si les interesa la asistencia de la Corte, deberán emplear vehículos para alejarse a unas cuantas horas de Varsovia. Dadas nuestras relaciones actuales con el extranjero, nos es imposible asistir oficialmente a unos esponsales dentro de una casa dinástica que es invitada nuestra y que, como todo el mundo sabe, tiene grandes aspiraciones a la recuperación del trono. Por añadidura, el Regente ordenará con toda probabilidad que la boda tenga lugar de noche para que el cortejo no llame la atención durante los viajes de ida y vuelta.

—¡Usted está chiflado! —imprecó Karl Sorel.

—Si lo cree así —replicó ácidamente el mayordomo mayor—, no le sorprenderá que la diga que por lo que se refiere al anuncio de esta noche, la Corte no desea en absoluto una ceremonia oficial.

—¿Eh? —gritó el príncipe—. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir —explicó calmosamente Stojanowski— que como los esponsales deben ser extraoficiales no se anunciará su celebración ante los asistentes al baile.

—¡Ah! ¿Sí? —clamó furibundo el príncipe—. ¿Y cuáles son las razones de semejante determinación?

—Las mismas que nos hacen rogar a los caballeros su comparecencia con traje de etiqueta, dejando a un lado los uniformes. Les suplico no olviden que se hallan bajo el patrocinio extraoficial de la Corte.

—¡Maldita sea! —le apostrofó Karl Sorel—. ¿No será tal vez, querido barón Stojanowski, que las cosas que ha oído le han disgustado y le han inducido a introducir variaciones en el programa por su propia cuenta?

En este instante les llegó por el balcón abierto la estrepitosa movilización de la guardia, primero dos voces de mando: «¡Guardia, a formar!» y «¡Presenten armas!», luego el cornetín de órdenes y dos golpes secos y finalmente otras dos voces tras lo cual comenzó a sonar el toque de generala.

Stojanowski se levantó de un salto.

—Les ruego me disculpen. ¡Empieza la parada! Para terminar quisiera recordarles que las disposiciones que les acabo de comunicar no son una invención mía, parten de la Corte y los caballeros deberán acatarlas.

Hizo una inclinación y se alejó presuroso.

El príncipe hizo sonar con furia la campanilla.

—¡Entonces me ahorraré la asistencia a ese insípido baile! —chilló—. ¡Vuestro compromiso extraoficial será también válido!

El sirviente se presentó.

—¡Adelante! —le ordenó el príncipe—. Llévame a mi habitación y quítame este condenado frac.

El criado le levantó y cuando se disponía a conducirle fuera, Karl se volvió hacia el archiduque:

—Tú irás a esa desabrida fiesta, ¿verdad? Yo no pienso hacerlo ni mucho menos. Prefiero meterme en la cama.

Diciendo esto emprendió la marcha ayudado por el sirviente.

El archiduque permaneció allí todavía unos instantes mirando a la princesa. Luego se encogió de hombros, hizo una leve inclinación y se retiró igualmente.

En la puerta se cruzó con la señora Tiefenbach.

—¿Qué hace ahí, niña? —gritó ésta cuando vio a la princesa petrificada ante el balcón—. ¡Cogerá un resfriado!

Y corriendo hacia su pupila cerró los batientes.

—Estoy desesperada, señora Tiefenbach —balbuceó la princesa—. ¡No puedo explicarle lo desgraciada que soy!

La condesa la condujo hacia un sillón.

—Pero ¿qué le ocurre? —preguntó—. ¿Acaso la han puesto nerviosa esas absurdas disposiciones del mayordomo mayor? ¡Créame si le digo que ese pajarraco de mal agüero hace sufrir a toda la Corte!

—¡He de prometerme con el único hombre a quien odio en esta vida! —gimió Marusia dejándose caer en el sillón.

—¡Vamos, niña! —le consoló la señora Tiefenbach—. Casi todos los hombres son antipáticos. ¿Por qué exceptuar, pues, a un prometido? Usted se habituará al matrimonio. La vida de cualquier mujer casada consiste verdaderamente en convivir con su marido y aprender a soportarlo.

—¡Ay, no! ¡Yo me moriré! ¡Seguro! —sollozó la princesa.

—No lo creo —opinó su interlocutora—. Pues para eso se le debe aparecer todavía la dama blanca que circula por estas galerías. Era una princesa de la Muerte. Pero, aunque se le apareciera, no sería necesariamente un augurio fatal. La señora aparece también para anunciar nacimientos, y en vuestro caso el espectro sólo significaría que al fin habréis hallado la felicidad matrimonial y tendréis hermosos hijos. Ahora tranquilizaos, princesa. Debemos marcharnos.

—¡Yo no puedo! —exclamó María—. ¡Debo tener los ojos enrojecidos!

—Iré a buscar su neceser —propuso la señora Tiefenbach.

Marusia dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—¡No! —murmuró—. ¡No puedo ir a ese baile!

—¡Pero debe hacerlo! —protestó la señora Tiefenbach—. Sin duda le servirá de distracción.

La consoló con unas palmadas afectuosas en el hombro y la contempló durante unos instantes. Luego se alejó. Cuando regresó tras una ausencia de pocos minutos, encontró a la princesa desmayada en el suelo, junto a la mesa.

La señora Tiefenbach pidió auxilio a voz en grito. Acudieron corriendo varias personas y atendieron a la infortunada joven.

Cuando Marusia volvió en sí empezó a delirar y aseguró que había visto a la dama blanca.

TERCERA PARTE

Junto al lecho de Marusia delirante, Sommerstorff intentó en vano hacerse comprender por ella. Por fin desistió y le dijo con tono apremiante que debería marcharse.

—Muy bien hecho —opinó la señora Tiefenbach.

Marusia no le reconoció siquiera. Él dijo a la señora Tiefenbach que eso era consecuencia de sus horripilantes historias. La señora Tiefenbach repuso que eso era consecuencia de sus cuentos amatorios y le exigió que se alejara inmediatamente. Sommerstorff abandonó la residencia a medianoche, llevándose todo su equipaje, y pernoctó en un hotel.

La mañana siguiente averiguó que el desmayo de Marusia había sido causado por el agotamiento, lo cual le tranquilizó un poco. Acto seguido alquiló un piso en la ciudad.

Cuando abrió las numerosas maletas que había llevado, surgieron montañas de ropas recogidas a toda prisa. Rebuscó entre ellas hasta encontrar el «atila» y, sujetando la hebilla arrancó la llave de chambelán prendida a ella.

Apretó durante unos instantes la llave, una pieza dorada de complicados arabescos, y la arrojó sobre la mesa. Luego reanudó la búsqueda y estuvo largo rato revolviendo sus cosas. Por fin sacó un estuche de cuero rojo cuyo tamaño era similar al de una caja de cigarros. Sobre la tapa había una placa con esta inscripción: «Conde Ludwig von Sommerstorff y Maltravers».

Salió a la antesala y llamó a la casera para pedirle la hoja de registro. Allí mismo, sin sentarse, se inscribió con el nombre conde Ludwig Maltravers.

Luego volvió a la sala. Abrió el estuche. Por dentro la tapa estaba forrada de un raso azulado y el fondo era una masa de terciopelo azul marino con una concavidad alargada en el centro.

Sommerstorff colocó allí la llave, cerró el estuche y se lo envió a Alphonse Sorel.

Entretanto recordó que tenía todavía dos condecoraciones de la casa Cleve. Precisamente las había llevado el día anterior. Como las dos tenían cordones para colgarlas del cuello, no estarían en el «atila». Estuvo buscándolas durante largo rato y al fin las descubrió entre la ropa interior. Eran dos cruces, una de oro y esmalte azul y otra de esmalte rojo y blanco. Tras una nueva búsqueda encontró el correspondiente estuche, colocó ambas condecoraciones dentro y las envió asimismo al archiduque.

Luego telefoneó a la señora Tiefenbach como lo había hecho por la mañana. Se puso al aparato Karl Sorel, que podía alcanzar fácilmente el auricular desde su sillón. Al darse cuenta de ello, Sommerstorff colgó sin pronunciar palabra.

Una hora después telefoneó de nuevo a la señora Tiefenbach. Esta vez contestó ella misma y le preguntó inmediatamente cómo se le ocurría enviar un paquete tras otro al archiduque. Él repuso que sentía no poder explicárselo, aunque de todos modos aquello no era asunto suyo y preguntó cómo estaba Marusia.

—Muy bien —contestó la señora Tiefenbach—. Ya se ha levantado. Y como ahora está todo en orden, usted no tiene más motivos para seguir telefoneando.

Y a continuación colgó el auricular.

Sommerstorff marcó otra vez el número para hablar con Marusia, pero no obtuvo respuesta. Seguramente la señora Tiefenbach se había sentado junto al aparato para que nadie pudiera contestar.

Sommerstorff volvió a su habitación, pero había en ella tanto desorden después de la búsqueda de condecoraciones y medallas que se marchó hastiado del piso encargando a la casera que ordenara las cosas.

Se encaminó hacia la plaza de la Residencia dispuesto a esperar allí hasta que saliera Karl Sorel. Tan pronto como le viera pasar, él se escurriría hasta las habitaciones de Marusia.

La espera duró media tarde, pero no se vio ni rastro de Karl Sorel. Finalmente se le ocurrió encargar a un mozo de recados que vigilara la residencia, le dio su dirección y volvió al piso.

Mientras tanto su casera no se había atrevido a remediar el desbarajuste que él había dejado. Indudablemente la impresionó saber que su arrendatario era conde.

Sommerstorff se pasó la tarde arreglando sus cosas con ayuda de ella. No fue empresa fácil, pues nada estaba en su sitio y las ropas parecían un enmarañamiento de intestinos.

Tras denodados esfuerzos consiguieron meterlo todo en los armarios que parecieron a punto de estallar.

Gracias a esta laboriosa acción, Sommerstorff comprobó que poseía veintitrés trajes de calle, dos fracs, tres smokings, dos batines, doce pantalones de franela blanca, tres de franela gris, dos chaquetas de punto, cuatro trajes deportivos, tres cazadoras, tres calzones de cuero, uno de cuero blanco, dos casacas rojas, seis pullóvers, ocho chalecos de punto cuya mayor parte habían sido confeccionados por ancianas tías, seis pantalones de hilo para jugar al tenis y un bañador. Además, había incontables camisas de seda y de etiqueta, un centenar de cuellos sueltos, ochenta corbatas y otras muchas prendas menores como calzoncillos, pijamas y batas, pañuelos y guantes, dos docenas de calcetines para cacerías y cincuenta pares de uso corriente, dieciocho sombreros, siete pares de botas y veintitrés de zapatos y zapatillas.

Respecto a uniformes, abrigos y pieles, poseía dos uniformes de gala, tres de campaña, un uniforme y un capote de los Caballeros Teutones, tres capotes de piel, uno de caza, dos abrigos corrientes de piel, dos capotes grises de campaña y varios impermeables.

Además tenía un verdadero tesoro de plata en objetos de aseo personal y trofeos hípicos, así como innumerables fustas, sillas y bridas.

En cambio, no tenía más que dos libros: el *Anuario de la Corte* y el *Almanaque Gotha*.

Cuando disponía de tiempo solía leer algún libro de poesías, pero no lo llevaba nunca encima porque temía hacer el ridículo si alguien se daba cuenta de aquella rara afición.

Mientras seleccionaba las ropas observó que la mayor parte estaban deterioradas, y por añadidura la superabundancia de objetos resultaba abrumadora. Así, pues, decidió desprenderse de todo lo superfluo regalándoselo a su casera.

Cediendo a un impulso momentáneo, comenzó por entregarle el *Anuario de la Corte* y el *Almanaque Gotha*. Luego le regaló varios trajes que se le habían quedado estrechos. Los uniformes siguieron el mismo camino como demostración de protesta contra Alphonse Sorel. Tras ellos desfilaron los pantalones de franela y de tenis pues no pensaba practicar más aquel deporte. En cuanto a los chalecos de punto conservó uno como recuerdo de una tía que le era muy simpática, pero se desprendió de los otros porque sus confeccionadoras sólo le inspiraban antipatía. Y siguieron los calcetines, las camisas y los zapatos demasiado usados.

El apetito viene comiendo, y como se hallaba bajo el influjo de su afán de cambiar de vida decidió seguir desprendiéndose de todas aquellas muestras de su grandeza anterior. Se dijo que no tenía objeto llevar a rastras las sillas de montar por todas partes, e hizo feliz con ellas a su casera, y a continuación le dio las chaquetas de punto, los trajes de caza, los calzones de cuero blanco y las casacas rojas para cazar a caballo. Conservó una casaca verde que usaba para la caza del ciervo. Sin poder explicarse la razón, sentía por ella un apego que no le inspiraban los demás objetos. Luego dio también las pieles en las que comenzaban a albergarse las polillas y los impermeables arrugados por su avanzada edad. Proporcionó una nueva satisfacción a su casera con las fustas y casi todos los utensilios de aseo. Numerosos sombreros fueron también víctimas de su desprecio y finalmente descubrió que tampoco le gustaba el traje que llevaba puesto. Se lo quitó a toda prisa y se puso el último batín que le quedaba.

Cuando concluyó aquella liquidación su equipo consistía únicamente en un smoking, dos trajes, la casaca verde, el batín, el chaleco de punto, cuatro pares de zapatos, unas piezas de ropa interior, un abrigo, dos sombreros viejos pero buenos, una maquinilla de afeitar, esponja, jabón, polvos dentífricos, cepillo de dientes, los trofeos hípicos, dos pijamas y el bañador.

La casera casi se asfixió bajo la avalancha de ropa y objetos que el nuevo inquilino le había dado.

Entonces le pareció a Sommerstorff que tenía relativamente pocas cosas y resolvió comprar otras nuevas. Cuando volvió a sus cabales se arrepintió de aquel acceso de liberalidad, pero su arrepentimiento duró poco. Se convenció de que casi todos aquellos objetos estaban realmente deteriorados y se dijo que, como tenía que cortar por lo sano con los Sorel, había iniciado la acción desprendiéndose de todo lo que había utilizado cuando era su chambelán.

La casera se quedó plenamente convencida de que había arrendado el cuarto a un loco de atar.

Sin dejar de reflexionar sobre sus problemas, Sommerstorff fue a pasar un rato en un cabaret, ocupó una mesa con dos bailarinas y se esforzó en divertirse sin conseguirlo.

Serían las once cuando recordó al mozo de recados cuya existencia había olvidado por completo. Telefoneó sin perder tiempo a su casa y preguntó si aquel hombre había hecho acto de presencia. La casera le contestó afirmativamente diciéndole que le estaba esperando desde hacía dos horas. Sommerstorff le encargó que acudiera al cabaret, y allá fue el mozo para decirle que no había visto ni sombra de Karl Sorel. Recibió el encargo de montar otra vez la guardia el día siguiente y se embolsó veinte zloty por su trabajo.

La noche siguiente, cuando Sommerstorff se reunía de nuevo con sus bailarinas, el mozo se presentó espontáneamente en el cabaret diciendo que Karl Sorel tampoco había salido aquel día de casa. Mientras hablaba despedía un olor tan intenso de aguardiente que parecía estar envuelto en una nube de vapores alcohólicos. Tanto era así que Sommerstorff temió causar una explosión con su cigarrillo encendido. El muchacho se excusó diciendo que la larga espera le había hecho sentir tanto frío que no había tenido más remedio que recurrir a la ingestión de unos vasos de aguardiente. Recibió treinta zloty y el encargo de ocupar nuevamente su puesto el día siguiente.

En la tarde de aquel día, ocurriósele a Sommerstorff ir a vigilar al vigilante. Pasó por la plaza de la Residencia, pero no vio ni rastro del recadero.

Cuando el desdichado compareció por la noche en el cabaret Sommerstorff lo arrastró hasta el vestíbulo y allí le puso de vuelta y media. Se maldijo por haber confiado en él. Seguramente Karl Sorel habría salido durante ese tiempo sin que él tuviera la menor noticia.

Aquella noche el recadero no recibió la remuneración habitual. Se marchó tambaleándose a su casa con la impresión de haber sufrido un grave perjuicio.

La mañana siguiente, Sommerstorff intentó nueva mente telefonear a Marusia, pero le contestó otra vez Karl Sorel. Sommerstorff no quiso delatarse y colgó el auricular.

Media hora después volvió a telefonear. Esta vez se puso al aparato el propio archiduque. Tal vez estaba conversando con Karl Sorel y había respondido a la llamada para mostrarse amable con su primo. Aunque hubiera querido asesinarle, Sommerstorff contestó amablemente que se había equivocado de número y colgó.

Luego le tocó el turno a la señora Tiefenbach. Apenas oyó su voz, Sommerstorff colgó con sumo cuidado.

En la siguiente tentativa reapareció la señora Tiefenbach. Quizás estaba esperando la llamada, pues se puso inmediatamente al aparato y gritó, sospechando con quién hablaba, que Sommerstorff era un impertinente.

Sommerstorff pidió después a su casera que telefoneara por él. Pero ya no contestó nadie en casa de los Sorel. Evidentemente, la señora Tiefenbach hacía guardia junto al teléfono.

En su cólera, Sommerstorff culpó a Marusia de torpeza por no coger ni una vez el aparato, es decir, por no pensar que él intentaría telefonearle ya que el teléfono era el único medio de comunicarse con ella. Lógicamente no cabía pensar en enviarle una carta porque no se la entregarían.

El día siguiente, poco después del almuerzo, probó otra vez fortuna y marcó el número. Esta vez tuvo suerte, pues se puso un criado.

—¡Por favor, avise inmediatamente a Su Alteza, la princesa! —le pidió Sommerstorff.

El sirviente respondió que se le había prohibido hacerlo.

—¡Vaya en busca de la princesa! —le conminó Sommerstorff, desesperado.

Cuando el sirviente se disponía a contestar, Sommerstorff oyó súbitamente la voz de Marusia. Al parecer, ella estaba en las proximidades y se había apoderado del auricular.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no te pones nunca al aparato? —preguntó Sommerstorff.

Ella contestó que se lo impedían siempre. Pero ahora su padre, Alphonse y la señora Tiefenbach se habían ausentado, marchando los tres juntos en dirección del Palatinado.

—¡Reúnete conmigo en seguida! —rogó Sommerstorff. Y le dio su dirección.

—Sí —dijo ella sin titubear.

Quince minutos después la muchacha estaba a su lado.

La veía por primera vez desde hacía unos días. ¿Parecía cambiada o era sólo su imaginación?

Ella le refirió que tras la escena en la galería perdió el conocimiento porque había visto a la dama blanca. Y ahora debería morir sin duda. La señora Tiefenbach le aseguraba que aquella aparición de la dama blanca tenía otro significado, que se casaría y traería hijos al mundo… pero eso era un imposible. Pues si ella hubiese de casarse con Alphonse jamás tendría un hijo de él. Por tanto, debía morir.

Sommerstorff le dijo que todo eso eran fantasías.

Pero Marusia afirmó que era absolutamente cierto. ¡Ella había visto a la dama blanca! Según sus explicaciones, primero sufrió un ataque de llanto y la señora Tiefenbach fue en busca de su neceser. Entonces ella, rendida por el pesar y la debilidad se dejó caer llorando sobre la mesa y escondió el rostro entre las manos. Luego levantó la cabeza creyendo que la señora Tiefenbach estaba ya de vuelta y le dijo que le prestara su pañuelo porque el suyo estaba completamente empapado. Pero en aquel instante, la figura que ella había tomado por la señora Tiefenbach, pues vestía de una manera muy similar con un traje de seda blanca y brocado de plata, volvió hacia ella la cara con una expresión infinitamente melancólica, iluminada por una viva luz…, y al ver aquello ella lanzó un grito y se desmayó.

Sommerstorff dijo que él se encargaría de acabar con los trucos de la señora Tiefenbach.

Pero a juicio de Marusia no pudo haber sido la señora Tiefenbach porque la dama blanca tenía un rostro distinto y más juvenil, unas facciones encantadoras llenas de melancolía y además había levantado el brazo para saludarla. Verdaderamente ella no debía haberse asustado, pues sabía por la señora Tiefenbach que aquellos a quienes se aparecía la dama blanca tenían una muerte tranquila y cristiana. Y en su desgracia, la muerte era lo único que podía consolarla ahora. Al fin y al cabo había tenido suerte con la dama blanca, porque si se le hubiera aparecido la dama parda su muerte hubiera sido mucho más cruel, y lo mismo habría ocurrido con el rey Bogislav, envenenador de su propia esposa, al decir de la condesa…

Sommerstorff interrumpió aquellas insensateces que estaban empezando a encolerizarle, y rogó a Marusia le siguiera relatando lo sucedido con ella.

La muchacha dijo que había tenido la impresión de estar sin conocimiento solamente unos instantes. Cuando volvió en sí había una pequeña multitud a su alrededor. Pero luego perdió otra vez la noción de sí misma. La mañana siguiente despertó de un largo y profundo sueño del cual creía recordar algunas pesadillas entre horribles y apacibles. La señora Tiefenbach le dijo que había estado delirando.

—¿No recuerdas que estuve contigo? —preguntó Sommerstorff.

—No —contestó ella—. Eso no lo recuerdo.

—Y sin embargo estuve allí para decirte que debía marcharme.

Marusia respondió que no recordaba nada, pero había soñado con él. Le relató que en sus sueños le había visto con su uniforme, tal como iba cada día, pero despidiendo un extraño resplandor, es decir, que el contorno de su figura estaba totalmente rodeado por una envoltura luminosa con los colores del arco iris, lo mismo que los bordes de sus trencillas, su banda de oficial y sus cartucheras. Todo lo que era dorado resaltaba por lo menos un dedo y el oro se mezclaba con los colores del arco iris tal como ocurre cuando empleamos unos prismáticos defectuosos y vemos alrededor de los objetos una aureola de varios colores. Entonces él le había dicho que ocurría así porque estaba muerto. Al oír aquello ella lloró mucho en sueños, pero él le dijo que no podía permanecer allí porque necesitaba reunirse con los demás muertos y ella tenía que acompañarle. Diciendo esto la cogió del brazo y juntos ascendieron cada vez a mayor altura y de pronto se encontraron flotando en el aire. Llegaron casi hasta el techo del aposento donde hacía mucho calor, y desde allí arriba vieron los polvorientos bordes superiores de los cuadros así como el polvo acumulado en las cornamentas y las arañas de cristal. En aquel instante les llegó por la ventana abierta una racha de viento que se arremolinó y los arrastró suavemente haciéndoles deslizarse por los muros de la Residencia. Pronto vieron bajo sus pies los tejados y, envueltos en un torbellino tempestuoso, sobrevolaron el domo de la catedral. Ella vio anidar allí las palomas, y cuando pasaron fluctuando sobre la cúpula, ésta fluctuó también ante sus ojos y de repente se precipitó en el vacío.

Más arriba, un viento poderoso los llevó consigo en dirección horizontal a una velocidad realmente extraordinaria. Volaron a través de una noche clara, estrellada, pero el recorrido no fue largo, pues de improviso retomaron a la media luz terrenal y descubrieron que se hallaban en el caserío de «Las Abejas».

Ante ellos apareció la aldea, pero no fue su padre adoptivo quien les miró desde la ventana sino muchas personas desconocidas que, según observó Sommerstorff, eran los muertos. Todos ellos vestían uniformes grises y chaquetones de piel semejantes al que llevaba Sommerstorff. Algunos estaban sentados en los poyos ante la casa y el hierro de sus armas y de sus espuelas despedían fuertes destellos.

De pronto se esfumó la vaguada del caserío y apareció el bosque de Korytniza. Ella y Sommerstorff se adentraron en su masa verdosa. Ella no vestía ya sus lujosas ropas sino una blusa de hilo y el jubón campesino. Era un luminoso día estival, se veían grandes claros en el bosque y los troncos se alzaban con un follaje casi marchito y despedían un singular aroma. En los calveros estaban las trincheras que ella conocía tan bien, pero ahora parecían recién abiertas aunque no estaban ocupadas por tropas ni se veían soldados en diez leguas a la redonda. Sommerstorff indicó que ya se les había dado sepultura.

Así, pues, caminaron por el bosque muy juntos, él pasándole un brazo por el hombro, ella pegándose a su cuerpo. Un pájaro cantó. Poco después, el viento del mediodía agitó las hojas y los rayos solares se

filtraron entre ellas… Uno le dio en los ojos y la despertó.

—Está bien, está bien —dijo Sommerstorff cuando Marusia concluyó la narración.

A su juicio, ella había soñado a lo sumo la mitad del relato y el resto lo había inventado, no con ánimo de mentir sino porque la señora Tiefenbach le había trastornado totalmente los sentidos.

Sea como fuere, ella se manifestó así. Cuando oía hablar de la muerte, sentía al principio un terror enorme, pero luego, durante el sueño, había experimentado una sensación infinitamente embriagadora, casi sensual.

—La señora Tiefenbach —siguió diciendo Marusia— quiso obligarme a permanecer en cama, pero yo no pude soportar aquella inmovilidad. Pensé inmediatamente que intentarías comunicarte conmigo y los demás me lo ocultarían. No me equivoqué, pues poco después oí tu llamada telefónica pero la señora Tiefenbach no me dejó ir al teléfono y me prohibió telefonear en lo sucesivo. Desde entonces oí varias llamadas cada día y adiviné que eras tú porque cuando descolgaban el auricular no contestaba nadie. La Tiefenbach se ponía fuera de sí, la desquiciaba tu impertinencia, como ella lo llamaba. Quise escribirte, pero no conocía tu dirección. Por fin hoy la condesa se ha ido con mi padre y con Alphonse al Palatinado, y cuando tú has telefoneado he podido arrebatarle el auricular al sirviente. Tal vez descubran que he venido a verte, pero eso me tiene sin cuidado.

Sommerstorff hizo un gesto aprobador y dijo que a él le importaba también un ardite la cólera de los Sorel. Pasaron la tarde haciéndose el amor hasta que, fatigados, se quedaron dormidos. No despertaron hasta el anochecer. Vieron a través de las cristaleras que estaba diluviando.

Marusia reanudó su monólogo sobre el bosque de Korytniza. Dijo que desde su niñez había vagado muchas veces por aquel bosque donde, según se contaba, había muchos muertos enterrados.

Por último Sommerstorff le rogó que se vistiera, pues ya iba siendo hora de volver a casa. Cuando se disponían a concertar una cita para el día siguiente, alguien llamó a la puerta del aposento contiguo. Era la casera. Le anunció que una dama deseaba hablar con él. Pero no bien hubo pronunciado estas palabras, la Tiefenbach entró como una tromba en la habitación.

Sommerstorff intentó cerrar la puerta del dormitorio ante sus narices, pero ella metió el pie como cuña e introduciendo por la ranura su anticuado y largo paraguas le aguijoneó en las costillas sin decir palabra.

Sommerstorff soltó instintivamente el batiente, encolerizándose consigo mismo. La señora Tiefenbach se abalanzó sobre Marusia y gritó:

—¿Ha perdido el juicio? ¿Qué hace usted aquí?

—Parece increíble que no sepa usted la respuesta —dijo Sommerstorff antes de que Marusia pudiera contestar.

—¡No le consiento semejantes indecencias! —vociferó la condesa.

—Eso no debe preocuparle, pues yo no la perseguiré nunca —dijo Sommerstorff.

La señora Tiefenbach cogió a Marusia de la mano. Marusia, que se estaba poniendo los zapatos sentada en la cama, miró asustada a la Tiefenbach.

—Pero ¿cómo ha llegado usted aquí? —preguntó Sommerstorff—. ¿Dónde ha averiguado mi dirección?

—Ha sido muy sencillo —repuso la mujer—. Como en toda Varsovia no se ha registrado ningún individuo llamado Sommerstorff, me ha bastado con preguntar por el domicilio del conde Maltravers. Yo soy mucho más lista que usted. Y ahora, vamos —dijo con tono imperioso volviéndose hacia Marusia—. La Corte está ya preparándose, y usted aquí todavía, en una casa desconocida. ¡Debe de estar loca! ¿No sabe que se casa esta noche?

Aquella noticia cayó como un rayo. Con un temblor convulso, Marusia miró fijamente a la condesa. Parecía estar viendo un espectro. Luego se arrojó sobre la cama y rompió en violentos sollozos.

—¡Imposible! —gritó Sommerstorff.

En vez de contestarle, la condesa puso los zapatos a la princesa. Luego la hizo levantarse para arreglarle la ropa.

—¡Venga conmigo! —gritó—. ¿O prefiere dar el escándalo cuando se diga que se la ha encontrado en un cuarto con un hombre?

—¡Todo es preferible a esa boda! —vociferó Sommerstorff.

—¡La Corte está en pie! —gritó la condesa—. Y se rumorea ya sobre la ausencia de la princesa.

Diciendo esto cogió el abrigo, se lo echó por encima a Marusia y la arrastró hacia la puerta.

—¡Alto ahí! —ordenó Sommerstorff.

—¡Apártese de mi camino! —chilló la condesa—. ¿O quiere que llame al cochero para que nos abra paso?

Con esto dejó petrificado a Sommerstorff llevándose tras ella a Marusia.

El conde permaneció inmóvil todavía unos instantes apretando los puños. Luego se precipitó a la ventana. Vio que la condesa y Marusia subían al coche estacionado ante la casa y se alejaban de allí.

Contempló sin moverse la marcha del carruaje. Luego corrió hacia el armario, arrancó de la percha su abrigo y uno de los dos últimos sombreros, pero recapacitó unos segundos y, dejando caer el abrigo, cogió una de las pieles que había regalado a la casera y se lanzó escaleras abajo. Sin embaído, no siguió al carruaje sino que se encaminó hacia las caballerizas de la Corte.

Serían las nueve y media cuando una larga hilera de vehículos muy variados, desde lujosas carrozas hasta raudos automóviles, abandonó Varsovia. A la cabeza y en la cola del cortejo marchaban al trote dos medias secciones de húsares bajo el mando del teniente conde Marchand.

La comitiva atravesó la ciudad y sus arrabales a buena marcha y los húsares hubieron de cabalgar tan de prisa que brotaron chispas del suelo y muchos enviaron aquel empedrado al diablo. En la calle del Ejército se aceleró aún más y algunos jinetes así como los caballos de tiro hubieron de emprender un galope tendido para seguir a los automóviles.

Casi todos los carruajes de lujo tenían la anticuada suspensión de correas y había también carrozas de cristal. Muchos vehículos carecían de pescante, y los de cuatro o seis caballerías iban conducidos por jinetes. En los demás carruajes viajaban un auriga y un montero, así como dos lacayos de pie sobre el estribo trasero. Los coches tenían ruedas doradas, los lampiones despedían un débil resplandor, las bridas y los arneses se agitaban con estrépito. Las luces de los automóviles hacían resplandecer el oro de los carruajes que marchaban delante.

Pronto cesó de llover y salió la luna.

A una hora de Varsovia la comitiva torció por un camino lateral que atravesaba un pinar. La velocidad disminuyó paulatinamente y por último se marchó al paso. El fango, cuya capa llegaría quizás hasta los tobillos, saltó en surtidores, y al poco rato los caballos blancos parecieron negros.

A la salida del bosque se hubo de subir una colina, pero en aquel paraje se había acumulado tanto barro que uno de los automóviles delanteros quedó atascado y sus ruedas comenzaron a girar vertiginosamente sin encontrar apoyo. Entre grandes voces de cocheros y postillones la columna hizo alto.

En todos los vehículos se asomaron por las ventanillas caballeros y damas preguntando a gritos qué sucedía. Nadie se atrevió a bajar, pues quien lo hubiera hecho se habría hundido en el barro hasta las rodillas.

Los húsares de la vanguardia desmontaron para coger ramas secas del bosque. Cuando hubieron reunido una cantidad suficiente las colocaron bajo las ruedas del automóvil. Después de unas aceleraciones violentas el vehículo logró salvar el obstáculo, pero sólo para ceder su puesto en aquel atolladero a los que le seguían.

Con gran dispendio de tiempo y energía, pues los húsares hubieron de zambullirse en el barro para empujar los vehículos, la comitiva logró franquear el escollo. Alphonse Sorel, subido en el estribo de su carruaje, se pasó todo el rato haciendo reproches al mayordomo mayor. Según dijo, aquéllas eran las consecuencias de los impedimentos puestos por la Corte. El mayordomo mayor, no menos enojado, rebatió la acusación, y la polémica prosiguió como si jamás hubiera de tener fin hasta que el carruaje de caballos arrancó con impulso súbito y los dos caballeros fueron proyectados al fondo de su carroza.

El cortejo escaló jadeante la colina y descendió por la vertiente opuesta para encontrarse con una aldea donde se sumergió de nuevo en el lodo.

Aquel lugar, rodeado de cerros, había acumulado tales masas de barro que el nivel alcanzaba hasta los antepechos de las ventanas. Los automóviles se hundieron inmediatamente y el barro cubrió los cubos de sus ruedas. Cuando intentaron liberarse con disparatado estruendo se abismaron hasta los motores.

Los lugareños saltaron de sus camas y al contemplar desde las ventanas aquel derroche de oro, gualdrapas, uniformes, caballos encabritados y automóviles precipitándose sistemáticamente en el lodo a la luz de los faros, creyeron que todos los diablos andaban sueltos.

Nuevamente estalló la algarabía de alaridos, órdenes y preguntas desde unas ventanillas a otras. Los húsares, escarmentados con su primera intervención, permanecieron a caballo y desfilaron ante las ventanas pidiendo a voces cuerdas. Con ellas intentaron remolcar los automóviles espoleando a sus cabalgaduras. Los lacayos recibieron orden de hundirse en aquel lodazal a pesar de sus escarpines y de sus medias blancas. Ellos y los aldeanos, a quienes se hizo salir de sus casas, empujaron los vehículos. Sin embargo, no se llegó muy lejos. Para colmo, las cinchas de dos monturas cedieron y los remolques arrastraron las sillas con sus jinetes revolcándolos por el lodo.

La señora Tiefenbach hizo enloquecer casi al mayordomo mayor con un aluvión incesante de

recriminaciones.

Con los continuos tirones y empujones por un lado y por otro, los vehículos empezaron a zozobrar como acorazados bajo un violento fuego artillero.

Los caballos miraron con sus hermosos y melancólicos ojos el turbio fangal cuyo nivel ascendía cada vez más.

Por fin resultó ya imposible pensar en el rescate de los automóviles. Se acordó dejarlos donde estaban. Sus ocupantes se trasladaron entre equilibrios y volteretas a los carruajes que habían podido salir de aquella condenada aldea gracias a sus poderosos tiros y con ayuda de húsares, lacayos y aldeanos.

Sólo Alphonse Sorel y el señor Von Lang desconfiaron del vehículo en el que viajaban e hicieron desmontar a dos húsares para apoderarse de sus cabalgaduras.

A partir de aquel momento cada carroza siguió su camino como mejor pudo. Aquello no fue ya una comitiva, pues los vehículos partieron por separado hacia la colina dando grandes rodeos para soslayar los barrizales. Dos de ellos volcaron en aquel temerario recorrido, y costó lo suyo ponerlos otra vez sobre sus cuatro ruedas.

Entretanto, el teniente conde Marchand había reunido sus dos medias secciones y prestaba ayuda allá donde fuera necesario.

La carroza de la princesa, arrastrada por tres troncos, salió del atolladero.

En la aldea donde quedaron atascados los automóviles, tres húsares se adelantaron a la columna. Cabalgaron hasta la cumbre y allí se detuvieron unos instantes para contemplar el paisaje de colinas bajo la luz lunar. Luego emprendieron una galopada con breves intervalos de trote y necesitaron una hora y media para cubrir un trayecto que los carruajes tardarían tres horas en recorrer.

Hacia las doce de la noche entraron al paso en una pequeña aldea que parecía muerta bajo el resplandor lunar y cuya calle mayor llena también de barro reflejaba la azulada luminosidad.

Hicieron alto ante la iglesia, un edificio pequeño y mísero. Al lado estaba la parroquia, y la sacristía servía de comunicación entre ambas. El camposanto se extendía alrededor del minúsculo templo.

En la lejanía aulló un perro.

Los muros de la iglesia resplandecían en la luz lunar. Un pedregoso sendero serpenteaba entre las desmoronadizas sepulturas.

Uno de los húsares sacó un manojo de llaves y manipuló en el portón de la sacristía. Unos instantes después el batiente se abrió.

Los tres desaparecieron en el interior de la sacristía. Sus caballos empezaron a mordisquear entre leves resoplidos la hierba reciente y las flores de los sepulcros. Los sables tintinearon en las sillas.

Mientras tanto los húsares hicieron luz en la sacristía encendiendo varios cirios con fósforos. La sacristía era una estancia abovedada de estilo barroco con un tragaluz sobre la puerta. Había algunos armarios de iglesia y dos o tres cómodas.

—Esperad aquí —dijo el que había abierto la puerta—. Voy en busca del párroco.

—Está bien —repuso uno de los otros dos mientras encendía un cigarrillo con una vela.

El primero desapareció por un pequeño postigo a la izquierda.

El segundo abrió una puerta a la derecha.

—¿Es ésta la iglesia? —preguntó el del cigarrillo.

—Sí —repuso el otro.

El fumador cogió una vela de un candelabro y los dos penetraron en la iglesia.

La nave tendría unos veinticinco pasos de longitud y un aspecto mezquino. Había un altar mayor y dos laterales más pequeños.

Los dos hombres encendieron todas las luces y encontraron cerrada con llave la puerta principal que daba a la calle. Así, pues, regresaron a la sacristía.

Llevaban uniformes grises de campaña, chacós de piel y fusiles en bandolera.

El del cigarrillo, llamado Magheran, se quitó el barro de las botas frotándolas contra un armario de la sacristía.

—Al parecer, esta aldea es la más puerca de toda Polonia —rezongó.

—¿Lo crees así? —murmuró el otro cuyo nombre era Tonenczuk—. ¡Dios, no hay mucha diferencia entre unas y otras! Cuando llueve como lo ha hecho hoy, el barro se aglomera en las hondonadas. Recuerdo que una vez, siendo niño, estuve a punto de ahogarme en uno de esos hoyos.

—Estoy desollado —gruñó Magheran—. He perdido el hábito de cabalgar. Y además el uniforme no me va. ¡Esta vida de perros no me va en absoluto!

—Es una necedad que nos hayan hecho ponernos esto —opinó Tonenczuk.

—¿Los uniformes, quieres decir? No… Creo que ha sido una buena idea. ¡Con ropa de paisano habríamos llamado la atención! Así pasamos inadvertidos entre los húsares.

Hubo una pausa.

—De todos modos —repuso Tonenczuk—, no entiendo a las gentes que han organizado esta romántica mascarada. ¿A quién se le ocurriría semejante festival? En la ciudad hubiéramos podido escabullimos inmediatamente, pero aquí los húsares nos echarán mano al instante.

—¡Cristo! —exclamó Magheran—. Es simplemente una extravagancia de estos aristócratas, y debemos contar con ello. En realidad, yo tampoco debiera haberme comprometido… Pero por treinta mil vale la pena arriesgarse un poco. Richter se embolsará aún más… Sesenta mil…

Richter era el tercero en discordia, el que había ido a despertar al párroco.

—Sin embargo, todavía no es seguro que obtengamos los treinta mil ni los sesenta mil… Me pregunto si podremos escapar de aquí… Lo veo difícil. Deberíamos haber exigido que se liquidara el asunto en Varsovia y no en esta maldita aldea…

—Pero la boda no podía celebrarse en la ciudad…

—¡Ah! ¿Y por qué no? ¿Acaso no se casa la gente en Varsovia?

—La Corte quiere mantener en secreto este enlace. Cualquier sacerdote de la ciudad reconocería a los participantes. El párroco de este lugar ignorará quiénes son los contrayentes… No tendrá ni idea.

—Pero entonces tampoco querrá casarlos hasta que no sepa quiénes son. No aceptará que unos desconocidos…

—Se le obligará, eso es todo. Richter cuidará de eso.

—Se me hace imposible comprender cuáles son los motivos de un hombre en su sano juicio para querer casarse sin que el párroco conozca su identidad. ¡Estos aristócratas son unos perfectos lunáticos!

—Hasta cierto punto —observó Magheran—. La ceremonia debe tener lugar aquí, en esta aldea, por deseo expreso de la Corte polaca. La Corte lo ha exigido así, porque sólo tolerará la asistencia a estas nupcias si se hace en secreto. Lo que hemos de hacer nosotros es una cuestión muy distinta que podríamos haber resuelto igualmente en Varsovia. Pero el enlace propiamente dicho debe celebrarse con la pompa habitual.

—¡Entonces no hay por qué casarse en semejante muladar!

—No obstante, la pompa debe venir al muladar, y estará ya en camino… si no se ha atascado otra vez.

—¿Y la Corte polaca —inquirió Tonenczuk— sabe lo que haremos nosotros aquí?

—¡Qué ocurrencias tienes! ¡Ni hablar de eso! Es más, se llevará una gran sorpresa cuando esa pobre persona quede postrada ahí. No cometería la locura de comprometerse en semejante maquinación y menos si supiera el fin que tendrá.

—Entonces, ¿todo es idea del archiduque?

—Sí. Y de su ayudante.

En aquel instante entraron Richter y el párroco. Richter había tenido que encender varias cerillas para orientarse dentro de la parroquia hasta encontrar por fin en la cama y durmiendo al párroco, un hombre anciano y muy alarmado por aquella visita.

—Levántese, señor cura —le había dicho el húsar—. Debe administrar los últimos sacramentos a un camarada mío que se ha roto la espina dorsal en una caída de caballo.

El padre había buscado sus bártulos y se había vestido inmediatamente sin cesar de hacer preguntas sobre el fatal accidente a Richter. Éste había dejado volar su imaginación y había dado las respuestas a medida que se le iban ocurriendo. Pero cuando entraron en la sacristía y el padre miró atónito a los otros dos soldados, Richter le dijo:

—Bueno, señor cura, espero me disculpe por haberle mentido… le hablé de la extremaunción con el único objeto de atajar discusiones y hacerle levantarse de prisa, y también para evitar una larga exposición de los hechos mientras usted estaba en la cama… Justamente se trata de lo opuesto a la Extremaunción, o por lo menos de las premisas eclesiásticas para realizar lo contrario… En suma, se trata de una boda.

—¿Una boda? —exclamó, asombrado, el párroco—. ¿Ahora?

—Sí —dijo Richter—. ¿Le molesta que le haya despertado? Se le resarcirá generosamente por el daño causado. Sin duda usted no habrá casado nunca a una pareja tan distinguida como la que nos ocupa.

—¿Quiénes son? —preguntó el párroco.

—Grandes señores. Ya lo verá.

—¿Qué es lo que veré?

—Todo lo imaginable… Elegantes tocados, uniformes, condecoraciones, gentilhombres, damas de la Corte, mayordomos mayores… En fin, toda una Corte.

—¿Una Corte? ¡Espero que no se permita gastar bromas de mal gusto a un sacerdote! ¿Quién es usted en definitiva?

—¿Yo? —masculló Richter—. Estoy aquí de incógnito. Por cierto, lamentándolo mucho debo notificarle que todos los demás vendrán también aquí de riguroso incógnito. Pero aunque usted no tenga ni idea sobre la identidad de esas personas, presenciará esta noche cosas suficientemente memorables para inducirle a escribir sus Memorias aun cuando no hubiese visto nada en su vida hasta hoy.

—No le comprendo —dijo el párroco—. Ni sé lo que quiere de mí. Sólo sé que usted me parece un personaje inquietante. ¡Le ruego, pues, que abandone este recinto!

—Abreviemos —repuso Richter—. Usted tendrá la bondad de bendecir una boda dentro de media hora.

—Pero ¿a quiénes debo casar?

—¡A una pareja! ¿A quién si no? Procure no hacer más preguntas. En todo caso poco le importa a usted quiénes sean los novios…

—¿Que no me importa?

—No. Se le presentará a la firma una partida de matrimonio debidamente cumplimentada… Es decir, sólo se le mostrará un ángulo donde estampará usted su nombre y rúbrica. Por desgracia, no se le permitirá leer el texto.

—¿Pero qué significa esto?

—Significa —replicó Richter con tono conclusivo— que usted tendrá que hacer lo que se le indique.

—¡No pienso hacerlo ni mucho menos! —replicó consternado el párroco—. ¡No pueden obligarme a nada! ¡Márchense! ¡Déjenme tranquilo! No me ensuciaré las manos en sus turbios asuntos… Es decir, si sólo son turbios, pues ruego a Dios que sea usted un loco y no un delincuente.

—Por favor —repuso Richter cambiando de tono—. No se ocupe de mi moral ni de mi estado mental… Más bien le conviene espabilarse. Despierte al sacristán y al organista en seguida…

—¡No! —insistió el padre—. No puedo ni debo hacer lo que me pide. Usted afirma que no es un loco… Entonces proyecta alguna maldad, pues de lo contrario no me pediría en plena noche que desposara a dos personas cuya identidad no conozco. ¡Jamás me convertirá en cómplice suyo!

—¡Tonterías! —contestó Richter—. Bueno, ¿quiere impartir esa bendición nupcial o no?

—¡No!

Richter le propinó un fuerte puñetazo.

—¡Pues lo hará, quiéralo o no!

El párroco dio un traspiés y cayó al suelo.

—Soy un hombre viejo —balbuceó—. ¡No debe pegarme así!

—Tal vez eso le ayude a decidirse —observó Richter.

—¡No! Mi deber es no hacerlo, yo…

—¡Obedece, imbécil! —bramó Richter—. ¡Di que sí o te vuelo los sesos de un balazo!

El párroco se incorporó trabajosamente. Magheran y Tonenczuk le ayudaron a levantarse.

—Una bendición nupcial impuesta por la fuerza no tiene validez —tartamudeó cuando al fin pudo hablar.

—¡Deje eso de nuestra cuenta! —gritó Richter—. Bien, ¿se ha decidido o no?

—Sí —murmuró el párroco tras una larga pausa—. ¡Sí, porque me obligan…!

—¡Entonces despierte al organista y al sacristán! —ordenó Richter.

Y volviéndose hacia los otros dos dijo:

—Acompañadle uno de vosotros.

—No lo hago voluntariamente —dijo el párroco—. Dios es mi testigo…

Mientras tanto Richter tendió el oído creyendo haber percibido ruido de cascos. Se dirigió hacia el portón de la sacristía y lo abrió. Efectivamente, poco después entró el señor Von Lang. Se había adelantado al archiduque y vestía el uniforme gris de coracero.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada, nada —contestó Richter mientras Tonenczuk, a quien había hecho una seña, se encaminaba con el sacerdote hacia la parroquia—. Todo está en orden. Al principio encontramos algunas dificultades y hemos tenido que persuadir al párroco.

—¿Se presta a bendecir el matrimonio sin saber quiénes somos? —inquirió Lang.

—Claro está. ¡Naturalmente! Ahora ha ido en busca del sacristán y el organista. Luego preparará sus cosas. ¿Ha visto el señor capitán alguna luz en la aldea cuando venía hacia aquí?

—No, nada —repuso Lang—. Nadie se ha levantado.

—No obstante, estas gentes se despertarán cuando llegue la comitiva.

—Por eso mismo el conde Marchand pondrá centinelas en esta zona para acordonar la iglesia y la parroquia. Debe estar al llegar con los húsares. Los carruajes marchan ahora sobre terreno menos movedizo. Por cierto, habéis escogido el villorrio más sucio de toda Polonia.

—Lo siento —repuso Richter—. Pero no podía prever que lloviese de esta forma.

Entretanto el ayudante había abierto la puerta que daba a la iglesia.

—Pase ahí dentro, Richter, y encienda una vela —dijo.

Magheran cogió una vela de un armario y acompañó a Richter.

—Desde aquí hay demasiada distancia hasta el altar —observó el señor Von Lang que marchaba tras ellos—. Pero, por lo menos, el altar está a un nivel superior, de modo que colocándose en este lugar… ¡Venga acá, Richter!

Richter y Magheran entraron de nuevo.

—Distancia excesiva para pistolas —dijo el señor Von Lang—. Suponiendo que se sitúe aquí, porque no podrá adelantarse más, deberá emplear un fusil.

—Sí —contestó Richter—. Naturalmente es mucho más seguro.

Magheran devolvió la vela al armario de la sacristía.

Nuevamente se oyó chapoteo de cascos en el barro.

—¡Atención! —ordenó el ayudante.

El archiduque apareció en la puerta principal.

—¿Bien? —inquirió—. ¿Está todo dispuesto?

—Sí, Alteza —informó Lang—. El párroco se ha levantado ya.

—¿Ha analizado usted todas las posibilidades? —preguntó volviéndose hacia Richter—. ¿Desde dónde actuará usted?

—Desde aquí —contestó Richter conduciendo al archiduque hasta la puerta de la iglesia—. Convénzase Vuestra Alteza. Desde aquí se ve muy bien el altar. Yo me quedaré en la sacristía y abriré la puerta sólo un poco. Utilizaré el fusil. Una vez concluido, saldremos fuera, montaremos y partiremos a galope tendido.

—Según he oído decir —repuso el archiduque volviéndose hacia el ayudante—, se darán órdenes para poner doble guardia en esta puerta y en aquella del fondo. Tan pronto como comience la ceremonia dé una contraorden haciendo retirar a esos centinelas. ¿Cómo se llama el comandante del destacamento de caballería?

—Teniente conde Marchand —informó el ayudante.

—Pues bien —prosiguió el archiduque—, primero dejará usted que se coloque esa guardia para que todo el mundo pueda verla. Pero cuando el cortejo se acomode dentro de la iglesia, ordenará al conde que retire los centinelas alegando que Richter y su gente asumirán en este lado las medidas de seguridad.

Entonces se dejó oír el estrépito de muchos cascos en la calle Mayor de la aldea.

—Ahora llegan los húsares —dijo Richter.

Marchand se había mantenido casi todo el tiempo con su sección a la cabeza de las carrozas destacando de vez en cuando algunos hombres para explorar el terreno y comprobar si era transitable. El mayordomo mayor, subido sobre el estribo del carruaje y expuesto constantemente a caer de bruces, había pedido a uno de los gentilhombres acompañantes que le sujetase por los faldones del frac, y en esta posición daba órdenes continuas al conde. Éste rogaba para sus adentros que el mayordomo cayera del vehículo y se partiese la cabeza, pero como pareciera inútil esperar la consumación de ese deseo, se alejó galopando para prestar su servicio en cualquier otra parte.

Los carruajes avanzaron balanceándose a la luz fantasmal de sus linternas. Para evitar la carretera, se abrieron paso entre tupidos matorrales, descendieron de improviso a profundas vaguadas y atravesaron grandes charcas formadas por las lluvias de primavera. Los húsares condujeron los troncos delanteros azuzando a los caballos y golpeándoles de plano con sus sables. Uno de los vehículos perdió las dos ruedas delanteras y sus ocupantes se pasaron a la carroza vacía del archiduque.

La princesa viajaba en compañía de una joven dama, pues se negó a ir en el mismo coche de la condesa Tiefenbach. Desde luego, la condesa había insistido en ello, pero Marusia se opuso con tal vehemencia que finalmente se le dejó hacer su voluntad y seguir viaje en compañía de una joven tímida, la baronesa Hackländer, que no osaba decir palabra y en definitiva parecía casi tan desdichada como la propia Marusia. Habiéndose librado de la escolta procurada por la Tiefenbach, la princesa se vio escoltada por dos húsares que cabalgaban a la derecha y a la izquierda del vehículo sin abandonar ni un instante su puesto. Evidentemente se les había ordenado impedir cualquier tentativa de fuga, pues se seguía pensando en esta posibilidad.

La carrocería del carruaje estaba compuesta por unas planchas de cristal esmerilado que dejaban pasar

el resplandor lunar. Este resplandor iluminaba a la vez las joyas y las lágrimas de Marusia cuyo estado de ánimo en aquel horrible recorrido alternaba entre la apatía y la desesperación. Ya no le quedaba ninguna esperanza. Todo cuanto había a su alrededor le inspiraba una inmensa indiferencia. No sabía siquiera dónde se hallaba, y en algunos momentos se imaginaba estar viajando en un féretro de vidrio hacia la luna.

Por consiguiente, pasó largo rato sin darse cuenta de que el montero sentado junto al auriga en el pescante miraba con insistencia hacia el interior del coche. Sólo cuando él golpeó súbitamente con una mano enguantada de blanco la placa delantera de cristal trasparente y oyó un pequeño grito de su acompañante, comprendió que estaba ocurriendo algo. La baronesa Hackländer señaló la mano con guante blanco como si fuera la de un espíritu que intentase llegar hasta dentro. En ese instante el montero se volvió por completo para escudriñar el interior. Marusia reconoció a Sommerstorff.

La princesa se levantó de un salto y abrió la portezuela. Su compañera, creyendo que intentaba lanzarse bajo las ruedas, la sujetó. Simultáneamente, el húsar que cabalgaba a aquel lado del coche, cerró otra vez la portezuela. Marusia se dejó caer en su asiento.

Observó que Sommerstorff dirigió inmediatamente la vista al frente. Sin duda no se atrevía a seguir mirando dentro del coche. Llevaba el capote bordado en oro de los aurigas y monteros de la Corte, con un inmenso cuello de piel blanca y mangas de farol. Marusia no pudo explicarse su presencia en el pescante ni imaginar cuáles serían sus proyectos. Por último, en su perplejidad y con la emoción de verlo tan cerca, se arrojó a los brazos de la Hackländer derramando torrentes de lágrimas. La Hackländer se desesperó sin saber qué hacer.

—Es Sommerstorff —susurró la princesa entre sollozos—. ¡Es Sommerstorff!

—¿Está segura? —preguntó la Hackländer por decir algo—. ¿Quiere decir que el conde…?

Se interrumpió al observar que Sommerstorff volvía a repiquetear el cristal, aunque esta vez sin volverse. Las dos mujeres miraron en silencio. La mano del conde oprimió el cristal y luego se cerró como si quisiera estrechar otra mano a la que no podía llegar. Hubo algo infinitamente enternecedor en aquel gesto de desvalimiento, como si un poder invisible e imponderable les separase a ambos mediante aquel cristal transparente y, sin embargo, inexorable… Las damas miraron hipnotizadas aquella mano tan masculina y al propio tiempo tan impotente… En aquel mismo instante la carroza se detuvo dando un fuerte frenazo después de descender por una pendiente muy pronunciada.

Se oyeron voces llamándose entre sí. El cochero pidió que los húsares condujeran el tronco guía. Uno de los soldados abandonó efectivamente su puesto, y no bien lo hubo hecho, Sommerstorff saltó del pescante y abrió la portezuela. Cogió las manos de Marusia, las besó y quiso decir algo, pero entretanto el otro húsar había hecho girar a su caballo y estaba contorneando el coche. Sommerstorff cerró inmediatamente la portezuela y en aquel instante apareció Marchand. Sommerstorff fingió estar examinando el vehículo para esconder el rostro en el cuello de piel y se subió al pescante cuando los caballos reanudaban la marcha para escalar una empinada ladera cubierta de hierba.

Marchand preguntó a gritos por qué había abandonado un húsar su puesto y quién había abierto la portezuela del carruaje. Acto seguido abrió la portezuela y gritó:

—Debo rogarle, princesa, que no salga del coche. ¡Además las portezuelas deben permanecer cerradas!

Dicho esto la cerró de golpe. Sommerstorff había corrido un gran peligro de ser descubierto. Sólo le salvó la feliz casualidad de que el conde le había visto en muy raras ocasiones. A decir verdad, Marchand escrutó su rostro pero no lo reconoció. Sin embargo, desde aquel incidente cabalgó junto al carruaje y los amantes no tuvieron la menor posibilidad de cambiar ni una seña. El hombre no abandonó su puesto hasta que la comitiva estuvo cerca de su punto de destino. Entonces relevó a los húsares de escolta por otros dos y después de ordenarles con tono autoritario que mantuvieran el coche cerrado se adelantó al trote seguido por su sección.

En aquella aldea donde el fango rebosaba por todas partes, Marchand puso su destacamento al paso. Poco después vio un caballo atado en el cementerio ante la iglesia y dio la voz de alto. Luego desmontó y entró en la sacristía donde encontró al archiduque acompañado del señor Von Lang y los tres matones.

—Alteza —dijo cuadrándose ante el archiduque—, se presenta el teniente conde Marchand, comandante de la escolta de caballería.

—¿Es usted pariente del banquero? —preguntó el archiduque dándole la mano.

—Hijo suyo, Alteza.

—¿Hijo suyo? ¿Y se ha hecho usted oficial?

—Por vocación, Alteza —repuso Marchand—, aunque se rumoree que he seguido la carrera militar por encargo de mi padre para espiar en el Ejército con objeto de que las altas finanzas tengan una fuente segura de información sobre asuntos castrenses.

—Usted mismo parece querer divulgarlo —observó sonriendo el archiduque—. ¿Recurre tal vez a esa sinceridad para quitar consistencia a los rumores?

—Claro está, Alteza. Se dice de mí que suelo exhibir una prepotencia altamente desagradable contra la cual nadie osa reaccionar porque se teme que mi padre denuncie el acuerdo de préstamos al Estado.

—¡Ah!

—A decir verdad, es una situación bastante ridícula.

—Sí, bastante —repuso el archiduque—. Aunque no veo que usted sea tan prepotente. Más bien se diría que sus palabras tienen el encanto de la franqueza. Si todos los oficiales fueran tan sinceros como usted, serían más caballeros que oficiales. Por cierto, se le ha dado a usted orden de montar una guardia.

—Sí, señor. Acordonar el cementerio y la iglesia, y colocar dos centinelas en cada puerta.

—Entonces no se entretenga más por mí. Pero, dígame… ¿cómo se le ha confiado el mando en este asunto político y sumamente confidencial… si se supone que usted… que usted informa siempre a su señor padre?

—Porque yo mismo lo he solicitado —contestó Marchand—. Y porque se supone que la situación financiera del país donde Vuestra Alteza es un invitado no mejorará fundamentalmente con su boda.

Examinó con mirada escrutadora a los dos hombres y preguntó:

—¿Me permite preguntarle qué clase de húsares son éstos cuyo aspecto no es ni mucho menos el de un húsar?

—Éstos —respondió el archiduque con cierta ironía— son unos delegados asignados a la organización de mis nupcias… Son comisarios de la Policía de Varsovia, por si le interesa saberlo, querido conde.

—¿Comisarios de la Policía de Varsovia?

—Digámoslo así. O si no, algo similar. El párroco puso ciertos reparos y fue preciso ayudarle a vencer sus escrúpulos… Estos hombres cuidan los detalles y en general se encargan de todas las disposiciones complementarias. Se ha juzgado preferible hacerles vestir el uniforme militar para que la Corte no haga conjeturas sobre su presencia.

Marchand saludó y se retiró.

—Este Marchand ha fisgoneado ya en los asuntos militares —observó el archiduque—. Espero que no pretenda husmear también en los asuntos privados. Procure no enzarzarse con ese individuo, Richter. ¿Me comprende?

—¡Claro! —contestó Richter—. Pero ruego a Vuestra Alteza que tenga en cuenta que en el momento oportuno su ayudante debe hacer retirar los centinelas.

—¿Me permite una pregunta? —terció Magheran que se había mantenido hasta entonces en segundo plano—. ¿Dónde se encontrará el teniente durante toda la acción?

—¿Dónde? Fuera con su gente, naturalmente —repuso Lang—. Yo me ocuparé de eso. Desde luego, él querrá inspeccionar los puestos de vez en Cuando y aprovechará la oportunidad para ver lo que sucede en la iglesia…

Mientras decía esto, Marchand entró otra vez con un cabo y seis húsares.

—¡Adelante! —ordenó—. ¡Dos centinelas en cada puerta!

El cabo distribuyó los puestos.

—Escuche, conde —preguntó Lang—. ¿Qué medidas de seguridad ha tomado en el exterior?

—Un sencillo acordonamiento de jinetes alrededor de la iglesia y la casa parroquial —contestó Marchand—. La media sección restante permanecerá también montada ante el portal de la sacristía. Y pensándolo bien… ¿qué le importa a usted, señor capitán? Usted no es oficial polaco, que yo sepa, y viste el uniforme de un Ejército inexistente. ¡Perdón, Alteza! —dijo volviéndose hacia el archiduque.

—Nada, nada… —repuso el archiduque—. Tal vez los caballeros tengan la bondad de ponerse de acuerdo sobre ese extremo. Por cierto, ¿dónde se apostará usted?

—Me apostaré donde estime necesario —contestó secamente Marchand.

Mientras hablaban se oyó la llegada de un carruaje.

—Entonces —dijo Alphonse—, tendré sin duda el placer de verle inspeccionar la iglesia durante mis nupcias. Hágalo, querido conde, confío muy complacido en sus medidas para garantizar la seguridad.

En aquel momento entró Stojanowski acompañado de un gentilhombre.

—¿Tan pronto por aquí, Excelencia? —inquirió el archiduque.

El mayordomo mayor saludó.

—Alteza —dijo— permitidme presentaros al gentilhombre de cámara Von Cordon.

Este Cordon era el mismo que hubo de sujetar al mayordomo por los faldones del frac mientras éste daba órdenes suspendiéndose en el vacío.

El archiduque devolvió el saludo. Luego se hizo la presentación entre el gentilhombre y el ayudante.

—Veo, conde Marchand —dijo Stojanowski— que sus centinelas montan guardia sin sable.

—Desde luego, Excelencia —contestó Marchand.

—¿Y dónde tienen el sable sus centinelas? —inquirió el mayordomo con tono doctoral.

—En la silla, Excelencia.

—¿Por qué en la silla?

—Porque cuando se sale con equipo de campaña, el sable debe estar siempre en la silla…

—¡Cállese, conde! —le interrumpió Stojanowski—. ¡Ahora estoy hablando yo!

—¡Su Excelencia me ha hecho una pregunta!

—Ha sido una pregunta puramente retórica. Un soldado no debe aprovechar cada oportunidad para meter baza. Ahora hágame el favor de ordenar que la tropa se cuelgue el sable y se quite la mochila.

—Escuche, por favor —replicó Marchand—. La tropa ha montado guardia sin sable porque lo he mandado yo, y permanecerá sin sable. Se ha dispuesto una marcha de campaña, según mis órdenes.

—No. Se ha dispuesto una parada. Así, pues, hágales colgarse los sables.

—En tal caso debo rogar a Su Excelencia que no adopte medidas para las cuales no está facultado.

—¡Y yo le ruego que no sabotee mis órdenes! ¡En cuestiones protocolarias soy yo quien dispone y no usted!

—Aquí no se trata de una cuestión protocolaria sino militar.

—¡Vamos, por favor! —exclamó Stojanowski—. Entonces le ordeno, no en mi calidad de mayordomo mayor, sino con mi graduación de teniente general, que haga cumplir lo dicho. ¡Usted parece haber olvidado mi jerarquía militar! Por consiguiente, me permitiré también olvidar la importancia financiera de su señor papá. ¡En marcha! ¡Haga salir a la tropa para que regrese con los sables!

Marchand dio media vuelta sumamente encolerizado.

—¡Rompan filas! —gritó—. ¡Cuélguense los sables!

Y salió detrás de sus húsares. Por la puerta abierta se vio llegar un segundo carruaje que pasó de largo.

—¡Extraña disciplina! —murmuró el archiduque—. Discúlpeme, Excelencia, pero eso parece imperar también ahora en los Estados que poseen todavía cierta autoridad.

—Todo está podrido, Alteza. Es cuanto puede decirse —masculló, enfurecido, Stojanowski.

—Sin embargo —dijo Sorel—, a usted le convendría ser más prudente con las personas adineradas. Procure no tomarme como ejemplo. Mi familia perdió el privilegio de gobernar porque se avino muy poco con los banqueros. Ahora estas gentes no dominan sólo las finanzas, sino también la gestación de revoluciones.

—Nada más cierto, Alteza —contestó el mayordomo mayor—. Pero, a pesar de todo, yo no aguantaré la insolencia de ese advenedizo. Y, dicho sea de paso, él tenía razón absolutamente respecto a los sables. De todos modos, yo aprovecho cada ocasión para ordenar lo contrario de lo que ha ordenado él.

Tras ese veredicto que le había mostrado en todo el esplendor de su soberbia, Stojanowski sufrió cierto sobresalto al ver una figura sobremanera familiar. La señora Tiefenbach apareció llevada en volandas por dos húsares que la depositaron cautamente sobre el suelo. Una joven dama de honor llegó tras ella.

—Esta organización —dijo la condesa dirigiéndose inmediatamente a él según su costumbre— parece ser por desgracia obra suya, barón Stojanowski. El fango llega hasta la puerta, los caballos se hunden hasta la panza…

—¡Perdón! —repuso el mayordomo mayor con amargura—. Yo no tengo la culpa, condesa. Por favor, no se recree haciéndome responsable de la lluvia, acháqueselo más bien al Todopoderoso.

—En cualquier caso —dijo la Tiefenbach—, me costará olvidar la deliciosa excursión que me ha preparado, querido barón Stojanowski.

—Discúlpeme, condesa —replicó Stojanowski—, pero yo tampoco he elegido esta aldea. Por tanto, tenga la amabilidad de aplicar en este caso a otra persona ese interés crítico y analítico con que me favorece sin cesar…

—Sea como fuere —siguió rezongando impávida la condesa Tiefenbach—, usted, barón Stojanowski, tiene un talento sorprendente para crear problemas a otras gentes con sus artimañas. Según tengo entendido, siendo niño casi le saltó un ojo a su institutriz de una perdigonada.

Habiendo llegado al límite de su paciencia, Stojanowski respondió iracundo:

—No obstante, debo rogarle que reserve esas gentilezas para otra ocasión, condesa. Siempre me han divertido mucho, pero le advierto que ahora está presente Su Alteza.

—¿Y por qué no me lo ha dicho inmediatamente en lugar de charlar tanto? —gritó indignada la Tiefenbach.

En realidad, no había advertido que la joven dama de honor estaba haciendo desesperados esfuerzos desde hacía un buen rato para indicarle disimuladamente la presencia del archiduque. Y ahora, desorientada por completo, hizo una genuflexión ante Magheran.

—¡No, aquí! —dijo sarcástico el mayordomo mayor haciéndole dar media vuelta.

—¡Perdón! —barbotó la Tiefenbach—. ¡La inveterada malignidad!

Echó una ojeada con los impertinentes y luego los dejó colgar de su cadena. Ambas damas se inclinaron mientras el archiduque les devolvía simultáneamente el saludo.

—Quisiera rogarle me perdone —dijo él— por las molestias que le he ocasionado con este viaje. Naturalmente asumo toda la responsabilidad, pues el mayordomo mayor no tiene la culpa.

Durante este coloquio fueron llegando más carruajes. Los húsares que habían salido de la iglesia estaban atareados retirando los sables de las sillas y colgándoselos al cinto. Marchand había montado otra vez y cabalgaba alrededor del templo revistando a los soldados del acordonamiento y ordenándoles que se colgaran también los sables. Mientras efectuaba esta inspección observó que se habían encendido algunas luces en las casas y que los vecinos, cuyo sueño había sido perturbado por el estrépito, miraban desde las ventanas.

El teniente aprovechó aquel hecho para desahogar su mal humor, y cabalgando a lo largo de las casas se encaró con los estupefactos mirones y les gritó que volvieran a sus camas amenazando con partir el cráneo a quien permaneciera en la ventana. Luego percibió algunas figuras que merodeaban furtivamente por la iglesia bajo el resplandor limar, y corriendo hacia ellas las dispersó sin contemplaciones cubriéndolas de improperios.

Pero los merodeadores resultaron ser el párroco, el sacristán y el organista que, escoltados por Tonenczuk, se dirigían hacia la iglesia. El conde, a horcajadas sobre su caballo de caza que chapoteaba pesadamente en el barro, enarboló amenazador la fusta y siguiendo la pared del cementerio cargó contra los cuatro dispuesto a revolcarlos por el barro. Tonenczuk se interpuso y tras muchas explicaciones pudo convencerle de que su único propósito era entrar en la iglesia.

Cuando el párroco percibió que tenía ante sí un oficial, le gritó:

—Oiga, quisiera saber si se nos ha sacado de la cama con su conocimiento y si se nos ha obligado a…

—¡Cállese! —le gritó a su vez Marchand—. ¿Quién le ha dado derecho a preguntarme si se ha hecho esto o aquello con mi conocimiento? ¡Por todos los diablos, métase cuanto antes en su iglesia!

—Pero ¿acaso ignora cómo me han tratado? —clamó el clérigo—. ¡Es inconcebible que haya ordenado semejante cosa a su gente!

—¡Yo no he ordenado nada a mi gente! —vociferó Marchand—. ¡No le consiento que confunda a mi gente con esos sujetos! ¡Yo no tengo la culpa de que todos los bribones de Polonia se hayan concentrado en este lugar! ¡Presente sus quejas a quien corresponda!

Con estas palabras dejó plantado al sacerdote y se reunió con sus hombres. Desmontó y poniéndose al frente de los centinelas, provistos esta vez con sables, los condujo otra vez hacia la sacristía. Entretanto varios palaciegos se disponían a abandonar los carruajes recién llegados empleando un sistema sumamente cómodo. Se hacían llevar en vilo sobre el barro por los lacayos hasta el cementerio y allí echaban pie a tierra para que seguidamente les limpiaran las salpicaduras. Aquella congregación bajo el resplandor lunar tenía algo de espectral con sus chispeantes joyas y condecoraciones.

Poco después llegó el coche de la princesa con los cristales embarrados, los caballos blancos que parecían haberse revolcado en el fango y escoltado por los dos húsares. Marchand les hizo desmontar para que sacaran a la princesa y su acompañante del carruaje. Marusia intentó cambiar una mirada con Sommerstorff, pero el conde no se atrevió a mirarla en presencia de Marchand. Echándose el abrigo de piel sobre el vestido nupcial, Marusia entró en la sacristía acompañada por la Hackländer y Marchand.

—Mi padre me ha pedido que le disculpe en su nombre, barón Stojanowski —dijo volviéndose hacia el mayordomo mayor—. Se siente indispuesto, ¿comprende?

Estaba muy pálida y las lágrimas en sus ojos competían con el destello de sus joyas.

—Espero que tu viaje no haya sido demasiado desagradable —dijo Alphonse para guardar las conveniencias—. Ahora la espera no será larga.

—Sí. Ya no será larga… —murmuró ella.

—El párroco ha dado su conformidad —siguió diciendo el archiduque—. Pronto estará aquí.

—Quisiera rogar a los caballeros —dijo la princesa— que me dejaran sola unos instantes con las damas… He de arreglarme todavía… No he podido hacerlo en el coche…

Se interrumpió al ver que el párroco entraba con sus ornamentos sacerdotales seguido por el sacristán, el organista y Tonenczuk.

—Aquí está el párroco, Alteza —dijo Richter arrastrando al eclesiástico.

Mientras tanto el sacristán y el organista, llenos de incertidumbre, echaron una ojeada a los reunidos y prosiguieron su camino hacia la iglesia.

—Un momento —dijo Alphonse a Marusia.

Luego se encaró con el párroco:

—Señor cura, usted debe bendecir el enlace de esta dama conmigo. Siento que le hayamos molestado a una hora tan inconveniente y comprendo que las demás circunstancias le causen extrañeza… pero la comparecencia de los personajes aquí presentes les ayudarán tal vez a vencer los escrúpulos que pudo haber tenido en un principio. ¿No es así, padre?

—Dígame primero si los hombres que me exigieron la celebración de esta ceremonia nupcial obraron por encargo suyo —respondió el sacerdote.

—Desde luego —dijo el archiduque mirando de reojo a Richter—. Actuaron en mi nombre.

—¿De verdad? —exclamó, asombrado, el sacerdote—. ¿En nombre suyo? ¡No puedo creerlo!

El archiduque captó una seña disimulada de Richter y repuso:

—¿Por qué no puede creerlo, padre? Probablemente querrá decir que no ha sido nada fácil explicarle esta situación, ¿verdad? Pero le aseguro que este enlace no tendría lugar aquí ni ahora si no nos forzaran las circunstancias. Así, pues, no se rompa más la cabeza y haga lo que se le ha solicitado.

—¿Solicitado? Usted parece ignorar los métodos empleados para…

—Lamento mucho que esos métodos hayan evidenciado quizá cierto apresuramiento…

—Eso no importa, señor mío —dijo el párroco—. Aunque esta solicitud haya sido tan insólita que no quiero mencionarla siquiera al menos en su relación directa conmigo… Pero ¿cree usted también que puedo bendecir la unión de dos personas cuyos nombres me son desconocidos? Tal vez esté contribuyendo sin saberlo a la perpetración de alguna irregularidad e incluso algún delito.

—¡Delito! —terció la princesa—. ¿Ha dicho delito, padre? ¡Ahora ya no pueden perpetrarlo, pues lo cometieron hace mucho tiempo! ¿Acaso cree usted que todo estriba todavía en las nupcias? ¿Se imagina cuáles deben haber sido los antecedentes? ¡Cada día se han cometido delitos, coaccionando a un corazón hasta imponerle un matrimonio que es en sí delictivo! No se preocupe más por un dolor que no podría comprender, no robe la paz interna a un anciano y haga lo que se le ordena. ¡Dios no le exigirá ninguna responsabilidad!

El párroco la miró atónito.

—Y usted, la única persona a quien he oído hablar con el corazón en esta noche de pesadilla, ¿desea también ese enlace?

—Sí, lo deseo. Y será mejor que acepte esta afirmación por el «sí» que tal vez me sea imposible pronunciar ante el altar, pues lo más probable es que entonces no pueda tenerme en pie, para hablar claro. ¡Váyase ahora! Hágame el favor de abreviar al menos estos últimos minutos antes de lo inevitable…

Tras una pausa el párroco contestó:

—Si nadie se apiada de usted, Dios lo hará.

Y después de decir esto entró en la iglesia.

—Te he permitido hacer esas declaraciones tan poco satisfactorias e indiscretas —dijo Alphonse Sorel a la princesa— porque supongo que, como mujer, te encanta presentarte ante la gente como una persona especialmente desdichada. No olvides, sin embargo, que…

—Te he rogado que me dejes sola —le interrumpió la princesa—. He de arreglar todavía algunas cosas de mi vestido.

—¡No faltaba más! —dijo Sorel—. Conde Marchand, retire a los centinelas. Ya ha oído que Su Alteza desea un poco de intimidad.

—Propongo respetuosamente a Su Alteza que se arregle en la casa parroquial —repuso Marchand—. Los centinelas deben permanecer aquí.

—¡Retire esos centinelas! —rugió el archiduque cuyos nervios empezaban a alterarse.

Ante esta explosión de ira, Marchand adoptó una actitud rígida durante breves instantes. Luego gritó a los centinelas:

—¡Retírense!

Los soldados salieron a la calle Mayor, y los demás desfilaron uno tras otro hacia la iglesia.

Por fin la princesa y las dos jóvenes damas de honor quedaron solas en la sacristía.

La princesa se despojó de su abrigo mientras gritaba:

—Llamen al conde… ¡De prisa!

La baronesa Hackländer abrió la puerta y voceó:

—¡El montero del coche de Su Alteza!

Sommerstorff saltó inmediatamente del pescante y corrió hacia la sacristía. Cuando vio que, aparte de la princesa sólo estaban presentes las dos damas, cerró la puerta algo más tranquilo. Los enamorados se abrazaron sin decir palabra. Las dos jóvenes se retiraron a un rincón y bajaron la vista.

—No he podido hacer más para impedirlo —dijo por fin Sommerstorff—. Esta tarde he visitado una vez más a tu padre. Caí de rodillas y le supliqué que retirara su autorización. ¡Todo ha sido inútil! En última instancia me he presentado en la Corte y he intentado obtener una suspensión de la asistencia a esta ceremonia. Allí se me ha hecho saber que si me inmiscuía en este asunto reservado a la política se decretaría mi arresto…

—Querido mío —susurró Marusia—, ya te previne que sería un esfuerzo vano como en todas las ocasiones anteriores. Evidentemente no puedo oponerme más al matrimonio con ese hombre y tampoco pienso hacerlo. Él tendrá todo cuanto desee, la fortuna, las haciendas… ¡todo menos a mí! Me caso con él pero no le perteneceré nunca después de haber sido tuya… ¡Quiero ser tuya para siempre! Quizá se dé por satisfecho con el dinero. Estoy segura de que será así. Entonces nosotros huiremos… tan pronto como lleguemos a Varsovia. Nos esconderemos en la ciudad, dejaremos transcurrir algún tiempo y luego abandonaremos Polonia.

—¿Lo crees posible? —preguntó Sommerstorff—. ¿Crees que no nos descubrirán? ¿Crees realmente que podrás librarte algún día de él?

—¡Sí! —gritó Marusia—. Si no mañana, dentro de una semana o de un mes… Pero aunque necesitáramos un año nunca me obligaría a ser suya.

Mientras decía esto, las damas de honor se acercaron nuevamente y le arreglaron el velo nupcial.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Cuando estás a mi lado todo es casi perfecto! ¡Sentí tal felicidad al verte sentado en el pescante…! ¡No creía lo que veían mis ojos…!

—Soborné al montero para que me cediera su puesto y su librea —dijo Sommerstorff—. Pero no pude hablar ante el cochero… Durante unos instantes pensé arrojarle del coche y partir con el coche y contigo a la ventura, hacia cualquier lugar excepto éste, pero me faltó el valor… De todos modos los húsares nos habrían dado alcance…

—Perdónenme —intervino la baronesa Hackländer en voz baja—. Necesito confesarle una cosa, princesa. Hace mucho tiempo que deseo hacerle esta confesión y sin embargo…

Los amantes cambiaron una mirada de sorpresa.

—¿De qué se trata? —inquirió Marusia.

La joven murmuró:

—Seguramente usted recordará, princesa, haber dicho que había visto un espectro… Esto ocurrió hace pocos días, cuando sufrió aquel ataque de nervios…

—¿Qué pretende usted? —le amonestó Sommerstorff—. ¿Cómo se le ocurre hablar de espectros en estos momentos?

—Su Alteza lo tomó por un augurio nefasto… —repuso la dama de honor.

—¿Quiere decir tal vez que no fue nefasto sino propicio? —vociferó Sommerstorff—. ¿Acaso es usted como la condesa Tiefenbach?

—Quiero decir… —tartamudeó la Hackländer— que Su Alteza se asustó sin motivo alguno… porque aquel espectro… era yo…

—¿Usted? —gritaron al unísono Marusia y Sommerstorff.

—Sí… —contestó la dama de honor—. ¡Yo! Se me envió en busca de Su Alteza para acompañarla al baile… Me aterrorizó oír llantos en una galería donde no parecía haber nadie… Luego vi a Su Alteza en el suelo, y cuando usted volvió en sí y habló del espectro no me atreví…

Marusia la interrumpió con un gesto porque no lograba articular ni una palabra. Mientras todos estaban mirándose estupefactos, entró el señor Von Lang.

—¡Ah! —exclamó con un gesto de disculpa—. Según observo, no está completamente sola para arreglarse…

—¡Necesitaba que mi montero me trajera algunas cosas del coche! —respondió ella, airada, mientras se esforzaba por serenarse—. ¿Acaso no lo ve?

Acto seguido despidió a Sommerstorff.

El conde, que se había vuelto de espaldas tan pronto como entró Lang, salió apresuradamente.

—Estoy ya dispuesta —dijo la princesa encarándose con el ayudante—. Comuníqueselo a Su Alteza.

—Estamos esperando todavía la llegada de la Corte —respondió Lang—. Faltan aún varios coches. Sólo quise echar una ojeada…

—¡Acompáñenme! —dijo la princesa a las damas de honor mientras se encaminaba hacia la iglesia.

Lang quedó plantado allí unos instantes. Luego se acercó asimismo al postigo de la iglesia y llamó con voz queda:

—¡Richter!

Richter se presentó inmediatamente.

—Diga a Su Alteza —le ordenó Lang— que se requiere su presencia aquí.

Richter salió y regresó a poco seguido, no sólo del archiduque, sino también de Magheran y Tonenczuk. Lang cerró la puerta.

—He tenido la suerte —dijo Lang— de descubrir aquí al conde Sommerstorff hablando con la princesa. Llevaba una librea.

—¿Sommerstorff? —exclamó pasmado el archiduque.

—Sí. Evidentemente ha sobornado al montero y ocupa su lugar en el coche de la princesa.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Esto era de esperar dada la situación.

Se oyó otra vez rumor de carruajes. El archiduque silbó entre dientes.

—Desde luego, ese hombre no habrá venido aquí para pasar el rato —comentó Lang.

—Será preciso precavemos contra las asechanzas que tenga en proyecto —dijo el archiduque—. Eso es asunto suyo. Yo debo regresar. La Corte se ha reunido ya. Podríamos aprovechar la situación del conde para tenderle un lazo. Lo dejo a su criterio. Convendría sacar partido de esta oportunidad para suprimirlo, pues se ha comprometido lo suficiente con ese disfraz. ¿Se ha dado cuenta de que usted le había reconocido?

—No lo creo —repuso Lang—. He procurado disimular mi asombro y me parece que he tenido éxito.

Mientras tanto la puerta que daba a la calle se había entreabierto.

—¡Cuento con usted! —dijo precipitadamente el archiduque—. Y también con vosotros —añadió volviéndose hacia Richter y la pareja de rufianes—. ¡Ya sabéis lo que se ha de hacer!

Y entró aprisa en la iglesia.

A todo esto los cortesanos estaban penetrando en la iglesia por la sacristía y formaban pequeños corros. Sus condecoraciones y piedras preciosas reflejaban el trémulo resplandor de las velas. Al fondo resonaron repentinamente las notas del órgano. Cuando los últimos entraron en la iglesia, Richter cerró la puerta. Simultáneamente cesó la música del órgano.

Tras una pausa el ayudante habló así:

—Revisemos una vez más el plan. Ahora el párroco iniciará su sermón nupcial, y cuando el órgano suene otra vez será la señal de que se ha consumado la ceremonia. Entonces la Corte desfilará ante los jóvenes desposados para felicitarles. En este momento yo entreabriré la puerta desde el otro lado… Y entonces usted, Richter, encañonará a la princesa tomando la puntería justamente entre los hombros y disparará. Acto seguido saldréis corriendo, saltaréis sobre los caballos y, si fuera necesario, os abriréis paso por la fuerza entre los húsares.

—Está bien —dijo Richter—. Pero ¿cómo resolvemos ahora lo del conde Sommerstorff? ¿No cree usted que ha sospechado algo de nuestro plan?

—No —repuso caviloso Lang—. Es muy poco probable… La razón de su presencia aquí debe ser muy distinta, si bien esa misma razón puede…

—¿Supone, pues, que puede ocasionarnos dificultades? —inquirió Richter, algo alarmado.

—Quizá… No sé lo que proyecta.

—¿Sabe usted una cosa? —sugirió, de repente, Richter—. Tal vez haya venido para hacer con la princesa lo que planeamos nosotros…

—¿Cómo? —preguntó, asombrado, Lang.

—Parece concebible… Él la ha perdido definitivamente por causa de este enlace, y el despecho…

—¿Cree que se propone…? —murmuró Lang—. ¡Bah! ¡Ni hablar!

—Yo no afirmo que tenga intención de hacerlo, sólo quiero decir que podría hacerlo… Es, desde luego, una posibilidad… Amores desgraciados… ¿comprende?

—Sí. ¿Y qué? —inquirió Lang—. ¿Cuál es su deducción?

—Veamos si le parece aceptable —dijo Richter—. ¿Y si declaráramos que era el conde quien había atentado contra la princesa?

—¿Pero cómo demostrarlo? Él lo negaría de plano, no le quepa duda.

—Pero no creo que nosotros le diéramos la oportunidad de hacerlo. Nosotros procuraríamos detenerlo, ¿me entiende? Diríamos que habíamos intentado detenerlo… ¿lo ve ahora? Y con tal motivo nos desembarazaríamos del conde…

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Cuando hubiéramos concluido nuestro asunto liquidaríamos asimismo al conde.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente después.

—Pero para eso él debería estar aquí y presenciarlo todo.

—Nada más fácil. ¡Magheran, da una voz al montero del coche de Su Alteza!

Magheran abrió la puerta de la calle y gritó:

—¿Está por ahí el montero del coche de Su Alteza?

Sommerstorff cayó en la trampa. Entró como una tromba y cuando Magheran cerró la puerta tras él se encaminó hacia la otra que conducía a la casa parroquial, Richter le cerró el paso.

—¿Qué motivos tiene usted, conde Sommerstorff, para participar en esta fiesta con una indumentaria tan peculiar? —preguntó Lang.

—Así, pues, ¿me ha reconocido, señor Von Lang? —inquirió Sommerstorff.

—Ya lo está viendo.

—No esperará en serio que conteste a su pregunta, ¿eh?

—No —repuso Lang—. Le he hecho llamar porque me parece conveniente disponer que estos hombres le custodien. No sabemos cuáles pueden ser sus designios.

Magheran y Tonenczuk se colocaron a ambos lados del conde.

—Bien, ya está hecho —dijo Lang a Richter—. Ahí lo tiene usted.

—Gracias —contestó Richter—. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—¡Hasta la vista, conde Sommerstorff! —dijo Lang—. ¡Discúlpeme por no hacerle compañía!

—¡No se detenga! ¡Cuanto antes se marche mejor!

—Recuerde la señal, ¿eh? —recomendó Lang a Richter—. Cuando se abra la puerta… Y lo demás…

Lang hizo un ademán indolente y luego entró en la iglesia. Richter cerró la puerta detrás de él.

Sommerstorff se enfrentó inmediatamente con los tres.

—Os ruego que me soltéis —dijo—. ¿Cuánto pedís por ello?

—Bastante —masculló Tonenczuk.

—No —decretó Richter—. Nada en absoluto. No le dejaremos marchar bajo ningún concepto.

—¿Por qué no? —se asombró el conde—. ¡Necesito la libertad! ¡Y puedo ofreceros *mucho*!

—No lo aceptaríamos jamás. ¡El hecho de tenerlo aquí, atrapado, vale para nosotros más que el oro!

El conde le miró.

—Pero ¿qué clase de gentes sois vosotros?

—Por lo pronto no somos húsares, mi buen conde… También quiero decirle que es inútil que intente comprar su libertad. Le necesitamos con verdadero apremio. Usted ingerirá la sopa que se había cocinado inicialmente para nosotros. Así, pues, no se moleste más. Puede fumar un cigarrillo si lo desea. —Y le ofreció una pitillera.

—Veamos, ¿cuánto piden en definitiva? —preguntó Sommerstorff.

—Ya le he dicho que no le dejaremos en libertad. ¿Quiere un cigarrillo o no? ¿No? Está bien.

Richter encendió uno para él y se metió la pitillera en el bolsillo.

—Siéntese ahí —dijo—. Ahora he de estar alerta.

—¿Quiere decir realmente…? —inquirió, estupefacto, Sommerstorff—. ¿Quiere decir que tampoco me soltarán por dinero?

—¡Silencio! —ordenó Richter conteniendo la voz—. Sentad a ese tipo allí y procurad que cierre el pico.

—¿Cómo se atreve usted a hablarme así? —vociferó Sommerstorff.

Richter le empujó hasta una silla y le dijo con voz sibilante:

—¡Le he dicho que cierre el pico!

—¿Qué estáis urdiendo, malditos bandidos? ¿Por qué no he de poder hablar?

—Porque ahí dentro está celebrándose una boda. Así, pues, debe guardar, silencio.

Sommerstorff quiso replicar, pero cambió de opinión y se sentó. Desde la iglesia llegó con entonación monótona la voz del párroco, que estaba pronunciando ya el sermón nupcial. Magheran y Tonenczuk se situaron junto al conde. Richter dio unos pasos hacia el postigo de la iglesia, empuñó el fusil y manipuló en su mecanismo.

Sommerstorff levantó la cabeza y lo miró expectante.

—Deme ahora ese cigarrillo —pidió de repente.

—No —repuso Richter sin quitar los ojos de la puerta—. Ahora no tengo tiempo…

—Muy desconsiderado por su parte —observó Sommerstorff—. Como puede figurarse, tengo los nervios

de punta.

—Bueno, dádselo —exclamó Richter mascullando unas maldiciones pero sin volverse—. ¡Dadle ese endiablado cigarrillo!

Magheran sacó su pitillera y se la ofreció al conde. Éste hizo ademán de tomar un cigarrillo y volviéndose hacia Tonenczuk dijo:

—¡Por favor, deme fuego!

Cuando Tonenczuk se disponía a coger una vela del anaquel, Sommerstorff tiró al aire la pitillera de Magheran haciendo volar todos los cigarrillos y se plantó de un salto en la puerta de la calle.

—¡Cuidado, Richter, cuidado! —gritó Magheran.

Entretanto el conde había abierto la puerta y llamaba a voz en grito:

—¡Centinelas! ¡Centinelas!

Los tres individuos cayeron sobre él, lo arrastraron hacia dentro y cerraron de golpe el batiente.

—¡Echad la llave! —ordenó Richter.

—¡Pero si no tenemos llave! —gritó Tonenczuk.

Sommerstorff logró soltarse y corrió hacia el postigo de la iglesia, pero Richter y sus secuaces lo alcanzaron cuando se escurría ya por él.

—¡Maldito perro! —gruñó Richter golpeando con el fusil las costillas del conde.

Éste se revolvió con furia. De pronto Tonenczuk observó que el postigo de la iglesia se había abierto un poco.

—¡Richter! —gritó—. ¡Han abierto la puerta!

Entonces empezó a sonar la música del órgano y Richter se acercó de un salto apuntando al interior de la iglesia.

Sommerstorff, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dio un empujón y arrastrando consigo a Tonenczuk que se había agarrado a él, logró desviar el cañón del fusil hacia arriba justamente cuando restallaba el disparo. La bala siguió una trayectoria oblicua y se hundió en el techo. Aquello desencadenó un enorme vocerío dentro de la iglesia. El órgano enmudeció.

—¡Maldición! —rugió Richter asestando un culatazo en la frente a Sommerstorff, que se desplomó sin sentido—. ¡Fuera! ¡Ahora ya no hay nada que hacer!

Y los tres se precipitaron hacia la puerta de la calle en el momento en que se disponían a entrar un cabo y dos húsares.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el cabo.

—¡Paso libre, cretino! —bramó Richter apartándolo a un lado.

—¡Alto! —gritó el cabo cuando vio que los tres sujetos saltaban sobre los caballos y se alejaban a todo galope.

Los gritos de los soldados le hicieron coro. Algunos quisieron emprender la persecución, pero como realmente ignoraban de qué se trataba y además los uniformes de los rufianes les desconcertaron por completo, volvieron grupas apenas recorridos unos metros. Entretanto la sacristía se había llenado de gente. Varios dignatarios de la Corte salieron de la iglesia mientras algunos húsares entraban en ella. Todo fue algarabía y confusión. En medio de aquel tumulto, el mayordomo mayor juró como un energúmeno. Vio a Sommerstorff en el suelo y lo sacudió enfurecido.

—¿Ha disparado usted? —gritó—. Le pregunto que si ha disparado usted.

Luego increpó a Marchand:

—¿Son éstas sus medidas de seguridad?

—¡Usted me hizo retirar a los centinelas! —replicó el teniente—. ¡He aquí las consecuencias!

—¡Maldita sea! —farfulló el mayordomo mayor—. ¿Y yo seré el responsable?

La princesa apareció en el marco del postigo. Vio el cuerpo exánime de Sommerstorff y dando un grito se arrojó sobre él. Varios dignatarios se esforzaron por reanimar al herido.

—¡Haga disparar inmediatamente a la tropa! —ordenó el mayordomo mayor al conde haciendo rechinar los dientes.

—¿Disparar? —preguntó Marchand—. ¿Contra quién?

—¡Eso es lo de menos! —aulló Stojanowski—. ¡En casos semejantes se disparan salvas!

—Pero ¿para detener a quién? —le respondió gritando Marchand—. ¡El conde está ahí sin conocimiento!

—¡Haga fuego en la calle! ¡Vamos, muévase!

—¡Fuera no hay nadie! ¡Dé usted mismo esa orden! ¡Yo no lo haré!

—¡Caballero! —bramó el mayordomo mayor—. ¡Obedezca o le tumbo aquí mismo a puñetazos!

Marchand se encogió de hombros.

—¡No faltaba más! ¡Como usted quiera, orate! —Se encaminó hacia la puerta y desde el mismo umbral ordenó:

—¡Desmonten! ¡A formar! ¡Prepárense para disparar una salva! ¡Carguen! ¡Apunten…!

La condesa Tiefenbach se acercó muy airada a Stojanowski:

—¡Esta organización es típica de usted! —despotricó—. ¡Otro nuevo incidente que sirve para calificarle!

—¡Cállese si no quiere que me olvide de que es usted una dama!

Y aludiendo a los dignatarios, dijo:

—¡Cortesanos chismosos e inactivos! ¡Comprometerse con ellos es dar pie al escándalo! ¡Se nos jubilará a todos…! ¡Y eso será el mal menor!

—Entonces —comentó sarcástica la condesa Tiefenbach—, por lo menos ya no podrá dictar órdenes a los civiles. Usted mismo se encasquetará una chistera y se irá de paseo…

Le interrumpió el estruendo de la salva que había ordenado Marchand. Todo el mundo gritó.

—¿Y cómo habrá llegado hasta aquí el conde Sommerstorff? —exclamó frenético el mayordomo mayor —. ¡Es para enviarlo al diablo! ¿Qué proyectaría con esta mascarada?

El humo azulado de la pólvora les llegó en fluctuantes velos. Los húsares dispararon una segunda salva.

—¡Digan al teniente que ordene alto el fuego! —gritó Stojanowski.

Se transmitió la orden de boca en boca, y por fin Marchand la ejecutó. Luego se aproximó a paso vivo.

—¿Qué le parece? —comentó—. Ahora ya estarán alarmadas unas docenas de vacas en los establos, unas bandadas de gallinas y todos los aldeanos que descansaban tranquilamente en sus camas.

Mientras decía esto, el archiduque y el señor Von Lang salieron también de la iglesia y se abrieron paso entre los cortesanos. El archiduque quiso encaminarse hacia la puerta de la calle. El ayudante se acercó a las gentes agrupadas alrededor de Sommerstorff.

—¡Alteza! —gritó Stojanowski—. ¡El conde Sommerstorff ha querido atentar contra usted, pero la tropa lo ha abatido inmediatamente!

—¿Qué pretende ahora? —le increpó el archiduque—. ¡No se interponga en mi camino!

—¡Le ruego encarecidamente que disculpe este incidente! ¡Desde luego se degradará inmediatamente al teniente Marchand por negligencia en el servicio!

—¡Y a usted se le degradará por estupidez! ¡Apártese!

—¡Alteza!

—Y ahora, ¿qué? —gritó el conde al ayudante haciendo caso omiso del mayordomo mayor.

—Está sin conocimiento solamente —informó Lang abriéndose paso a codazos—. Parece que empieza a volver en sí.

—¡Mi carruaje! —gritó el archiduque dirigiéndose hacia la puerta.

—¡El carruaje de Su Alteza! —aulló el ayudante.

Los dos salieron a la calle.

Stojanowski, que les había seguido hasta la salida, gritó:

—¿Adónde va, Alteza? ¿Qué significa esto?

Mientras tanto Sommerstorff se había recobrado. Se incorporó pálido como un muerto, miró atónito a la princesa y los dignatarios. El mayordomo mayor se abalanzó inmediatamente sobre él.

—¿Fue usted quien hizo el disparo? —vociferó.

—No —repuso Sommerstorff.

—¿No? ¿Entonces quién?

—¿Se ha marchado el archiduque?

—¡Le he preguntado quién puede haber sido si no fue usted!

—¡Y yo le pregunto si se ha marchado el archiduque!

—¡Sí, diablos! ¿Y qué?

Sommerstorff se volvió hacia Marchand.

—Los tres húsares que asumieron aquí las medidas de seguridad deben de haber intentado abrirse paso entre sus centinelas, ¿verdad?

—Exacto —contestó Marchand—. La tropa me informó del hecho. Los tres montaron y partieron al galope… Pero esos húsares no eran míos.

—¡Justo! —afirmó Sommerstorff.

Y dirigiéndose al mayordomo mayor agregó:

—Uno de esos tres hizo el disparo contra la princesa…

—¡Contra el archiduque querrá decir!

—¡No, contra la princesa! ¡Lo sé bien!

—¿Contra la princesa? —exclamó Stojanowski—. ¿Es posible? ¿Y con qué finalidad? ¡Conde Marchand, ordene inmediatamente la persecución!

—No —dijo Sommerstorff reteniendo al teniente.

—¿Por qué no? —gritó maravillado Stojanowski.

—Porque… —repuso Sommerstorff con gran parsimonia— porque esa gente ha actuado en nombre de alguien que tiene inmunidad respecto a la persecución de los militares y los tribunales… Por lo menos si usted no quiere provocar un escándalo verdaderamente sensacional. ¿Me comprende? Como puede ver, el archiduque ha puesto pies en polvorosa sin esperar a la terminación de la ceremonia nupcial ni al esclarecimiento del caso. Por tanto, le aconsejo que no fuerce las cosas, pues la Corona de Polonia no le agradecerá sus indagatorias.

Los cortesanos, ya más tranquilos, escucharon con suma atención. El mayordomo mayor quedó petrificado.

—¿Cuál es el significado de todo esto? —balbuceó—. ¿Usted cree realmente que…?

—Sí —repuso Sommerstorff—. Ha ocurrido tal como le digo.

—¿No querrá decir…? —sugirió el mayordomo—. ¿No querrá decir…?

—No lo dude —dijo Sommerstorff—. Me afirmo en lo dicho. ¿A qué atribuye usted si no la huida del archiduque? Usted tiene el deber de evitar cualquier escándalo. Según tengo entendido, cada dignatario ha debido prestar juramento antes de emprender viaje comprometiéndose a mantener silencio en relación con este enlace.

—Cierto.

—Pues bien, esa declaración jurada le obliga a usted por partida doble. Disponga el regreso de la Corte a Varsovia para que pueda entrar en la ciudad antes del amanecer. Es lo único que cabe hacer.

Stojanowski permaneció inmóvil unos instantes.

—¡Fantástico! —murmuró—. Así, pues, usted asegura…

Sommerstorff se limitó a hacer un gesto afirmativo.

—Haga regresar a la Corte —repitió—. Todavía tiene tiempo hasta el amanecer…

—¿Es que usted sospechaba ya algo? —insistió el mayordomo mayor.

—No —respondió Sommerstorff—. Si fuera así, no hubiera expuesto la vida del ser que más quiero…

El mayordomo mayor giró sobre sus talones.

—¡Hagan venir los carruajes! —gritó—. Conde Marchand, usted emprenderá el regreso con los húsares…

Hubo un gran murmullo de voces. Marchand salió en seguida y los cortesanos le siguieron. En seguida empezó el desfile de carruajes. Marchand dio varias voces de mando. Los húsares montaron. Los vehículos pasaron uno tras otro ante el camposanto. Los cortesanos iban en sus coches comentando el inaudito acontecimiento.

Los húsares se alejaron al paso.

El mayordomo mayor notó la ausencia de los enamorados cuando tenía ya el pie en el estribo. Dio media vuelta y se dirigió hacia la sacristía. Los encontró allí solos. Vio que la princesa recostaba la cabeza sobre el hombro del conde y, con ojos llenos de lágrimas le hablaba con ternura.

—¿No viaja con la comitiva, conde Sommerstorff? —preguntó.

—No —repuso el conde—. Pero le agradeceré que comunique a la Corte de Varsovia que la princesa y yo estamos prometidos. Naturalmente, la ceremonia celebrada hoy aquí no es válida. ¿Tiene usted el certificado de matrimonio, Excelencia?

El mayordomo de la Corte le entregó un pliego.

—Sí. Se había extendido por anticipado.

Sommerstorff rompió el documento.

—Si por casualidad encontrara usted todavía en Varsovia al archiduque, arroje en mi nombre estos trozos de papel al rostro de su ayudante, el señor Von Lang. Pero recuerde al archiduque que él me comparó cierta vez con esos gentilhombres que traicionan a su príncipe como lo haría el traidor más vil del pueblo y dígale que puede estar seguro de que este gentilhombre no le traicionará nunca.

F I N

AVENTURAS DE UN JOVEN CABALLERO EN POLONIA

CAPÍTULO PRIMERO

Todo estaba ya dispuesto para presentar una nueva fámula al administrador Rudkovski en la hacienda «Gorochov», de los Lubienski, donde la escasez de personal se hacía sentir más cada día.

Cuando Rudkovski abandonó su despacho en el piso de la administración, precedido por una sirvienta que portaba un quinqué, se encontró con que ya le estaba esperando fuera el factor Hartlieb haciendo incesantes reverencias y, plantada a su lado, una joven de tez clara, cejas oscuras y ojos grises, que vestía zamarra, llevaba pañoleta a la cabeza y, en la mano, un hatillo.

Hartlieb recibió al administrador con una serie interminable de excusas: como era bien sabido, cada día resultaba más difícil encontrar personal, y en fechas próximas no quedaría un solo trabajador disponible, aunque no fuese suya la culpa, pues no era él quien había declarado la guerra al emperador de Austria…, ni efectuado otras cosas por el estilo.

Entretanto, la muchacha, sosteniendo su hato entre ambas manos, miraba fijamente al administrador, y éste contemplaba con idéntica fijeza las botas de la joven, cuyo corte o calidad parecía haber despertado su interés.

No obstante —siguió discurseando Hartlieb—, él había podido aún dar con aquella juvenil persona, que hablaba, claro está, un polaco muy defectuoso, porque pertenecía a la colonia germana de Katerburg, donde él —que asimismo provenía de esa comunidad— la descubrió. Pero, en las actuales circunstancias, esta moza podría ser de gran utilidad…, etc.

—¿Qué clase de botas son ésas? —preguntó de pronto el administrador.

Apenas lo oyó, la sirviente del quinqué avanzó unos pasos e iluminó el calzado de la nueva fámula.

En verdad, Rudkovski se entusiasmaba cuando veía unas botas hermosas; ésta era una de sus debilidades. Pero ahora percibió instantáneamente que aquéllas no eran sólo hermosas, sino de una perfección excepcional y, por añadidura, su orillo superior estaba decorado con bellos arabescos, como las botas de los húsares.

—¿Dónde las conseguiste? —preguntó el administrador.

La novicia pareció no encontrar palabras adecuadas para responder. Sin embargo, Hartlieb, fiel a su hábito de mediar en todas las conversaciones, explicó inmediatamente que en la actualidad se veían muchas botas hermosas por todas partes, pues los campesinos despojaban a los caídos y, sobre todo, a los oficiales muertos. Rudkovski lo escuchaba como quien oye llover, porque estaba muy atareado inspeccionando aquel sorprendente calzado, para lo cual levantaba sin contemplaciones una y otra pierna de la muchacha. Por último le quitó una bota con asombroso desahogo y manifestó que le compraría el par. No bien dicho esto, empezó a probársela tranquilamente.

La muchacha, manteniéndose muy erguida sobre los dedos del pie desnudo, lanzó ansiosas miradas al factor y le hizo señas de impaciencia. Mas como éste no se diera por enterado, la joven advirtió, en un pésimo polaco, que jamás se desprendería de sus botas.

Hartlieb presintió ya el estallido de un tempestuoso altercado. Sin embargo, se equivocó, porque el administrador, a la manera de ciertos individuos que se complacen en presumir de grandes señores ante sus subalternos, escuchó los propósitos de la muchacha con el mismo interés que poco antes había dedicado al factor, máxime ahora que estaba luchando con una bota que, evidentemente, le venía estrecha.

Por fin desistió y, profiriendo un juramento, lanzó el codiciado objeto a los pies de la muchacha. Mientras la bota surcada los aires, el hombre siguió aún su trayectoria con mirada de honda pesadumbre.

—¡Bien, vamos al grano! —exclamó, volviéndose hacia Hartlieb—. Así, pues, ésta es de Katerburg, ¿eh?

Y, además, no sabe ni palabra de polaco, ¿verdad? Dime: ¿cómo te llamas? —preguntó directamente a la muchacha.

Mientras forcejeaba con su bota, ella respondió que se llamaba Katharina Radmacher.

Rudkovski ordenó a la otra sirvienta que dejara el quinqué sobre la repisa y fuera en busca del suizo. Entretanto, dio varias vueltas alrededor de la Radmacher —quien, una vez puesta la bota se había enderezado con rostro enrojecido— y la examinó de pies a cabeza.

Como ella mantuviera la vista baja, Rudkovski le cogió el rostro por la barbilla y la miró de hito en hito, recibiendo, como réplica, una mirada en que se mezclaba la incertidumbre con un extraño centelleo… Cuando el hombre se disponía a hacer algunos comentarios con respecto a semejante actitud, apareció el suizo, el cual le distrajo de su propósito. Acto seguido se informó al recién llegado acerca de la contratación de una nueva fámula. Katharina Radmacher recibió un segundo nombre de pila: Kascha. Luego se la asignó al servicio del suizo en calidad de vaqueriza. Él, el suizo, podría entenderse bien en alemán con la muchacha. Así lo dictaminó Rudkovski mientras examinaba someramente los documentos personales que le había entregado la joven.

Con dichas palabras, el suizo recibió autorización para retirarse. Tras él desfiló, muy diligente, la nueva moza de establo Katharina Radmacher, llamada Kascha en lo sucesivo, aunque no sin lanzar todavía otra mirada inquisidora al factor, quien, sin embargo, se hizo el desentendido.

En realidad, aquella muchacha no era tal muchacha, sino un caballero muy joven que tampoco se llamaba Radmacher. Dicho con otras palabras: se trataba del teniente Keller, perteneciente al regimiento de húsares «König von Hannover».

Por aquellas fechas, cuatro regimientos de Caballería, concretamente dos austríacos y dos alemanes, bajo el mando de un tal barón Von Kriechbaum, teniente general prusiano, habían recibido la siguiente orden: Tan pronto como la Infantería rompiera el frente ruso en la aldea de Koniuchy, ellos deberían completar el ataque a pie con una serie de cargas para martillar al desmoralizado enemigo y sembrar la mayor confusión posible en sus líneas de retaguardia.

Pocas semanas antes de la operación militar proyectada, se había dispuesto su repliegue de las fortificaciones en que estaban atrincherados, para alojarlos en un confortable acantonamiento, a varias horas del frente. Allí podrían reponer fuerzas y preparar adecuadamente sus cabalgaduras para el inminente combate.

El teniente Keller —quien ingresó a una edad tan temprana en el Ejército, que probablemente por aquellos días los faldones de su camisa revolotearían aún por encima de los calzones— tenía ahora dieciocho años cumplidos y mantenía relaciones amorosas con una flamante aldeana llamada Kascha. Para alcanzar tal objetivo, le había venido muy bien que su madre —oriunda de Langed— procediese de una hacienda en la comarca de Poznan, y que entre ella y su ama le hubiesen enseñado un poco de polaco.

El 29 de setiembre, hacia la amanecida, cuando él dormía a pierna suelta mientras los demás oficiales, reunidos todavía en el comedor, empezaban a contar historietas picantes, tras la inveterada partida de bridge, Keller percibió, como entre sueños, un gruñido sordo, un continuo retumbar y trepidar en la lejanía; tal vez lo hubiera estado oyendo desde hacía un buen rato, mientras dormitaba intranquilo, aunque sin acabar de despertarse…, pero ahora se incorporó repentinamente y aguzó el oído. En la estancia rural en que los oficiales se referían cuentos indecentes a la luz de dos candelabros, se dejaron oír también los incesantes estampidos; sus ecos sirvieron de contrapunto a la conversación e hicieron temblar las paredes… Los oficiales decidieron suspender la indecorosa charla y salir al patio: allí se hizo perfectamente audible el fuego graneado de artillería sobre las posiciones rusas, a una distancia de diez kilómetros, más o menos, y en dirección Este.

En el crepúsculo matutino relampaguearon, cual distantes fusilazos, las llamaradas de los cañones.

Salvo la presencia de los taciturnos oficiales, no se veía un alma en la calleja aldeana, pues tanto los lugareños como la tropa estaban durmiendo todavía; aparentemente, no se habían percatado aún del formidable cañoneo.

Por lo general, desde el comienzo de aquella guerra, los soldados y la población civil parecían preocuparse del conflicto bastante menos que los oficiales, lo cual no les impedía saber, mucho más que éstos, cuándo sobrevenía algún momento crucial.

Cuatrocientas piezas de artillería, entre ellas varios obuses superpesados, batían sin interrupción las

líneas enemigas, destrozando alambradas, aplanando trincheras, abriendo una brecha sangrienta por donde se lanzarían al asalto la Infantería y los cuatro regimientos de Caballería.

En la aldea cantaron algunos gallos.

Poco después se tocó diana. Procedióse a la limpieza de los caballos, luego se los abrevó y alimentó.

Los labradores marcharon al campo como de costumbre.

Amaneció un caluroso día otoñal, con viento del Sur.

Los escuadrones no formaron para partir. Sin embargo, los suboficiales dispusieron, por iniciativa propia, que se ensillase y tuviera listo todo el equipo.

Los oficiales se dejaron ver muy poco por sus escuadrones. Pasaron la mayor parte del tiempo en los alojamientos, aseándose y reflexionando, entretanto, sobre la muerte.

A todo esto, el lejano fragor cobró cada vez más fuerza y amplitud.

Aquella mañana, el teniente Keller se bañó con excepcional diligencia, y también se dio gran prisa para vestirse como si temiera perderse algo digno de ser visto. Sin embargo, no hubo nada que ver. Más tarde, recorrió inútilmente las calles del villorrio; sólo vio en la distancia a su capitán, Von Neumann, fumando, con aire apático, un cigarrillo.

Entonces se le ocurrió una gran idea… ¡Quizá conviniera ir a la barbería, para que le hicieran un buen afeitado! Aunque la navaja no había rozado jamás sus mejillas, él pensó que tal vez fuera ya necesario. Así, pues, regresó aprisa a su alojamiento, y allí se miró en un pequeño espejo. No…, evidentemente, el afeitado seguía siendo innecesario.

Luego se dio un paseo alrededor de la casa, esperando encontrarse con Kascha…

En el camino echó una ojeada a la cuadra en que se guarecían sus caballos; dos bayos de su propiedad, y la montura cuartelera para el palafrenero. Observó, sorprendido, que las tres cabalgaduras estaban ya ensilladas, si bien con las cinchas flojas aún. Cuando se dirigía hacia el palafrenero para hacerle algunas indicaciones, vio a Kascha, e inmediatamente se encaminó en su dirección, con el ánimo de trabar conversación.

Pero, esta vez, Kascha no parecía tener ganas de charla; además, al aproximarse, el joven caballero se percató de que la chica estaba atareada con la carga de estiércol, y de que su padre rondaba por los contornos. Kascha sonrió al teniente…, aunque aquélla fue una sonrisa irónica, cargada literalmente de displicencia. Como si todo hubiese concluido para ella, pensó Keller, ¡como si supiera ya que el regimiento debe emprender la marcha…! De pronto, aquella moza se le antojó sobremanera mugrienta.

En ese mismo instante se oyó el toque de llamada, y el palafrenero salió *a tempo* de la cuadra, conduciendo los tres caballos, cuyas cinchas estaban ya bien prietas. Keller se preguntó, estupefacto, cómo sería posible que el mozo de cuadra hubiese adivinado con tanta exactitud el momento oportuno para prepararlo todo; mientras se hacía tales reflexiones, vio que su asistente salía corriendo del alojamiento con las dos maletas (sin duda las habría hecho impulsado por una urgencia instintiva en cuanto el teniente abandonó su dormitorio), para arrojarlas a un carro de bagaje.

Fue una escena inquietante, a causa de la extremada precisión de sus secuencias:

Mientras el palafrenero bajaba los estribos para que montara el teniente, el ordenanza llegó otra vez, desalado, y entregó el chacó al oficial; luego, le colgó la pistola, de largo cañón, y le dio los guantes. Acto seguido aflojó el barboquejo del gorro de piel y se lo colgó al cuello… En suma, llevó a cabo su tarea con la misma exactitud con que el palafrenero efectuó la suya. Fue como si ambos hubiesen sabido de antemano, desde muchas semanas atrás, lo que les correspondería hacer en este preciso momento y no en ningún otro.

Se ordenó a la división que formara dos líneas de combate ante las fortificaciones de Zaloszcze, mirando hacia el Oeste y, por cierto, desplegando en primera línea a las dos unidades alemanas, regimiento de húsares «König von Hannover» y regimiento de *carabinieri* «Graf Skyrum», y en segunda línea, a los dos regimientos austríacos, el de ulanos «Erzherzogin Maria Theresia» y el de dragones «Infant von Portugal».

Cuando el jefe de la división, teniente general barón Von Kriechbaum, salió del alojamiento y marchó marcialmente hacia su montura, se le cruzó en el camino un gato negro, lo cual le causó cierto sobresalto. Como era luterano, sintió la tentación de persignarse, pero no supo a ciencia cierta cómo hacerlo. Y cuando el capellán del Estado Mayor divisionario, consejero consistorial Pustkuchen —el cual había salido también de la casa y percibido su dubitativo ademán—, le instó a desistir de semejante superstición y depositar más bien una confianza plena en Dios, él, con voz tonante, le ordenó callar, primero porque, según dijo, no le había preguntado nada, y segundo, porque, si bien mencionar a Dios en situaciones poco críticas era de por sí bastante intempestivo, hacerlo en momentos verdaderamente críticos resultaba intolerable.

No obstante, apenas llegó a la explanada en que se habían concentrado los regimientos, el general pronunció una arenga, en la cual aludió a Dios, y, ciertamente, en la asociación Dios, Emperador y Patria.

A mitad de su alocución se le acercó un oficial de enlace, perteneciente a la *Garde du Corps*, para entregarle un sobre lacrado.

El general leyó atentamente aquel pliego, y a renglón seguido ordenó que la división hiciera una variación por secciones y se alinease de cara al Oeste.

Esa maniobra culminó en una súbita inversión, y los austríacos quedaron formando la primera línea, de modo que si el consejero consistorial Pustkuchen no se hubiese retirado a su alojamiento, habría tenido oportunidad de decir: «¡Los primeros serán los últimos, o los últimos serán los primeros!».

Sin embargo, el teniente general barón Von Kriechbaum no quiso dar tiempo a los regimientos para cavilar acerca de semejante circunstancia ni analizar siquiera las causas que habían motivado tal variación de frente, pues quizás algunos pudieran preguntarse si no habría ordenado dicho movimiento porque los austríacos le parecieran más bravos que los alemanes, o bien porque estimara demasiado a los germanos para dejar que el fuego de ametralladora los barriera en primera línea como se proponía hacer aparentemente con los austríacos. Por consiguiente, ordenó avanzar al paso en dirección a los distantes cerros tras cuyas siluetas onduladas se escondían las aldeas de Koniuchy y Swiniuchy. Así, se fue aproximando al trueno del cañón y arrollando todo, con su división formada ya en orden de combate. Fragorosas y rutilantes, las dos líneas de batalla avanzaron manteniendo entre sí una distancia de cien pasos aproximadamente y constituyendo dos frentes con una anchura de mil doscientos pasos cada uno. A poco, el polvo blanquecino del campo se arremolinó bajo los cascos de los escuadrones y voló con el viento… Fue como si la tierra reseca ardiera hasta consumirse en un fuego humeante.

Entretanto, la brigada austríaca parecía haberse conformado con morder la ácida manzana que representaba su marcha en vanguardia. Efectivamente, el brigadier austríaco conde Saint Croix, hombre de mentalidad pacata y aristócrata legitimo, permaneció aletargado hasta que sus dos coroneles, Leopold Schuster y Pollak von Ahnenburg, hombres mucho más despiertos, lo previnieron contra los prusianos; entonces emprendió una veloz galopada, con el designio evidente de exponer sus quejas, pero, indudablemente, cambió de opinión durante el camino y prefirió dar mayor margen a un criterio algo más ecuánime, porque se le vio reducir la marcha hasta un trote lento y, por último, emprender el regreso, al paso, hacia su puesto de mando. Con ello quedó solventado el asunto.

Asimismo, la tropa optó por morder la acidulada manzana y empezó a cantar. El regimiento de ulanos «Erzherzogin Maria Theresia» entonó reiteradamente cierta canción rutena que hablaba de un arce verdeante, y los dragones del «Portugal» cantaron —todos los escuadrones— un himno de alabanza a su oficialidad, pero dedicado especialmente a los muy estimados comandante conde Hunolstein y capitanes conde Grünne y conde Lanthieri. (El crecido número de condes presentes en la caballería austríaca no causaba asombro, sino todo lo contrario, pues muchos pensaban que con tales destinos se prestaba un servicio singular y se proporcionaba gran satisfacción tanto a los regimientos como al país en general).

La canción que entonaron los dragones del «Portugal», respetando el texto original, salvo algunas variaciones ocasionales para amoldarse a la graduación de los glorificados, rezaba así:

¡Viva el señor capitán,
viva cual un príncipe
con todo su prestigio y boato!
¡Vivamos todos igual en Austria!

Se cantó dicha estrofa con una melodía bailable de brío poco común.

Transcurrida media hora, o tal vez cuarenta y cinco minutos de marcha ininterrumpida, se acrecentó rápidamente el furioso cañoneo, y al propio tiempo los proyectiles pesados rusos levantaron surtidores de tierra sucia en las crestas de los cerros, todavía lejanos, lo cual significó sin duda que el enemigo había abierto fuego de barrera y, por ende, que la Infantería propia había desencadenado ya su ataque. Temiendo llegar demasiado tarde al escenario bélico, el teniente general rompió en un trote ligero e hizo que lo siguiera toda la división; apenas iniciado ese acelerado movimiento, surgió entre ambas líneas de combate una polvareda blanquecina que se elevó a gran altura como si hubiese explotado todo un convoy de municionamiento.

Con aquel trotar constante, cuyo ritmo —como ocurre en casi todas las grandes formaciones— se aminoraba unas veces y otras se aceleraba hasta el punto de hacer galopar a algunos jinetes, enmudecieron los cantores, y pronto se hizo perceptible en el movimiento fluctuante e inquieto de los regimientos una excitación reprimida o resquemor encubierto…, diríase casi miedo. Entretanto, se divisó, en las hondonadas existentes a uno y otro flanco, largas columnas de Infantería, cansinas y polvorientas, encaminándose a unas posiciones desde cuya línea se lanzarían probablemente las primeras oleadas del asalto. También se hicieron audibles, transportadas por el viento desde gran distancia, las notas musicales de bandas militares que habían permanecido a pie firme en sus puestos durante horas, y seguían allí presenciando el desfile de las fuerzas combatientes e incitándolas a luchar. Sin duda se estaba ya cerca de los emplazamientos artilleros propios, pues las descargas resonaron con creciente estridencia. Entre la agitación y el estrépito de los escuadrones, se oyeron súbitamente órdenes destempladas cuyo significado pareció ininteligible durante unos instantes, pero al poco se vio que los jinetes austríacos empuñaban sus sables, y también se oyeron los acordes de generala procedentes de algún lugar cercano. Evidentemente, fue cuestión de algún homenaje militar, porque entre las remolineantes polvaredas se divisó, sobre una loma a mano derecha —aunque demasiado tarde, justo es reconocerlo—, un grupo a pie, tras el cual esperaban varios caballos sin jinete; asimismo se hicieron visibles unos centelleos diamantinos, resplandores y reflejos escarlata de cintos y mantos capitulares presididos por el estandarte imperial…, una visión pasajera que se esfumó sin tardanza. Detonaciones de artillería, hiriendo los tímpanos, restallaron cual formidables latigazos, y unos segundos después, la línea austríaca, seguida a pocos minutos por la alemana, desfiló entre las piezas de una batería cuyos servidores se dispersaron profiriendo maldiciones, y así prosiguió la presurosa cabalgada sobre zanjas, setos y campos roturados. La división no se detuvo hasta llegar al pie del gran cerro, donde saltaban surtidores de tierra producidos por los impactos rusos; allí se hizo alto, en un espacio a cubierto de la vista del enemigo, levantándose nuevos torbellinos de polvo entre estrepitosos tintineos y grandes y fluctuantes movimientos.

También había avanzado hasta allá la Infantería, buscando la protección del cerro; sus unidades esperaban a pie firme y desaparecían paulatinamente en las bocas de los aproches por donde desfilaban los hombres, uno tras otro, hacia las posiciones de asalto en la vertiente opuesta, desde donde se lanzaban las sucesivas oleadas de atacantes. Al otro lado resonaba sin interrupción el fuego de fusil y ametralladora; sería la una de la tarde, y el ataque parecía estar ya en pleno apogeo.

Dos granadas pesadas explotaron muy cerca, una en el intervalo entre los dos regimientos alemanes; la otra, en medio del primer escuadrón de *carabinieri*. Allí se oyeron alaridos, lamentos, y el galope martillador de caballos sueltos. El nerviosismo cundió en los regimientos, produciendo convulsiones musculares y entrechocar de dientes. El teniente general barón Kriechbaum se apostó, con su Estado Mayor, en la cumbre del cerro, bajo el fuego de la artillería rusa; desde allí podía estudiar perfectamente el terreno para lanzar su ataque, pero la situación resultaba a todas luces bastante incómoda, circunstancia que llenó de satisfacción al brigadier austríaco conde Saint Croix. Tal vez el teniente general recelara algo de eso, pues poco después encargó al ayudante de la división, Von Krachte, que fuese en busca del conde y lo acompañara hasta la cumbre, para que pudiera aprovecharse también de la soberbia panorámica, que les permitía estudiar perfectamente el terreno. Sin embargo, el conde rechazó rotundamente esa sugerencia e hizo saber al teniente general, por conducto del conde Berlichinger, ayudante de la brigada —el cual marchó hacia el Estado Mayor divisionario en compañía del señor Krachte—, que no pensaba, ni mucho menos, estudiar su situación desde un lugar ajeno al prescrito para él por el reglamento de campaña.

Pero, apenas transcurridos quince minutos, pudo verse que el ayudante divisionario abandonaba nuevamente el grupo del Estado Mayor y descendía al galope por la ladera. Una vez abajo voceó, sin más preliminares, la orden de ataque, primero a la brigada austríaca, y luego, reanudando el galope, a la alemana.

Aunque se daba por supuesta una inferioridad relativa de los efectivos austríacos, el teniente general hizo transmitir esa orden, porque lo había irritado la actitud del conde Saint Croix. Entretanto, las fuerzas de éste arrancaron inmediatamente al paso, para romper pronto en un trote ligero y ascender, por último, la falda, al galope, mientras los cometas tocaban ataque y todos empuñaban los sables. Cuando se gritaban ya órdenes tajantes en la unidad alemana, los austríacos desaparecieron, pellizas al viento, más allá de la cresta. *Carabinieri* y húsares del rey se pusieron también al paso, y poco después galopaban velozmente, con inquietas lanzas en ristre, detrás de los austríacos.

Cuando el teniente Keller, cabalgando a la altura de los demás oficiales ante la alineación arrolladora de húsares, atravesaba el lomo del cerro, divisó allá abajo, entre las alambradas de las posiciones propias y enemigas —éstas ya desocupadas—, los despojos de varios jinetes austríacos que no habían logrado salvar

el obstáculo, colgando como vellones de los pinchos mientras el resto de la brigada proseguía su furiosa carrera en desordenados pelotones por aquel campo de cráteres; el terreno estaba literalmente sembrado de tropas dispersas, mayormente millares de infantes extraviados, pues al parecer —nada se podía distinguir con claridad— los regimientos austríacos habían emprendido la persecución del enemigo en desbandada. Apenas cruzó el lomo del cerro, la línea alemana recibió dos descargas de artillería, y el primer teniente Von Lüderitze, próximo a Keller, salió despedido de su silla; pero la brigada siguió galopando cuesta abajo, animada de inmensa exaltación, saltó sobre las anchas trincheras —perdiendo en la empresa varias monturas— y se abrió paso entre alambradas casi deshechas, donde los caballos sufrieron horribles desgarramientos en las patas o quedaron apresados allí mientras sus jinetes salían por las orejas para caer sobre la punzante maraña.

Afortunadamente, cuando mayor era el pandemónium, enmudeció la artillería enemiga, cesando en su tarea destructiva; tal vez las baterías rusas estuvieran enganchando ya las cureñas a los armones para emprender el repliegue. Por fin, la brigada, sensiblemente mermada, consiguió desprenderse del alambre y, con unos cuantos pelotones y jinetes sueltos, cual burujos de vedijas dispersas, reemprendió el galope por aquel campo de embudos. Cuando los rusos avistaron esa segunda oleada de caballería, salieron a su encuentro en bandadas, dando grandes voces y alzando las manos para evidenciar su impotencia. Los jinetes adelantaron a la infantería propia, cuyas unidades avanzaban desordenadamente, y desde aquel punto se siguió galopando durante largos minutos, hasta que los caballos empezaron a resollar mientras el sudor cubría sus cuerpos y la espuma se acumulaba en los ollares y sobre las ancas.

Los *carabinieri* dieron alcance a dos baterías rusas que iniciaban la retirada y, lanzando desaforados gritos, alancearon a sus servidores y caballerías. En ese preciso instante, cuando se avistaba la aldea de Satanov, la brigada fue sorprendida por algunos disparos esporádicos de trayectoria frontal, a los cuales siguió un infernal fuego de fusilería. Al verse inopinadamente ante unas posiciones de segunda línea, sin alambrada, donde se estaba atrincherando el enemigo ya batido, la formación austríaca arremetió con gran coraje, y la brigada alemana marchó tras ella, dejando a su espalda un revoltijo de cabalgaduras y hombres agonizantes. Los regimientos austríacos, derritiéndose literalmente bajo aquel fuego demoledor, alcanzaron con unos cuantos jinetes las trincheras e hicieron huir a una parte de los rusos, pero otros contingentes de fuerzas enemigas en retirada, principalmente circasianos, ocuparon a su vez el atrincheramiento y ofrecieron enconada resistencia. El teniente Keller, escoltado por algunos húsares del regimiento «König von Hannover», cuyas filas habían sido terriblemente diezmadas, saltó sobre aquellos fosos, abatiendo con el sable a unos cuantos circasianos que se interpusieron en su camino, mas, cuando había franqueado ya la temible barrera, su cabalgadura, que recibió un tiro de fusil en plena testuz, se desplomó y lo sepultó bajo su voluminoso cuerpo.

CAPÍTULO II

En un lluvioso atardecer de octubre, cuando el factor Hartlieb y un tal Laurentiev —un ruso manco a quien se había contratado últimamente como recadero— conversaban ante la casa del primero en Rosiszcze, apareció de improviso un tropel montado, cuatro o cinco cosacos a lo sumo, que pasó raudo por su lado, salpicándolos con el barro de la pequeña calle provinciana.

Hartlieb, que se disponía a abrir el portal, recibió una rociada en plena espalda. El manco se quedó mirando a los jinetes, mientras murmuraba algunas maldiciones, pero entró detrás de Hartlieb en la casa.

Ya dentro del zaguán, el factor encendió un quinqué, y Laurentiev aplicó un cigarrillo, de larga boquilla, a la llama antes de dar cuenta acerca de diversos encargos que había hecho —un informe aparentemente ya iniciado—, y también con respecto a cierto mensaje.

Pero enmudeció de nuevo porque se dejó oír otra vez en la calleja un chapoteo de cascos que anunciaba el regreso de los cosacos. Guardó silencio durante un buen rato para escuchar el rumor.

—¿Qué buscarán ésos cabalgando arriba y abajo? —preguntó Hartlieb.

Laurentiev le contestó que no tenía ni idea. Cuando se disponía a proseguir con su informe, se abrió de pronto una de las dos ventanas que daban a la calle, y por ella penetró un individuo, el cual, cerrando presuroso los batientes, se pegó, jadeante, al espacio de pared existente entre ambos ventanales, sin duda para no ser visto desde el exterior. Era un húsar, muy joven y bien parecido, que vestía un mugriento uniforme de campaña y chacó ladeado… En una palabra: Keller. Empuñando con aire amenazador, una pistola de largo cañón, ordenó a ambos que guardaran silencio.

Apenas pronunciadas tales palabras, se oyó nuevamente el galope de los cosacos, aunque, esta vez, procedente de ambos lados, para detenerse ante la casa, donde, sin duda, se encontraron dos grupos de jinetes. Parecieron quedar perplejos al no ver entre ellos a aquel a quien evidentemente perseguían, pues, tras un breve intercambio de palabras coléricas, la ventana se abrió bruscamente otra vez, y uno de ellos, inclinándose sobre la silla, gritó algo hacia el interior del cuarto, alargando el cuello cuanto pudo, pero por fortuna no escudriñó los rincones, porque la pereza le impidió desmontar. Aunque el teniente no entendió su pregunta, el significado de las palabras era indudable.

Cuando Hartlieb se disponía a contestar, observó que el joven húsar seguía encañonándolo con la pistola; aunque hubiera sido menos cobarde de lo que realmente era, siempre habría preferido el fusilamiento en el paredón a aquel disparo de pistola. Por consiguiente, su contestación en ruso a los cosacos fue más o menos del siguiente tenor: Aquí no hay nadie excepto yo y el llamado Laurentiev.

Pero el cosaco había retirado ya el cráneo de la ventana, porque ahora estaban desmontando todos los jinetes, evidentemente por orden de su sargento, para registrar la casa frontera, un edificio oscuro y silencioso, donde, según creían ellos, habría preferido esconderse el fugitivo, antes que en uno ocupado e iluminado. Como encontraron la puerta cerrada con llave, rompieron una ventana y se colaron en la habitación.

El húsar, pegado todavía a la pared, escuchó atentamente los taconeos y el estrépito de enfrente, pero sin quitar la vista de encima al factor ni al ruso. Hartlieb permaneció inmóvil, aguzando asimismo el oído, y se dijo para sus adentros: «Si esos cosacos regresan aquí y encuentran al húsar, estaré perdido, porque descubrirán que les he mentido». Laurentiev apuró él cigarrillo de larga boquilla y, tirándolo al suelo arcilloso, le puso un pie encima.

A juzgar por el ruido, los cosacos estaban ahora en la parte superior del edificio. El húsar creyó llegado el momento de abandonar su incómoda posición de acecho junto a la pared. Se enderezó, metió la pistola

en una funda que llevaba colgando al costado y exigió, en un polaco sumamente defectuoso:

—¡Escondedme!

El manco le dirigió una mirada escrutadora, sin decir palabra, pero Hartlieb bisbiseó en alemán:

—¡Dios mío! ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?

—¡Ah! —susurró el húsar—. ¿Sabes hablar alemán? ¡Adelante, escondedme!

—¿Cómo, por favor?

—¡Debes esconderme!

—¿Esconderle?

—¡Sí!

—Pero, a todo esto… —susurró Hartlieb—, ¿quién es usted?

—¡Eso no te importa! —bisbiseó, encolerizado, el húsar—. Escóndeme, ¿comprendes? Y cuanto antes mejor…, para que no me encuentren esos tipos.

—¿Cómo puedo hacer tal cosa. Dios mío?

—¡Adelante! —gruñó el húsar, desenfundando otra vez la pistola.

En ese instante Laurentiev; preguntó a Hartlieb algo que el húsar no comprendió, tras lo cual el factor respondió en ruso o polaco al manco, explicándole probablemente lo que el húsar había ordenado. Entonces Laurentiev murmuró todavía unas palabras que no parecieron convencer a Hartlieb, pero el ruso insistió, encogiendo los hombros, y finalmente el factor miró al húsar.

—¿Qué estáis cuchicheando? —susurró Keller.

Ahora bien: como Hartlieb había mentido a los cosacos para evitarse un balazo y sabía que si éstos lo averiguaban le descerrajarían igualmente un balazo sin más explicaciones, comprendió que le quedaba tan sólo una alternativa: seguir escondiendo a aquel evadido, ya oculto allí. Así, pues, cogiéndolo súbitamente del brazo, lo arrastró a través de la habitación y lo hizo subir por unas tenebrosas escaleras, donde aprovechó la ocasión para formularle duros reproches por haberlo puesto en una situación tan comprometida… ¿Cómo se le había ocurrido refugiarse precisamente en esta casa, cuando había tantas otras? Así prosiguió sin pausa.

El teniente, que no replicó nada, pues estaba muy atareado con el ascenso de las escaleras, tropezó de pronto, causando un estrépito estremecedor.

Hartlieb profirió dos o tres maldiciones; una vez arriba, abrió la puerta de un desván. Encendió una cerilla, frotándola en el fondillo de los pantalones, y dio la luz: era un aposento lóbrego, mal ventilado, pintado de verde, con dos camas, una pegada a la pared izquierda y otra a la derecha; unas ropas colgaban de algunas perchas. Cuando Keller estaba mirando todavía en tomo suyo, abajo se abrió súbitamente el portal, y los cosacos irrumpieron en la casa. El factor se llevó tal sobresalto, que dejó caer la cerilla, pero sin duda los de abajo habían percibido el débil resplandor, porque subieron vociferando por las escaleras, exigiéndole que volviera a dar luz.

Hartlieb no pensó ni por asomo en iluminar la escena, y en realidad tampoco habría podido hacerlo aunque lo hubiese querido, porque no podía dominar el temblor de sus manos.

Cuando los cosacos —eran dos— llegaron arriba, con espantoso alboroto, consiguieron apresarlo en la oscuridad, y lo zarandearon de tal forma, que el hombre rascó presurosamente otra cerilla, invocando para sus adentros la ayuda del Todopoderoso.

Cerró los ojos apenas surgió la pequeña llama: «Ahora —pensó— los cosacos y el húsar se liarán a tiros, y me cogerán en medio».

Pero no oyó ni un solo disparo. Únicamente recibió un doloroso culatazo, que le propinó con su fusil uno de los cosacos, mientras le preguntaba a gritos cuáles eran sus manejos allá arriba en plena oscuridad.

Hartlieb abrió los ojos y no vio ni rastro del húsar. Pensó que probablemente se habría escondido detrás de la puerta o bajo uno de los lechos.

Entretanto, el otro cosaco estaba ya a cuatro patas examinando una de las camas, pero allí no había nadie.

El primer intruso se encaró con Hartlieb y siguió vociferando:

—¿Qué estás buscando aquí arriba, perro? Enciende otra cerilla, ¿entiendes? ¡Debes encender otra cerilla!

Efectivamente, la pequeña llama estaba a punto de extinguirse. Con cada una de: tales interpelaciones, Hartlieb recibió sendos culatazos.

Esa diversión pareció complacer tanto al otro cosaco, que el hombre se incorporó después de haber escudriñado bien bajo la cama, y antes de encaminarse hacia la segunda, se acercó a Hartlieb, el cual encendía diligentemente una cerilla tras otra, y empezó a medirle el cuerpo con la culata, mientras gritaba:

—¿Qué estás buscando aquí arriba, perro? Enciende otra cerilla, ¿entiendes? ¡Debes encender otra cerilla!

No hizo más que remedar a su compañero, sin exponer ninguna idea original propia, pero se contentó con ello.

En esa situación de la llama eterna, entre porrazo y porrazo, Hartlieb descubrió súbitamente al húsar. El hombre estaba saliendo, a rastras, de la cama izquierda, que el cosaco no había examinado aún, y se deslizaba hacia la otra, pasando inadvertido para los presentes, salvo para el factor; finalmente, consiguió ocultarse bajo la cama derecha, es decir, aquella que ya había inspeccionado el cosaco.

Por último, éste pareció creer haber cumplido ya su misión, pues cedió, en exclusiva, el maltrato de Hartlieb a su camarada, y se volvió nuevamente hacia las camas con el evidente propósito de examinar la segunda.

Sin embargo, permaneció irresoluto entre ambos lechos, dando la impresión de haber olvidado cuál de los dos había revisado. Hartlieb vio con terror que el olvidadizo cosaco se disponía a agacharse para inspeccionar la cama de la derecha, es decir, aquella que ya había visto y bajo la cual acababa de ocultarse el teniente…, pero en última instancia cambió de opinión y miró bajo el lecho de la izquierda, donde, naturalmente, no encontró a nadie.

Demasiado perezoso para poner fin a sus dudas mirando bajo la otra cama y cerciorarse así de haber inspeccionado ambas, se incorporó y limitóse a hurgar con la culata sus ropas y su colchón.

Hartlieb, que, por el temor de que se descubriera al húsar, apenas había notado hasta entonces los culatazos del fusil de su cosaco, empezó ahora a resentirse, con la decreciente tensión, de esos reiterados golpes, y por fin respondió gritando a la insistente pregunta del cosaco acerca de su presencia en aquellas alturas:

—¡He subido aquí para echarme un rato en la cama!

—¡Ah, ya! ¡En la cama! —exclamó el otro cosaco.

Y quiso tomarse el desquite demostrando al primer cosaco que él tenía también ideas propias y no sólo sabía remedarlo, como había hecho cuando asedió con atronadoras preguntas al factor.

Así, pues, alzó el fusil, e hizo un disparo contra uno de los catres; luego se volvió hacia el otro y apretó nuevamente el gatillo.

Ambos proyectiles atravesaron los colchones de paja, pero sin rebotar contra las paredes, pues como éstas eran de arcilla, las perforaron limpiamente y buscaron, silbando, el exterior.

Por consiguiente, el teniente salió indemne del trance.

Cuando Laurentiev —que se había quedado abajo fumando con gran calma— oyó las detonaciones, movió la cabeza de un lado a otro y lamentó la suerte del apuesto húsar, sintiendo bastante menos la de Hartlieb; sin embargo, sus lamentos se acrecentaron al reflexionar acerca de la propia suerte, cuyo turno llegaría ahora.

Alarmado por los disparos, el suboficial —que con el resto de sus cosacos había registrado las viviendas de la vecindad, haciéndolas desalojar y llevando a sus ocupantes ante sí en manada— llegó desalado, subió a trompicones los dos tramos de escalera, y ya en los últimos peldaños, vociferó:

—¿Lo tenéis ya, cerdos? ¡Eh! ¡Cerdos! ¿Lo tenéis ya?

Los dos cosacos, presintiendo que allí comenzaba a tomar forma una interpretación errónea cuyo desenlace podría ser harto desagradable para ellos, guardaron silencio.

En cuanto al factor, que no había recibido ya más culatazos desde que los disparos distrajeron a su cosaco, hasta el punto de dejarlo petrificado, sostuvo la cerilla encendida con tal desmaña, que se prendieron también los restantes fósforos. Entonces los dejó caer al suelo, donde formaron una hoguerilla efímera pero luciente.

Mientras el suboficial averiguaba que sus dos subordinados no habían encontrado al húsar, y que tan sólo uno de ellos, impulsado por una euforia excesiva, había acribillado ambas camas, la pequeña hoguera palideció lentamente y, cuando el sargento propinaba una sonora bofetada al cosaco del tiroteo y tomaba impulso para largarle otra, se extinguió. Así, pues, el sargento no encontró ningún motivo para la segunda bofetada, y su impulso se perdió en un tenebroso vacío.

—¡Luz! —bramó.

Mientras el factor invocaba a Dios como testigo de que no le quedaba ni una sola cerilla, el abofeteado cosaco encendió una de las de su propiedad.

Apenas surgió la llama, el infortunado recibió la segunda torta que se le tenía predestinada, de modo que el fósforo escapó de su mano y se apagó al instante.

El suboficial se mostró tan contrariado que, en lugar de registrar aquella habitación, como habría hecho

probablemente en otras circunstancias, descendió a tientas los escalones, profiriendo juramentos, y tan sólo cuando había bajado ya un buen trecho decidió encender una cerilla; su gente ya no se atrevió a hacerlo, pues cada cual temía que apenas resplandeciese la luz sería de nuevo abofeteado por equivocación.

A la puerta de la casa, los soldados habían montado y se alejaban de allí al paso, con lo cual el suboficial prorrumpió en nuevas maldiciones contra su pequeña tropa, y salió, desesperado, tras ella.

El factor descendió las escaleras detrás de los cosacos murmurando blasfemias y entró en el aposento en que Laurentiev se aprestaba a encender otro cigarrillo en la lámpara.

—Pensé ya —dijo éste con gran pachorra— que te habían liquidado, Hartlieb, y también al húsar. Pero, según veo —agregó, porque, entretanto, el teniente, que había reptado fuera de la cama y descendido asimismo la escalera apareció de pronto en la puerta—, ambos estáis con vida.

El húsar cerró de una patada el portal, luego echó el cerrojo y empuñó otra vez la inevitable pistola, cuya aparición causó gran nerviosismo al factor.

—¡Vamos! —gritó, manteniéndose en la sombra del dintel para no ser visto desde la calleja—. ¡Cubrid esa ventana!

—¡Cómo! ¿Todavía aquí? —exclamó, encolerizado, Hartlieb—. ¿Acaso pretende traer la desgracia a todos los pobladores de Rosiszcze? ¡Váyase de una vez al diablo!

Y siguió despotricando en términos parecidos.

El húsar alzó la pistola.

—¡Debes cubrir esa ventana! —ordenó.

Mientras arrancaba el mantel de la mesa para cubrir la ventana, el factor gritó:

—¿Por qué se empeña en disparar contra la población civil? ¡Debiera haberlo hecho contra esos cosacos cuando le descerrajaron un par de balazos! ¡Pero, no…! ¡Entonces prefirió escabullirse debajo de la cama!

Aunque el manco no entendía nada de lo que gritaba Hartlieb, contempló, complacido e irónico, la escena. Luego se levantó y caminó hacia una puerta del aposento.

—¡Quédese donde está! —vociferó el húsar.

Pero Laurentiev dijo algo en ruso, que el teniente no entendió; luego hizo un ademán expresivo y salió. Keller no se atrevió a disparar.

Cuando Hartlieb abrió de par en par la ventana para sujetar el mantel entre los batientes y el alféizar, una pequeña multitud que se había aglomerado en la calleja apenas desaparecieron los cosacos, empezó a comentar, muy excitada, los horribles acontecimientos, y algunos metieron la cabeza por la ventana para hacer preguntas inquisitivas… ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué dispararon los cosacos? ¿Es cierto que están persiguiendo a un húsar? ¿Dónde está Laurentiev?

—¡No lo sé! —gritó Hartlieb—. ¡En cualquier caso ha huido!

Y, ¿por qué habían disparado los cosacos contra él, contra el factor?

—¡Porque…! —vociferó, frenético, Hartlieb—. ¡Porque esa gente, los militares, disparan siempre contra personas que no tienen nada para devolverles los disparos! ¡Porque esos tipos te golpean con sus fusiles o te encañonan con sus pistolas creyéndose muy valientes, pero primero se aseguran de que nadie los tome a su vez como blanco!

Diciendo esto sujetó bien el mantel y cerró la ventana. Cuando se acercó a la segunda ventana para cubrirla asimismo con un abrigo que había cogido de una percha, gritó hacia fuera:

—¡Esos malditos soldados no deberían ir diciendo siempre por ahí que los demás son unos cobardes, y ellos, los únicos valientes! ¡Sería preferible que diesen la cara y se arriesgaran a que otros los encañonaran! ¡Entonces verían lo que es bueno! ¡Pero eso no lo hace ninguno de ellos!

Con estas palabras cerró la ventana de golpe.

Apenas quedaron cubiertas las ventanas, el húsar entró en la habitación y, con objeto de abreviar, según su propia expresión, dijo al factor que si el otro, el manco, se hubiese ausentado para delatarlo a los cosacos, él le descerrajaría un tiro allí mismo.

Acto seguido arrojó la pistola y el gorro de piel sobre el sofá y pidió a Hartlieb, cuyo terror había reaparecido con las recientes palabras del otro, que le sirviera algo de comer.

Y, efectivamente, obtuvo del factor —para quien no hubo más alternativa— una cena fría, que devoró con ansia sin sentarse siquiera. Hartlieb, en pie a su lado, lo observó de reojo. El húsar, desprovisto ahora de su monumental chacó, resultó tener menos estatura que él. Comió carne fría, patatas y una porción de

tarta, engulléndolo todo mezclado. A decir verdad, su comportamiento fue más bien el de un rapaz famélico que el de un oficial.

—¡A propósito! —exclamó de súbito—. ¡Dame algo de beber! Pues si no lo haces —agregó sonriente—, cogeré la pistola y te encañonaré otra vez.

Con esa broma totalmente infantil e inesperada y el relampagueo de su sana dentadura al sonreír, el teniente captó la voluntad del factor —como el propio Hartlieb confesaría más tarde—, aunque también le hizo proferir unas cuantas maldiciones acerca de esa reiterada alusión a la puntería.

No bien dicho aquello, Keller le arrebató la botella de vino y empezó a beber alegremente.

Luego, encima de la tarta, comió salchicha.

Por último, Hartlieb sacó fuerzas de flaqueza y preguntó al húsar si había recorrido ya mucho camino.

—Eso puedo revelártelo —le respondió el otro—. Soy teniente del regimiento Hannover, y me llamo Keller. He entrado en combate, y no me ha sido posible reunirme con los míos. Durante la marcha, he encontrado muy poca comida, porque me he pasado varios días jugando al escondite con los cosacos.

—¿Adónde quiere dirigirse el señor en definitiva? —preguntó Hartlieb.

—¿Quién? ¿Yo? —exclamó el húsar—. No lo sé exactamente. A decir verdad, no tengo punto de destino. Sólo necesito estar alerta para que nadie me atrape.

En aquel instante reapareció el manco, con la consiguiente satisfacción de Keller.

—¿Adónde has ido? —le preguntó éste.

Laurentiev encendió el sempiterno cigarrillo y, en una mezcla de polaco y ruso, dijo algo que pareció consternar al factor, pero esta vez Keller entendió la mayor parte: los cosacos habían rodeado el lugar, poniendo centinelas en una superficie de cien pasos a la redonda. Él, el manco, que recelaba ya algo, salió a echar un vistazo, y todo resultó tal como supuso: los cosacos no le permitieron pasar.

—Naturalmente —dijo el húsar al factor, que estaba de nuevo horrorizado—. ¿Acaso esperabas otra cosa?

Y terminó su cena sin alterarse.

Tras el yantar, quiso tomar un baño.

Hartlieb le preguntó cómo era posible que tuviera deseos de bañarse cuando se los podría fusilar a todos en cualquier momento.

—¡Pamplinas! —replicó el húsar—. ¡Vamos! ¡Adelante con el agua caliente y el jabón!

Y así fue: se bañó en una artesa plana. Pero antes de entrar en el agua colocó la pistola a su alcance para poder disparar rápidamente si alguien le importunara.

Hartlieb hubo de enjabonarlo, y Laurentiev se ocupó de ducharlo con una regadera.

Durante el baño, Keller dio una conferencia a ambos, cuyo meollo fue, más o menos, éste: era perfectamente lógico que los cosacos hubiesen montado una guardia, pues, según creerían ellos, de ese modo la presa terminaría cayendo en sus fauces. También era de suponer que se mantendrían al acecho hasta la mañana siguiente y que, por tanto, no atacarían en ese intervalo.

—¿No es verdad? —preguntó, volviéndose hacia Laurentiev.

Y repitió una vez más, en su pésimo polaco, los puntos más importantes.

Laurentiev asintió.

Entre esos dimes y diretes, el húsar observó que Laurentiev tuteaba al factor, mientras que éste trataba de usted al manco.

Henchido de curiosidad, preguntó al factor por qué hacía tal cosa.

—Porque… —respondió Hartlieb— Laurentiev ha sido oficial del Ejército.

—¿Oficial? —inquirió Keller en francés, mirando al manco—. ¿Usted era oficial?

—Sí —repuso Laurentiev—. Oficial ruso.

—¡Ah! —murmuró Keller—. ¿Y ahora?

—Ahora soy un inválido —dijo el manco.

—No…, quiero decir que cómo ha llegado hasta aquí.

—¿Hasta aquí?

—Sí. ¿No percibe usted una pensión?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Porque… —rezongó Laurentiev, mirándole fijamente—. Porque me degradaron.

—¡Ah, ya! —murmuró el húsar, un tanto desconcertado, tal como suele ocurrir a todos los oficiales

jóvenes cuando oyen hablar de un contratiempo y les cuesta imaginar que alguna vez pueda ocurrirles a ellos lo mismo—. ¡Ah, ya! —Y, tras una pausa, agregó—: Le ruego me disculpe.

—Por favor, no tiene importancia —replicó Laurentiev.

El húsar arrebató al factor el jabón para enjabonarse a sí mismo, y estuvo un buen rato reflexionando. Por fin se dirigió nuevamente al manco:

—¿Quiere contarme cómo ocurrió eso?

—¿El qué, por favor?

—Lo de la degradación.

—¡Ah! —exclamó Laurentiev—. Esas cosas pueden sucederle a cualquiera.

Y vertió un poco de agua sobre la espalda del húsar.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Keller.

—Vladimir Paulovich Laurentiev.

—¿Y qué graduación tenía usted?

—Era capitán.

Keller se dijo para sus adentros que, a decir verdad, aquel Laurentiev no parecía especialmente elegante aunque hubiese sido capitán. Tuvo la impresión de que el hombre sería tal vez uno de esos oficiales que fracasan porque su apariencia física no es adecuada para seguir la carrera militar. A esos personajes no les va nunca bien entre otros camaradas más distinguidos, o, dicho con otras palabras, más hombres de mundo.

—¿A qué Arma pertenecía usted como capitán? —inquirió.

—Servía en el Estado Mayor General —contestó Laurentiev.

Keller devolvió la pastilla de jabón al factor y le ordenó que le enjabonara la espalda. Luego preguntó al manco:

—¿Por qué se le…?

—Diga, por favor.

—¿Por qué se le degradó?

—¡Dios mío! —murmuró Laurentiev—. Se trató de ciertos documentos…

Mientras decía esto, puso a un lado la regadera y encendió otro cigarrillo.

—¿Cuántos cigarrillos fuma usted al día? —inquirió, curioso, Keller.

—¿Cree que fumo demasiado?

—Bueno… —gruñó Laurentiev—. Yo opino lo mismo.

Keller preguntó en alemán al factor si Laurentiev conocía este idioma.

—No —respondió Hartlieb—. No entiende ni palabra.

—¿Fue realmente oficial?

—Sí —dijo el otro—. Al menos, que yo sepa.

—Entonces, ¿tampoco tiene usted medios de fortuna? —preguntó el húsar, otra vez en francés, al manco.

—¿Cómo, por favor?

—Quiero decir que su presencia aquí me hace pensar…

—¡Ah! Que estoy aquí porque no tengo otro recurso, ¿eh?

—Sí, empleado con este… Por cierto, ¿cómo se llama él?

—¿El alemán? Hartlieb.

—¡Ah! ¿Conque te llamas Hartlieb? —dijo Keller en alemán al factor.

Pero inmediatamente después preguntó otra vez en francés al manco:

—Y usted…, ¿qué hace aquí?

—Él me ha dado empleo como recadero —repuso Laurentiev.

—Écheme un poco más de agua sobre la espalda —le pidió el húsar—. ¿Fue un asunto de dinero? —preguntó, con el interés objetivo que muestra todo oficial joven por los percances de un colega.

—¿A qué viene esa suposición? —inquirió Laurentiev.

—Porque, no teniendo usted medios de fortuna…

—¡Ah, ya! —exclamó Laurentiev—. No, verdaderamente no se trató de mí. Aquel asunto concernió a otro.

—Ya…, ¿quién fue?

—Un coronel. Estaba también en el Estado Mayor General.

—¿Un coronel?

—Sí.

—¿Qué clase de asuntos eran?

—Bueno…, asuntos de dinero.

—¿Le molestan mis preguntas?

—¿Por qué?

—Porque parece que quisiera eludirlas.

—No, ni mucho menos. Ambos estábamos en Varsovia, con el Estado Mayor del Cuerpo de ejército, y aquel coronel, que llevaba un gran tren de vida, se vio necesitado de dinero, y vendió unos cuantos planos de cierto fortín que estaba construyéndose en la plaza fuerte de Lublin.

—¡Ah, ya!

—Probablemente se le pagó muy bien. Aunque yo le confieso que no hubiera dado ni diez kopeks por los planos de aquel fortín, si bien en aquellas fechas —esto ocurría en el año 1911— se atribuía gran importancia a este tipo de fortificaciones; el coronel recibiría, sin duda, una sustanciosa prima. Sin embargo, poco después se descubrió el enredo.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. En tales casos el culpable suele descerrajarse un tiro para evitar el deshonor y ahorrar un escándalo al Estado. Pero el coronel no lo estimó necesario.

—¿Y por qué no?

—Porque tenía un título nobiliario, príncipe Trekjakov, y su esposa era una princesa de rancia alcurnia…

Y el manco citó el nombre de una eximia casa real.

—¡Ah, vaya!

—Por razón de su alto rango, el hombre no tomó demasiado en serio aquel asunto. Se optó por buscar inmediatamente una cabeza de turco que asumiera toda la responsabilidad del escándalo y cargara con el deshonor. La elección recayó en mí.

—¿En usted?

—¡Por Dios! ¿Cómo pudo hacerse tal cosa?

—Porque yo era un hombre honrado. Se me dijo que si el escándalo Trekjakov saliera a la luz pública, resultarían comprometidos muy altos círculos, dada su alcurnia y la de su esposa. Pero si el escándalo alcanzara solamente al capitán Laurentiev no se comprometería a nadie. Así, pues, alguien debería ser el pagano…, y era muy patriótico representar el papel de pagano. Para abreviar: yo debería someterme a la degradación en lugar de Trekjakov. Pues, lógicamente, no se me podía pedir que además me descerrajara un tiro en lugar suyo.

—¿Y qué hizo usted?

—Me presté a reemplazarle.

—Pero ¿cómo se le ocurrió hacer semejante cosa? ¡Así se deshonraba usted mismo!

—Al parecer no está usted muy bien informado sobre la situación en Rusia. Entre nosotros se acostumbra aún hacer algo por los príncipes, hasta cierto punto en prueba de sumisión. Yo soy hijo de una familia modesta. Mi padre era un humilde maestro de escuela. Se me dijo que si quisiera sacrificarme por Trekjakov, me convertiría en un patriota. Se me hizo saber que se haría todo lo posible para presentar mi acción cual un auténtico sacrificio. Cuando transcurriera cierto tiempo —dijeron— se me restituiría en mi empleo. Se me aseguró que pronto recibiría pruebas del máximo agradecimiento y que, sin duda, me esperaba una brillante carrera en el futuro. Resumiendo: finalmente confesé haber vendido unos documentos que jamás vendí.

—¡Vaya! ¿Y después?

—Mi ruina se consumó en aquel mismo instante. Inmediatamente se actuó como si mi confesión no hubiera sido ficticia, sino auténtica. Yo no tenía pruebas para demostrar lo contrario. Ahora se poseía ya una declaración de culpabilidad, y no se tenía el menor interés en mostrar agradecimiento al presunto culpable por su sacrificio. Es más, se intentó sacrificarlo por segunda vez. ¡Se me propuso, con la mayor seriedad del mundo, que me pegara un tiro! ¡Imagíneselo!

—¡Bah…! —balbuceó Keller—. ¡Pero eso es grotesco!

—Cuando me negué a hacerlo, cuando me sublevé e indigné, se me cerró la boca mediante un método muy simple: degradación inmediata y deportación a Siberia. Desde entonces no fui siquiera oficial. No se pensó ni por asomo en devolverme mi cargo… Y, hablando de otra cosa, querido amigo, usted terminará resfriándose si continúa ahí en cueros. —Y volviéndose hacia el factor, le dijo en ruso—: Seque al señor teniente.

El factor salió en busca de una toalla. Laurentiev quedó mirando al vacío, y Keller le miró a él. De su codo se desprendió lentamente una gota y cayó en el agua.

Laurentiev rompió por fin el silencio.

—Yo tenía esposa y dos hijas pequeñas. Cuando se me endosó la etiqueta de traidor no sólo estuve perdido yo, sino también toda mi familia. Más tarde, a mi regreso de Siberia para participar en la campaña, supe que durante ese período nadie se había ocupado de los míos, sino todo lo contrario, pues incluso los más misericordiosos les dieron con la puerta en las narices. Mi mujer, para subsistir y mantener a las niñas, trabajó como costurera en casas particulares. Pocos meses después, las pequeñas, que debían permanecer encerradas en el mísero aposento en que habitaban mientras mi esposa iba a trabajar, contrajeron la escarlatina. De resultas murió la menor. Por aquellos días, mi mujer, agobiada con el cuidado de las criaturas, para lo cual no daban abasto los parcos ingresos de su costura, se dio a la mala vida. Sí…, Nadia Nikolaievna era muy bonita y, según me han contado, encontraba siempre algún galanteador.

Hartlieb regresó con la toalla y empezó a frotar la espalda del húsar mientras éste se decía que si hubiese sabido adónde iba a conducir aquella conversación, no la habría iniciado jamás.

—Pero… —siguió diciendo el manco— cuando Nadia cayó enferma a consecuencia de esa vida, comprendió que tanto ella como la niña sucumbirían en muy breve tiempo, y entonces se quitó la vida arrojándose por una ventana a la calle.

Hartlieb dedujo, por la expresión de ambos, que su conversación no había tenido nada de amena.

—Permanecí en Siberia hasta el comienzo de la guerra —prosiguió Laurentiev—. Entonces se me destinó como soldado raso a una unidad combatiente. Pensé que allí se me ofrecería la oportunidad de recobrar mi empleo. El año pasado perdí un brazo, y creí que, por ser mutilado, se me rehabilitaría; mas nadie rompió una lanza por mí. Cuando salí del hospital, en Dubno, no supe adónde ir. Por aquellos días conocí a Hartlieb, el cual había ido allá en viaje de negocios, y él me contrató como recadero, pues entonces ya no se encontraban trabajadores con toda su anatomía completa.

Keller le miró estupefacto. No se le ocurrió el menor comentario.

—Todas esas andanzas han afectado mis nervios —añadió Laurentiev—, y tal vez sea ésa la razón de que fume demasiados cigarrillos. —Tras unos momentos de reflexión, agregó—: Sea como fuere, Rusia no me es ya tan simpática como antes y, por tanto, no necesita usted preocuparse. Jamás lo delataré.

Keller, horrorizado por la historia de Laurentiev, sólo pudo murmurar algunas palabras de condolencia. No se atrevió siquiera a preguntar qué había ocurrido con Trekjakov. Pero al poco rato se lo reveló espontáneamente su interlocutor.

—¡Imagínese qué mala suerte he tenido en todo este asunto! Hace dos años, cuando creí poder vengarme de Trekjakov, el hombre falleció en Petersburgo, donde desempeñaba un cargo a las órdenes del ministro de la Guerra. Tuvo un uñero de muy mal cariz, y cuando parecía haberse curado, se declaró una septicemia que, lisa y llanamente, le causó la muerte. Eso sí que es mala suerte, ¿no le parece?

Cuando ambos conversadores enmudecieron, Hartlieb, que no entendía palabra de francés, recurrió al alemán para preguntar de sopetón a Keller cuáles eran sus inmediatos proyectos.

Pero Keller se había olvidado momentáneamente de su propia situación, y por tanto le preguntó a su vez qué quería significar con tales palabras.

—Bueno… —masculló Hartlieb—. ¿Qué se propone hacer mañana cuando reaparezcan los cosacos?

—¡Bah! —replicó el húsar—. ¡Los cosacos! Eso tendrá arreglo.

—¿Qué tendrá arreglo?

—Lo que yo haga.

Mientras decía esto, pensó en la horrible historia de Laurentiev.

Pero poco después comenzó a reflexionar sobre sí mismo, mordisqueándose, como un niño, el nudillo del dedo índice… Al cabo de unos minutos encontró la solución: se disfrazaría para atravesar el cordón de vigilancia. Sin embargo, esa tentativa se llevaría a cabo durante la madrugada; y hasta entonces, su único deseo era poder dormir una vez a pierna suelta.

—Poco importa que lo haga ahora o mañana temprano —dijo Hartlieb—; poco importa que vista uniforme u otras ropas…, pues los cosacos lo atraparán de cualquier forma, y entonces nos fusilarán a los tres.

—¡Qué va! —replicó el húsar—. Ya verá lo que es bueno cuando comience la prueba de modelos.

Y siguió arguyendo a semejante tenor mientras se ponía otra vez su uniforme.

—¿Por qué se pone otra vez el uniforme? —le preguntó Hartlieb—. ¿Acaso no ha dicho que vestirá otras ropas?

—Sí —repuso el húsar—. Pero encima del uniforme. Debo conservar éste, porque si me atrapan los

cosacos sin él…, ¡me fusilarán como espía!

—De todos modos, ése será él fin —opinó Hartlieb.

Por consiguiente, el húsar pidió prestados algunos disfraces pues, según dijo, allá arriba, en el desván de los dos catres, había visto algunas prendas colgando de las paredes.

Efectivamente: el factor almacenaba allí diversas ropas usadas, con las cuales, entre otras cosas, comerciaba. El hecho de que traficara como ropavejero no era nada casual, aunque pudiera parecerlo, pues en Polonia cada comerciante trapicheaba con todo lo que pudiera dejarle algún dinero.

Hartlieb propuso que el húsar se disfrazara, al menos, con ropas judías.

—¿Por qué? —inquirió, asombrado, el teniente.

—Porque son muy holgadas —repuso el factor—, y, por tanto, le sentarán bien sobre el uniforme.

Tras decir esto, salió disparado hacia arriba, y poco después regresó con un caftán, prenda bastante común entre los judíos polacos, y un llamado chapeo sabático, con una cola de zorra.

El teniente se echó encima el caftán y se encasquetó el sombrero.

—Tiene excelente aspecto —observó Hartlieb.

Laurentiev sonrió también un poco y asintió.

Pero cuando el oficial se contempló en el espejo, descubrió lo que nadie había visto, o sea, que su apariencia no tenía nada de judía. Así, pues, pidió a Hartlieb que le proporcionara ropas ordinarias de paisano.

—No podrá ponerse esas prendas sobre el uniforme —advirtió el factor.

—¡Adelante con esa ropa de paisano! —exigió, con tono imperioso, el húsar.

Así, pues, Hartlieb le trajo algunas prendas. Sin embargo, el teniente, pese a sus denodados esfuerzos, no pudo ponérselas.

—Pero…, tal vez me sienten bien las ropas de mujer —murmuró, pensativo.

—¡Ropas de mujer! —exclamó, atónito, Hartlieb—. ¡Qué ocurrencia!

—¡Vamos! ¡En marcha! —apremió el húsar.

Rechazó dos desastrosos vestidos de los años ochenta, porque le venían demasiado estrechos, pero encontró de su gusto un traje regional como el que llevan las campesinas rutenas, y al probárselo se encontró muy cómodo.

—A pesar de todo, parece demasiado gordo —opinó Laurentiev.

Sin embargo, ese detalle le tuvo sin cuidado. Dio incluso más amplitud a las caderas, colocándose la pistola bajo la saya. Luego se puso una pañoleta sobre la cabeza para ocultar el pelo corto. Apenas lo hizo, ofreció el aspecto de una muchacha. Los dos espectadores quedaron pasmados. Él les refirió que, cuando era niño, se divertía mucho poniéndose los trajes de sus primas, aunque no sabría explicar la causa de tal diversión. Por eso mismo se le había ocurrido ahora hablar de un disfraz femenino. Acto seguido se puso a caminar arriba y abajo, demostrando que sabía imitar también perfectamente los movimientos de una chica, lo cual le hizo soltar sonoras carcajadas mientras los otros dos discutían. Aquella cuestión obsesionó tanto a los tres, que casi olvidaron su precaria situación.

Para concluir, el húsar insistió en llevar también su chacó de piel, sugiriendo que podría colgárselo al brazo como si fuese una cesta de compra. En su opinión, ésta sería la mejor solución.

Provisto con dicha cesta, y después de ponerse, por añadidura, una zamarra rutena, Keller se plantó ante el espejo; aunque, en líneas generales, le satisfizo su silueta, estimó que ésta era de una gordura monstruosa, como si se tratase de una figura salida del pincel del propio Rubens.

Tras unos momentos de reflexión, se dijo: «No podré llevar el uniforme bajo estas ropas femeninas; por consiguiente, deberé envolverlo y cargar con él. Sólo me guardaré la pistola bajo la saya… ¡A eso sí que no renunciaré!».

Luego, hastiado de tantas pruebas, decidió irse a dormir, porque ya no podía mantener los ojos abiertos.

Así, pues, marchó arriba, al desván de los dos catres, y, plácidamente, se durmió como un niño. Laurentiev se fue también a la cama; pero Hartlieb permaneció todo el tiempo sentado allí, sin moverse, como si temiese que los cosacos irrumpieran en la casa de un momento a otro y acabaran con todos.

Hacia el alba, Hartlieb despertó a Laurentiev y al teniente, y encarándose con este último, le dijo que ya era hora de escapar… ¡por el amor de Dios!

Tenía el aspecto de un condenado a muerte en vísperas de su ejecución.

Sin embargo, el teniente se mostró muy espabilado y animoso, y se desayunó con excelente apetito. Hartlieb le preguntó si sabía hablar ruso. Él respondió que no, pero sí un poco de polaco.

—Está bien —dijo Hartlieb—. Cuando le den el alto los rusos, dígales que pertenece a una colonia alemana, de las que hay muchas en Polonia. Todos esos alemanes hablan muy mal el polaco.

Mientras el teniente completaba su indumentaria femenina —que ya se había puesto apresuradamente al vestirse— y se aseguraba la pistola en el cinto, oyóse fuera un súbito alboroto y griterío. Evidentemente, los cosacos habían iniciado ya el registro de las casas.

Hartlieb se quedó tan blanco como la pared; Laurentiev se encogió de hombros.

Ahora ya no se podía pensar en que el húsar intentara atravesar el cordón de centinelas.

Por si las dificultades no fueran suficientes, se había encomendado el registro domiciliario al ayudante del comandante militar de Rosiszcze, un tal teniente Urapov, de los dragones de Kiev, emparentado con el almirante Urapov, jefe de la Flota.

Cuando ese teniente Urapov entró en la casa del factor, escoltado por los escudriñadores cosacos, encontró, junto con Hartlieb y Laurentiev, a una hermosa muchacha, que dejó caer los párpados, muy sonriente.

El recién llegado encontró inmediatamente de su gusto a aquella moza, y no se esforzó por ocultar su complacencia. Entonces sucedió lo jamás visto, es decir, que un teniente persiguiera a otro como lo estaba haciendo el teniente Urapov con el teniente Keller.

Mientras los cosacos iniciaban el registro de la casa, Urapov preguntó a la muchacha, o más bien, al húsar, cuál era su nombre.

El húsar femenino no entendió lo que decía Urapov. Cuando Hartlieb observó que Urapov no había descubierto inmediatamente la superchería del húsar, se atrevió a terciar diciendo que la chica no entendía ni palabra de ruso, aunque, como procedía de la colonia alemana, sí hablaba un poco el polaco.

Hartlieb tembló al preguntarse si el húsar sabría realmente decir algo en polaco.

Con la precipitación de los acontecimientos, Keller se atolondró y no supo dar un nombre femenino, pero al fin recordó el de la novia que había tenido en las últimas semanas, y dijo lacónicamente:

—Kascha.

Por consiguiente, Hartlieb continuó ignorando cuáles eran sus conocimientos de polaco.

—Y, ¿qué haces aquí, Kascha? —inquirió Urapov.

—Ella es… —intervino Hartlieb, presumiendo que el húsar no sabría dar una respuesta plausible—, es mi cocinera.

—Procure no entremeterse a cada paso en nuestra conversación. ¡Cierre el pico de una vez! —gritó Urapov a Hartlieb—. Por cierto…, desaparezca ahora mismo de aquí, ¡y el otro también! —Por «el otro» se refería a Laurentiev.

Mientras ambos se retiraban y los cosacos revolvían toda la casa, el teniente Urapov condujo al teniente Keller hasta el alféizar de la ventana, y allí conversó con él durante largo rato, le hizo la corte e incluso intentó robarle un beso.

Keller enrojeció como un tomate, aunque no se sabe si fue por el esfuerzo para contener la risa o porque sentía inmensa vergüenza.

Cuando los cosacos comunicaron a Urapov que ya habían terminado el registro, él les gritó que no podían haberlo hecho en tan poco tiempo y que, por tanto, deberían repetir su trabajo desde el principio.

Dichas estas palabras, se volvió nuevamente hacia su conquista y la puso otra vez en un brete.

Cuando el hombre se marchó, por fin, con sus cosacos, Keller participó al factor, con una mezcla de jolgorio y pánico, que Urapov le había ordenado presentarse cuanto antes como cocinera en la comandancia local. Y añadió que, no obstante, él prefería continuar al servicio del factor.

—¡Qué locura! —vociferó Hartlieb—. Es preciso obedecer siempre las órdenes de un oficial ruso. Usted debe comparecer inmediatamente en la comandancia local; de lo contrario, se descubrirá todo.

—¡Pero es que yo no sé cocinar! —gritó Keller.

—Eso es lo de menos —puntualizó Hartlieb—. Si queremos conservar la vida, usted tiene que ir allí.

Resumiendo: una hora después, Keller acudió a la cita. Ofrecía un aspecto cautivador, llevaba en la mano un hatillo, y en el hatillo —por si acaso—, los documentos de identidad que había falsificado Hartlieb a nombre de una tal Katharina Radmacher, originaria de Katerburg. Además, aquel hatillo contenía el uniforme de húsar y el chacó de piel que Keller había hecho desenterrar a Hartlieb, tras un formidable debate, pues, según él, si llevaba ambas cosas a cuestas no se lo fusilaría, porque no habría ningún motivo para hacerlo.

Sin embargo, el panorama cambió totalmente seis horas después, cuando el comandante de la plaza, teniente coronel príncipe Vronskij, y toda su oficialidad sufrieron terribles retortijones de vientre tras el almuerzo, y cuando Vronskij amenazó con la degradación a Urapov por haberles llevado una cocinera tan

incompetente. Entonces Keller reapareció ante el horrorizado Hartlieb, para explicarle que lo del arte culinario no había dado resultado alguno; y que asimismo hubo de rechazar las sugerencias de Urapov cuando éste le propuso que sirviera en la comandancia como doncella en lugar de cocinera, porque el ruso lo había asediado con invitaciones que habrían conducido indefectiblemente al descubrimiento de su verdadera naturaleza, y, sobre todo, porque cierta vez Urapov le asió por la cintura, y al palpar la pistola se preguntó, asombrado, cómo podía ser tan dura aquella cadera…, y así sucesivamente. En suma, exigió que Hartlieb le buscara sin demora otro empleo.

A renglón seguido, el factor lo presentó como vaqueriza en la hacienda «Gorochov» de Luben.

CAPÍTULO III

En plena noche, el suizo despertó a Keller —cuyo nombre será provisionalmente Kascha, para mayor claridad—, pues necesitaba ayuda para asistir a una vaca que había sentido de repente los dolores del parto.

Kascha, que dormía en su pequeño cuchitril junto al establo, se levantó con tanta prisa que casi olvidó cubrirse el pelo corto con la pañoleta y hacerse el tocado femenino, como era obligado.

Durante largo rato, él y el suizo, ayudados por un joven peón llamado Julián, tiraron de la cuerda con que habían atado las patas traseras del ternero, hasta lograr extraérselo a la vaca.

Por fin, el recién nacido quedó tendido sobre la paja. Tenía unos ojos maravillosos, y su cuerpo estaba todavía húmedo. La madre empezó a lamerlo.

Mientras los tres contemplaban absortos la idílica escena, Kascha notó que el suizo, plantado muy cerca de él, hacía ciertos avances.

Julián se abstuvo de imitarlo, pero, según juzgó Kascha, no tardaría en hacerlo.

A la mañana siguiente, cuando las dos hijas Lubienski, llamadas Duschka y Claire, contemplaban el patio desde una ventana del hospital, pasó ante ellas, en un carruaje ligero, el teniente Urapov, que solía acudir allí a la hora del té, y flirteaba un poco con ambas hermanas.

Sin embargo, hoy no se había dejado ver. Y ello tenía su explicación: el hombre había visitado a Hartlieb, para participarle con tono bastante áspero que necesitaba saber dentro de muy pocas horas dónde se encontraba Kascha.

Las muchachas vieron que se dirigía a Julián, el cual estaba plantado en medio del patio, pero no pudieron oír lo que le preguntaba.

El mozo le respondió algo, y acto seguido Urapov se encaminó hacia el establo.

Las dos jóvenes se rieron mucho.

Pero como pasara largo rato sin que lo vieran reaparecer, bajaron finalmente al patio y, conteniendo la risa, echaron una cautelosa mirada al interior del establo.

Vieron, asombradas, que en el corredor, entre los pesebres y ante los cuartos traseros de todas las vacas alineadas allí, el teniente estaba conversando animadamente con una sirvienta desconocida.

Aunque el hombre procuró dominarse, no pareció encantado con la aparición de las muchachas.

Ellas, un tanto confusas, le preguntaron si no deseaba entrar en la casa.

Durante el refrigerio se hizo perceptible su ensimismamiento, pero Frau Lubienska encauzó la conversación con tal habilidad, que bastaba decir sí o no a cuanto ella decía para dar la impresión de que se estaba charlando por los codos.

Porque, a decir verdad, Frau Lubienska era una *grande dame* en toda la extensión del vocablo.

Al final del tentempié, Herr Lubienski, que se había retirado poco antes con la disculpa de la resolución de importantes asuntos, reapareció inopinadamente en el aposento llevando un gran bulto de ropas bajo el brazo.

—¡Ah, perdón! —murmuró, y se esfumó, para regresar unos instantes después sin la ropa.

Según dijo, suponía que Urapov se había marchado ya, pero le alegraba mucho verlo todavía allí…, y cosas por el estilo.

Urapov dio una respuesta igualmente estúpida.

Las chicas se aburrieron y mostraron mal humor.

Cuando el teniente se despidió y, acompañado por Herr Lubienski, salió de la casa, y se encaminó a su carruaje, ambas lo espiaron desde una ventana, pensando que tal vez hiciera otra misteriosa escapada al establo. Pero él, quizá sintiéndose vigilado, subió al vehículo y partió veloz.

Respecto al paquete de ropa con el que Lubienski entró inesperadamente en la habitación, se dieron las siguientes circunstancias:

El hombre tenía la manía de ventilar sus trajes. Afirmaba que era preciso airear continuamente las ropas, y aprovechaba los días soleados para colgar todo su vestuario en los ventanales de «Gorochov» que miraban al Sur. Como poseía muchos atuendos, necesitaba una buena parte del día si quería colgarlos uno por uno con el debido esmero. Le causaba gran placer apoyarse en los alféizares, caldeados por los oblicuos rayos solares, y ordenar sus ropas. Solía decir que cuando el sol las calentaba despedían un olor muy agradable.

Como es natural, con semejante tratamiento una gran parte de su guardarropa perdía color a ojos vistas. Por ejemplo, los fracs y smokings habían adquirido una tonalidad grisácea, verdosa los trajes negros, y amarillenta, los grises.

Asimismo colgaba sus sombreros en los espaldares de los árboles frutales.

Cuando todo quedaba tendido al sol, el hombre, con un cigarrillo en la boca, se sentaba ante el piano y tocaba durante horas rodeado de ventanas abiertas y pensando, complacido, que el sol incubaba entretanto su guardarropa.

Los visitantes inesperados contemplaban estupefactos aquel despliegue de chaquetas y pantalones en racimos y colgaduras mientras se oía una sonata de Chopin.

Pero, en la estación invernal, Lubienski carecía del suficiente ánimo para emprender tales ventilaciones.

No obstante, había ideado otra ocupación que lo distrajera durante esa época: concretamente la afición al tabaco. Se aficionaba cada otoño y se desaficionaba cada primavera. Es decir, no se desaficionaba exactamente, sino que, según lo explicaba él, intentaba renunciar al vicio. Por desgracia, ello requería una concentración absoluta; la menor distracción o alteración lo obligaba a encender inmediatamente un cigarrillo, con lo cual profería horribles maldiciones contra los causantes del desconcierto.

Entre unas cosas y otras, fumaba verdaderamente sin cesar durante todo el año.

De la hacienda no se ocupaba en absoluto. De la hacienda se ocupaba el administrador Rudkovski, un individuo con la típica mentalidad del sargento. Así, pues, aunque la administración no fuera ejemplar, tampoco ocurrían graves percances.

Cuando se esperaban invitados, la Lubienska hacía retirar siempre, con suficiente anticipación, todos los trajes de su marido tendidos al sol, pero si los visitantes surgían inesperadamente, la pobre señora se las veía y se las deseaba para cumplir tal requisito; tan así era, que desde lejanas fechas los vecinos habían adoptado como una deportiva diversión visitar por sorpresa la hacienda «Gorochov».

Por aquellas fechas las dos chicas, entre cuyas edades sólo había un año de diferencia, habían terminado sus estudios en el «Sacré Coeur» de Varsovia, y hacían todo cuanto puede hacer una colegiala recién salida del «Sacré Coeur». Por ejemplo, se devanaban los sesos dándole vueltas a la presencia del teniente Urapov en el establo. Con tal motivo habían decidido echar un vistazo a la moza con quien hablara el oficial.

Primeramente preguntaron a Rudkovski cuál era la procedencia de aquella muchacha. Él les explicó que era una nueva fámula llamada Kascha Radmacher, originaria de Katerburg, etc.

Cuando ambas entraron en el establo, se estaba ordenando a Kascha que sacara el toro semental de su jaula, con objeto de echarlo a una vaca en celo.

Para efectuar tal maniobra es preciso coger al semental por un alambre, que va, desde otro, colocado muy tenso entre ambos cuernos, hasta la nariguera, y pasar por este anillo una soga que permita conducirlo.

Sin la ayuda de la nariguera es imposible dominar al semental, pues, naturalmente, el animal se rebela contra ese «dejarse llevar por las narices», o mejor dicho, por la argolla, porque le duele, y él no es lo suficientemente avispado para adivinar que semejantes manejos tienen casi siempre un final feliz.

Primero protesta con energía cuando alguien toca el susodicho alambre. En realidad éste tiene la exclusiva finalidad de facilitar esa manipulación, pues para asir la testa bovina por el anillo se necesitaría ser un malabarista o poco menos; pero con el alambre resulta más fácil.

Pese a todo, se requiere siempre cierta habilidad.

Cuando las muchachas entraron en el establo, vieron que Kascha estaba muy cerca de ellas intentando coger por el alambre al semental para sacarlo de su jaula. Pero la bestia eludía aquella mano dubitativa y corneaba los tabiques de madera de ambos lados, atronando el establo.

—¿Qué estás haciendo, Kascha? —preguntaron las chicas.

Kascha repuso que debía coger al semental por la cabeza.

—¿Para qué has de coger al semental? —inquirió la mayor, Duschka.

«Kascha» Keller quedó pasmado; jamás se había visto en la necesidad de explicar a una joven cuál era la misión de un semental. Él dio por supuesto que cualquier persona —incluso las recién salidas del «Sacré Coeur»— tendría algunas nociones acerca del tema. Consecuentemente, repuso que era necesario hacerlo y nada más.

—Sí —insistió Claire—. Pero ¿para qué?

Como tanta inocencia se le antojara ficticia, «Kascha» Keller supuso que las chicas pretendían confundirlo con sus impertinentes preguntas, y, como él también era muy joven, enrojeció.

—Bueno, para eso… —murmuró.

Claire lo miró atónita, luego enrojeció a su vez súbitamente y, por último, Duschka se puso asimismo algo colorada.

—¡Ah, ya…! —susurró Claire, dejando caer los párpados y hurgando un poco en el suelo con la punta del pie. Pero de pronto miró de lleno a Kascha y soltó una carcajada.

Claire tenía enormes ojos grises y melena rubia. Sus labios, que al separarse dejaron entrever una magnífica dentadura, eran de un rojo muy vivo y estaban un tanto húmedos.

Duschka era morena.

Duschka no se rió con Claire. Tan sólo lanzó una sobria mirada a Kascha, porque sabía que ambas, la moza y ella, estaban mejor informadas con respecto a esas cosas que habían hecho reír estúpidamente a Claire. Sin embargo, tuvo de improviso la extraña impresión de que, comparada con Kascha y, por lo general, con todas las jóvenes de su posición social, vaquerizas y demás, ella no sabía nada en absoluto.

Cuando Urapov habló con Kascha, se comportó de una manera muy especial (como resultó Ostensible de la expresión momentánea de su rostro); no era lo mismo que cuando les daba conversación a ella y Claire.

Con Kascha, y por lo general con todas las jóvenes de su posición social, vaquerizas y tal, los hombres se comportaban de modo distinto; no eran los mismos que con ella y su hermana.

Además, Duschka no lograba explicarse de qué conocería Urapov a aquella moza, ni por qué se le habría ocurrido visitarla en el establo.

Pero, usualmente, en el caso de Kascha, y por lo común en el de todas las jóvenes de su posición social, vaquerizas y demás, un hombre solía hacer tales visitas, aun cuando en Lutz sólo frecuentara la alta sociedad y no visitara siquiera las casas de abogados o comerciantes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Duschka, aunque conocía de sobra su nombre.

«Kascha» Keller dijo que se llamaba Kascha.

Mientras Claire parloteaba para explicar que una tía suya se llamaba también Kascha, Duschka escudriñó la figura de la presunta vaqueriza y, de pronto, le preguntó como era posible que llevara botas altas en un establo.

«¡Esta gente ha de meterse siempre con mis botas!», pensó, indignado, Keller.

No obstante, la pregunta estaba justificada, porque unos grandes pegotes de paja y estiércol empañaban el flamante aspecto de sus botas.

—Deberías usar zuecos —dijo Duschka—. O mejor aún, ir descalza. Pero ¿por qué llevas siempre esas botas?

—¡Por si la visita alguien! —exclamó Claire riendo a carcajadas.

Ambas muchachas recibieron una mirada fulminante de la presunta Kascha, y desde aquél instante optaron por cerrar la boca. Permanecieron todavía un momento indecisas, luego hicieron una inclinación de cabeza a la vaqueriza y se marcharon.

Entretanto, el suizo, al ver que las muchachas estaban conversando con Kascha, cogió al toro por el alambre y lo condujo afuera.

Así, pues, cuando las chicas abandonaron el establo, se había resuelto ya aquel asunto, y el semental regresaba satisfecho a su celda.

Hacia media mañana cesó de llover, y tras aquel inopinado encuentro con Urapov después del refrigerio, Tadeus Lubienski decidió aprovechar el tibio sol otoñal para colgar su guardarropa.

Luego, con las ventanas abiertas de par en par, tocó un rato el piano y soñó que era todavía verano.

Desgraciadamente, cuando sonaron las tres de la tarde, tuvo que retirar el vestuario, pues los Zagorski habían anunciado su visita para el té de las cuatro y media.

Los Zagorski, antiguos propietarios de la hacienda «Terebleszcze», se habían arruinado.

Ahora vivían en Sobiesczyka con unos familiares, los Strzyzevski y, según se rumoreaba, Ydzislav Zagorski estaba *do banku*.

Estar *do banku* significa «trabajar con la Banca».

Y en Polonia, «trabajar con la Banca» quiere decir que un aristócrata tronado recibe de un Banco o una sucursal bancaria local, a dosis diarias o semanales, ciertas sumas que le permiten la subsistencia.

Se desconoce por completo el motivo de tales transferencias, pero cabe sospechar que el donante «se resarce» de alguna forma.

Sea como fuere, en Polonia no se deja morir de hambre a un aristócrata.

Aquella tarde, Ydzislav Zagorski no acudió a «Gorochov» porque estaba resolviendo asuntos en el Banco; sólo se presentó su familia, es decir, la esposa Leontine Zagorska, la hija Janina, y el hijo, Stefan.

Janina era amiga de las dos señoritas Lubienski.

Stefan estaba enamorado de Duschka.

Los Zagorski llegaron en el coche de los Strzyzevski.

Poco después acudieron inesperadamente, al trote ligero los jóvenes Gavronski de Snjatin, trayendo también consigo en el carruaje al conde Lewenhaupt.

Éstos esperaban encontrar toda la fachada de «Gorochov» cubierta con ropas, pero sufrieron una enorme decepción, pues allí no se habían dejado tendidos ni unos malos calzones. La presencia en el patio del coche de los Strzyzevski les explicó la causa. Habían querido lanzar un ataque por sorpresa para asombrar con el «tenderete Lubienski» al conde Lewenhaupt, el cual no había estado nunca en «Gorochov».

Lewenhaupt, primo de los Gavronski, estaba pasando unos días en Snjatin, procedente de su hacienda «Koniuszki Krolevski».

«Koniuszki Krolevski» significa «Caballito real». Evidentemente, allí estuvo instalada en su día una yeguada de la casa real polaca.

Los Gavronski vivían en feliz unión, pues el conde Lewenhaupt amaba a su prima Gavronska.

Pero esa situación sufrió un cambio súbito cuando Lewenhaupt entró con los Gavronski y vio a Duschka conversando en un sofá con Stefan Zagorski; fue el flechazo instantáneo: se enamoró perdidamente de ella.

Lewenhaupt era un individuo flaco, de gran estatura, y tenía un pelo pajizo y liso. No causó buena impresión a Duschka, ya que además se comportó como lo hacen las criaturas algo anémicas cuando se enamoran de repente: unas veces desmañadas y tímidas; otras, demasiado ruidosas y apremiantes.

Cuando uno se enamora no causa casi nunca buena impresión a la mujer elegida. Desde luego, ella celebra el efecto producido y, no obstante, encuentra más agradables a los individuos que parecen entender mejor esos asuntos y no pierden la cabeza.

Lewenhaupt la perdió.

Stefan Zagorski se hizo cargo inmediatamente de la situación, y siguió entreteniendo a Duschka con sus maneras tranquilas y un tanto mortecinas.

Gavronski charló con Claire, y en verdad que lo pasó muy bien, pues sentía especial predilección por las jóvenes adolescentes.

La Gavronska, a quien verdaderamente debería haber distraído Tadeus Lubienski, se encolerizó ante la conducta de Lewenhaupt y contribuyó muy poco a la conversación errática de Lubienski. Éste se pasó el rato tocando el piano o pensando en sus mal ventilados trajes, y cuando abrió la boca fue para decir que debía desaficionarse del tabaco.

La Lubienska y la Zagorska charlaron como suelen hacerlo en visita las señoras.

Janina Zagorska, consciente de su muy improbable éxito como pareja, se sentó con su hermano Stefan y Duschka.

Cuando trajeron los candelabros al salón, Duschka, harta ya del conde Lewenhaupt se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Vio que Kascha estaba apoyada en la puerta del establo y que Julián, el joven caballerizo, le hacía la corte.

Por cierto que Kascha no lucía ya sus botas; las había sustituido en los pies desnudos por unos zuecos.

Poco después, el suizo salió del establo y despachó a Julián. Luego extendió un brazo sobre la cabeza de Kascha, para apoyarse en el marco de la puerta, y empezó a conversar con la vaqueriza.

Mientras ambos hombres hablaron con ella, Kascha que había cruzado ambas manos a la espalda, se apoyaba en el marco de la puerta y sonreía con expresión furtiva, mirando de reojo al suelo.

Duschka no pudo observar por más tiempo la escena, porque Lewenhaupt fue en su busca y la hizo regresar al salón.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, ambas hermanas corrieron otra vez hacia la ventana y escrutaron durante largo rato el patio, pero no vieron ni rastro de Kascha.

Después del almuerzo, cuando se estaba sirviendo el café, Claire, una muchacha a quien se recriminaba mucho por su instintiva agudeza, se levantó de pronto para echar una mirada abajo…, lo cual le valió una fuerte reprimenda de Frau Lubienska.

¡Mas aquella momentánea escapada pagó grandes dividendos!

Tadeus Lubienski, por su parte, no reprendió a la hija rebelde, pues en su constante abstracción le pasó incluso inadvertido que se levantara de la mesa: precisamente entonces acababa de desechar una idea fija para atender a otra. Se le ocurrió que debería suspender muy pronto el tendido de sus ropas porque el invierno se estaba echando encima, y que asimismo sería preciso cortar resueltamente la consumición de cigarrillos. Permaneció allí sentado mirando al vacío e imaginando un futuro sin tabaco. Aquella visión lo alteró tanto, que cogió un cigarrillo de la mesa y lo encendió.

Apenas se levantaron los padres de la mesa, Claire contó a Duschka lo que había visto por la ventana: ¡el teniente Urapov salía sigiloso del establo, mirando con cautela en torno suyo, y desapareció tras la esquina donde, probablemente, estaba estacionado su coche! Sin duda había aprovechado la hora del almuerzo en casa Lubienski para colarse de rondón.

Por la tarde, Duschka entró sola en el establo y preguntó sin rodeos a Kascha qué había hecho allí Urapov.

«Kascha» Keller quedó petrificado y no supo cómo responder. Por fin se le ocurrió decir que había sido cocinera en la comandancia militar de Rosiszcze, motivo por el cual había adquirido Urapov la mala costumbre de venir una vez y otra para hacerle reproches por haber estropeado el estómago del teniente coronel príncipe Vronskij.

A la hora del té se presentó nuevamente el conde Lewenhaupt, aunque esta vez sin los Gavronski.

También compareció Urapov, no para introducirse furtivamente en el establo, sino con carácter oficial. Como Lewenhaupt llegó esta vez muy temprano y por sorpresa, alcanzó el objetivo previsto en su visita anterior, es decir, ver toda cubierta con ropas la fachada de «Gorochov». Pero eso le interesaba ahora muy poco, pues Duschka ocupaba ya totalmente su mente.

Apremiados por la Lubienska, los sirvientes corrieron de ventana en ventana recogiendo ropa, como lo haría la tripulación de un bergantín trepando a las vergas para aferrar velas.

Simultáneamente se ordenó a Tadeus Lubienski que suspendiera sus sonatas pianísticas.

Esa perturbación lo alteró tanto, que durante el té fumó un cigarrillo tras otro. Se imaginó que en lo sucesivo sería imposible aprovechar el sol de aquellos últimos y magníficos días otoñales, porque su mujer le haría retirar los trajes diariamente una hora antes de lo debido por culpa de las malditas visitas.

Se le antojó particularmente desagradable el conde Lewenhaupt. Se maldijo por tener hijas. Las hijas no hacen nada salvo traer desocupados a casa, que sólo sirven para distraerte de tus ocupaciones.

Sin embargo, observó estupefacto que Duschka no animaba lo más mínimo al conde. Más bien se comportaba como si el hombre fuese aire para ella.

Súbitamente Duschka se volvió hacia Urapov y le preguntó por el teniente coronel Vronskij.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, sorprendido, Urapov, pues tenía sus razones para dudar de que

Duschka supiese siquiera quién fuese Vronskij.

—Quiero decir lo que he dicho —repuso ella con tono seco.

—Claro, claro… —murmuró el teniente—. Pues…, le va bien, muchísimas gracias. Pero ¿a qué viene ese interés por su bienestar?

—Según tengo entendido sufrió hace poco una indigestión —dijo Duschka.

—¿Una indigestión? —exclamó atónito Urapov, puesto que casi había olvidado aquel incidente.

—¡Naturalmente! —replicó ella, algo nerviosa, porque ahora empezaba a temer que Kascha le hubiese mentido, y lo del maltrecho estómago de Vronskij fuera pura invención.

Urapov reflexionó unos instantes.

—¡Ah, ya! —gritó de improviso—. ¡Ah, usted se refiere…! —Entonces se le ocurrió que Duschka sólo podía saber aquella historia por Kascha, lo cual le desagradó no poco—. Sí, sí —dijo—. El teniente coronel sufrió una indigestión. Pero eso pasó hace mucho.

Y con estas palabras descartó definitivamente el tema.

Duschka estuvo a punto de decirle que entonces no tenía ninguna razón para seguir reprochándoselo a Kascha, pero finalmente se abstuvo de hacer tal observación por creer que se pondría en ridículo. Pues ahora veía muy claro que cuando Urapov visitara a Kascha la conversación giraría sobre muchas cosas excepto el estómago de Vronskij; de lo contrario él se habría acordado en seguida.

Con todo, a Duschka le sorprendió que en el subterfugio de Kascha hubiese algo de verdad.

Durante toda esa escena, Lewenhaupt permaneció inmóvil mirando lánguidamente a Duschka con ojos azules y enrojecidos.

A ella le hubiera gustado fulminarle de una bofetada.

Poco después del breve diálogo sobre el príncipe Vronskij, Urapov se levantó para marcharse. Aunque la Lubienska no le imitó, Duschka sí lo hizo, mientras decía:

—Siento que los caballeros hayan de irse.

De resultas, el conde Lewenhaupt no tuvo más remedio que despedirse igualmente.

Durante la despedida, Duschka dejó caer, como al azar, que pensaba divertirse mucho al día siguiente, pues los Strzyzevski la habían invitado al té en Sobiesczyka.

La Lubienska y Claire se miraron sorprendidas, porque no tenían la menor noticia de ello.

Cuando Claire abría ya la boca para decir alguna torpeza, recibió en el tobillo un puntapié de Duschka que casi la hizo soltar un alarido; simultáneamente la Lubienska captó una mirada tan impresionante en su hija, que se quedó boquiabierta.

No obstante, tan pronto como se ausentó Lubienski para acompañar a los caballeros hasta sus coches y las damas se quedaron solas, la Lubienska dijo a su hija que le parecía injusto emplear esa treta para despachar al conde hacia Sobiesczyka. Toda muchacha termina arrepintiéndose de haber tratado mal a caballeros que representan un buen partido, etc.

Al propio tiempo, Claire le gritó que era una bajeza golpearle así el tobillo, y que en lo sucesivo debería desahogar de otra forma esa aversión contra su insípido pretendiente, etc.

Duschka ordenó callar a ambas, pues estaba terriblemente nerviosa, según dijo.

Se quedó sola en el salón, y mientras retiraban el servicio de té caviló largo rato preguntándose si el estómago de Vronskij habría sufrido verdaderamente los presuntos trastornos.

A la mañana siguiente, cuando ambas hermanas se estaban bañando, y erguidas sobre su bañera de goma se hacían pasar la esponja con agua caliente por la espalda, su doncella, llamada Josza, les contó que la noche anterior el suizo había vapuleado a Julián.

—¿Por qué? —preguntó Duschka.

Y sin poder explicarse el motivo, su corazón empezó a latir desacompasadamente.

Creyó adivinar la respuesta. Y, en efecto, Josza dijo que había sido por culpa de Kascha.

—Ya, ya… —murmuró Duschka, mientras Claire pedía al instante más detalles.

—Kascha es una mala persona —dijo Josza—. Pone sus miras en los hombres.

—¡Ah! ¿Sí? —preguntó Claire—. ¿Y cómo lo hace?

—No hace nada en absoluto —explicó Josza—. Pero precisamente atrapa así a los hombres.

—No digas sandeces —la imprecó de pronto Duschka—. Hasta ahora ninguna mujer ha encandilado con ese método a un hombre —por desgracia se acordó en ese mismo instante de Lewenhaupt—. Kascha es una chica decente. Los hombres son quienes se portan mal. Y tú, Josza, ¿cómo se te ocurre contar tales chismes? ¡Procura marcharte de aquí cuanto antes!

Con estas palabras la echó y se vistió sola. Ayudó también a Claire, la cual había quedado pasmada tras aquella explosión de su hermana.

Duschka abandonó la habitación sin decir palabra, y Claire, intimidada, la siguió.

Duschka marchó en línea recta hacia el establo; pero allí no vieron ni sombra de Kascha.

Cuando se disponían a dejar el establo, Kascha salió de su cuchitril. Duschka se fue hacia ella frunciendo el entrecejo.

Entretanto, la presunta muchacha Kascha había llegado al firme convencimiento —en vista del extraordinario éxito obtenido entre los hombres— de que nadie la reconocería como hombre. Y ahora creyó oportuno hacer una prueba para averiguar si las mujeres tampoco descubrirían la superchería. En suma: cuando ambas hermanas se acercaron le pasó inadvertida su extraña actitud, y dijo, sonriendo, a Duschka:

—Como pueden ver, ya no llevo botas. ¿Les gustan a las señoritas estos zuecos?

—Están… bien —balbuceó Duschka, que no estaba preparada para tal salida.

«Kascha» Keller examinó detenidamente a las muchachas, y las encontró muy de su gusto.

Duschka —a quien habían desconcertado ya bastante los éxitos y la vida aparentemente tranquila de la vaqueriza— se sintió tan confusa bajo aquella mirada, que sin decir ni una palabra abandonó a toda prisa el establo.

Claire trotó tras ella, pero súbitamente se volvió y sonrió a Kascha.

Por la tarde, cuando Dudkovski —que había estado de inspección en el campo— supo lo ocurrido entre Julián y el suizo, despidió sin contemplaciones a este último.

El administrador, dejándose llevar por un sorprendente arrebato de cólera, voceó al suizo con excepcional aspereza.

El hijo de la Suiza libre le devolvió los gritos, dijo que no se dejaba avasallar por ningún polaco, y aún le quedó aliento para arremeter contra el administrador.

La Lubienska fue en busca de su marido —el cual había colgado ya sus trajes al sol y estaba interpretando al piano una sonata cuyas notas se fundían con los bramidos del patio— y le hizo saber que era preciso descartar el despido del suizo, porque si se procediera así se hundiría el negocio de la vaquería.

Lubienski, a quien la música del piano le ayudaba un poco a soportar la sensación de vacío en el estómago causada por la supresión del tabaco, abandonó su fantástico mundo, lanzó una rápida mirada hacia el sol y por fin percibió, mientras escuchaba distraído a su mujer, los alaridos en el patio.

Cuando comprendió cuál era el problema se alteró tanto que empezó a buscar desesperado las pitilleras esparcidas por todos los rincones de la casa. Al fin encontró una y encendió un cigarrillo.

Luego, sin cesar de fumar, atendió a los malditos deberes de todo buen hacendado, principiando por anular el despido y terminando con la distribución de indemnizaciones entre los protagonistas del incidente. El administrador recibió doscientos rublos, el suizo, cien, y Julián, cinco.

Y como los percances de aquel día lo habían obligado una vez más a fumar, siguió fumando con toda tranquilidad.

Rudkovski dialogó durante largo rato con la causante de todos esos disturbios: Kascha.

A las seis y media de la tarde, cuando oscurecía ya, Lewenhaupt irrumpió en el patio con los sudorosos caballos de los Gavronski.

Había estado en Sobiesczyka, donde los Strzyzevski, que no le conocían de nada, le recibieron muy sorprendidos; no obstante, le hicieron pasar cuando él se presentó como un amigo de los Zagorski.

Resultó sumamente incómodo entablar conversación con Lewenhaupt, porque el hombre no prestó ninguna atención a lo que se le decía y pasó el tiempo acechando la llegada de algún coche.

Pero el tal coche no llegó.

Zdzislav Zagorski, el antiguo calavera y latifundista, que ahora estaba en la Banca, intentó inútilmente calmar al nervioso caballero contándole algunos chistes.

Por fin, no pudiendo soportarlo más, Lewenhaupt preguntó cuándo llegarían los Lubienski.

Se le respondió que nadie tenía allí noticias de su visita.

—¡Pero si los invitaron ustedes al té! —exclamó el conde, muy descompuesto.

No, nadie recordaba tal cosa…, ¡o tal vez alguien de la casa hubiese hecho esa invitación sin notificárselo a los demás!

—¿Entonces, no vendrán? —gritó, desaforado, Lewenhaupt.

—Pero, tranquilícese usted… —se apresuró a decirle el viejo Zagorski—, ¡tranquilícese, simpático amigo! Además, muchas veces viene gente sin que se la invite —agregó con tono significativo.

Lewenhaupt repelió la mano aplacadora. Luego se levantó y, pidiendo disculpas, desapareció sin más explicaciones.

Todo el mundo celebró mucho el verse libre de aquel demente.

En lugar de extraer las consecuencias como debiera haberlo hecho, Lewenhaupt partió, cual un rayo, hacia «Gorochov».

Cuando Duschka, que estaba, como de costumbre, a la ventana, para observar a Kascha, le vio llegar, dio orden de participarle sin tardanza que los Lubienski estaban en Sobiesczyka.

—¡Pero, si vengo precisamente de allí…! —exclamó Lewenhaupt al escuchar tal noticia. Acto seguido vislumbró la intención oculta en el recado, y antes de marchar permaneció inmóvil sus buenos diez minutos, bajo el dintel de la entrada, mientras resoplaban los caballos de Gavronski, con los flancos palpitantes.

Duschka le despreció, a él y a su situación, pero se habría aterrorizado no poco si alguien le hubiese dicho que ella misma se encontraba en una situación similar, aunque, en su caso, no tenía relación con nadie, al menos de forma consciente: ninguna relación con nadie.

A la mañana siguiente, ambas hermanas observaron que el administrador se había enamorado también de Kascha.

No obstante, aunque, como hombre, «Kascha» Keller era un tipo apuesto, pero desde luego no para agradar a toda fémina sin excepción, como mujer era pasable en el mejor de los casos.

Una muchacha auténtica no habría enloquecido al medio masculino circundante aunque se lo hubiese propuesto —o al menos no en tan poco tiempo— como lo hizo Kascha, quien no teniendo nada de muchacha había sacado de quicio, hasta ridiculizarlos por completo, a cuatro hombres: Julián, el suizo, Urapov y, finalmente, el administrador. Hay individuos con especial talento para representar papeles femeninos, y de ahí que sus éxitos sean superiores a los de las mujeres genuinas.

Hagamos constar también que aunque Keller estaba empezando a impacientarse con las recientes importunidades del revuelto mundo masculino, disfrutaba también mucho de la situación. Por lo menos, se sentía absolutamente seguro bajo su disfraz.

Al siguiente día —era domingo—, Lewenhaupt, cuya pasión por Duschka era ya causa diaria de violentos altercados con la Gavronska en Snjatin, volvió a «Gorochov» utilizando el carruaje de los Gavronski y, sin hacer la menor mención del chasco que se le había dado dos días atrás, hizo una propuesta de matrimonio a Duschka.

Ésta, enormemente preocupada con otros asuntos, escuchó a medias y lo rechazó de plano.

La Lubienska dijo que no debiera haber hecho semejante cosa.

Lewenhaupt, llorando, emprendió el camino de vuelta.

Hacia el anochecer regresó Kascha, sonriente, de la aldea, en cuya taberna había pasado la tarde presumiendo entre mozallones toscos y vocingleros. Por su culpa se había librado allí una verdadera batalla campal.

En el establo no daba ya ni golpe. Sus adoradores se disputaban el honor de hacer todo su trabajo.

Aquel lunes, el establo fue escenario de una gresca formidable.

Aprovechando la hora del mediodía, y suponiendo a los Lubienski en pleno almuerzo, Urapov había hecho otra visita furtiva.

Durante aquella entrevista se mostró tan apremiante, que Kascha columbró ya la necesidad de poner fin a tales relaciones con un pistoletazo. Eso significó que Urapov se hallaba a punto de descubrir el verdadero sexo de su conquista, y que Kascha estaba a punto de volarle la sesera.

Pero cuando Kascha, en situación ya muy comprometida, empuñaba la pistola, se presentó por fortuna el suizo, que, impulsado por sus celos, abofeteó al teniente Urapov.

Urapov adoptó una actitud defensiva, pero ese atrevimiento le valió una segunda bofetada.

Este suceso causó un alboroto tan fenomenal, que atrajo la atención de mucha gente.

Cuando el príncipe Vronskij supo que se había vapuleado a Urapov, quiso proponer otra vez su degradación, obedeciendo a los prejuicios que lo dominaban desde la historia del estómago dañado.

Sin embargo, Urapov se libró de la degradación recurriendo a su pariente, el jefe de la Flota. No obstante, se exigió su marcha inmediata, y el hombre fue destinado a un triste regimiento de Infantería.

Al suizo, como súbdito de un Estado absolutamente neutral, no le ocurrió nada.

Duschka manifestó que una muchacha como Kascha no podía seguir expuesta a la continua persecución de esas deplorables personas…, los hombres. Así, pues, se despidió sin contemplaciones a Josza y se

contrató a Kascha como doncella de las señoritas.

CAPÍTULO V

Rudkovski, por su parte, contrató a la desconsolada Josza como vaqueriza en lugar de Kascha, y ésta ocupó inmediatamente el puesto de Josza, al servicio de las jóvenes damas.

«Kascha» Keller no supo si celebrar o lamentar este nuevo estado de cosas, pues, por lo pronto, ello entrañaría, sin duda, tremendas complicaciones. Hasta entonces había conseguido, hasta cierto punto, familiarizarse con las labores del establo aprendiendo fácilmente la recogida de estiércol, la limpieza de ubres, el ordeño y otras faenas similares, pero la costura o la prueba de trajes de noche era otro cantar, por no decir nada de bañar a jovencitas en bañeras neumáticas sin sentir, como san Antonio, tremendas tentaciones.

Por lo menos la nueva situación lo libró de sus adoradores, es decir, los vio sólo a distancia, y además perdió completamente de vista al más temible de ellos: aquel Urapov. Sin embargo, se dio una circunstancia escandalosa, aunque Kascha lo tomara a broma y se riera de su propia suerte: la admiración de que fuera objeto hasta entonces empezó a desvanecerse. Uno se hace fácilmente vanidoso. Y «Kascha» Keller había pecado de vanidad.

No supo decirse si el *succès* conseguido hasta la fecha seguiría dándole escolta.

Por lo pronto tuvo que rechazar todo cambio de indumentaria.

Recapitulemos acerca de este episodio. Cuando Kascha abandonó el establo con sus zuecos, la zamarra sobre los hombros, su hatillo y sus botas bajo el brazo para trasladarse al futuro dormitorio en el desván, encontró allí todas las antiguas galas de Josza, es decir, los accesorios con que se vestían usualmente las camareras y doncellas.

Kascha participó a la Lubienska que no se pondría semejantes prendas.

La Lubienska, a quien ya le había irritado lo suyo que Duschka tomara como doncella a una vaqueriza, aunque no quería acrecentar con una negativa el nerviosismo de su agitada hija, apostrofó a Kascha:

—¿Qué ocurrencias son ésas? ¡Te pondrás lo que te hayas de poner, naturalmente! ¿Acaso pretendes pasearte con esos insoportables zuecos por toda la casa?

Kascha respondió que se avendría a ponerse un calzado más ligero, pero no desecharía en modo alguno su indumentaria aldeana. Sobre todo, se negó a encasquetarse la cofia. Si lo hiciese, podría justificar el pelo corto diciendo que le habían rapado la cabeza porque estuvo enferma algún tiempo; sin embargo, sabía muy bien que en cuanto se desprendiera de la pañoleta, cuyos pliegues, que enmarcaban su rostro, le daban un aire sorprendentemente femenino, se reconocería al punto el perfil masculino del cráneo.

Mientras proseguía su polémica con la Lubienska, entró Duschka y resolvió el problema con suma facilidad: se haría lo que deseara Kascha.

Con todo, como Kascha debería usar calzado ligero, se perdió mucho tiempo buscando unos zapatos de señora que se ajustaran al pie de Kascha, cuyas medidas eran relativamente inmensas para una mujer.

Por fin, tras larga búsqueda, se encontró un par de zapatos perteneciente a una parienta difunta de los Lubienski, una tal baronesa Strahlenheim; el par pasó a ser de la propiedad de Kascha.

Con la rotunda negativa de ésta, la Lubienska se indignó hasta el punto de manifestar que no se preocuparía más por las extravagancias de sus hijas, y, dichas estas palabras, se esfumó.

Por fortuna, Kascha no tuvo que frecuentar mucho el trato de la Lubienska, porque en caso contrario ésta hubiera descubierto sin duda, *à la longue*, todo el enredo. En tales circunstancias —se dijo Kascha—, las mujeres no son ni mucho menos tan torpes como los hombres, tan carentes de intuición… Pero por lo que se refería a Duschka y Claire, le fue imposible determinar si alcanzarían a descubrirlo. Y entonces comenzó

el más fantástico de los juegos.

Primeramente, cuando Kascha circuló por la casa con su indumentaria campesina, su pañoleta a la cabeza y los zapatos de la baronesa Strahlenheim en los pies, Duschka lo explicó diciendo —principalmente ante las visitas— que el vestir a los sirvientes con trajes regionales era una costumbre de gran estilo.

—Sí —le respondieron dubitativos, algunos—, tal vez sea adecuado para las amas secas.

—No —replicó ella—. ¡También para el resto de la servidumbre!

Y en ocasiones especiales hizo que Kascha se calzara incluso las botas y la sirviera como el asistente de un oficial.

El conde Lewenhaupt, cuya presencia allí era casi diaria, con objeto de reiterar la propuesta hecha, se declaró partidario de ese estilo; le gustó tanto, que se propuso imponerlo inmediatamente en su hacienda «Caballito real». Desde aquel instante, toda su servidumbre, hombres y mujeres, circularon por la casa con trajes regionales y botas altas.

A todo esto, el hombre no se alojaba ya en casa de los Gavronski, pues había roto definitivamente con la Gavronska; había regresado a «Caballito real» y ahora ajaezaba cada día sus propios caballitos para visitar Gorochov…, porque desde su hacienda hasta la de los Lubienski había un recorrido de tres horas largas.

Poco a poco los demás visitantes se convencieron de que era necesario vestir a la servidumbre con trajes regionales polacos, y pronto resonó en muchas quintas el taconeo de pesadas botas, hasta dar casi la impresión de que en cada hacienda acampaba un escuadrón.

Ahora bien, desde que la doncella Kascha servía a las señoritas, las propias señoritas se ocupaban de todo.

Pues Kascha no tenía ni idea de sus obligaciones.

Sobre todo Claire se quedó prácticamente sin servicio.

En verdad, Kascha sólo estaba allí como elemento decorativo para cuando llegaban invitados o se iba de visita a alguna parte, con sus botas de húsar asombrosamente lustrosas y un traje nacional típico cuya confección había sido hecha por encargo de Duschka. Así, pues, Duschka llevaba siempre como escolta una campesina increíblemente elegante, aunque algo huesuda, bajo cuya pañoleta asomaban unos mechones rubios y lacios que caían sobre unas foscas cejas.

Porque allá donde Kascha, con su cabello de lento desarrollo, pudiera prestar algún servicio, lo prestaba sin dificultades, es decir, siempre y cuando se sacara lo más posible las rubicundas greñas bajo el pañuelo.

Las señoritas no encomendaban jamás a Kascha sus trabajos de costura.

Ellas mismas se cosían todo.

Cuando se desprendía algún botón del traje regional de Kascha, era Duschka la que se ocupaba secretamente de ponerlo otra vez en su sitio.

Las señoritas no se desnudaban nunca delante de Kascha; sólo solicitaban su ayuda en la habitación cuando estaban completamente vestidas, jamás dejaban que las bañara Kascha, y a la hora de irse a dormir la despedían antes de quitarse prenda alguna.

Kascha debería haber supuesto que las señoritas sabían a qué atenerse en aquel asunto.

Sin embargo, Kascha no meditaba nunca acerca de la cuestión.

Entre Kascha y las muchachas parecía haber un acuerdo tácito para no mencionar, comentar ni debatir ciertos extremos que pudieran poner a Kascha en un brete.

Cabía conjeturar incluso que ese acuerdo tripartito presuponía la condición de no pensar siquiera en tales cosas.

Y como Kascha era realmente un oficial de Caballería, se abstenía *eo ipso* de pensar en cosas que no exigieran su inmediata atención.

Llegó un invierno con temperaturas glaciales.

Desde las trincheras, sobre todo aquellas más distantes de las posiciones rusas, los centinelas solían ver «unos extraños chuchos», como ellos decían, deambulando solos o en pequeños grupos ante las alambradas.

Los centinelas ignoraban que aquellos chuchos eran algo parecido a ellos mismos: concretamente, avanzadillas de gigantescas manadas lobunas a las que el frío empujaba desde el interior de Rusia hacia Polonia.

Durante aquel invierno, la Lubienska salió de visita con sus hijas por primera vez.

Las invitaciones se sucedieron sin cesar, y tan pronto se iba a casa de otros, como se celebraban las reuniones en la propia «Gorochov».

Tadeus Lubienski maldijo las largas velas que todo ello comportaba. Y aunque hubiese logrado

abstenerse del tabaco durante el día, ahora empezaba a fumar habitualmente por las noches.

El conde Lewenhaupt siguió haciendo propuestas matrimoniales a Duschka, sin darle respiro.

Entretanto, Stefan, observando los fenomenales desplantes de ella al conde, se afanaba por buscar su oportunidad, pese a estar absolutamente desprovisto de fortuna y suponiendo que hubiera tal oportunidad.

Claire coqueteaba con unos y otros a la manera que lo hacen las adolescentes.

Mas para Duschka, el encanto de cada fiesta tenía un fin súbito apenas descendía del trineo en que viajaba maravillada y acompañada de Kascha. Luego permanecía pasiva en el salón, sin hablar apenas, maldiciendo la obsesión de Lewenhaupt, quien la aburría lo indecible, y aprovechaba cada oportunidad para llamar a Kascha y enviarla en busca de cualquier cosa. Poco después reaparecía Kascha, atravesaba el parqué con sus fabulosas botas y balanceantes sayas, para entregarle lo solicitado adoptando un majestuoso porte, como lo haría cualquier oficial devolviendo su daga a la reina.

Kascha causaba sensación por doquier. Últimamente, la Lubienska, cuyos nervios empezaban a irritarse con tanto baile, había conseguido de Tadeus Lubienski no sólo que estuviera presente en las reuniones ofrecidas por ellos mismos, sino también que la sustituyera como escolta de las muchachas cuando acudían a las fiestas de otras haciendas.

Con tal motivo, Tadeus Lubienski fumaba tanto, que estaba al borde del nicotismo.

Según solía decir, hubiera preferido diez veces más pagar las deudas de dos hijos a salir de visita con dos hijas.

Por último, el matrimonio Lubienski había optado por quedarse en casa y confiar el cuidado de las señoritas a cualquier señora, lo cual era una costumbre cada vez más generalizada por aquellos tiempos, tanto, que en ciertos casos una sola dama llevaba consigo nada menos que hasta veinte muchachas.

Las propias señoritas, sobre todo Duschka, comenzaban a encontrar bastante tediosas aquellas fiestas. Pero la Lubienska, deseosa de hallar buenos partidos para sus hijas, dictaminaba que ambas debían ir a todas partes en que se las invitara, pues ya holgazanearían lo suficiente en la cama cuando estuviesen casadas.

Hacia fines de febrero Lewenhaupt dio también una fiesta en su hacienda «Caballito real».

El hombre aprovechó tal ocasión para acosar a Duschka con tanta impertinencia, que ésta abandonó disimuladamente el salón a las once de la noche y arguyó con Claire hasta inducirla a hacer lo mismo. Sin despedirse de su eventual guardiana, una señora de Gajevska, ni de la condesa Lewenhaupt siquiera, ambas muchachas descendieron la escalinata, hicieron enganchar y subieron al trineo con Kascha.

En el pescante iba el cochero habitual, Jan Klimczuk.

Era una noche, muy fría, de luna llena.

Vapores glaciales y niebla flotaban sobre los congelados pantanos, y sus velos colgaban en los bosques de coníferas.

El trineo salió del «Caballito real» a las doce menos cuarto. Todos sus pasajeros se envolvieron bien en sus pieles, pues sabían que los aguardaba un recorrido de tres horas.

La marcha comenzó al paso cuesta arriba, y el trineo se deslizó con suavidad sobre sus patines. Atrás quedó la casa solariega, brillantemente iluminada; por alguna que otra ventana abierta salió en volutas el humo de los cigarrillos. Pero poco a poco se fue desvaneciendo aquella imagen, las risas y la sugestiva música parecieron enmudecer, y los caballos, dos briosos bayos oscuros, se pusieron al trote.

Se atravesó la aldea de Koniuszki Krolevski, toda ella dormida.

Una vez en campo abierto, los corceles aceleraron al instante su ritmo de marcha.

Evidentemente sintieron frío, y forzaron la mano del cochero.

Transcurrido un cuarto de hora, el trineo pasó por Piabiki. Allí tampoco se vio un alma.

Más allá de Piabiki, el camino los condujo entre pantanos congelados, o más bien pequeños lagos. La luz limar se deslizó por el hielo pulido y ondulante. Poco después se entró en el bosque de Karancze.

Las tres muchachas, de las cuales una no era tal, se apretaron instintivamente en el trineo sin decir palabra. Kascha, entre Duschka y Claire.

Durante todo aquel paseo en trineo, Duschka estableció contacto con la cadera derecha de Kascha y notó, bajo su saya, la pistola.

Dentro del bosque, el tronco aceleró cada vez más la marcha, y por último, según le pareció a Duschka, alcanzaron una velocidad nada usual.

«Será la querencia de la cuadra», se dijo.

Pero luego observó atónita que Klimczuk los estaba azuzando, por añadidura, a su manera típica. Desde luego no los golpeaba ni hacía el menor gesto que pudiera delatar ese azuzamiento, pero se inclinaba hacia delante en el pescante, tanto, que por un momento Duschka lo creyó dormido; sin embargo, con esa

posición daba mucha rienda a los caballos, lo cual es, en definitiva, la mejor forma de hacerlos correr.

«¿Por qué lo hará con tanto disimulo?», se preguntó.

—¡Eh! —inquirió—: ¿Qué sucede?

Klimczuk fingió no haberla oído.

—¡Vamos! ¿Qué sucede? —repitió Duschka—. ¿Qué te propones hostigando así a los caballos?

—Corren por su cuenta —replicó Klimczuk.

—¡No debes azuzarlos, chiflado! ¡Reduce la marcha! —ordenó Duschka.

Habló conteniendo el tono para no despertar a las otras dos, que quizás estuviesen durmiendo.

Klimczuk se volvió e hizo un movimiento de cabeza señalando hacia los caballos.

—Husmean a los lobos —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó en ese momento Kascha. No se había dormido ni mucho menos—. ¿Qué está diciendo de lobos?

Klimczuk miró nuevamente hacia delante. Kascha se enderezó y, poniéndose en pie sobre el trineo, preguntó una vez más:

—¿Qué está diciendo de lobos?

Cogiéndose con firmeza al pescante golpeó la espalda de Klimczuk y le habló casi al oído.

—Los caballos lo barruntan —repuso el hombre—. Debe de haber algunos por estos alrededores.

—¡Bah! ¿Dónde? —murmuró Kascha.

—Los caballos percibieron su presencia hace un buen rato —dijo Klimczuk—. Mira cómo corren.

En verdad, ambos animales estaban cubiertos de espuma a pesar del frío, y trotaban con todas sus energías, no como lo hacen cuando presienten la cuadra, sino de forma mucho más inquietante, aunque sus movimientos fueran todavía bastante cadenciosos.

—Pero ¿cómo pueden llegar los lobos hasta las aldeas? —preguntó Kascha.

—¿Que cómo pueden llegar hasta las aldeas? —exclamó Klimczuk—. Vienen haciéndolo desde hace veinte años…, y también desde hace veinticinco. En los inviernos fríos siempre aparecen los lobos, y antes lo hacían aún más a menudo. E incluso suelen atacar las aldeas.

—¿Atacar las aldeas? —gritó Kascha.

—¡Claro! Esta noche lo oí contar en la cocina. ¿Por qué no habrían de atacar las aldeas si atacan a los trineos, a los niños y las reses sueltas?

—¡Agradable situación! —dijo Kascha volviéndose hacia Duschka.

Duschka no dijo nada; tan sólo miró fijamente a Kascha y al cochero.

Claire no compartió tales preocupaciones. En realidad, estaba profundamente dormida.

—¿Y hay muchos lobos? —inquirió Kascha—. Quiero decir… si son solitarios… o van en manada.

—Recorren estas tierras en grupos de tres o cuatro —dijo Klimczuk—. Aunque también hay manadas de cuarenta y cincuenta.

—¡Bah! —exclamó Kascha, incrédulo.

—¿Cómo te atreves a decirme «bah», so gansa? —replicó Klimczuk—. Yo soy ya un hombre viejo, y los lobos me han perseguido tres veces en mi vida, la última, durante el viaje a Sokal con el abuelo de la señorita. Y entonces habría cuarenta o cincuenta, ¿entiendes, gansa?

—¿Y corrieron detrás del trineo? —preguntó Kascha.

—¡Naturalmente! Intentaron saltar sobre los caballos.

—¿Y qué hicisteis vosotros?

Cuando Klimczuk abría la boca para responder, se oyeron de súbito espantosos aullidos y ladridos por las cercanías. Instantáneamente, los caballos, enloquecidos, emprendieron un furioso galope. Klimczuk buscó apoyo en la parte delantera del trineo y, tras largo forcejeo, consiguió dominarlos.

—¡Ahí tienes la respuesta, gansa! —masculló.

Los roncos ladridos despertaron a Claire.

—¿Qué pasa? —preguntó, asustada.

Nadie le respondió.

Klimczuk dejó galopar a los caballos, limitándose a regular su marcha, lo cual no era nada fácil.

—¡Bueno! ¿Qué ocurre? —insistió Claire.

—Lobos —murmuró Duschka.

—¡Vamos…! —exclamó Claire riendo—. ¡Os habéis vuelto locos!

—¿Está lejos Karancze? —preguntó Kascha.

—Sí, lejos —rezongó Klimczuk sin cesar en sus forcejeos—. Y ahora cierra el pico —agregó, mientras tiraba de las riendas acá y allá para sujetar las bocas equinas—. ¡Ya tengo bastante quehacer!

—¿Por qué vamos a esta velocidad? —inquirió Claire.

Entonces se dejaron oír los siniestros y estremecedores aullidos de antes, y Kascha cayó hacia atrás en el fondo del trineo, pues los caballos se habían desbocado definitivamente.

Para evitar que un caballo desbocado pierda la cabeza, lo mejor es fustigarlo sin cesar.

Klimczuk enarboló el látigo y lo hizo chascar, como un demente, sobre las grupas de ambos animales.

Se alcanzó una velocidad enorme, y hubo peligro de que el trineo se estrellara contra cualquier obstáculo.

Apenas transcurridos dos minutos desde que el tronco emprendiera su veloz carrera, Kascha vio fluctuar, a cierta distancia detrás del trineo, algo así como fuegos fatuos.

Eran los fosforescentes pupilas de los lobos.

Aunque los aterrorizados caballos estaban fuera de sí, no pudieron mantener su ritmo. Ningún caballo, por bueno que sea, corre a semejante velocidad más de uno o dos minutos.

Mientras los lobos seguían lanzando sus horripilantes aullidos, se aproximaron aprisa hasta llegar a una distancia relativamente corta; fueron como chispas fluctuantes y furtivas deslizándose a través del gélido bosque. Era una manada de treinta individuos más o menos.

Los caballos, sintiéndose perdidos con sus arneses, cocearon el trineo intentando desprenderse de él.

Como es natural, esos contratiempos retardaron la marcha, y los lobos alcanzaron rápidamente al vehículo. Pronto corrieron a ambos flancos del trineo; Klimczuk hizo restallar el látigo sobre sus lomos, y se oyeron aullidos de dolor; pero uno saltó sobre el caballo ensillado y le mordió en la cabezada. En ese instante, agarrándose al pescante y empuñando en la diestra su pistola de largo cañón, Kascha se puso en pie de nuevo.

Derribó de un balazo al lobo que se había encaramado sobre el caballo de silla, tras lo cual el vehículo pudo proseguir su marcha; luego hizo seis disparos contra los lobos perseguidores. Varias bestias dieron unas cuantas volteretas y quedaron tendidas, e inmediatamente sus compañeros de la manada las rodearon y destrozaron a dentelladas, mientras el trineo se alejaba volando prácticamente sin su desagradable escolta.

Con ello Kascha hubo de revelar oficialmente lo que era en realidad, y que sólo le quedaban tres balas de las diez que había en el cargador de su pistola.

Cuando cayó otra vez sobre el asiento, impulsado hacia atrás por la velocidad del trineo, Duschka y Claire le echaron los brazos al cuello y le cubrieron la boca de besos.

Klimczuk se volvió, lanzando juramentos y carcajadas.

En Karancze se hizo alto ante la posada, porque se veía todavía luz; dejóse descansar un rato a los jadeantes caballos y se bebieron unas copas de licor.

Duschka advirtió, con tono amenazador, a Klimczuk que procurara mantener bien cerrada la boca y no hablara a nadie de la pasada aventura, pues de lo contrario lo haría despedir.

Luego le dio una propina ridículamente elevada a juicio de él.

Klimczuk juró callar cual un muerto. Pero ¿cómo era posible que Kascha hiciera aquellos disparos?

—Limítate a conducir —le ordenó Duschka.

Entraron en «Gorochov» hacia las dos y media de la madrugada.

Al día siguiente vieron que los caballos estaban casi reventados.

Cuatro semanas después, Duschka anunció a su madre que se hallaba en estado de buena esperanza.

CAPÍTULO VI

—¿Quién ha sido? —farfulló la Lubienska cuando recobró el aliento.

Duschka frunció el entrecejo y, mirando fijamente ante sí, manifestó que no podía decirlo.

—¡No puede ser cierta tal cosa! —exclamó, desesperada, la Lubienska.

—¡Lo es! —replicó Duschka.

—Entonces, ¡dime quién ha sido! —chilló su madre.

Duschka guardó silencio.

La Lubienska corrió en busca de su marido.

Desde hacía catorce días, Tadeus Lubienski no había vuelto a fumar. Pero la Lubienska lo alteró de tal forma con sus noticias, que empezó a registrar, cual un demente, todos los cajones en busca de algún pitillo.

Pero no encontró ni uno porque, para facilitar su acción, había prohibido previamente que entraran cajetillas de tabaco en la casa.

Mientras un criado partía a toda prisa hacia la aldea para comprar algunos, Lubienski se preguntó, desesperado, cuál de los dos problemas debería preocuparle más: el niño en germen de su hija, o esa abstinencia que ahora resultaba superflua.

—¡Por añadidura…! —gritó la Lubienska—. ¡Por añadidura no quiere decirme quién ha sido!

Duschka contempló a sus alterados progenitores con su ceño característico.

—¡La solución es sencilla! —vociferó la Lubienska—. ¡Te casarás con Lewenhaupt!

Duschka replicó que no pensaba hacer tamaña estupidez.

Lubienski despachó inmediatamente a Klimczuk hacia el «Caballito real» (eran sólo las once de la mañana) con el encargo de entregar al conde una invitación para el té.

Tal vez Duschka tuviera varias razones para no querer revelar el nombre de su seductor.

Por lo pronto no le interesaba decir que Kascha era un hombre, porque en tal caso pondría en peligro su vida. Además, quizá tuviera a Kascha por un individuo vulgar, o un suboficial, en el mejor de los casos, con quien jamás se prestaría a casarse. Pues, ¿quién podía saber que Kascha le hubiese dicho la verdad acerca de su identidad?

Por otra parte Duschka podría ser una de esas mujeres que no quieren ser una carga para los hombres que les han dado un hijo (esto suele suceder).

También cabía esta última posibilidad: Tal vez Duschka no amase a Kascha, o no lo suficiente para desear, pese a todo, casarse con él. Porque, en verdad, los caracteres de ambos eran muy dispares.

Cuando Lewenhaupt supo que se lo invitaba al té en «Gorochov» —lo cual jamás le había acaecido, pues Duschka se había opuesto siempre a ello hasta hacerlo parecer el eterno intruso—, azuzó demencialmente a sus «caballitos», como si los lobos acecharan todavía en el camino.

Apenas llegó, los Lubienski hicieron el ridículo dándole la inmediata oportunidad de estar a solas con Duschka.

Sin embargo, Lubienski había tenido una idea durante el té.

—¿Y si Lewenhaupt no fuera, en definitiva, el padre? —dijo a su esposa cuando abandonaron el salón.

La Lubienska respondió simplemente que los hombres eran de una enorme e indiscutible vanidad y creían a ojos cerrados en los efectos del encanto masculino sobre las mujeres.

No obstante, tras unos instantes de reflexión, añadió:

—Aunque también es muy posible que la chica tenga ese hijo de Stefan Zagorski.

—¡Pero no se casará con tal individuo! —vociferó Lubienski—. ¡Eso ni pensarlo!

—Justo —repuso la Lubienska—. Precisamente Duschka no ha querido revelar el nombre de su amante porque opina lo mismo. ¡Ahí está la explicación!

—Entonces, ¿por qué no quiere saber nada de Lewenhaupt? —gritó Lubienski.

Entretanto, el traído y llevado Lewenhaupt hacía una nueva propuesta de matrimonio a Duschka, y ésta, como de costumbre, le daba calabazas.

Cuando Lewenhaupt se despidió, también como de costumbre, totalmente deprimido, le sorprendió la mal disimulada consternación que vio en los rostros de la pareja Lubienski, quienes quedaron sin habla apenas se hizo evidente que no había ni sombra de compromiso matrimonial.

Lewenhaupt subió a su carruaje y partió, muy pensativo, hacia la hacienda «Caballito real», mientras los Lubienski se abalanzaban sobre Duschka y le preguntaban:

—¡Bueno! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no te ha hecho una propuesta, maldita sea?

Duschka repuso que se la había hecho, pero que ella, naturalmente, hubo de rechazarla.

—¿La has rechazado? —clamó Lubienski, envuelto en humo, como el Etna.

—Sí —dijo Duschka—. Porque no me gusta en absoluto.

—¡Bien! —gritó Lubienski—. Entonces, ¿qué piensas hacer?

Duschka se encogió de hombros.

Por fin dijo:

—Tal vez decida casarme con Stefan Zagorski.

—¡Ajá! —exclamó la Lubienska.

—Pero siento demasiado respeto por él —siguió diciendo Duschka— para permitirme hacerle pasar como padre de un hijo que no es el suyo.

—¿Que no es suyo? —se desgañitó la Lubienska.

—Zagorski queda definitivamente descartado como marido tuyo —dictaminó Lubienski—. Es un pobre diablo. ¡Tú debes casarte con Lewenhaupt!

—No —replicó Duschka—. Rechazaré una vez y otra, como siempre, su propuesta.

—¡Siendo así…! —vociferó Lubienski—. ¡Siendo así, mañana mismo le haré una visita para participarle que has aceptado su propuesta!

Dicho esto, abandonó la habitación dando un portazo.

—Duschka… —empezó a decir la Lubienska, con tono insinuante.

Sin embargo, Duschka le rogó encarecidamente que no la pusiera más nerviosa todavía, y entonces la Lubienska salió de estampía, como su cónyuge.

Apenas desaparecieron ambos, entraron Kascha y Claire…, Kascha balanceando las sayas, con sus botas de húsar magníficamente lustrosas, una figura demasiado alta y nervuda para una muchacha, pero de porte increíblemente elegante.

Las tres personas cambiaron miradas sin decir palabra.

Por fin Duschka sonrió un poco y encogió los hombros.

Kascha hizo un ademán cortés, como queriendo expresar condolencia, pero, tras un instante de reflexión, prefirió dejarlo estar y, acercándose a una tabaquera —de las que ahora estaba repleta la casa—, tomó un cigarrillo.

Mientras lo encendía, Duschka lo miró cavilosa.

Al día siguiente Lubienski ordenó enganchar unos caballos descansados, con objeto de visitar a Lewenhaupt.

Justamente cuando subía al carruaje, llegaron Stefan Zagorski y su hermana Janina, en el coche de los Strzyzevski.

—¡Buenos días! —gritó Lubienski a Stefan Zagorski—. ¿Buscas a mi gente? Pues no están en casa. Y yo debo disculparme también. ¡Tengo algunas cosas que hacer por ahí!

Con estas palabras dio un golpe en la espalda a Klimczuk, y éste arrancó.

Los Zagorski contemplaron estupefactos su partida, y permanecieron sentados todavía un rato en el coche cambiando impresiones entre cuchicheos. Luego descendieron y se hicieron anunciar. Encontraron a los Lubienski en casa, como habían sospechado.

Stefan conversó largo tiempo con Duschka. La Lubienska no supo qué hacer: ¿Debería o no prohibírselo a su hija?

Al despedirse, Stefan expresó su pesar a la Lubienska porque en lo sucesivo ya no tendría el placer de visitar «Gorochov». Tadeus Lubienski se lo había dado a entender con claridad meridiana.

—¡Cómo! —exclamó la Lubienska—. ¡Eso debe de haber sido un malentendido y nada más!

Entretanto, Lubienski marchaba raudo, dejando una estela de polvo, a encontrar a Lewenhaupt.

Pero cuando llegó a «Koniuszki Krolevski» se le informó de que el conde estaba ausente; sólo se hallaba en casa la anciana condesa.

A Lubienski no le quedó más remedio que hacerse anunciar.

Poco después, ella le envió recado rogándole que pasara.

La condesa aseguró a Lubienski que su hijo lamentaría terriblemente no haber estado en casa para recibirlo. Pero ella se alegraba mucho de ver alguna vez a Lubienski en Koniuszki. ¡Después de todo, su hijo visitaba «Gorochov» con tanta frecuencia…!

—Sí —la interrumpió Lubienski—. Me satisface mucho que el conde haga compañía a las dos chicas. El conde es una persona encantadora, y las chicas opinan lo mismo.

Y siguió deshaciéndose en halagos.

Lubienski esperó una hora larga conversando, pero como el conde siguiera sin dar señales de vida, concertó una cita para el día siguiente.

Luego se despidió, dejando a la decrépita condesa en un salón que él había transformado en un fumadero.

—¿Y bien? —inquirió la Lubienska apenas lo vio llegar.

—¡No estaba en casa! —farfulló él.

—En cambio, los jóvenes Zagorski sí estuvieron aquí —dijo ella.

Y acto seguido empezó a darle un informe detallado sobre la visita.

—¡Lo sé! —le interrumpió Lubienski—. Ya he despachado definitivamente a Stefan.

Ante semejante tesitura la Lubienska creyó inoportuno participarle que los Zagorski habían estado un buen rato en casa.

Al día siguiente, Lubienski se encaminó nuevamente, con el otro tronco, a la maldita hacienda «Koniuszki Krolevski».

Esta vez Lewenhaupt estaba en casa.

Recibió al visitante con palabras de disculpa, asegurándole que lamentaba mucho no haber estado en casa ayer. Su madre le había dicho cuánto se había entretenido con su amena conversación, y así sucesivamente.

—Sí —repuso Lubienski—. Aunque deploré tu ausencia, tuve el gran placer de charlar con la condesa. Es una anciana dama realmente encantadora.

Y siguió diciendo otras insensateces semejantes, lo cual acrecentó su nerviosismo, máxime cuando Lewenhaupt no parecía dispuesto a ofrecerle un cigarrillo.

Por fin Lubienski sacó su propia pitillera y dijo:

—¿Me permites…?

—¡Oh, perdón! —exclamó Lewenhaupt—. ¡Discúlpame, por favor!

Y sin cesar de excusarse, empezó a buscar cigarrillos. Su búsqueda duró tanto tiempo que Lubienski podría haber fumado su propio cigarrillo hasta el fin si no se hubiese abstenido, por pura cortesía, de encenderlo.

—¡Lo siento, pero no encuentro ninguno! —se lamentó finalmente Lewenhaupt.

—¡Vamos, no tiene importancia! —lo tranquilizó Lubienski, hablando ya con su propio pitillo entre los labios.

—¡No toleraré que fumes aquí tus propios cigarrillos! —exclamó Lewenhaupt—. ¡No! ¡Ahora mismo enviaré a comprarlos!

Y mientras pulsaba el timbre con una mano, le arrebataba el cigarrillo de la boca con la otra.

El sirviente se presentó.

—¡Cigarrillos! —ordenó Lewenhaupt.

El sirviente desapareció.

Mientras tanto, los caballeros entablaron conversación.

Los nervios de Lubienski se descompusieron cada vez más, pues pasaba el tiempo y no había ni señales del sirviente.

Lubienski no quiso iniciar el diálogo acerca del verdadero motivo de su visita, porque sabía a ciencia cierta que si no fumaba, no diría ni una sola palabra razonable.

Al fin reapareció el sirviente con una montaña de licores y emparedados, cuya preparación había sido

evidentemente la causa de su retraso.

También trajo cigarrillos.

Lubienski se abalanzó sobre el tabaco y empezó a fumar, como si le fuese la vida en ello.

—¿Fumas mucho? —le preguntó Lewenhaupt.

—No demasiado —repuso—. Pero dejemos eso ahora y hablemos más bien de otras cosas.

—Como quieras, por favor —murmuró Cortésmente Lewenhaupt.

—Bueno —empezó diciendo Lubienski—. ¿Acaso ignoras que le gustas mucho a Duschka?

—¿Que le gusto a Duschka? —preguntó Lewenhaupt.

—¡Sí, claro!

—¡Ah! ¿Lo crees así? —inquirió el conde.

—Claro. ¿Es que lo dudas?

—A decir verdad…, sí.

—¿Cómo puedes dudar de tal cosa? —exclamó, indignado, Lubienski.

—Mira —repuso Lewenhaupt—. Si no recuerdo mal, ella no me lo ha demostrado jamás, ni ha hecho el menor avance.

—¡Bah! ¡Avances!

—Pero si es cierto lo que dices, ella debería haber hecho algo para dármelo a entender…

—Las jóvenes decentes no hacen avances.

—Está bien, está bien. Prescindamos de esos avances si te parece. Sea como fuere, ella debería haber respondido afirmativamente a las propuestas que le he hecho. Por lo pronto, debemos descartar toda presunta ambigüedad por mi parte, así como la posibilidad de que ella haya tenido razones bien fundadas para dudar de mi seriedad. Pues le habré hecho en total unas ochenta propuestas, más o menos.

—¡Maldición! —exclamó Lubienski—. ¡En verdad parecen demasiadas!

—Bien. Si yo le gusto realmente, como dices, ¿por qué no me ha dado todavía una respuesta afirmativa?

—Porque su timidez le impide hacerlo —sentenció Lubienski—. Tales cosas la incomodan, sencillamente. Pero ¿de qué estamos hablando? Eso se ha superado hace ya mucho. He venido aquí para decirte que ella será tu esposa.

—¿Quiere ser mi esposa? —Lewenhaupt pareció petrificado.

—¡Claro! Eso es.

—¿Estás seguro?

—¡Naturalmente!

—Sin embargo…, yo no lo creo —dijo el conde.

—¿No lo crees?

—No.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir?

—Estimado amigo —respondió Lewenhaupt—, querido Tadeus…, me honra de una forma muy especial que me quieras como yerno.

—Entonces, ¿para qué hablar más?

—Pero tu hija no me quiere como marido.

—¡Diantre! ¿Cómo se te ha ocurrido una idea tan estúpida?

—Porque la propia Duschka debería haberme dicho que quería casarse conmigo. Anteayer mismo se le ofreció la mejor oportunidad para hacerlo, pues me arrodillé incluso ante ella en el salón. Pero ella no dijo ni pío.

—Entonces —dijo Lubienski—, ¡la cosa no puede ser más simple de lo que es! Ahora mismo te marchas a «Gorochov» y se lo suplicas una vez más de rodillas. ¡Verás cómo te da el sí! Habiéndoselo rogado ya ochenta veces, poco te importará pedírselo la octogésimo primera.

—Sin embargo, yo preferiría no hacerlo —murmuró Lewenhaupt.

—¿Preferirías no hacerlo?

—Sí. Pues, entretanto, me he hecho algunas reflexiones.

—¿Que te has hecho algunas reflexiones dices? —gritó, exasperado, Lubienski.

—En efecto. No quisiera seguir molestando a tu hija.

—¡Pero eso no es molestia! ¡Te lo ruego!

—Tú sabes muy bien —dijo Lewenhaupt— que me agradaría mucho hacerte ese favor…

—¡Eso no es hacerme un favor! —vociferó Lubienski imprudentemente.

—Bueno, bueno —repuso el conde—. Entonces no he dicho nada.

—Perdona —se disculpó al punto Lubienski—. ¡Te suplico me perdones! No quise decir…

—¿No te importa que abra las ventanas? —le interrumpió Lewenhaupt—. Si me permites hablar con franqueza…

—Te lo suplico incluso.

—La verdad, si puedo permitirme esta observación, ¡es que echas más humo que un vertedero de basuras!

—¡Ah, caramba! —vociferó Lubienski—. ¿Y eso es hablar con franqueza?

—Fumas como un…

—¡Cállate, por favor! —gritó Lubienski.

—Dime —dijo Lewenhaupt—, ¿acaso no sabes que anteayer tu cochero perdió tres horas de ida y otras tres de vuelta para venir aquí, y que tú hiciste lo mismo ayer, y que hoy has hecho un viaje de tres horas y perderás tres horas más cuando regreses…?

—Deberías sentirte honrado con tantas atenciones —lo interrumpió Lubienski, fingiendo restar importancia a las necedades escuchadas.

—No obstante —replicó Lewenhaupt—, me intranquilizas con esos apremios…

—¡No hay tal cosa! —exclamó Lubienski—. Sólo quise ser amable contigo, ¿comprendes? ¡Sólo quiero participarte lo antes posible que has llegado a la meta de tus anhelos, y que puedes casarte con Duschka!

—Te ruego encarecidamente que me disculpes —contestó el conde—. Pero ahora no quiero hacerlo.

—¿No quieres hacerlo? —chilló Lubienski.

—No. Ahora, de repente, me parece imposible tomar tal resolución. No puedo hacer nada contra ese cambio inesperado de mis sentimientos. Así, pues, no hurgues más en la herida, Tadeus.

—¿Abandonas la partida?

—Sí. Me disgusta indeciblemente que esa transformación repentina de mis sentimientos me obligue a retractarme…, porque puedo hacerlo todavía, ¿verdad? En realidad no he contraído ninguna clase de obligación. ¡Otra cosa sería si me hubiese obligado de alguna forma con una joven! Por ejemplo, si la muchacha se viera en un compromiso por mi culpa…, o si la muchacha —perdóname, Tadeus— se viera en otras circunstancias todavía peores…

Lubienski comprendió que su tejemaneje se desbarataba sin remedio. Lewenhaupt lo sabía todo. Pero ¿cómo lo habría averiguado? ¡Y tal vez incluso supiera quién era el padre del niño!

De buena gana se lo hubiera preguntado, y le faltó poco para hacerlo, pero entonces recapacitó que eso no importaba ya nada después de haber hecho tanto el ridículo.

Desde luego, Lewenhaupt acompañó a su visitante hasta el coche, y cuando Lubienski se perdió de vista, el conde permaneció todavía estático en la entrada como lo hiciera varios días atrás en el portal de «Gorochov». Se preguntó si no sería mejor hacer enganchar inmediatamente, dar alcance a Lubienski y decirle que ¡en definitiva quería casarse con Duschka! Pues seguía amándola con verdadero furor.

«Ahora —pensó— habrá llegado a Koniuszki…; ahora pasará por Piabiki…; ahora estará entrando en el bosque de Rarancze. ¡Cuántas veces no habré pasado por ese bosque para visitar a Duschka! Si hiciese enganchar ahora mismo, podría alcanzarlo antes de que llegara a “Gorochov”».

Pero no hizo enganchar los caballos.

Se sintió muy desgraciado.

Sin embargo, al día siguiente partió hacia Snjatin para pasar allí varios días, como antaño, con la Gravonska.

Cuando Lubienski saltó del coche en «Gorochov», marchó inmediatamente en busca de su mujer, no como el habitual pianista lánguido y el «ventilador» de trajes, sino cual un jabalí enfurecido. Apenas la encontró, le ordenó que hiciera comparecer, sin pérdida de tiempo, a Duschka.

—Pero ¿qué ha sucedido en «Koniuszki»? —gritó, aterrada, la Lubienska.

—Nada —respondió Lubienski—. ¡Salvo la fenomenal plancha que me he tirado allí!

No pudiendo esperar más, abrió el dormitorio de las dos muchachas e hizo salir de estampía a Claire y a Duschka.

Luego, encarándose con Duschka, le exigió que le dijera quién era el padre de su hijo.

Duschka replicó que no se lo diría en modo alguno.

—¿Será necesario que te azote con el rebenque de la jauría? —dijo él.

En vez de responder, Duschka caminó dignamente hacia la puerta y la cerró tras ella.

Lubienski quedó plantado allí sin saber qué hacer.

—El padre… —sugirió la Lubienska— debe ser uno de esos jóvenes que suelen acompañarla a los bailes.

¡Y el desastre ha ocurrido porque tú no quisiste darle escolta y porque la dejaste al cuidado de esa Gajevska, cuya única preocupación son sus propios amantes!

—¡Maldita sea mi estampa! —aulló Lubienski. (En los últimos tiempos, ésta era su exclamación favorita; apenas voceaba otra)—. ¡Maldita sea mi estampa si dejo que tu hija siga destrozándome los nervios! ¡Maldición y condenación!

Pero entonces la esposa le propuso un proyecto genial, mediante el cual arrebatarían a su traviesa hija la posibilidad de convertirlos en abuelos.

Dos días después la Lubienska, con Duschka, partió de viaje hacia Kiev.

CAPÍTULO VII

En ausencia de su mujer, Lubienski inauguró la temporada de primavera tendiendo todas sus ropas al sol en la sala, aunque hacía aún bastante fresco con las ventanas abiertas. También tocó el piano hasta la saciedad, y volvió a fumar cigarrillos, como si se hubiese pasado todo el invierno sin probar uno…, al menos ésa era su opinión.

Desde su llegada a «Gorochov», Kascha se había encontrado muy pocas veces con Hartlieb, y en esas raras ocasiones se habían visto sólo a distancia, es decir, cuando el factor visitaba la hacienda para discutir algún asunto con el administrador.

Un buen día decidió aprovechar la ausencia de la Lubienska para hacerle una visita dominical en Rosiszcze.

Se puso su antigua indumentaria campesina, prescindiendo del traje nacional que le había donado Duschka, aunque, realmente, andar con aquellas trazas le habría procurado una diversión muy especial; sin embargo, temía tener demasiado éxito con él…, tanto que posiblemente corrieran en su persecución los jóvenes lugareños, tal como te persiguen los gozques de una aldea cuando vas por la calle con ciertas perras.

Pues, aun cuando Kascha pudo lograr sustraerse, hasta cierto punto, al mundo masculino de la hacienda, o por lo menos distanciarse de él, hasta entonces no tuvo oportunidad de comprobar si se había extinguido ya la fama de su encanto en el villorrio y las cercanías desde que los mozos se apalearon por su culpa en la taberna; ahora le bastaba con asomarse un rato a la ventana, para que cualquier sujeto que acertara a atravesar el patio hiciera alto y levantara la vista, con objeto de fijarla en aquella figura cuyas apariencias eran cada vez más raras.

Aunque, inicialmente, a Kascha le había disgustado en sumo grado que el sexo del cual formaba parte —como por desgracia se lo había demostrado a Duschka en fechas recientes— no tuviera ninguna idea en la cabeza salvo la de emprender su persecución, ahora le molestaba el notable descenso de la admiración general desde que desaparecieran todas las oportunidades para la persecución…, pues —para ser francos— la admiración de las dos muchachas no le bastaba… Kascha era muy joven, casi infantil, y quería causar efecto en la gente.

La situación de Kascha era tan excepcional, que se le podía perdonar cierta vanidad.

Hay muy pocas personas bellas que no sean vanidosas. La vanidad va inseparablemente asociada a la belleza, no esa vanidad egoísta de los seres mediocres cuya sola mención tiene resonancias desagradables y molestas, sino una vanidad abstracta, magnánima, un placer sencillo e intenso al verse objeto de admiración, un placer similar, ni más ni menos, al que nos produce la contemplación admirativa de algo hermoso.

A Kascha, pues, también lo complació que, no obstante su modesta vestimenta, un joven aldeano se sintiera obligado a trabar conversación con él en el camino de Rosiszcze, y que poco después se les agregaran otros dos mozos.

Hartlieb, que estaba paseando al sol con unas cuantas personas en la calle ante su casa, vio acercarse a Kascha con sayas balanceantes y escoltada por unos jóvenes campesinos que le estaban haciendo ya descaradamente la corte.

Kascha le sonrió desde lejos, y cuando Hartlieb comprendió que sería inútil intentar librarse de su presencia, le cogió un brazo y lo hizo entrar en casa, maldiciendo entre dientes.

Los acompañantes de Hartlieb se quedaron pasmados.

Durante largo rato, los jóvenes aldeanos permanecieron expectantes en la callejuela, pero como la bella de «Gorochov» no diera señales de querer salir, se alejaron finalmente, no sin manifestar antes que Hartlieb era un viejo sinvergüenza.

Entretanto, Kascha estaba preguntando al factor cómo le iba la vida.

—Mal —repuso Hartlieb—. Pues usted conseguirá, con su imprudencia, que este asunto me cueste el pellejo.

—¡Pamplinas! —dijo Kascha—. ¿Dónde está Laurentiev?

—Ha salido de viaje con un encargo.

Kascha tomó asiento, cruzando las piernas. Una figura de caderas estrechas y porte majestuoso, con mechones de un rubio pajizo asomando bajo la pañoleta. Después de echar una mirada en redondo por toda la habitación, dijo:

—Veamos…, aquel día entré por esa ventana; y Laurentiev estaba allá; luego salí con usted por aquella puerta, para subir a la buhardilla del desván… Bueno, ¿y qué me cuenta de la guerra? ¿No ha oído decir que concluirá pronto?

—Si —repuso Hartlieb—. Ya están a punto de darle fin, y, por cierto, un fin pésimo.

—Así, así… —dijo Kascha. Luego preguntó—: ¿Sigue viviendo aquí solo con Laurentiev?

—Sí —contestó Hartlieb—. Únicamente viene, por las mañanas, una asistenta que nos hace la comida y se ocupa de todo lo necesario.

—Debe tener cuidado —dijo Kascha—. Ahora llega ya la primavera, y es muy probable que los alemanes desencadenen un nuevo ataque…, y quizá lleguen incluso hasta Rosiszcze. Y entonces yo, la Kascha, me pondré otra vez el uniforme y seré de nuevo un húsar.

—¡Eso será un verdadero placer! —comentó Hartlieb.

Y así siguieron charlando largo rato.

Al marcharse, Kascha dijo que se había alegrado mucho de poder conversar nuevamente con Hartlieb, y también le dio cordiales saludos para Laurentiev.

Hartlieb dijo:

—¡Que lo pase bien, Herr teniente! —Y agregó de pronto—: ¡Lástima que no sea usted una muchacha de verdad! —A lo cual le replicó Kascha que era un viejo pecador, y se despidió.

La Lubienska llegó con Duschka a Kiev, y se alojó en una residencia para damas.

La primera noche de su estancia allí cenaron con Frau Von Strubinska, una anciana que había abandonado Varsovia poco antes de llegar allí los prusianos, y ahora residía en Kiev.

También estuvieron presentes otras damas ancianas que encontraron encantadora a Duschka, y un vetusto general retirado.

La Lubienska contó a aquellas damas, entre otras cosas, lo mucho que se había divertido Duschka durante el invierno.

Y ello fue verídico en cierto sentido.

Justamente cuando su madre decía eso, Duschka se sintió mal, como le ocurría ahora en casi todas las comidas; los demás se desvivieron por atenderla, pero ella salió corriendo dejándolos plantados. Sin embargo, regresó poco después y comió con envidiable apetito.

Al cabo de un rato, la Lubienska reanudó su tarea informativa:

—Ahora hemos venido a Kiev para comprar los trajes de primavera.

—Ese objetivo las ha traído a ustedes bastante lejos —comentó la Strubinska.

La Lubienska, algo quisquillosa, contestó:

—Podríamos haber ido a Varsovia; pero allí se han aposentado los alemanes… Usted debería saberlo mejor que nadie, puesto que ha salido de allí a toda marcha.

—Cierto, cierto —murmuró la Strubinska—. Desde luego, Kiev es una ciudad verdaderamente agradable, y en ella se encuentra todo cuanto se puede desear.

Antes de concluir la cena, Duschka sintió malestar otra vez.

Las ancianas señoras cambiaron algunas miradas entre sí.

Al día siguiente, la Lubienska, acompañada de Duschka, visitó el consultorio de cierto médico, a quien participó que Duschka sufría un desarreglo muy especial.

El médico, un tal doctor Grigoriev, repuso que inmediatamente se pondría en contacto con un colega, el doctor Kasprovicz, el cual atendería a la joven dama.

Dicho esto, pasó a una habitación contigua, desde la cual habló por teléfono. Cuando regresó, preguntó

a las señoras si les parecía bien que el tratamiento se llevara a cabo en el sanatorio «Bellevue».

—Por supuesto —se apresuró a decir la Lubienska—. Nos parece muy bien.

—¿Les vendría bien a la una?

—¡Naturalmente, nos viene muy bien!

—¿Ha tomado la joven dama un desayuno abundante?

—¡Ah, eso sí! —manifestó la Lubienska—. Pero sin provecho alguno, porque lo ha vomitado todo poco después.

—Entonces no hay cuidado —opinó el doctor Grigoriev—. Todo está en orden.

Seguidamente percibió sus honorarios y acompañó a las damas hasta la puerta, recomendándoles una vez más que fueran puntuales y estuvieran a la una en «Bellevue».

Hasta entonces, las damas pasaron casi toda la mañana comprando el vestuario de primavera.

Hacia la una se presentaron en «Bellevue».

El doctor Kasprovicz preguntó a Duschka si había sufrido alguna vez ese tipo de desarreglo.

—No —dijo Duschka.

Y cuando dijo que tenía diecisiete años, el médico la miró estupefacto.

—Entonces —murmuró, meditativo— deberá permanecer aquí, en observación, un par de días.

El propietario del sanatorio, señor Rospopov, se mostró satisfecho.

Así, pues, se instaló a Duschka en una habitación, donde se la observó continuadamente.

Los médicos le hicieron varias visitas diarias y la destaparon sin contemplaciones.

Ella permaneció allí, desnuda e inmóvil, mirando con ceño fruncido al vacío.

Realmente, los médicos comprobaron sólo una cosa acerca de Duschka, salvo las circunstancias causantes de su hospitalización: la paciente era de una belleza sensacional.

Ahora bien, en honor a la justicia debe decirse que finalmente descubrieron también —por si acaso— una leve lesión pulmonar.

—¡Ya está! —exclamó para sí la Lubienska—. ¡Eso originó la sensualidad que endosó un niño a Duschka!

Entretanto, la Lubienska se paseó por todo Kiev haciendo compras, almorzó alternativamente con cada una de las ancianas damas y frecuentó las casas de los numerosos polacos que, ante la amenaza prusiana, se habían trasladado de Varsovia a Kiev.

Cuando se le preguntaba dónde estaba Duschka, explicaba que se hallaba en un sanatorio para someterse a una intervención quirúrgica…, concretamente un absceso en el muslo resultante de su excesiva afición al deporte hípico.

Cuando se le preguntaba por qué no había venido Claire también a Kiev, respondía que Claire no necesitaba todavía un vestuario específico de primavera, pues era aún demasiado joven para tales preparativos.

La Lubienska permaneció en vela noche tras noche, cavilando y preguntándose quién podría ser el padre del hijo de Duschka.

Pero todo tiene su fin, y un buen día se actuó sobre aquel santo espíritu para expulsar al resultado de sus afanes.

Duschka fue narcotizada, y cuando volvió en sí, se encontró peor que antes. Sin embargo, se le dijo que ya había pasado todo.

Y, en realidad, la muchacha no sintió dolor alguno.

Permaneció todavía tres días en cama, rodeada de calentadores, se le tomó la temperatura y también se adoptaron otras medidas.

Los médicos cobraron afecto a la hermosa muchacha, le hicieron frecuentes visitas y la destaparon sin contemplaciones.

Ella permaneció allí, desnuda e inmóvil, mirando con ceño fruncido al vacío.

Se tranquilizó a la Lubienska acerca de la leve lesión pulmonar. Más tarde se le explicó que se había tratado simplemente de un leve error.

Tampoco se tuvo el menor interés por recomendar cierto sanatorio del Cáucaso. El señor Rospopov se preocupó únicamente de su cartera, el doctor Kasprovicz hizo lo propio respecto a la suya, y como ambos caballeros velaron por sus respectivas carteras, la Lubienska se encontró con una factura muy respetable.

Entonces telegrafió a «Gorochov» solicitando fondos.

Tadeus Lubienski le envió el dinero. Desde luego, pensó que su esposa pedía una cantidad excesiva, pero como estaba otra vez muy atareado con la ventilación del vestuario y sus interpretaciones al piano, no tuvo la mente dispuesta para analizar los asuntos monetarios. Así, pues, envió un giro telegráfico a Kiev.

Y como la Lubienska había pedido una cantidad muy superior a la necesaria para saldar la cuenta del

sanatorio y adquirir el vestuario de primavera, le sobró un buen pellizco, que aprovechó para abandonar la tediosa residencia y acomodarse por unos días en el «Grand Hotel».

Allí cenó varias veces con un aristócrata ruso poco notable, llamado Botkin, que la había conocido casualmente y cuya vida mundana requería grandes aportaciones de dinero.

Ella halló muchas satisfacciones en su compañía.

Durante esas cenas, Duschka miraba con ironía a su madre y se iba temprano a la cama.

Asimismo, durante las propias cenas sintió nuevamente mareos, una o dos veces, pero el doctor Kasprovicz, con quien se consultó sin demora, manifestó que era una nonada, un achaque intrascendente.

Finalmente, muy a pesar suyo, la Lubienska hubo de abandonar Kiev y separarse de Botkin. Emprendió con Duschka el regreso hacia «Gorochov».

En la estación, Duschka sintió un mareo, que se hizo ya ininterrumpido.

Cuando las damas llegaron a «Gorochov», el tiempo era de una tibieza primaveral, la fachada estaba cubierta con trajes, Tadeus Lubienski tocaba el piano, y en la entrada estaba Claire agitando el brazo. A su lado, Kascha, luciendo el traje nacional con majestuoso porte, y las largas greñas pajizas asomando bajo la pañoleta.

Cuando el carruaje aminoró la marcha hasta detenerse, Duschka miró, meditabunda, a Kascha.

Lubienski interrumpió sus ejercicios pianísticos apenas oyó la llegada del coche, y descendió para dar la bienvenida a las viajeras. Su salud había mejorado mucho desde que no las veía.

—Bueno —dijo—. ¿Cómo fue vuestro viaje? ¿Bien? ¿Os habéis entretenido lo suficiente…? Kiev es una ciudad cara, ¿verdad?

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Ah, Dios mío, nada especial! Hermoso tiempo, ¿eh? Realmente estábamos necesitando el sol… Sí, y lo he aprovechado para orear los trajes. Este invierno los he utilizado demasiado. ¡Quiera Dios que en lo sucesivo no tenga que utilizarlos tan a menudo! Los fracs se benefician del sol, sobre todo con la luz crepuscular. Y en el campo están creciendo ya las patatas y el maíz, por no decir nada de los remunerativos nabos.

Con esa charla anodina creyó el hombre haber solventado los asuntos que tanto le irritaban pero desgraciadamente hubo de rememorarlos poco tiempo después.

Por lo pronto, Duschka sintió mareos en cada comida, y todo el mundo llegó a la conclusión de que el problema no se había resuelto ni mucho menos.

Así, pues, se hizo llamar a uno de los dos médicos de Rosiszcze, el doctor Sloninski, para que hiciera un reconocimiento a Duschka.

Una vez realizado su examen, el galeno participó a los Lubienski que Duschka estaba encinta.

—¡Usted ha perdido el juicio! —vociferó Lubienski.

—No, no… —insistió el doctor Sloninski—. Aquí no hay el menor error.

Tadeus Lubienski solicitó de su mujer que lo acompañara un instante al aposento contiguo.

Apenas llegados allí, le gritó:

—¡Veamos! ¿Sigue teniendo tu hija un niño, o se trata de otro niño? ¡Maldición y condenación! ¡Explícame cómo os las arregláis vosotras, las mujeres!

La Lubienska le respondió que por lo pronto no debería dar tales alaridos. Luego abrió la puerta y preguntó al doctor Sloninski:

—¿En qué mes está?

—Segundo o tercero —contestó el médico.

La Lubienska cerró la puerta cuidadosamente. Luego explicó a su marido que no se trataba de otro niño, sino del mismo niño.

—¡Qué barbaridad! —bramó Lubienski—. ¿Cómo es posible?

La Lubienska se encogió de hombros y, abriendo otra vez la puerta, preguntó al médico si había señales de una intervención quirúrgica.

—Para comprobarlo —repuso él—, deberé examinar de nuevo a la señorita.

Así, pues, tras el segundo reconocimiento declaró que no había ni rastro de intervención quirúrgica, añadiendo que a Dios gracias nadie había intentado practicar una operación tan peligrosa.

Lubienski le dio las gracias, y el médico se despidió.

En definitiva, se había narcotizado a Duschka, y luego se la había dejado despertar sin tocarle, entretanto, ni un pelo.

Los Lubienski habían pagado por ese tratamiento, más la estancia en el sanatorio, una multa adecuada a gente cuyo extremado conservadurismo le impide familiarizarse con las peculiaridades de cierto artículo.

Según justicia y razón, los Lubienski estaban al mismo nivel del «Bellevue». Pues el «Bellevue» no había hecho más que contrarrestar una acción ilícita con otra igualmente ilícita, es decir, estafar a los instigadores…, por lo cual sobraban los reproches mutuos.

No obstante, Lubienski quiso partir inmediatamente hacia Kiev para presentar una demanda judicial contra el «Bellevue». ¡Ni más ni menos!

Duschka sonrió ligeramente cuando le oyó anunciar tal propósito.

—Bueno —dijo a su padre—. Ya puedes entrevistarte con Zagorski y decirle que se case conmigo si quiere.

—¡Podrías haberte casado con Lewenhaupt! —vociferó Lubienski.

—Pero es que Lewenhaupt no me gusta —le replicó Duschka—. En cambio, Zagorski me es simpático. Además, él obtendrá algún beneficio si se casa conmigo, pues ascenderá en la escala social…

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, una jornada lluviosa, Lubienski partió para Sobiesczyka, y allí no vio ninguna posibilidad de establecer contacto con Stefan Zagorski —a quien había plantado en la calle pocos días antes —, salvo visitar el salón de los Strzyzevski y esperar allí sentado hasta que se presentara Stefan o algún otro miembro de la familia Zagorski. Se propuso interpelar a uno u otro en cuanto les echara la vista encima.

Para comenzar, se encontró en el salón de los Strzyzevski con su futuro consuegro, aquel Ydzislav Zagorski que vivía de la Banca y que ahora estaba probando los variados licores de la casa Strzyzevski y amenizando a cambio la velada de los Strzyzevski.

Así, pues, Lubienski tomó asiento y, mientras Ydzislav Zagorski contaba graciosas historietas, pensó que aquel Ydzislav viviría en el futuro no sólo del Banco, sino también de él. Le pareció verlo ya apoltronado en el salón de «Gorochov».

Con aquel ceño fruncido mirando ante sí, Lubienski se asemejaba mucho a su hija Duschka.

Sin duda alguna, él era el padre legítimo de Duschka.

Pero ¿de quién era abuelo? O mejor dicho: ¿quién era el padre de aquel hijo cuya madre sería inevitablemente Duschka?

Lubienski, uno de los abuelos del susodicho niño, miró desde lejos a Ydzislav y preguntóse si no sería aquél el otro abuelo.

Desde luego debería serlo en el plano oficial…, ¡eso por descontado! Pero el hombre no dejaba entrever lo más mínimo que fuese también el abuelo legítimo.

Y si ignorara todo acerca del asunto, le resultaría aún más fácil no dejarlo entrever.

Sin embargo, Lubienski, en cuyo cerebro se arremolinaban de forma caótica los prejuicios contra los Zagorski, porque jamás había podido soportar a aquella familia, y ahora, cuando se veía obligado a tenderles la mano, menos que nunca…, Lubienski, repetimos, tomó la despreocupación de Ydzislav por una actitud ficticia, y sintió inmensa satisfacción al pensar que, mediante la boda con Stefan, su hija no sólo pondría un buen par de cuernos al marido, sino también, en cierto modo, a Ydzislav, como padre de tal marido.

Eso, suponiendo que Stefan no fuese realmente el padre del niño. Al considerar la posibilidad opuesta —lo cual significaría que Stefan no quedaría en ridículo y además se llevaría una buena dote—, Lubienski se sintió dominado por una cólera impotente.

Sin embargo, se tranquilizó cuando vio claramente la improbabilidad de semejante contingencia. Pues, tres semanas antes, Duschka podría haberse negado, con cierta razón, a reconocer en Stefan al padre de su hijo, pero, ahora, cuando ya estaba proyectada la boda, no tendría por qué negar la paternidad de Stefan si tal cosa fuese cierta. Y, no obstante, seguía desmintiéndolo.

Ello parecía sugerir que el mentís tenía fundamento. Porque si ella, faltando a la verdad, hubiese dicho que Stefan era el padre, lo más probable habría sido que Stefan rechazara indignado semejante afirmación e incluso desistiese de casarse con Duschka a pesar de su precaria situación económica.

Por otra parte, si Duschka lo reconociese como padre de su hijo, aunque no lo fuera, allanaría el camino para esa boda ante la opinión pública.

Pero ¿por qué se negaba tan obstinadamente Duschka a revelar el nombre del padre? «¡Ese padre debe de ser un auténtico indeseable!», se dijo Lubienski, como deducción final. Luego miró casualmente hacia la ventana y observó que había cesado de llover.

Se preguntó cómo era posible que hubiese escampado tan súbitamente en medio de tan trascendentales

asuntos familiares. ¡Y, sin embargo, el cielo había tenido un aspecto tan lluvioso…!

¡Sólo faltaba que ahora saliera el sol! ¡Sería el colmo!

En aquel preciso instante cayeron sobre el parqué del salón los primeros rayos de un dorado pálido.

«¿Qué estoy haciendo aquí? —clamó Lubienski para sus adentros—. En lugar de tender mi ropa al sol, permanezco sentado en este salón extraño, y ¡mientras tanto, naturalmente, no se le ocurrirá a nadie de casa orear mi ropa!».

Cuando se disponía a saltar de su asiento y partir corriendo hacia casa, entró Stefan Zagorski.

Stefan se comportó como si no hubiese habido ningún roce entre él y Lubienski. Saludó con gran cortesía al invitado y entabló diálogo con él.

Le preguntó, entre otras cosas, cómo iba la producción agrícola en «Gorochov».

Lubienski, que no se había ocupado de la hacienda, primero por culpa de su desmedida afición al piano, y después, por la jugarreta de su hija —aunque a decir verdad jamás había tenido una idea clara de la tal producción agrícola—, respondió con una evasiva. La producción agrícola ofrecía grandes dificultades, ¡y ahora se disponía de tan poco personal…!

—Eso es cierto —observó Stefan Zagorski.

Lubienski prosiguió diciendo con expresión de entendido, como si estuviese hojeando su anuario agrícola, que antes de la guerra se podía contratar con frecuencia, desde luego en el tiempo de la cosecha e incluido todo el cuerpo laboral, a doscientas treinta…, ¡no, doscientas treinta y cinco personas!

Lo mismo podría haber dicho ciento veinte o trescientas sesenta, pues realmente no tenía ni la menor idea.

Stefan Zagorski le dirigió una mirada escrutadora, y Lubienski tuvo súbitamente la desagradable impresión de haber dicho un disparate, o bien de que, por alguna condenada coincidencia, Stefan sabía lo suficiente para controlar sus cifras.

Sin embargo, Stefan dijo finalmente que, desde luego, antes se disponía de mucha más gente trabajadora.

—Sí, eso es cierto —murmuró Lubienski.

—Y en tiempos más lejanos aún —agregó Stefan—, se disponía incluso de mucha más gente.

—¡Ajá! —aprobó Lubienski.

La sonrisa de Stefan le causó una irritación momentánea. Se preguntó si aquella sonrisa no tendría una intención malévola, si Stefan no le estaría tomando el pelo, por así decirlo.

—Me refiero concretamente —puntualizó Stefan— a aquellos tiempos en que los hacendados poseían también las aldeas.

—¡Ah! —exclamó Lubienski—. ¡Pero eso debe remontarse a fechas muy lejanas! —Y añadió, previendo la posibilidad de que Stefan hiciese otra mueca maligna—: Ahora hay también hacendados que no poseen siquiera sus haciendas…, y no digamos nada de las aldeas.

—¡Lástima, lástima…! —masculló Stefan, volviendo a sonreír—. Ello es imputable al pésimo estado de la agricultura, aunque eso no date de tiempos recientes. Debe de haber comenzado mucho antes, pues de lo contrario su padre no habría perdido la hacienda «Vorolnievo» que poseía junto con «Gorochov».

—¡Ah, sí! ¡Justo! —dijo Lubienski mordiéndose el labio, porque había olvidado totalmente que su padre administraba antaño la finca «Vorolnievo».

En su desconcierto se le ocurrió que aquel administrador de «Vorolnievo» hubiera sido o sería —tanto daba decir una cosa como otra— el bisabuelo del niño en camino. Pero, desgraciadamente, eso era ya intrascendente.

—Ahora bien —reconoció Stefan—: agua pasada no mueve molino y, por tanto, no debe uno romperse la cabeza pensando en lo irreparable.

—Exacto —replicó Lubienski—. Por eso mismo nadie podría afirmar que su señor padre se rompa demasiado la cabeza pensando en Terebleszcze.

Diciendo esto, brindó jovialmente por el hombre que vivía de la Banca y que pronto lo haría de su propio caudal.

—Claro —dijo Stefan, sonriendo otra vez—. Y más vale así, porque si los Zagorski tomaran a pechos semejantes cosas, soportarían una carga demasiado pesada.

—¡Ah, Dios, la vida es así! —repuso Lubienski, con la mayor frescura—. Hay quienes entienden mucho de agricultura y quienes entienden un poco menos.

—Desde luego —concretó Stefan—. Aunque también es cierto que muchas familias suelen resolver esa diferencia por medio del matrimonio.

Al escuchar aquella insolencia, Lubienski dio un respingo. Pues si Stefan Zagorski hubiese adivinado el

objeto de su visita —y era de suponer que lo había adivinado—, aquellas palabras significarían el anuncio oficial del ataque que proyectaban él y su familia contra la hacienda de «Gorochov» y la cartera de los Lubienski.

Lubienski sintió tal pasmo, que no pudo pronunciar palabra durante un largo momento.

—Quiero significar —continuó diciendo Stefan— que se debería dotar bien a las hijas.

—¡Ah! ¿Quiere significar eso? —balbuceó Lubienski.

—¡Sí, claro está! Por ejemplo, los Zagorski han tenido siempre muchas hijas, y aunque el código humano prescriba que la dote de una hija, conceptuada como herencia, sea relativamente ínfima comparada con la herencia de los hijos, esas numerosas hijas de nuestra familia han obtenido mucho más *à la longue*.

Él se da por satisfecho con lo que le aporte Duschka, pensó Lubienski.

Stefan habló todavía un rato sobre los procedimientos financieros de otrora. Según dijo, casi todas las personas que se arruinaban perdían su dinero por falta de orientación, pero él sabía desenvolverse estupendamente con el dinero de antaño.

Por último, hizo constar que los Zagorski no habían poseído tan sólo la hacienda «Terebleszcze», sino también los latifundios de «Radziechov», «Monasterek» y «Romaszkovszczyna», junto con todas sus aldeas.

—Vaya, vaya… —murmuró Lubienski, sin darle el menor crédito.

—Y durante algún tiempo poseímos también «Szczerze».

—Sí…, durante algún tiempo —rezongó Lubienski.

—Aquella «Szczerze» pasó a poder de la familia por conducto de mi bisabuela, la condesa Tarobinska —informó Stefan.

—¡Ah, su bisabuela fue una Tarobinska! —exclamó Lubienski, mientras calculaba que aquella Tarobinska sería la bisabuela del hijo de Duschka.

—Así es —asintió Stefan—. Era hija del último senescal de Polonia.

—¡El último senescal de Polonia! ¡No me diga!

—Por aquel entonces —siguió explicando Stefan—, los Zagorski concertaban excepcionales alianzas, de las cuales podían vanagloriarse… Al menos eran bastante mejores de las que puedan concertarse hoy día.

Lubienski caviló profundamente, preguntándose si en vez de tenderle la mano, por así decirlo, no sería más conveniente saltar del asiento y propinarle una buena bofetada para castigar su insolencia.

—Pues los Zagorski —prosiguió Stefan— figuraron siempre entre las mejores familias, y poseyeron, entre otras cosas, el derecho a encender los cirios en la catedral de Lemberg, es decir, igual que los Rosvadovski en la catedral de Cracovia, lo cual es un privilegio excepcional. —Tras una breve pausa continuó su reseña—: Y además —esto lo sabe cualquier aristócrata polaco— descendían de un monarca, concretamente el rey Vladimir I. ¡Eso es!

Y cogiendo a Lubienski por un botón, le hizo levantar para conducirlo hasta el alféizar de una ventana próxima. Allí le dijo lo siguiente:

—Le he referido todo eso para que comprenda cuán honroso es contraer una alianza con los Zagorski en cualesquiera circunstancias. Ahora ya puede usted hablar y hacer su propuesta de matrimonio.

Ante esa súbita variación, Lubienski se desconcertó de tal forma que suprimió los preliminares y dijo simplemente a Stefan:

—Le ruego que se case con mi hija Duschka.

CAPÍTULO IX

Stefan Zagorski se prometió oficialmente con Duschka.

Desde aquel instante, Ydzislav Zagorski no frecuentó tan sólo el salón de Sobiesczyka, sino también el de «Gorochov».

Los Lubienski se habituaron a su compañía más aprisa de lo que supusieron, pues en verdad el hombre animaba a todos.

Efectivamente, mientras él refería sus chascarrillos, Duschka miraba ante sí frunciendo el entrecejo a su manera, pero él le recomendó que no se pusiera tan ceñuda, porque si seguía así terminaría amedrentando a Stefan. Los hombres tienen miedo, con mucha frecuencia, de las mujeres. Por ejemplo, en Varsovia había ocurrido cierta vez el siguiente caso:

Un hombre abordó en la calle a una mujer; ambos charlaron un rato, pero al poco surgió una disputa, y el hombre cobró tal miedo de la mujer que huyó a todo correr. La mujer lo persiguió pidiendo a voz en grito que se le detuviera. Así, aquello terminó en una emocionante cacería en que participaron innumerables transeúntes. Finalmente, el hombre se deslizó dentro de una casa, pero poco después reapareció en una ventana del tercer piso y se encaramó a la comisa. Aquello causó fenomenal sensación, y ante la casa se aglomeró una muchedumbre. Dos policías ordenaron al hombre que descendiera de allí inmediatamente, pero él se negó. Por fin los policías lograron, con gran trabajo y peligro, rescatarlo de aquella comisa, aunque el sujeto se resistía y mostraba tener aún miedo de la mujer. Sin embargo, esta mujer se perdió en el barullo y no hubo posibilidad de dar con ella; así, pues, la Policía no pudo esclarecer las razones que había tenido el hombre para poner pies en polvorosa.

Desde aquel día sonrió también Duschka cuando escuchaba las historietas de Ydzislav, a menos que se sintiera mareada y tuviese que salir a toda prisa.

Se convino que la boda se celebrara a fines de mayo.

Sin embargo, allá por el 10 de dicho mes, se presentaron allí unos aposentadores, y el 11 apareció en la hacienda y aldea de Gorochov el mando de un Cuerpo de ejército ruso con todo su Estado Mayor.

El comandante de aquel Cuerpo era el general de Infantería Schtscherbatschev, y su jefe de Estado Mayor se llamaba Kokovzov.

El mando del Cuerpo se acomodó allí con excepcional alarde de medios, y los Lubienski hubieron de estrecharse en unas pocas habitaciones.

Tadeus Lubienski maldijo su suerte, pues a partir de entonces ya no se pudo pensar en utilizar las ventanas del salón para airear los trajes. Por otra parte, se empleó con frecuencia su piano para desplegar mapas militares.

Aquella invasión afectó también desagradablemente a Kascha. Primero, porque era de prever que ciertos oficiales rusos del tipo Urapov intentarían tarde o temprano poner a prueba su poder de seducción, y segundo, porque en el supuesto de que los rusos lo atraparan, lo pasaría mucho peor que si los Lubienski hubieran descubierto su condición de húsar.

En una ocasión, Hartlieb hizo una visita a «Gorochov» en su condición de factor, para discutir algunos asuntos con Rudkovski. Kascha se le acercó apenas lo vio y empezó a hablarle.

Invocando la ayuda de Dios, Hartlieb le ordenó que se esfuminara al instante. Si los rusos los vieran juntos, descubrirían el pastel y los fusilarían sobre la marcha, etc.

—¡No haga el ridículo de esa forma! —dijo Kascha—. Dígame más bien lo que se cuenta por ahí.

—¿Lo que se cuenta? —contestó, exasperado, el factor—. Se cuenta que todo marcha mal, ¡eso es lo que

se cuenta!

—Vaya, vaya —murmuró Kascha—. Pero ¿qué ocurre aparte de eso? Escuche, Hartlieb, ¿no podría decirme, a título de ejemplo, para qué ha venido a «Gorochov» este mando ruso?

—¿Por qué me supone tan bien informado? —inquirió el factor—. Vamos a ver, ¿quién es aquí el oficial, usted o yo?

—¿No ha oído el intenso fuego de fusilería en estos últimos días? —preguntó Kascha—. Uno puede percibirlo incluso a grandes distancias. ¿No sabría decirme por qué se oye ese fuerte tiroteo?

—¡Porque hay guerra! —repuso Hartlieb.

Kascha lo amonestó.

—Absténgase de esas respuestas tan estúpidas. ¡Haga el favor de decirme si ha oído hablar de una ofensiva, o si hay algo parecido en marcha!

—¡Ya está en marcha! —repuso Hartlieb.

—¿Y bien?

—Bueno —masculló Hartlieb—. Los judíos han dicho que la Artillería rusa martilla a la Infantería alemana, y que la Artillería alemana martilla a la Infantería rusa. Y de vez en cuando ambas martillan a sus propias Infanterías.

—¡Ajá! —exclamó Kascha.

—Si un cañón golpea a otro…, ¡pase! ¡Pero cuando los cañones se ceban con los seres humanos…! Es un milagro que no hayan huido ya todos a escape.

—Así es la vida —comentó Kascha.

Era evidente que ya no podría sonsacar más a Hartlieb. No obstante, cuando le preguntó si había visto por allí más soldados que de costumbre, el otro replicó:

—Más que suficientes.

Era un pacifista del que no podría obtenerse ni una sola respuesta razonable. Y, por añadidura, tampoco sería posible hacerle decir algo con exactitud. «Antes se sacaría perfume de un perro muerto», pensó Kascha.

Con todo, pudo hacer una deducción lógica de aquel breve interrogatorio: los rusos estaban preparando una ofensiva.

Cuando se separó de Hartlieb, le dio todavía un buen susto a modo de despedida. Dijo concretamente que le haría pronto otra visita.

Lubienski se creyó obligado a ofrecer un almuerzo en honor del general y su jefe de Estado Mayor. Kascha serviría a la mesa.

Aquella comida fue la primera, en mucho tiempo, en que Duschka no sintió mareos. Desde luego estaba muy pálida, pero consiguió dominarse. Evidentemente estaba entrando ahora en una nueva fase, aquella en que suelen desaparecer los mareos.

Duschka y Claire agradaron mucho al general, mas como éste pensara que el placer obtenible de ambas muchachas no tendría ningún sentido práctico, mostró preferencia por Kascha.

Kascha, en su condición de camarera, ofrecía un aspecto magnífico, más o menos como el *Lord-Steward* de Inglaterra, Earl Beauchamp, cuando servía la comida al rey.

Desde aquel día, el general se interesó por la elegante Kascha, y en razón de ese interés, ningún otro oficial osó importunar a Kascha, porque de otra forma habrían sufrido el castigo correspondiente: destino inmediato al frente.

Kascha, con su exorbitante vanidad, disfrutó mucho con ese notorio interés del general; pues Schtscherbatschev no era tan peligroso, ni mucho menos, como lo fuera Urapov en su día. Además, un general, sin punto de comparación, es mucho menos combativo que un teniente.

Así, pues, el papel de Kascha consistió esencialmente en representar una comedia ante los demás oficiales para hacerles creer que estaba siempre a vueltas con el general, por no decir debajo de la misma sábana.

Kascha representó tal comedia con gran tacto, y el general le mostró su agradecimiento por haberlo distinguido entre todos los oficiales y por encontrarlo tan interesante, pese al generalato.

Usualmente Kascha prestaba sólo pequeños servicios, por ejemplo, servir el té a los oficiales del reducido Estado Mayor o barrer la gran sala y los salones en que se instalaron las oficinas del mando. Esto último lo hacía con suma elegancia, como si el propio *Earl-Marshall* de Inglaterra, duque de Norfolk, le hubiese encomendado la limpieza de Buckingham Palace.

Durante el día, Schtscherbatschev partía muchas veces en automóvil para inspeccionar sus tropas, y por la noche permanecía levantado largo tiempo, trabajando con el jefe del Estado Mayor, Kokovzov.

Kascha debía servirles té con bastante frecuencia.

El general y el jefe del Estado Mayor se consagraban a la redacción de formularios y órdenes mientras hacían garabatos en los mapas.

Durante dichas sesiones, Kascha había tomado una decisión: no querría ser nunca general ni jefe de Estado Mayor; se retiraría como capitán para percibir su pensión. Por aquellos días la compañía del Estado Mayor había emprendido un minucioso registro de la aldea y la hacienda «Gorochov».

Kascha no había conseguido averiguar lo que buscaban realmente; era milagroso que con tal oportunidad no hubiesen descubierto el uniforme de húsar.

El uniforme, pelliza, calzones de montar y gorro de piel, estaban bien envueltos en las antiguas ropas campesinas de Kascha, y todo ello dentro del hatillo.

Un suboficial de la antedicha compañía hurgó en el hatillo, pero, al captar la mirada de Kascha, no osó abrirlo, pues considerando las relaciones harto conocidas de Kascha con el general, temió que una imprudencia semejante lo apartara para siempre del Estado Mayor y significara su marcha hacia las trincheras.

Kascha, cuya vanidad no tenía límites, creyó verse, incluso en aquel momento, como una favorita.

Con todo, aquella situación había sido bastante crítica, y por tanto, Kascha resolvió esconder su uniforme en otro lugar.

«Lo mejor será entregárselo a Hartlieb —se dijo—, y lo haré así como reaparezca en “Gorochov”. Él deberá llevárselo consigo a Rosiszcze y buscar algún rincón de su casa para ocultarlo».

Así, pues, cuando Hartlieb subía ya al carruaje para marcharse, tras una nueva visita a la hacienda, vio, aterrorizado, que Kascha se le acercaba otra vez.

—Espera un instante —le dijo Kascha—. Quiero entregarte una cosa.

—¡Dios mío! —se lamentó Hartlieb, no esperando nada bueno—. ¿Qué cosa es ésa?

—El uniforme —le participó Kascha.

—Ah, el uniforme —murmuró Hartlieb, sin mostrar especial terror, lo cual no dejó de asombrar a Kascha.

—Sí —dijo el teniente—. Aquí podrían descubrirlo. Por tanto, llévatelo a Rosiszcze y búscale un escondite.

—De acuerdo —dijo Hartlieb.

—Pero —prosiguió Kascha— hazme el favor de no enterrarlo otra vez en el patio, ¿entiendes? Debe permanecer en un estado impecable para que pueda ponérmelo tan pronto como lleguen los alemanes.

—Comprendo —dijo Hartlieb.

—Por consiguiente —ordenó Kascha—, lo colgarás en tu propio armario, lo cepillarás periódicamente y lo cuidarás para que cuando llegue el verano, no lo devoren las polillas. Debes prestar unas atenciones muy especiales al gorro de piel. ¡Guárdate bien de dejar que las polillas lo agujereen! ¡No te aconsejaría semejante desatención!

—Ya lo he entendido —dijo Hartlieb. Y aseguró que atendería a la limpieza del uniforme con cepillo y paleta, como le había ordenado el teniente—. Aunque, por desgracia —agregó—, no podré colgar las cosas al sol como hace Herr Von Lubienski con sus trajes, pues si en las calles de Rosiszcze se viera colgado un uniforme de húsar alemán, algunos lo encontrarían raro.

—Herr Von Lubienski —dijo Kascha— no puede ventilar ya sus trajes como él quisiera, pues ahora los rusos se asoman a las ventanas donde él colgara antes sus calzones.

—Lástima —murmuró Hartlieb—. Bueno, ¿me entrega el uniforme?

—Ahora mismo —contestó Kascha—. A propósito: también debes colocar un caftán encima del uniforme, por si a alguien se le ocurre mirar dentro de tu armario. Así estará bien seguro.

—Claro está —repuso Hartlieb—. Y ahora vaya a buscar su uniforme de una vez.

Así, pues, Kascha marchó arriba, y mientras subía las escaleras se congratuló de haber encontrado tan buen refugio para el uniforme.

Examinó concienzudamente las piezas una por una, pelliza, calzones y gorro de piel, luego hizo otra vez el paquete y lo envolvió con el paño del hatillo, vaciándolo previamente de sus restantes posesiones.

Pero cuando bajó con el susodicho paquete al patio, Hartlieb y el carruaje habían desaparecido sin dejar rastro.

—¿Dónde está el factor? —preguntó Kascha a Julián.

—¡Ah, ése! —dijo Julián—. Subió al coche apenas entraste en la casa, y partió a una velocidad tan

endiablada que el sargento primero de la compañía lo miró asombrado y se preguntó si no debería perseguirlo a caballo como elemento sospechoso.

—¡Ah, ya! —exclamó Kascha y, girando sobre sus talones, volvió otra vez arriba.

Julián la miró marchar y soñó durante toda la noche con ella.

Dos días después recibió Hartlieb, por correo, un paquete despachado en Gorochov y en que figuraba como remitente el administrador Rudkovski.

Cuando Hartlieb abrió, curioso, el paquete, creyó que lo había partido un rayo: allí estaba el uniforme de Kascha.

Dentro había un mensaje, cuyo contenido era el siguiente:

Tu huida del otro día fue de una desfachatez inaudita. Como castigo, te envío el uniforme por correo. Te cuidarás de él según lo ordenado, y yo mismo pasaré periódicamente por tu casa para inspeccionarlo. Atiende sobre todo el gorro de piel.

K.

P. S. — Si las polillas se comen él gorro de piel, te cercenaré las orejas.

Aquellas líneas estaban escritas con una caligrafía diminuta y un tanto ramplona, lo cual permitía inferir que aunque Kascha hubiese llevado una vida singular durante aquel invierno, seguía manejando mejor el sable que la pluma.

Hartlieb quedó petrificado ante la carta y el paquete abierto; por su aspecto se diría que le habían regalado una máquina infernal.

Por fin saltó del asiento y arrambló con todo aquello para quemarlo.

Pero a poco recapacitó y optó por enterrarlo otra vez en el patio.

Finalmente, torturado por aquella escena retrospectiva en que Kascha lo encañonara con la pistola, dispuesto a hacer fuego, colgó el uniforme en el lugar ordenado por la tiradora de pistola, o sea, su propio armario, y lo cubrió, según lo prescrito, con un caftán.

Llevó a cabo todas esas manipulaciones cual un autómata.

Como no se le hubiera indicado ningún escondite especial para el gorro de piel, con el cual parecía haberse encariñado mucho Kascha, lo metió otra vez en aquella cesta de compra con la que Kascha se mirara tiempo atrás en el espejo, y además, con la mayor solicitud, le puso unas bolitas de alcanfor.

Rompió en diminutos trozos la carta de Kascha.

En aquel instante entró Laurentiev.

Hartlieb se llevó un susto mortal.

—Pero ¿qué pasa? —inquirió Laurentiev.

—¡Ah, es usted, Laurentiev! —tartamudeó Hartlieb.

Y acto seguido le refirió la espeluznante historia.

Laurentiev se rió un poco.

—¿Acaso tiene tanta gracia? —le preguntó el factor.

—Bueno —replicó el otro—. Hay cosas peores que ésa.

—¡Para mí es suficiente lo que me ha hecho ese maldito teniente! —gritó Hartlieb.

Y, con estas palabras, se marchó, dando un portazo.

Laurentiev lo siguió con la mirada, y cuando se disponía a plegar y retirar de la mesa el papel en que había venido envuelta la ropa, observó que era un mapa cubierto con una tela. El mapa propiamente dicho estaba en la parte interna del paquete, y la otra cara del papel, en la exterior.

Balanceando con un dedo de su única mano el cordel con que se había atado el paquete, Laurentiev contempló, pensativo, aquel mapa.

Lo miró casi absorto, pensando, entretanto, en el tiempo transcurrido desde que tuviera por última vez un mapa semejante entre las manos.

Dibujos y mapas suelen captar la mirada con el galimatías de sus líneas, aun cuando uno no sepa diferenciar las cosas que está contemplando.

El mapa que examinaba Laurentiev se componía de dos partes, que alguien había colocado juntas sobre un fondo de lienzo.

Tal vez Kascha hubiera decidido emplearlo para su paquete al comprobar la sólida textura del material. Pues un papel ordinario se habría rajado probablemente a su paso por Correos, dejando el uniforme al descubierto.

Lo que no pudo imaginarse Laurentiev fue dónde pudo haber encontrado Kascha aquel mapa. Quizá lo cogiera en la sala de «Gorochov», que debía de limpiar cada día, junto con los salones. Allí había diversos mapas extendidos sobre el piano de Lubienski, e incluso otros más bajo el instrumento.

El mapa que tenía Laurentiev ante sí era una carta especial rusa representando una comarca comprendida más o menos entre Brody y Tarnopol.

No sólo aparecía escrito en ruso el título: aquello estaba sembrado de observaciones manuscritas en letra cirílica, donde alternaban la tinta negra y la roja. También se había utilizado el lápiz para trazar líneas semejantes a largas lombrices, pequeñas marañas, cubos geométricos y barras.

Se había emborronado y corregido considerablemente el conjunto; tal vez fuera un proyecto.

También se habían escrito órdenes, fechas y otras cifras.

Aquellos datos debieron de haber sido previstos, sin excepción, a corto plazo. Verdaderamente, esto fue lo primero que alertó a Laurentiev.

Desde aquel instante, el manco examinó aquel mapa con creciente atención, para lo cual tomó asiento.

Estuvo una media hora estudiándolo a fondo. Como todo estaba tan emborronado, necesitó largo rato para descifrar las indicaciones y formar una imagen clara de todo cuanto estaba viendo.

Finalmente se respaldó en la silla y miró, petrificado, ante sí. Pequeñas gotas de sudor bañaron su frente.

Se sobresaltó no poco cuando entró Hartlieb.

—¿Qué tiene? —preguntó Hartlieb—. ¿Tal vez demasiado calor?

—¿Calor? —exclamó Laurentiev—. ¿Por qué?

—Porque está sudando —contestó el factor.

Laurentiev se pasó la manga por la frente.

Dijo haberse asustado al entrar Hartlieb. Estaba todavía tan confuso mientras intentaba hacer desaparecer el mapa —como si se tratase de un papel sin mayor importancia—, que confesó sentirse cada vez más asustadizo en los últimos tiempos, porque recordaba con extraña frecuencia a su familia… Nadia Nikolaievna y las dos niñas, ahora muertas las tres. Sí…, los muertos eran quienes habían ocupado su pensamiento.

CAPÍTULO X

Apenas se marchó Hartlieb, Laurentiev sacó otra vez el mapa y lo clavó literalmente con la mirada.

Por fin, lo plegó de nuevo y se lo metió en el bolsillo.

Luego hizo un pequeño fardo con algunas de sus cosas.

Estuvo allí sentado esperando el anochecer. No habló casi nada con el factor, y tampoco comió.

Pensó en los suyos y en aquellos por cuya culpa había muerto toda su familia.

Cuando Hartlieb se fue a la cama, él apagó los candelabros y abandonó la casa por el postigo del patio.

Caminó a lo largo del Styr en dirección de Luzk.

Algunas veces emprendió cortas pero veloces carreras, impulsado por una especie de terror.

No tomó ningún vehículo hasta llegar a Zydlieczin, donde nadie lo conocía.

Así viajó, cambiando frecuentemente de coches, hacia Szlachova, por la ruta de Luzk, Krupa, Mlynov y Dubno.

Por todas partes se mezcló con los soldados e hizo preguntas a unos y otros.

En Szlachova lo encaminaron hacia Radzivilov, en las cercanías de Brody.

Allí se alojó en una fonda.

Radzivilov estaba ocupada por grandes contingentes militares, pues el frente no se hallaba ya lejos: su línea corría a lo largo de Brody, Czechy, Misozko y Podhorze.

Dos batallones de Infantería, pertenecientes a distintos regimientos, estaban acantonados en Radzivilov. Dichos regimientos, desplegados en primera línea, empleaban un sistema de relevos entre los batallones para que cada uno pudiera descansar una temporada en Radzivilov, mientras los tres batallones restantes de cada regimiento hacían vida de trinchera.

Después de averiguar cuál de ambos batallones regresaría antes al frente, Laurentiev pasó disimuladamente revista a los hombres de habla alemana de aquel batallón, observándolos cuando salían y regresaban a sus alojamientos durante las faenas de limpieza y la instrucción.

Por fin, encontró apropiado para sus designios a un joven llamado Trierenberg.

Cierto día le hizo una seña y le explicó en ruso que quería revelarle ciertos informes, aunque aquél no era el lugar adecuado para hacerlo. Trierenberg debería hacerle una visita en la fonda.

—¿De qué se trata? —preguntó Trierenberg.

—Ya se lo diré a su debido tiempo —dijo Laurentiev.

Excitada así su curiosidad, Trierenberg preguntó al manco si le parecía bien hacia media tarde.

—Sí —repuso Laurentiev—. Me parece bien.

Trierenberg se presentó a la hora acordada. Laurentiev le pagó unas copas, y después de averiguar, mediante una breve conversación, algunos datos personales acerca de su interlocutor —el alemán era originario de la colonia Neufeld, al sur de Kiev, soltero, veintitrés años—, le dijo que la taberna no era el lugar más indicado para discutir aquel asunto. Así, pues, lo condujo a un prado detrás de la fonda y allí se sentaron ambos al sol.

—¿Bien? —dijo Trierenberg.

—¿Cuándo marcha usted a las trincheras? —comenzó Laurentiev.

—Mañana —contestó Trierenberg.

—¿Sabe que se proyecta un ataque para el veintiséis de este mes?

Trierenberg palideció y repuso:

—Los alemanes del batallón han dicho que se piensa asaltar las posiciones austríacas entre Brody y

Tarnopol, mas, al parecer, ignoran que falte tan poco tiempo para el ataque.

—Pues bien, yo se lo digo ahora —dijo Laurentiev en tono seco.

—Le creo —murmuró Trierenberg.

Sus labios temblaron un poco.

—Atacarán tres cuerpos de ejército completos —le informó Laurentiev—. Cada uno de cuarenta mil hombres…, y es fácil calcular aproximadamente cuántos de ellos caerán en la batalla.

—Sí —repuso Trierenberg—. Se conoce más o menos ese porcentaje.

—¿Y dejará usted que lo liquiden también? —preguntó Laurentiev.

—¿Acaso hay algún remedio? —exclamó Trierenberg—. ¿Qué puedo hacer yo?

—¿Qué puede hacer? —repitió Laurentiev—. ¿Es posible que hable así una persona razonable? ¿Qué puede hacer uno durante un ataque?

—¿Cómo he de saberlo yo? —inquirió Trierenberg.

—¡Cómo ha de saberlo…! —gritó Laurentiev—. ¡Más bien debería preguntar cómo sé yo lo que usted desea saber! ¡Y ahora mismo lo sabrá!

—Bien —farfulló Trierenberg—. ¿Qué he de saber?

—¡Lo que debe hacer! —vociferó Laurentiev.

—Veamos qué debo hacer.

—¡Desertar! —gritó Laurentiev.

—Eso es demasiado inseguro —replicó Trierenberg.

—Sí —comentó Laurentiev—. Pero también es demasiado seguro que usted caerá si no deserta.

—Eso es cierto —dijo Trierenberg con un hilo de voz.

—Hoy se espolea sin cesar a los alemanes —lo aleccionó Laurentiev—. Y como son buenos soldados, los rusos se están aprovechando de ellos, y seguirán haciéndolo hasta que todos muerdan el polvo. Pero ningún hombre juicioso, como afirman serlo los alemanes, se deja matar tontamente, sino que deserta cuando se le ofrece la oportunidad.

El ruso siguió perorando de ese tenor.

De improviso Trierenberg preguntó al manco:

—¿Y cuál es su finalidad con tales conferencias?

—¿Cuál? —repitió Laurentiev.

—Sí, cuál. Porqué usted es ruso, ¡de eso no cabe duda!

—Eso es verdad —repuso Laurentiev—. Pero, en primer lugar, aborrezco la guerra que me arrebató el brazo derecho, y además hay otra razón importante.

—¿Qué razón exactamente? —inquirió Trierenberg.

—Eso sólo podré revelárselo cuando usted me prometa taxativamente que desertará.

Por fin, el alemán se mostró dispuesto a llevar a cabo tal empresa.

Entonces Laurentiev sacó el mapa y solicitó de Trierenberg que se lo entregara al primer oficial alemán o austríaco con quien se cruzara en su camino, y le dijera las siguientes palabras: «Éste es el plan para el ataque ruso que se está esperando».

¿Para qué seguir refiriendo la larga y fluctuante negociación entre ambos? Pues, a la hora de coger el mapa, Trierenberg sintió escrúpulos, y Laurentiev hubo de hacerle muchas reflexiones para inducirle a cogerlo; pero el otro se lo devolvió otra vez, apenas lo tuvo en la mano, y Laurentiev tuvo que insistir en sus admoniciones; mas cuando todo parecía resuelto, el otro dijo de pronto:

—No, no desertaré.

Y de nuevo se repitieron, interminablemente, las mismas escenas.

Lo importante fue que Laurentiev tuvo una ocurrencia: si se entrega el mapa sin recomendación alguna, quizá no se le dé ningún crédito, o se tema una trampa. Entonces indicó, con tono apremiante, a Trierenberg, que dijera lo siguiente: «Cierto teniente, llamado Keller, perteneciente al regimiento de húsares de Hannover, está emboscado, con un disfraz femenino, en el alto mando del Cuerpo Schtscherbatschev, en “Gorochov”, y les envía este mapa».

Aunque Trierenberg era muy inteligente y se había hecho cargo inmediatamente de todo el asunto, fingió durante largo rato no poder retener en la memoria aquel nombre. Así, pues, se reanudó la polémica entre ambos, hasta que por fin Trierenberg tomó el mapa.

A la mañana siguiente, hacia el mediodía, su batallón emprendió la marcha, y a la hora del crepúsculo ocupó su sector de frente. Apenas amaneció el siguiente día, se descubrió que todos los alemanes del batallón, veintitrés en total, se habían pasado al enemigo durante la noche.

Cuando Laurentiev reapareció en Rosiszcze, Hartlieb le preguntó, ¡por amor de Dios!, dónde se había metido.

El manco respondió con gran tranquilidad que había necesitado resolver ciertos asuntos.

—¿Qué clase de asuntos? —vociferó Hartlieb—. ¡Desde luego no serán los que yo le encomiendo!

—No —contestó Laurentiev—. Cuestión privada. Pero lo que quiero decirle, ante todo, es esto: aquí no nos encontramos ya nada seguros.

—¿Por qué? —balbuceó el factor.

—Me creo obligado a prevenirle —dijo Laurentiev—. He hecho infinidad de cosas en el camino.

Y refirió al aterrorizado factor toda la historia.

—Si se descubriera el asunto, yo me la cargaría en cualquier caso —siguió diciendo—. Por consiguiente, puedo permanecer aquí sin temor. Además, si intentase evadirme, me atraparían en seguida. Mi mutilación me delataría en todas partes. Pero a usted le aconsejo la desaparición temporal, hasta que sepamos si se me busca o no.

Sin cesar de maldecir al manco, el factor cogió algún dinero, unas cuantas ropas, y partió de estampía, aunque Laurentiev no supo decir adónde. Hartlieb había dado en el clavo con su fuga, pues como se sabía ya por experiencia que los colonos alemanes practicaban el espionaje y tendían a la deserción, se hizo vigilar a los soldados alemanes de aquel batallón en Radzivilov, y ahora ya no se ignoraba con quiénes se habría de tratar.

Sobre todo, llamó la atención aquel manco que había dialogado largo rato con Trierenberg, y, por tanto, se ordenó una investigación urgente acerca de su paradero. Al día siguiente se supo que el hombre había llegado de Rosiszcze.

Así, pues, el sucesor de Urapov en la ayudantía, un tal teniente Verevkin, recibió orden de trasladarse con algunos cosacos a la casa de Hartlieb y efectuar allí un interrogatorio exhaustivo.

Cuando el pelotón se detuvo ante la casa, algunos cosacos dijeron que la recordaban: aquélla era una de las casas que registraron el otoño pasado cuando se buscó inútilmente a un húsar.

Apenas vio ante la casa al oficial escoltado por los soldados, Laurentiev dedujo y dio por seguro que Trierenberg había desertado; lo que no pudo saber era si había conseguido pasarse o si fue capturado.

Poco después, Verevkin inició su interrogatorio, y los cosacos registraron la casa, tal como hicieran el otoño pasado.

A Laurentiev le bastaron dos minutos de interrogatorio para averiguar que Trierenberg se había pasado al campo enemigo.

«Y ahora —pensó— encontrarán también el uniforme de Keller».

Pero no se amedrentó, aun cuando un copioso sudor le humedeció la frente.

En aquel instante los cosacos profirieron un alarido. Evidentemente, habían encontrado el uniforme.

Laurentiev explicó que era el uniforme de un oficial alemán caído que Hartlieb había comprado por ahí.

Pero los cosacos lo desmintieron vociferantes: aquél era, sin duda, el uniforme del húsar a quien habían perseguido el otoño pasado.

—¿Dónde está ahora ese húsar? —preguntó Verevkin.

—Pero ¿qué están fantaseando estos cosacos acerca de un húsar? —replicó Laurentiev.

—¿Dónde está el húsar? —bramó Verevkin.

—Es imposible saber dónde se esconden todas las personas a quienes Hartlieb ha comprado ropas viejas.

Con el descubrimiento del Uniforme, la indagatoria pareció tomar un nuevo rumbo. Probablemente Verevkin columbró ya cierta conexión entre el uniforme y las deserciones. No obstante, despachó a un cosaco para que solicitara la presencia allí del teniente coronel príncipe Vronskij.

Entretanto, los cosacos encontraron, por añadidura, el gorro de piel, con su pequeña carga de bolitas de alcanfor.

Verevkin siguió interrogando al manco, y por último la emprendió con él a puñadas y puntapiés, porque no quiso revelarle el paradero de Hartlieb.

Cuando apareció Vronskij, inmediatamente lo puso Verevkin al corriente de los hechos.

Vronskij, procediendo como todos los superiores recién llegados a un escenario en que ya se ha puesto algo en marcha, se creyó obligado a refrescar las pesquisas con aire puro, y condujo a Laurentiev fuera de la casa, hasta un arce que se alzaba poco más allá.

Aunque los príncipes ocupan solamente el peldaño más alto de la escala social, y no el más bajo de la jerarquía real, coquetean siempre lo suyo —no sólo en Rusia, sino por doquier— con la soberanía.

Se complacen en las pequeñas grandezas.

Ahora, por ejemplo, Vronskij se arrogó los poderes de un tribunal supremo.

Cuando Laurentiev se detuvo bajo el arce —escoltado por el ángel exterminador—, el teniente coronel le recomendó que observara bien aquellas ramas tan hermosas y lisas, en las cuales crecía ya el follaje, porque lo haría colgar de la más robusta si no respondía con toda claridad a esta pregunta:

—¿Dónde está el húsar?

Al excapitán se le cortó el habla por un instante. Pura y simplemente, lo dominó el miedo.

No pudo responder siquiera que ignoraba todo acerca del caso.

Entretanto, los cosacos estaban atando a la ominosa rama, por orden del príncipe, una cuerda de tender que habían encontrado en la casa.

Durante un largo momento reflexionó Laurentiev acerca de la conveniencia de delatar a Kascha.

«Pero si lo hago —se dijo—, éstos sospecharán que Kascha los ha espiado y, por tanto, alterarán las disposiciones previstas hasta ahora. Es decir, yo mismo restaría todo valor a las cartas que he puesto en manos del adversario».

Así, pues, se sobrepuso a su pasajera flaqueza y decidió dejarse ahorcar antes que delatar a Kascha —porque aun en este último caso lo hubieran hecho igualmente.

Los cosacos hicieron un lazo en la soga.

—¿Cuál fue el motivo de su viaje a Radzivilov? —le preguntó Vronskij.

El manco dejó preguntar al príncipe, y prefirió ocupar su mente con asuntos más trascendentales que unas simples respuestas. A saber: hizo un rápido balance de su vida.

—¿De qué habló usted con el desertor? —inquirió Vronskij.

Su esposa y sus dos hijas habían muerto. Y ahora estaban a punto de ahorcarlo: en total, una pérdida de cuatro vidas humanas.

Como no diera respuesta alguna, se le colocó el lazo, que se había estado balanceando junto a su cabeza, alrededor del cuello. Oyendo dar órdenes al príncipe, uno creería estar viendo un niño de cuarenta y cinco años, cuya suerte había sido siempre demasiado propicia, jugando a los soldados sin saber lo que hacía.

Vronskij vociferó:

—¡Le preguntaré por última vez dónde está el húsar!

Si Vronskij hubiera sabido que cierta vez el tal húsar se quitó su uniforme para ir a la comandancia militar donde cocinó un almuerzo, cuya pésima condimentación había destrozado el estómago principesco durante varios días, seguramente habría hecho descuartizar al manco.

Pero no siendo así, se contentó con hacer apretar un poco el lazo, porque Laurentiev seguía sin responder.

Laurentiev, con el pescuezo un tanto estirado ya, hizo sus cálculos:

Intervendrán ciento veinte mil hombres; pero el ataque fracasará, porque se ha revelado su secreto, y, de resultas, las bajas ascenderán a unos cien mil hombres más o menos.

El príncipe echó una ojeada al cuello algo estirado de Laurentiev, y comprendió que ahora era preciso acelerar el proceso, pues el manco seguía sin dar ni una sola respuesta. Pero como un príncipe no se deja chasquear jamás, decidió seguir siendo consecuente y mantener el ritmo, aunque ese método fuera infructuoso.

—Si ahora tampoco obtengo una respuesta —dijo, por tanto— lo haré tensar definitivamente. ¿De qué habló usted con el desertor?

«Ahora mi muerte, más la de mi familia —pensó Laurentiev—; es decir, cuatro personas torturadas hasta morir. Por tanto, las heridas y mutilaciones de cien mil hombres se repartirán a razón de veinticinco mil por cada uno de nosotros».

Si él hubiese sabido que con la acción militar cuyos secretos había revelado, se encadenarían el derrumbamiento del frente ruso, el armisticio, el desmoronamiento de Rusia y, en última instancia, el bolchevismo, tal vez habría preferido confesarlo todo. Pero, en cualquier caso, aquello era una suposición demasiado aventurada.

—¡Arriba! —ordenó el príncipe.

Así murió —después de haber pasado por traidor, sin serlo, durante años— Laurentiev, quien a última hora había resultado ser un auténtico traidor.

Murió como un héroe.

Quizá como tal héroe hubiera merecido una muerte más digna que la del garrote vil. Por ejemplo, el fusilamiento. Pero no se sabía siquiera que el hombre hubiera sido oficial, y parece ocioso decir que nadie había percibido su disposición a morir heroicamente. Sin embargo, ¿fue en definitiva un verdadero héroe? Simplemente procuró sobreponerse a su pánico…, y un verdadero héroe no siente jamás pánico.

Pero ¿qué es, al fin y al cabo, el llamado heroísmo auténtico?

CAPÍTULO XI

El día 22 aconteció aquel misterioso incidente con el capitán de Estado Mayor barón Korff.

Poco antes del mediodía, el Alto Mando del Ejército había preguntado por qué no se dejaba oír todavía la preparación artillera que debería haber comenzado ya, para ir ganando intensidad paulatinamente.

Schtscherbatschev y Kokovzov redactaron un telegrama de respuesta cuyo contenido rezaba así: «Habiéndose observado la llegada de importantes refuerzos al campo enemigo, y considerando los crecientes signos de desmoralización —imputables a Kerenski— en las fuerzas propias, el Mando del Cuerpo de ejército desaconseja urgentemente el ataque previsto».

Por añadidura, se esperaba que los comandantes de Cuerpos de ejército en Dubno y Wolocziska transmitieran telegramas similares. Pues aunque los Cuerpos atacantes no se atrevían a rebatir directamente las órdenes recibidas, sí se proponían mantener una actitud pasiva hasta que se los instara a lanzar el ataque, y entonces desaconsejarían una táctica que tenía todas las trazas de haber sido ideada por Kerenski.

Cuando Kokovzov estaba escribiendo el despacho en lenguaje cifrado, Kascha entró para servirles unas tazas de café solo.

Schtscherbatschev, apoltronado en un mullido sillón, pellizcó la rodilla de Kascha cuando ponía la bandeja sobre su mesa.

Con tal fin levantó un poco la falda sobre la rodilla. La rodilla estaba desnuda, al igual que los pies, según el estilo campesino de llevar las botas.

Kascha hubiera preferido llevar medias, pero nunca quiso hacerlo porque sabía *a priori* que algunos querrían pellizcarle las rodillas.

A todo esto, como el general estaba hundido en su sillón cuando pellizcaba la rodilla de Kascha y le levantaba las faldas, descubrió la escarapela de húsar en el borde de la bota.

Kascha sonrió como diciendo, «vamos, vamos», y cubrió la escarapela con la falda.

Debería haberse puesto mucho tiempo antes unas botas campesinas, pero se empeñaba en llevar sus propias botas, porque, sin punto de comparación, eran más cómodas.

Schtscherbatschev, cuya mano intentaba repeler Kascha mientras se bajaba las faldas, aferró la rodilla y jugueteó un poco, bajo el orillo, con la escarapela.

En aquel instante se anunció al barón Korff, capitán de Estado Mayor en el Alto Mando del Ejército.

Schtscherbatschev retiró la mano, y Kascha, con la sonrisa de una amiga discreta, se marchó de rodillas.

Pocos instantes después entró el barón Korff. Ni el general ni Kokovzov conocían a aquel oficial.

El hombre les traía una orden urgente. El oficio estaba firmado por el comandante supremo de la Agrupación, general Skilinskij, y exigía, en nombre del Gran Duque, el comienzo inmediato de la preparación artillera y el desencadenamiento del ataque.

Schtscherbatschev respondió, manoseando la orden, que de acuerdo con los generales Svorykin y Pavlov, comandantes de los Cuerpos en Dubno y Voloczyska, había decidido enviar un despacho al Alto Mando del Ejército desaconsejando urgentemente, por razones bien fundadas, el ataque… y, a propósito, si el capitán de Estado Mayor lo deseaba, podía leer el despacho. Al decir esto le entregó el texto.

Korff echó un vistazo al despacho, y luego, dejándolo sobre la mesa, dijo que precisamente llegaba de Dubno, donde había mostrado asimismo al general Svorykin la orden de Skilinskij, interesándose por que el texto llegara también a poder de Pavlov en Voloczyska. Ambos Cuerpos estarían iniciando ya a estas horas la preparación artillera.

—¡Cómo! —gritó Schtscherbatschev—. ¿Los dos Cuerpos comienzan sin informarme?

—Yo mismo he recibido su comunicación, y se la transmito verbalmente —repuso Korff—. Porque no es aconsejable telefonear o telegrafiar comunicados de semejante importancia. Se sospecha que los alemanes escuchan todo.

Schtscherbatschev siguió vociferando:

—¡Pero el ánimo de la tropa deja entrever la necesidad de suspender definitivamente este ataque!

—El Gran Duque lo quiere así —contestó Korff—. No se puede demorar más el ataque, porque si se suspendiera, desaparecería toda concordancia con el designio de asestar un golpe decisivo a los alemanes.

Schtscherbatschev se encogió de hombros y, arrojando el pliego sobre la mesa, dijo:

—Naturalmente no se ha tomado todavía disposición alguna. —Y volviéndose hacia Kokovzov añadió—: Dé, pues, orden de que comience inmediatamente la preparación artillera, y cuando sea oportuno disponga también que se proceda a poner en práctica todo el programa.

Luego, mientras Kokovzov levantaba el auricular para telefonear dichas órdenes, el general miró de hito en hito al capitán de Estado Mayor y encogió una vez más los hombros.

Korff hizo una inclinación.

—¿No querría usted tomar una taza de buen café con nosotros? —le preguntó el general—. ¿Y fumar un cigarrillo?

Korff bebió de pie el café y encendió el cigarrillo, tras lo cual pidió permiso para retirarse.

Schtscherbatschev, impulsado por el deseo de seguir manifestándose contra el ataque, lo acompañó hasta el coche, y no cesó de argüir desde la explanada hasta el portalón de entrada.

Korff le replicó, en esencia, esto: los criterios y opiniones de Su Excelencia no tenían ya ninguna utilidad práctica, puesto que se había dado la orden de atacar.

—Pero ¿dónde lo aguarda el coche? —preguntó Schtscherbatschev después de haber disputado un buen rato bajo el dintel de la entrada.

—Al otro lado del patio —repuso Korff.

—¡Vaya! —exclamó el general—. ¿Por qué no lo ha traído hasta aquí?

Y mientras ambos cruzaban el patio, se empeñó en exponer de nuevo su parecer.

De la lejanía llegaba un ronco retumbar, como el de una tormenta estival. Ahora era ya perfectamente audible en dirección Sur.

—¿Lo oye, Excelencia? —preguntó Korff—. Los otros Cuerpos han iniciado ya el fuego artillero.

Mientras hablaba, examinó, con mirada penetrante, a dos o tres trabajadores de la hacienda que deambulaban por el patio.

Dos hombres de la compañía del Estado Mayor saludaron.

Y en medio del patio estaba Kascha.

El capitán de Estado Mayor se le acercó, pese a la presencia del general, cogióle la barbilla al pasar y le dijo que era una hermosa muchacha.

Kascha, sonriente, bajó la vista.

Entonces el capitán añadió, a media voz, en alemán:

—Herr teniente, le doy las gracias por su extraordinario servicio.

Durante largo rato, el desconcierto impidió a Kascha entender lo que decía aquel hombre; pero por fin se rehízo, y cuando se aprestaba a empuñar la pistola para emplear las tres últimas balas con el capitán de Estado Mayor, Schtscherbatschev y consigo mismo, Korff añadió:

—Desde luego se le reserva una de las más altas distinciones.

Diciendo esto, sonrió a Kascha, como si murmurase alguna galantería, y dejándole plantado, totalmente atónito, siguió su camino hacia el coche, acompañado de Schtscherbatschev.

El general reconoció al conductor y el automóvil. Ambos pertenecían al Mando del Cuerpo en Dubno.

Cuando ambos oficiales se detuvieron ante el coche, conversando todavía uno o dos minutos, se dejó oír un violento fuego de cañón en el sector del frente correspondiente a Schtscherbatschev.

Korff se despidió del general, acomodóse en el coche y partió.

Cuando el general regresaba por el patio cavilando acerca de lo ocurrido, y miró distraído a «Kascha» Keller, éste presintió, sin poder explicarse el porqué, que se sospechaba quién era en realidad y que se le había dirigido un par de frases absolutamente absurdas en alemán para que respondiera y se delatara sin querer.

Y si no dio respuesta alguna, debe sólo agradecerse a su confusión.

Por otra parte, se dijo que hubieran podido emplear un método mucho más simple para comprobar su verdadera naturaleza.

Ahora bien, como, por añadidura, era oficial alemán, la aplicación de ese método tan simple sería poco

esclarecedora, y por tanto se preferiría hacerlo caer en una trampa.

«Sea como fuere —se dijo—, conviene prepararse. El arresto puede sobrevenir de un momento a otro».

Durante el curso de aquella tarde, el fuego artillero se intensificó a todas luces. Se hizo tan violento entre Sassov y el palacio Podhorze, que en el aire tranquilo sobre las posiciones se elevó una nube parda y maloliente de tierra húmeda, pulverizada, cuya masa ensombreció el sol.

El cañoneo duró toda la noche.

En la madrugada del 23 de mayo, la Infantería rusa desencadenó su ataque, principalmente en dirección de Sassov.

Hacia el mediodía se supo que la jefatura del Ejército no había enviado a ningún capitán de Estado Mayor llamado capitán Korff ni conocía a nadie con tal nombre.

Parecía tratarse, pues, de un emisario alemán que había cumplido una misión singularmente audaz entrevistándose con tres generales rusos, los cuales condenaban el ataque, e induciéndolos a cursar la orden de ataque.

Pero, sorprendentemente, se afirmó más tarde que la jefatura del Ejército alemán tampoco había despachado un emisario con semejante misión ni se le había ocurrido jamás hacer tal cosa.

Por consiguiente, cabría dar la razón a «Kascha» Keller, el cual, reflexionando todavía acerca de aquellas palabras incomprensibles susurradas por el capitán de Estado Mayor, llegó finalmente al convencimiento de que había soñado despierto.

Con todo, los rusos debieran haber supuesto, después de ser burlados por el desconocido, que no se los había embaucado sin razones bien fundadas para hacerles desencadenar un ataque del cual habían desistido prácticamente; sin embargo, al principio no se hizo perceptible ningún motivo del adversario para desear ese ataque, porque, de lo contrario, se hubiera traslucido algo, por ejemplo, preparativos especiales de la defensa alemana, o alguna acción militar.

Precisamente las líneas alemanas se defendieron con poca fortuna, y en algunos puntos se hizo incluso necesario el repliegue.

No obstante, en el curso de aquella jornada, las fuerzas atacantes rusas sufrieron un severo castigo, y al caer la noche se retiraron muy agotadas hacia unas posiciones de emergencia, es decir, excepto aquellas que ocupaban ya trincheras recién conquistadas.

Pero ahora cabría preguntarse cómo averiguaron los alemanes que en última instancia no se había querido llevar a cabo un ataque ya proyectado.

Es posible que siéndoles conocido el plan de ataque, hubiesen hecho esa deducción cuando no observaron ninguna preparación artillera a la hora prevista en el programa, y que para no desaprovechar el contraataque ya organizado y cuyo desencadenamiento ocasionaría graves pérdidas al adversario, hicieran intervenir a ese presunto Korff, aunque ellos insistieran en negarlo…, pero eso es indemostrable. Tampoco sabemos cómo llegó Korff a las líneas enemigas, o si se encontraba ya allí, ni cómo se procuró la orden firmada por Skilinskij; sólo sabemos —y así se demostrará en ulteriores páginas— que la negligencia cuesta cara, pues si Kokovzov hubiese observado la desaparición del esbozo para el ataque proyectado, él y Schtscherbatschev habrían tenido motivo suficiente para presentar el ataque como algo irrealizable y hacer respetar su opinión, en cualquier circunstancia, por el Alto Mando del Ejército. Es incomprensible que nadie se ocupara de ese esbozo, enviado primeramente desde el Alto Mando del Ejército a Voloczyska y Dubno, donde lo copiaron los dos Cuerpos, para hacerlo seguir después hasta Gorochov. ¿Cómo es posible tal desidia? Quizá pudiera ser que Kokovzov hubiese descubierto su desaparición y no se atreviera a dar parte de ello, por temor de que se lo hiciera responsable. En los asuntos humanos, todo es posible y comprensible, aunque también haya mucho de vituperable.

Dejémoslo ya, y prosigamos. El día 24 se desató inopinadamente, en la línea ferroviaria entre Yloczov y Tarnopol, cerca de Yborov más o menos, un fuego artillero tan violento contra las posiciones rusas, que el enemigo las ocupó ya por completo hacia el mediodía, cuando comenzó el ataque de la Infantería alemana que, entretanto, había sorprendido de flanco al grueso de las tropas rusas en la cuña de Sassov, haciendo peligrar extremadamente su seguridad.

Al propio tiempo, el ataque ruso encontró una dura resistencia frontal en todas las líneas que se habían replegado hasta entonces, y se desintegró cuando se lo atacó también, simultáneamente, por un flanco, en Yborov. Así, pues, se llegó a las cien mil bajas calculadas por Laurentiev, mientras que el resto de las

desbaratadas tropas caía prisionero.

Los rusos empezaron a correr el 24 de mayo hacia el mediodía, se pasaron corriendo toda la noche del 24, hasta el 25, y el 25 prosiguieron corriendo sin parar.

El día 25, a las once de la mañana, se celebraron las nupcias en «Gorochov».

Allí no se supo gran cosa acerca de la catástrofe rusa, pues el ataque alemán había seguido casi una línea recta, de Sur a Norte, y «Gorochov» dista bastante de Yborov; así, pues, el Cuerpo Schtscherbatschev sufrió sólo un ataque paulatino por el flanco.

Con todo, el cañoneo hizo vibrar levemente las vidrieras; pero como allí había habido paz durante tanto tiempo, los Lubienski se dijeron que a pesar de las detonaciones no debía estar ocurriendo nada excepcional.

Sin embargo Kokovzov, el cual sabía bien de dónde venían los tiros, rechazó la invitación para el banquete, y lo hizo también en nombre del general, sin consultar con él.

Tras el asunto Korff y el derrumbamiento en Yborov, resultó evidente que se había traicionado todo el ataque ruso, y aunque los comandantes habrían tenido cosas más importantes que hacer, el Alto Mando del Ejército, en su afán de venganza, ordenó eliminar, por todos los medios disponibles, antes de la retirada, a quienes se hubieran hecho sospechosos de espionaje.

Asimismo Schtscherbatschev, después de tirarse aquella fenomenal plancha con el presunto barón Korff, procedió tal como lo haría cualquiera contra un embaucador que lo hubiese estafado, y cuando, al inquirir sobre manejos sospechosos, se le informó que en casa de un tal Hartlieb se había hallado pocos días antes un uniforme de húsar, pensó casi ininterrumpidamente, mientras tomaba disposiciones para la retirada, en aquel malhadado húsar, sin sospechar que lo tenía ante las narices y le pellizcaba cada día las mejillas y las pantorrillas.

Cuando supo que Vronskij había hecho colgar a Laurentiev sin hacer el menor esfuerzo para extraerle información, hizo llamar al príncipe y, entre horribles imprecaciones, lo puso de vuelta y media.

Simultáneamente, el sacerdote pronunciaba el sermón nupcial en un aposento contiguo.

Luego se celebró, en las angostas habitaciones en que se había arrinconado a los Lubienski, un *déjeuner dînatoire* con una lamentable falta de espacio y durante el cual las copas empezaron a tintinear no por la alegría de los Lubienski por aquella alianza recién sellada, sino más bien porque el cañoneo se hacía sentir cada vez más.

Lubienski lucía uno de aquellos chaqués totalmente descoloridos bajo los efectos del sol.

La Lubienska no llevaba joyas porque quería evidenciar que no estaba de humor para ello.

Las señoras Zagorski habían prescindido igualmente de las joyas porque ya no les quedaba ni una. Tadeus Lubienski no pensaba comprárselas ni por asomo.

Duschka tenía un aspecto encantador.

Claire también.

Y Kascha también, aunque parecía estar un tanto ausente.

Stefan Zagorski ofrecía el mismo aspecto de todos los jóvenes polacos.

Ydzislav Zagorski tenía un aspecto jovial y estaba ligeramente achispado.

Asimismo estaban presentes los Strzyzevski, y su aspecto era el de cualquier Strzyzevski. Pero aparte las personas citadas, y salvo dos ancianas tías y la madre de la Lubienska, no se había querido invitar a nadie más porque en los medios sociales se habrían soltado las lenguas acerca del cómico enlace de Duschka y porque los Lubienski no deseaban alimentar a esas chismosas y repelentes personas.

Inicialmente, la joven pareja quiso ir en viaje de bodas a Crimea, pero Lubienski manifestó que allí había ahora guerra y, por tanto, sobraba todo viaje de bodas; además, Duschka había estado ya en Kiev, y debería haber aprovechado mejor ese viaje. Por otra parte, dijo a su mujer que no pensaba soltar dinero para que Stefan se divirtiese en Crimea.

Y, ¿dónde se instalaría el joven matrimonio?

En «Gorochov», con sus padres, por descontado.

Concluido el *déjeuner*, la Lubienska se retiró a su dormitorio, y ante el tocador hizo ademán de quitarse las alhajas que no se había puesto. Luego, entre lamentos, reprochó a Duschka la detestable boda que había hecho.

—¡Pero si yo quiero mucho a Stefan! —protestó Duschka.

—¡Vamos! —gritó la Lubienska—. ¿Cómo se puede sentir afecto por un hombre que se presta a lo que se ha prestado ese Stefan?

—¡Él no se ha prestado a nada! —replicó Duschka.

—¡Claro que sí! —vociferó la Lubienska.

—No, no —dijo Duschka—. Te lo aseguro. Ahora puedo confesártelo todo: me he casado con Stefan por mi propia voluntad, porque lo quiero. De lo contrario, el matrimonio no hubiera sido necesario en absoluto.

La Lubienska se quedó sin aliento.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso?

—Yo respeto a Stefan —repuso Duschka—. Sobre todo, porque me dijo que efectivamente deseaba casarse conmigo, pero sin ese niño que no era suyo.

—Bien, ¿y qué? —inquirió, jadeante, la Lubienska.

—Por consiguiente —explicó Duschka—, visité al otro médico que hay en Rosiszcze además del doctor Solininski, ya sabes, el doctor Novitzki, y le rogué hiciera lo que el doctor Kasprovicz, en Kiev, había fingido hacer.

—Bueno, ¿qué más? —gritó la Lubienska—. ¿Qué más?

—Pues que él se ocupó de ello con éxito total —dijo Duschka.

—¿Cuándo? —aulló la Lubienska.

—Aquella tarde en que nos invitó el general ruso, visité de paso al médico. ¡Es muy raro que nadie haya notado la desaparición de la palidez en mi cara ni haya observado que ya no me mareo durante las comidas!

La Lubienska se desgañitó.

—¡Estás al borde de la locura! ¡Entonces todo ha sido en vano! ¡Este indigno enlace ha sido en vano! ¡Eres una insensata, Duschka! ¡Casarte con ese Zagorski! ¡Engañar a tus padres para unirte con un Zagorski…!

—Lo quiero, eso es todo —contestó Duschka con serenidad.

Ya no hubo fruncimiento de entrecejo.

—¡Ajá! —gritó la Lubienska—. ¡De ahí el disparate! ¡Y seguramente quisiste también mucho al otro, al que te hizo madre, porque cometiste con él un disparate semejante!

—Sí —admitió Duschka—. Lo he querido, pero ahora ya no lo quiero.

Y con estas palabras dio por concluido el asunto, como si toda la cuestión hubiese equivalido para ella a una simple contracción y un desencogimiento de su entrecejo.

En aquel instante entró Claire, y después de derramar algunas lágrimas superficiales, se arrojó a los pies de la Lubienska y confesó su falta. Ya no se atrevía a ocultarlo por más tiempo, y podía decirlo sin temor ante Duschka: ella se sentía también madre.

Cuando Lubienski se enteró, y sobre todo cuando comprobó que Claire tampoco quería revelar quién era el padre de ese niño, bramó de tal forma ante las ventanas abiertas, que pese al retumbar creciente del cañón, el personal que había fuera se informó con todo detalle. Poco después, Josza, la antigua doncella, que guardaba rencor a Kascha por haberle arrebatado el empleo, osó hacer partícipe de su descubrimiento a Lubienski: Kascha se afeitaba.

Y, efectivamente, Kascha debía de haber observado que por fin le crecía algún vello en el rostro, pues cierto día birló una maquinilla a su amigo el general, y se rasuró concienzudamente. «Desde luego —se dijo Lubienski— hay mujeres que se afeitan las mejillas, pero ¡esa necesidad es inconcebible en una tan joven como Kascha!».

Así, pues, ¡Kascha era un hombre! Las hijas lo confesaron. Pero ¿por qué se disfrazaba? ¿Cuál era su verdadero nombre? ¿De dónde procedía? Las chicas no pudieron informarle, pues él les había contado muy poca cosa. Pero, pese a esa falta de comunicación, el terceto se había entendido muy bien.

No hubo forma de contener a Lubienski. Se precipitó, como un demente, hacia la habitación de Kascha. ¡Aquel sujeto lo había perjudicado ya más de la cuenta! Claire lo siguió, llorando, y Duschka, algo pálida y perpleja, se encogió de hombros.

Pero cuando Lubienski llegó ante la puerta de Kascha, hizo alto y se quedó pensativo. ¿Cuál sería el método más sutil y rotundo para patentizar el sexo de la delincuente masculina? Si le arrojara algún objeto al regazo, Kascha intentaría atraparlo con las rodillas, lo cual lo delataría como hombre, porque una mujer abriría las rodillas para recogerlo en la falda. Pero tal vez fuera preferible arrojarle una espada, según hiciera alguien en otros tiempos con Aquiles, pues siendo hombre la cogería al vuelo en lugar de echarse atrás como mujer.

Mientras cavilaba acerca de tales alternativas, llegó, rugiendo, por el pasillo, Schtscherbatschev, con Kokovzov a sus talones. Sin cesar de proferir juramentos vociferó:

—¡Un uniforme de húsar! ¿Y dónde están las botas de húsar correspondientes a ese uniforme, las botas

que llevan arriba una escarapela? ¡Pues están en las piernas del húsar, maldita sea! ¿Y quién calza aquí botas de húsar? ¿A quién he pellizcado yo en las rodillas, descubriendo, con tal motivo, que esas piernas llevaban botas de húsar? ¡Kascha, ese canalla! ¡Sí, canalla, porque todas las mujeres son canallas, especialmente si resultan ser hombres!

Y con estas palabras abrió de un empellón la puerta de Kascha. Por desgracia, el cuarto estaba vacío.

CAPÍTULO XII

El hecho era que «Kascha» Keller había cavilado lo suyo con respecto al asunto del barón Korff, y aunque momentáneamente lo tuviera por una simple alucinación, se dijo, tras madura reflexión, que no había llegado todavía al extremo de ver capitanes de Estado Mayor como quien ve mirlos blancos.

«Sería conveniente —pensó durante la ceremonia de la boda— preocuparse un poco del uniforme, para tenerlo a mano por si ocurriese algo imprevisto».

Entretanto, Duschka miró a Kascha y creyó ver en su rostro el pesar de que ella, Duschka, se casara con otro: pues así era de apesadumbrada la expresión de Kascha.

Sin embargo, Duschka se equivocó, pues Kascha estaba imaginando simplemente el formidable rapapolvo que daría a Hartlieb cuando se hiciese ostensible que no había conservado el uniforme en condiciones decentes.

Desde que Kascha le enviara el uniforme por correo, Hartlieb no había vuelto a dar señales de vida. ¡Cualquiera sabía lo que habría hecho con él!

Kascha sintió un escalofrío al imaginar las tretas que podrían habérsele ocurrido con su endiablado pacifismo.

Así, pues, apenas concluido el *déjeuner dînatoire*, para el cual se habían requerido sus servicios, no tuvo más remedio que emprender el camino hacia Rosiszcze.

Aunque era un mediodía bastante caluroso, avanzó trotando por la carretera.

De vez en cuando alzaba la cabeza, porque el fuego de artillería llegaba a sus oídos con una potencia insólita.

No sólo pensó en el factor Hartlieb, sino también en su regimiento, en el ataque de Satanov y en los demás regimientos: «Styrum», «Portugal» y «Maria Theresia».

Ahora se cumplían los siete u ocho meses de su estancia en «Gorochov».

Duschka y Claire eran unas chicas estupendas.

Luego recordó al barón Korff.

Después pensó otra vez en el factor.

Algo más tarde lo alcanzó un aldeano con una carreta. Primero marchó a su altura, iniciando una conversación; después lo invitó a tomar asiento en el pescante.

Kascha subió al vehículo y se dejó hacer la corte mientras pensaba que, considerando la pésima administración del correo polaco, bien pudiera ser que Hartlieb no hubiese recibido el paquete.

Pero ¿cómo encargar un uniforme de húsar alemán en esta Polonia rusa? ¡Maldición, aquello era un imposible!

¡Probablemente a estas horas los hijos de algún cartero estarían jugando a los soldados con su gorro de piel!

En medio de tales cavilaciones, el aldeano quiso darle un beso, pero la visión de aquellos rapaces jugando con su gorro de piel y encasquetándoselo hasta las narices le causó tal amargura, que soltó una monumental bofetada al mozo.

El aldeano emitió una risa de conejo y siguió adelante, con la mejilla como un tomate.

«Aunque quizás el gorro les venga demasiado grande a los hijos del cartero», se dijo Kascha meditativamente.

Luego se le ocurrió que los zagales del campo suelen padecer hidrocefalia y que, en tal caso, el gorro les vendría a la medida.

Por fin la pareja llegó, flirteando, a Rosiszcze.

Murmurando unas palabras de agradecimiento muy poco amistosas, Kascha descendió del carromato y se encaminó hacia la vivienda de Hartlieb.

La inquietud hizo latir su corazón de forma audible. En aquellas callejas casi desiertas resonaron los ecos del fuego artillero.

Poco después, Kascha avistó ya el arce ante la casa de Hartlieb.

Hubo de dominarse para no correr.

Pero con gran disgusto encontró cerrado el portal.

—¡Maldición! —masculló—. ¡Debe de haber ido a dar un paseo!

Decidió esperarlo, y se sentó bajo el arce. La impaciencia le hizo cruzar sin pausa las piernas, alternando la izquierda con la derecha.

Luego se cruzó de brazos, echó atrás la cabeza y contempló la copa del árbol…

Le llamó la atención una rama hermosa y lisa que surgía del tronco en sentido horizontal.

«¡Si Hartlieb ha estropeado mi uniforme, le colgaré de esa rama!», pensó.

Mientras se hacía esa reflexión, observó que una mujer asomada a una ventana de la casa frontera lo estaba mirando.

—¡Eh! —le gritó Kascha—. ¿Dónde está Hartlieb?

Aquella persona, cuya expresión se le antojó sumamente extraña, dio un respingo y, cerrando la ventana, desapareció.

Aunque era pleno mediodía y había una claridad alegre, Kascha experimentó de pronto una sensación inquietante.

Se levantó. No vio un alma en las ventanas ni en la calle. «¡Y tampoco debe de estar Laurentiev!», pensó.

Golpeó una vez más el portal, y luego contorneó la casa. En la fachada trasera encontró abierta una ventana.

Se encaramó a ella sin pensarlo dos veces.

En el interior reinaba un espantoso desorden.

Pero aquel desorden tenía una peculiaridad sospechosa. No sólo estaba todo revuelto, sino que también se veían algunos objetos destrozados y sus trozos diseminados por todas partes. Por ejemplo, los armarios estaban literalmente desmenuzados, el tapizado de la sillería colgaba a jirones, y muchos trajes viejos, con los cuales negociaba Hartlieb, estaban desprovistos de sus forros y desgarrados e incluso cortados en pequeños trozos.

Alguien había buscado allí algo con un furor demencial.

Montado a horcajadas sobre el alféizar de la ventana —todos sus adoradores hubieran dado la vida por verlo en semejante posición—, Kascha contempló, con ojos desorbitados, aquel maremágnum.

Sintiendo súbitamente el temor de que su uniforme hubiera corrido la misma suerte, saltó dentro, corrió hacia la puerta más próxima y la abrió de golpe.

Y allí vio su uniforme, indemne, en una percha en que usualmente se colgaba el quinqué. Calzones, pelliza y gorro de piel colgaban en la percha del almacén.

Kascha recobró el aliento.

Sin embargo, en aquella estancia imperaba también una confusión absoluta.

Parecía como si después de destrozar y triturarlo todo, se hubiese querido conservar el uniforme cual un asunto pendiente sobre el cual se resolvería más tarde, un punto esencial que pendía de la estática percha, en medio de la destrucción circundante.

«¿Quién habrá puesto la casa en ese estado?», se preguntó Kascha.

¡Debe de haber ocurrido alguna desgracia! Una de dos: o Hartlieb ha enloquecido y ha destruido todas sus posesiones, o bien se ha efectuado aquí un nuevo registro domiciliario y con tal motivo se ha colgado el uniforme en medio de la habitación para hacerlo resaltar como el hallazgo más notable.

¿Dónde estaría Hartlieb?

En cualquier caso, aquel lugar no era el más adecuado para el uniforme.

Kascha se subió a una silla y lo descolgó de la percha, tal como se descuelga a un ahorcado.

Luego, allí plantado, arrolló las prendas como de costumbre, los calzones alrededor del gorro y la pelliza alrededor de los calzones; pero cuando dio fin a la tarea, no supo qué hacer con su paquete.

Por fin decidió interrogar a los vecinos acerca del paradero de Hartlieb. Dejó allí el uniforme y saltó otra vez por la ventana.

En la calle todo seguía siendo soledad; tan sólo el viento levantaba remolineantes polvaredas, y un perro, un chucho vulgar, se deslizaba sigiloso a lo largo de las casas. Cuando el can vio a Kascha, respingó

y, seguidamente, emprendió veloz carrera con el rabo entre las piernas.

El fuego artillero se hizo cada vez más audible…, cañonazos violentos e intermitentes.

Kascha llamó al portal de la casa frontera, y luego, a una ventana, pero no respondió nadie. Apretó el rostro contra el cristal para mirar dentro de la habitación, mas no pudo percibir nada.

Se enderezó y permaneció indeciso, pues le pareció haber visto pasar corriendo, por el extremo de la polvorienta calleja, a un soldado ruso de Infantería.

Una vez más se dejó oír el cañoneo a cierta distancia, como el rumor de una caldera hirviente. Pero, en las cercanías, el ruido era menos retumbante. Tenía gracia…, casi parecían disparos de fusil.

En las calles paralelas a aquella en que se hallaba Kascha se oyó estrépito de vehículos lanzados a gran velocidad.

De pronto aparecieron dos jinetes en la calleja, y tras ellos, otros ocho o diez.

Eran austríacos. Kascha los reconoció por las pellizas al viento.

Kascha creyó haber perdido el juicio.

—¡Eh! —gritó.

Los austríacos se acercaron al galope, enarbolando los sables.

—¡Eh! —gritó otra vez Kascha.

Y cuando los austríacos prosiguieron su carrera sin hacerle caso, sacó la pistola.

Apenas vieron el arma, los austríacos hicieron ademán de lanzarse sobre él y abatirlo a sablazos.

—¡Alto! —vociferó Kascha—. ¿O es que no entendéis mis órdenes?

Un sargento gritó algo ininteligible.

Kascha gritó a su vez que les daría una lección. Y añadió:

—¿Qué ocurre aquí?

—¿Qué va a ocurrir? —aulló, exasperado, el suboficial.

—¿Cómo habéis llegado hasta este lugar?

—¡Eso te importa una mierda! —gritó el sargento.

—¿Cuál es vuestro regimiento?

—¡Dragones del «Portugal»! —vociferó el sargento—. ¡Pero eso te importa una mierda! ¡Y te ordeno que me entregues al instante esa pistola!

—¡Cómo! —bramó Kascha—. ¿Han llegado también los húsares del rey y los *carabinieri*?

Resumiendo: se llegó a un entendimiento después de que el sargento respondiera a las múltiples preguntas de Kascha con un «eso te importa una mierda». Los dragones quedaron boquiabiertos al saber que Kascha era un teniente.

Media hora después, Kascha, transformado en un húsar de pelo pajizo y demasiado largo, emprendió el camino de «Gorochov» en un carromato arrastrado, con gran brío, por un percherón.

Tras su estela trotaban los doce dragones del «Portugal».

Kascha empuñaba la pistola con las tres últimas balas, pues después de haberse entregado durante largos meses a los placeres del amor, había decidido reanudar sus actividades bélicas con un hecho de armas sensacional; se proponía concretamente capturar a su antiguo amigo el general Schtscherbatschev, junto con el jefe de Estado Mayor Kokovzov, para arrojarlos a los pies de su coronel.

A medio camino de «Gorochov», Kascha hizo galopar al percherón, y los jinetes siguieron la pauta, pero cuando irrumpieron en el patio de «Gorochov», el Estado Mayor ruso se había esfumado ya, como era de esperar.

Sin embargo, Kascha no tuvo tiempo para lamentarlo porque hubo de atender inmediatamente a otras cuestiones muy distintas.

Por lo pronto, los Lubienski se abalanzaron a las ventanas cuando oyeron el rumor de cascos y carretas. A pesar del uniforme, Claire reconoció a Kascha y le gritó unas palabras en inglés. De este modo su familia no entendería lo que significaba Kascha para ella.

—*Behold, my lover!*

Luego corrió escaleras abajo y se lanzó al cuello de Kascha cuando éste bajaba del carruaje. Posiblemente se habría consumado allí mismo el desposorio si no hubiesen entrado súbitamente en el patio nuevos jinetes, húsares alemanes y austríacos, y *carabinieri*.

La división del barón Von Kriechbaum llegó a «Gorochov» en misión de persecución.

A decir verdad, Kriechbaum no mandaba ya la división, porque había caído en Satanov con casi todos sus jinetes.

Lo había remplazado el conde Saint Croix, el cual imperaba ahora sobre los cuatro regimientos, recientemente reorganizados.

Saint Croix lanzó un alarido de alegría cuando encontró a Kascha en el patio de «Gorochov».

Cuando Kriechbaum cayó, apenas iniciado el ataque de Satanov, Saint Croix, por ser el más antiguo de los dos brigadieres, debería haber asumido automáticamente el mando de la división; pero pasó la mayor parte del combate sin sospechar que él era ya quien mandaba la unidad.

Sólo se enteró de ello al desbaratarse el ataque, es decir, cuando hubo de escuchar la reprimenda del generalato.

Él reconoció, naturalmente, que como austríaco debería engullir la sopa que se había cocinado para el prusiano Kriechbaum.

Pese a todo, desde entonces fue conocido como uno de los generales más incapaces.

Pero cuando Trierenberg, siguiendo el encargo de Laurentiev, llevó el plano del ataque ruso a Podhorze y lo entregó allí en nombre del teniente Keller, Saint Croix gritó apenas lo supo:

—¡Este plano es el verdadero resultado del ataque! —Y, cerrando el puño, golpeó repetidas veces la mesa en que estaba extendido el plano—. ¿Quién osa decir que el ataque no ha tenido éxito cuándo ha permitido que un teniente investigue hasta el punto de poder informar acerca de los secretos más confidenciales de la estrategia rusa? ¿Eh? —Y, dando un nuevo puñetazo sobre la mesa, preguntó—: ¡Qué! ¿He dirigido bien el ataque, o no?

Y siguió vociferando cuando se dispuso a emprender la persecución con sus fuerzas, tras la ruptura del frente ruso en Yborov. Pero allí gritó ya como quien vocea siempre lo mismo de pura alegría. Finalmente, se le tomó en serio hasta cierto punto, primero porque era conde, segundo, porque, como austríaco, tenía sentido diplomático, y tercero, porque muchos se preguntaban si el hombre no tendría razón en definitiva. Se lo alabó. Él dijo que la cosa no tenía tanta importancia. Entonces se le ensalzó más todavía. Él movilizó sus contactos en la Corte. Por último, las alabanzas fueron tan numerosas, que fue ascendido a teniente general y se lo condecoró con la Orden de Theresien.

Asimismo, le coronel Pollak von Ahnenburg —el coronel Schuster había caído en combate— recibió la Orden de Theresien, fue ascendido a brigadier, y la susodicha Orden le valió el título de barón. Al propio Saint Croix se le habría dado también una baronía de no haber sido ya conde. Pues la distribución de baronías era cosa común en Austria.

Y gracias a los contactos de Saint Croix, cayó una verdadera lluvia de condecoraciones sobre toda la división.

Cuando Saint Croix emprendió la persecución en Yborov, se le hizo la siguiente recomendación: Si encuentra todavía con vida al teniente Keller en «Gorochov», exprésele el mayor agradecimiento con esta medalla.

(Saint Croix llevaba consigo en un estuche la preciada condecoración).

Así, pues, Saint Croix galopó, con sus cuatro regimientos, hacia «Gorochov». La persecución proyectada dejó de interesarle.

Henchido de satisfacción, abrazó a «Kascha» Keller y lo besó en ambas mejillas. Kascha no comprendió en absoluto la causa de tanto jolgorio. Por último, vislumbró que se le estaba recompensando por una gran acción, aunque no acababa de adivinar la razón. Sin embargo, prefirió no romperse la cabeza.

Saint Croix dijo que la división estaba deseando desfilar ante este valeroso teniente Keller, que la había cubierto de gloria.

—¡Por favor, por favor…! —murmuró Kascha.

Se salió al gran balcón de «Gorochov». Detrás de Kascha se plantó Saint Croix; luego, los Lubienski; a la izquierda de Kascha se apostó Duschka; a la derecha, Claire, su prometida. Y si Kascha, con su indumentaria femenina, había tenido antes la prestancia de un húsar, ahora, con el uniforme de húsar, tenía toda la gracia de una hermosa muchacha.

En su cuello centelleaba el oro y el esmalte azul de la medalla *Pour le Mérite*.

Los regimientos formaron en bloques de escuadrones, y desfilaron profiriendo vítores; las filas pasaron despidiendo destellos, y las trompetas dejaron oír sus vibrantes sones metálicos.

F I N

ALEXANDER LERNET-HOLENIA nació en Viena en 1897 y falleció en la misma ciudad en 1976.

Su madre, la baronesa Boyneburgk-Stettfeld, nacida Holenia, se casó en segundas nupcias con el teniente de la marina Alexander Lernet. La pareja, separada poco antes del nacimiento de Alexander, se volvió a unir después, dando así pie al rumor de que el padre biológico del pequeño era en realidad un archiduque de Habsburgo. Esta paternidad incierta preocupó al escritor durante toda su vida.

En 1915 concluyó sus estudios en el instituto de Waidhofen an der Ybbs y comenzó a estudiar derecho en la Universidad de Viena, pero enseguida se alistó como voluntario en el ejército para combatir en la Primera Guerra Mundial desde septiembre de 1915 hasta el final de la contienda. Aún ejerciendo como soldado, Lernet-Holenia continuó escribiendo y, en 1917, le envió el poema *Himmelfahrt Henochs* a Rainer Maria Rilke.

En 1920, adoptado por unos parientes adinerados de la familia de su madre que vivía en Carintia, el escritor deja atrás definitivamente su nombre de nacimiento y se apropia del doble apellido «Lernet-Holenia».

Un año después, publicó su primer poemario, *Pastorale*, en la *Wiener Literarischen Gesellschaft* (WILA). Si bien Lernet-Holenia era de confesión evangélica de nacimiento, en 1923 se convirtió al Catolicismo. Su primera tragedia, *Demetrious*, sería publicada en 1925, seguida de las comedias *Ollapotrida* y *Österreichische Komödie*. Esta última pieza fue galardonada por el Premio Kleist en 1926 y por el Premio Goethe de la ciudad de Bremen en 1927. Al año siguiente colaboró en la pieza de teatro *Gelegenheit macht Liebe* junto con Stefan Zweig bajo el seudónimo Clemens Neydisser.

Durante los años treinta Lernet-Holenia publicó un muy variado repertorio de obras de teatro, relatos y novelas de las cuales tres fueron adaptadas al cine: *Die Abenteuer eines jungen Herrn in Polen* en 1931, *Die Standarte* en 1934 y *Ich war Jack Mortimer* en 1935. En 1939, al regresar de un viaje en Estados Unidos, es llamado a presentarse al servicio militar. Herido dos días después de invasión alemana de Polonia fue transferido a Berlín donde fue nombrado para ser el director artístico de una película de guerra. Ya de vuelta en Austria, conoció a la que sería su esposa, Eva Vollbach, en la ciudad de Kitzbühel.

Si bien Lernet-Holenia tuvo una lucrativa carrera como guionista durante el Tercer Reich, fue uno de los pocos escritores consagrados que se mantuvo distante al nacionalsocialismo. En 1941, escribió el guion de la película *Die große Liebe*, de Zarah Leander, que se convirtió en un gran éxito comercial de la era nacionalsocialista.